PAULA DE VERA

LA PUERTA DEL DESTINO

LOS HIJOS DE LOS DIOSES III

Nova Casa Editorial

Es 21 de diciembre: solsticio de invierno, noche de Yule y una festividad importante para toda la Comunidad Mágica. Ruth, Irene y Alberto son primos y estudiantes de la Escuela de Magia de Madrid; y, como todos sus compañeros, están ávidos de vacaciones tras un duro trimestre de estudio. Sin embargo, lo que ninguno de ellos sospecha es que esa noche marcará un antes y un después en sus vidas. Puesto que su pasado oculta un delicado secreto que muy pocos comparten y que, tras revelarse por accidente, podría condicionar el futuro de toda la Humanidad. Porque hay puertas que jamás deberían abrirse. Tercer y último libro de la trilogía Los “Hijos de los Dioses”.

Publicado por Nova Casa Editorial
www.novacasaeditorial.com
info@novacasaeditorial.com

© 2017, Paula de Vera © 2017, De esta edición: Nova Casa Editorial

Editor
Joan Adell i Lavé Cubierta

Pintura de Portada

Foto de solapa
Noelia Viñas

Maquetación
Eric Balbàs

Revisión
Daniel García P.

Primera edición en Nova Casa Editorial: Mayo de 2017

ISBN: 978-84-17142-87-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Paula de Vera

Los Hijos de los Dioses
III

La Puerta del Destino

Nova Casa Editorial

Índice

Prólogo
Un nuevo aspirante
Todo es mentira
Cosas de la edad
Te desafío
Un mal trago
¿Quién eres?
Una desagradable sorpresa
A la tercera va la vencida
No mires atrás
Un remanso de paz
Canciones y advertencias
Cambio de planes
Dos a dos
Debes elegir tu camino
Noticias de otro mundo
Toma de contacto
Maniobra de distracción
Cosas que no se pueden dejar atrás
Designios de los Dioses
Contacto con el Más Allá
El poder del Agua
Sorpresas desagradables
Cambio de planes
Desprecios
Condenación
Catacumbas

Corazones en peligro
La sangre del traidor
Rebelión en el Tártaro
Sé que te gustan los tratos
velatorio
El principio del fin
Día de difuntos
Salvación desesperada
Secretos de confesión
Frente al espejo
Mar en calma
El amor más puro
Fruta podrida
Intentos
Hablando con el diablo
La cruda realidad
Ruptura
La fuerza más poderosa
La rueda sigue girando
Epílogo
GLOSARIO DE SECUNDARIOS RELEVANTES - TRILOGÍA COMPLETA.

Para Juanjo, allí donde estés.

Aragorn desmontó, y de pie junto a la Piedra, gritó con voz potente: —Perjuros ¿a qué habéis venido? Y se oyó en la noche una voz que le respondió, desde lejos: —A cumplir el juramento y encontrar la paz. Aragorn dijo entonces: —Por fin ha llegado la hora. Marcharé enseguida a Pelargir en la ribera del Anduin, y vosotros vendréis conmigo.

"EL SEÑOR DE LOS ANILLOS III:
EL RETORNO DEL REY". JRR TOLKIEN.

Prólogo

El joven aspiró nuevamente el aroma del mar que rompía sobre las rocas. El puerto estaba casi desierto a aquellas horas, a pesar de ser uno de los pocos momentos del día en que el calor del sol desterraba ligeramente los rigores del crudo invierno en el que se había visto envuelto Avalon aquel último año. Su capa azul cielo ondeó tras su espalda mientras se aproximaba al borde del muelle y miraba al horizonte, reflexionando, una vez más, sobre el cometido que se presentaba ante él.

La silenciosa figura de su maestra se perfiló entonces tras su espalda, sobresaltándolo ligeramente. La pálida túnica multicolor que vestía contrastaba con su piel color café, pero sus ojos claros desterraban cualquier posible asomo de calidez en su presencia. El muchacho se volvió lentamente y la encaró sin violencia.

—Es la hora —adivinó.

Ella asintió.

—Ya no puedo enseñarte más, mi pequeño jilguero —suspiró, resignada—. Debes partir y cumplir con tu destino —media sonrisa asomó a la comisura de sus labios—. Son muchos los que lo esperan.

Él tragó saliva y apartó la mirada, súbitamente acobardado. No necesitaba que le recordasen la responsabilidad que acarreaba sobre sus espaldas, ya era suficiente con sentirlo a cada paso que había dado a lo largo de su vida en el templo. Aquellas miradas escrutadoras…, todos aquellos susurros disimulados tras las columnas atestadas de jeroglíficos…

Su maestra pareció percibir que algo no iba bien porque, de súbito, se aproximó y le colocó las manos sobre los hombros.

—Lo harás bien, novicio —una sonrisa sincera apareció por primera vez en su rostro—. Confío en ti.

El muchacho sonrió a su vez.

—Gracias, Mi Señora.

Ella se apartó sin brusquedad y alzó la vista. El joven siguió la dirección de su mirada… y se estremeció sin quererlo.

El barco que debía tomar hacia Puerto Calea se aproximaba.

Un nuevo aspirante

Marco observaba pensativo por la ventana, admirando cómo el invierno se iba cerniendo sobre los árboles que rodeaban el edificio en el que se encontraba. Las hojas caducas, marchitas, ya hacía tiempo que habían caído al suelo y el viento las había barrido, mientras que las orgullosas coníferas se alzaban entre los pálidos esqueletos de madera que aquellas dejaban atrás. La escarcha de la mañana aún cubría algunos parabrisas y los alféizares de algunas ventanas, pero el hombre sabía que solo era cuestión de tiempo que desapareciese; en cuanto asomase el sol por el horizonte, el hielo se convertiría en agua y después el calor la evaporaría. Así era el ritmo de las cosas.

Reprimiendo un bostezo que pretendía despejarlo de sus bucólicos pensamientos, bajó la vista de nuevo, con desgana, hacia los papeles que había comenzado a hojear unos minutos antes, en cuanto había llegado a trabajar. Pero en cuanto unos cálidos brazos rodearon su cuello, desistió sin demasiado esfuerzo y, con deleite, cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás.

—Buenos días —dijo una voz femenina de contralto sobre su pelo, justo antes de que sus labios se uniesen—. No te he oído irte esta mañana.

Marco rio por lo bajo, no sin cierta amargura, mientras Cora bajaba la cabeza para ponerla a la misma altura que la de su marido y trataba de encontrar sus iris azules, sin resultado.

—He pasado una mala noche —confesó él ante su muda pregunta, sin mirarla directamente.

Cora suspiró, rodeó la silla donde estaba sentado y se sentó sobre sus rodillas con una sonrisa pícara en los labios.

—Pues tal y como te vi caer rendido, cualquiera lo diría —bromeó, tratando de quitarle hierro al asunto. No soportaba verlo tan abatido.

Marco sonrió a medias, ligeramente divertido por aquella afirmación totalmente verídica, pero de inmediato se puso serio y Cora lo notó. Despacio, le tomó la barbilla con un dedo y lo obligó a levantar la cabeza.

—¿Qué te preocupa? —preguntó con dulzura—. Ya sabes que no me gusta

que me ocultes cosas…

Él respiró profundamente y rodeó su cintura con el brazo antes de responder.

—No lo sé, la verdad —confesó en voz baja, mirándola a los ojos—. Y te juro que no trato de esconderte nada. En realidad, bueno… todos mis quebraderos de cabeza pueden resumirse en que las finanzas de la discográfica no van bien. Y los aspirantes que tenemos… en fin…

Acompañó sus últimas palabras con un gesto de frustración propio de él como era pasarse la mano por el pelo. Cora siguió con los dedos ese mismo recorrido antes de juntar su frente a la de él; a pesar de que alguna cana y unas entradas muy ligeras denotaban sus casi cuarenta años, lo cierto es que Marco había conservado gran parte de su abundante cabellera rubia y rizada.

—Quizá el de hoy sea prometedor —intentó animarlo—. ¿No será eso lo que te ha quitado el sueño hoy? —inquirió acto seguido, con una ceja arqueada.

La risa sarcástica de Marco la hizo levantar la cabeza de golpe, sorprendida y ligeramente irritada. Cuando su esposo se ponía imposible…

Pero antes de que pudiese decir nada, este lo hizo por ella.

—Puede que en parte sí, pero vamos… Creo que ya me conformo con que sepa lo que es una guitarra española, eso te lo garantizo —aseguró, y al comprobar que la mueca de ella se suavizaba, le acarició la mejilla con cariño —. No me interpretes mal, mi amor. Pero reconocerás que la música de hoy en día… No es lo que era en nuestra época. Y me resisto a conformarme con lo que hay… —alzó las manos al techo con impotencia mal disimulada—. Quiero… Algo mejor.

Cora tenía que admitir que Marco tenía razón. Ella deseaba exactamente lo mismo que él; pero, en este caso, no se dio por vencida. Tenía una corazonada: el candidato que tenía que acercarse a hacer la prueba en directo aquella mañana parecía que realmente sabía lo que hacía. O, al menos, eso demostraba su humilde maqueta.

Queriendo repasar los detalles de la misma por si alguna flaqueza del aspirante que su marido hubiese llegado a detectar se le había escapado, la mujer alargó la mano despacio y cogió un pliego de papeles que había sobre el escritorio, evaluando su contenido con atención.

—Este al menos viene especialmente recomendado —murmuró al fin, cuando terminó de repasar su currículum artístico y los detalles de la grabación, así como las anotaciones que había garabateado Marco tras escuchar la maqueta. Él era el productor ejecutivo, el encargado de revisar el material y dar su veredicto. Pero Cora suponía que, en este caso, su marido ya estaba tan quemado de escuchar a solistas y grupos de medio pelo que no había contemplado un diminuto pero crucial detalle. Por lo que, al ver la

mirada perpleja que le dirigía Marco, aclaró con una sonrisita irónica:

—Si tu hija y tu sobrina opinan que este mozo tiene talento y potencial… ¿No deberíamos darles un voto de confianza?

Entonces sí que la sincera carcajada de Marco resonó por todo el estudio. Pero no estaba molesto y Cora lo supo al instante; especialmente cuando, con infinito amor, el productor de Black Records la besó en los labios durante un minuto entero para, tras separarse, murmurar burlonamente junto a su oído:

—Dime si tú y yo a su edad teníamos criterio musical… Y dejaré de poner objeciones.

***

Sandra alzó la cabeza al oír el timbre, pero tardó unos segundos de más en levantarse a abrir. Sin saber por qué, no se sentía con fuerzas para ver a más candidatos con ganas de hacerse un hueco en el mundo de la música a cualquier precio. Porque, ¿era tanto pedir que los aspirantes que enviaban sus maquetas fuese gente responsable y realmente supiesen lo que hacían? Cierto que era un negocio bastante lucrativo y que si se te daba bien podías llegar lejos, pero una cosa era eso y otra tratar de tomarles el pelo. Y por ahí no iba a pasar.

El timbre sonó de nuevo, sin insistencia, antes de que la cabeza morena de Ray se asomara desde el despacho más cercano.

—Cielo, ¿no abres? —le preguntó a su esposa al ver que esta se mantenía sentada en su sitio, mirando fijamente la puerta. Ray siguió la dirección de sus iris claros para acto seguido volver a mirarla y suspirar.

—Cariño, seguro que esta vez será diferente —alegó mientras daba un paso fuera del despacho y se situaba junto a ella, apoyando una mano en su hombro.

Pero, al comprobar que Sandra no iba a moverse de la silla por el momento, el hombre sacudió la cabeza con derrotismo antes de aproximarse él mismo para abrir.

—Hola —saludó al joven que esperaba fuera—. Tú debes de ser Ronnie…

El muchacho sonrió con alivio.

—Sí, soy yo —afirmó con cordialidad y un ligero acento extranjero mientras extendía una mano para que Ray la estrechase—. Gracias por esta oportunidad, en serio… Les prometo que no les defraudaré.

El hombre moreno sacudió la mano para quitarle importancia.

—Si nos quedamos aquí nunca lo sabremos —le guiñó un ojo, truco infalible de camaradería que había desarrollado con los años y que parecía dar confianza a casi todos los que pasaban por el estudio—. Así que, por favor, pasa, no te quedes ahí en el rellano… —el chico traspuso el umbral

obedientemente al tiempo que Ray se volvía hacia la recepción—. Mira, te presento: esta es…

—Sandra Ramiro, responsable de marketing y relaciones públicas de la empresa —se adelantó su esposa antes de que Ray pudiese decir nada.

Ahora la mujer lucía una sonrisa de oreja a oreja, nada que ver con la mueca de cansancio que mostraba unos minutos antes, por lo que su marido decidió no ahondar en ello y enseguida guio al aspirante a solista hacia el interior de la discográfica.

De todas formas, pensaba mientras tanto, ya hablarían los cuatro de todo aquello. Sabía que la situación de la empresa no era ninguna maravilla, pero aun así… Debían aclararse algunas cosas. Si se dejaban llevar por el desánimo acabarían perdiendo todo por lo que llevaban luchando desde los diecisiete años. Y no estaba dispuesto a permitirlo. Ahora tocaba hacer una prueba a un nuevo candidato a entrar en el sello.

Cierto que la maqueta había sido bastante prometedora y, por primera vez en casi dos años de andadura fuera de los escenarios, dedicados exclusivamente a sacar adelante a nuevos talentos —o a intentarlo, al menos — esperaban no equivocarse al apostar por él, pero era innegable que la tensión se palpaba en el aire. Aún tendría que demostrar su valía en directo. Y lo peor de todo era que, esta vez, el futuro empresarial de Black Records podía depender única y exclusivamente de ello.

La puerta de la sala de mezclas estaba entreabierta y se escuchaban risas al otro lado. Ray puso los ojos en blanco, maldiciendo interiormente; pidió a su acompañante que esperara un segundo mientras entraba en la habitación y, acto seguido, cerró la puerta con fuerza a sus espaldas. Como imaginaba, los labios de sus dos compañeros se separaron de inmediato: Cora pegó un salto y Marco echó la silla hacia atrás, teniendo que sujetarse a la mesa que tenía detrás para no caerse a causa de la inercia.

Ray arqueó una ceja inquisitiva e irónica a partes iguales mientras los otros dos se ruborizaban convenientemente y apartaban la mirada. Su mejor amigo, por otro lado, se acercó lentamente y se apoyó de brazos cruzados en la pared de su izquierda.

—En serio, no puedo creerme que no hayáis cambiando nada en diecisiete años… —los amonestó—. ¿Cuánto hace? ¿Tres horas que os acostasteis por última vez?

—No seas malo, Ray —lo regañó Cora con dulzura, ya repuesta del susto y haciendo caso omiso del tono enfadado de él—. Sabes que es nuestra naturaleza, no podemos evitarlo…

—Sí, lo sé —repuso el director de la discográfica, enfurruñado—. Pero nuestro próximo aspirante a estrella del pop… O de lo que quiera ser… No tiene por qué saberlo, ¿no crees?

La reacción en sus dos interlocutores no se hizo esperar. Cora abrió unos ojos como platos mientras se recomponía el vestido a toda prisa. Marco se levantó de un salto, se colocó la camisa en su sitio, se echó un rápido vistazo en el reflejo del cristal que daba a la salita de grabación e inspiró hondo.

—Hazle pasar. Estamos listos.

Ray asintió, conforme, un segundo antes de abrir la puerta nuevamente para dejar pasar a Sandra y a Ronnie al interior, no sin antes dirigirles una mirada severa a Marco y a Cora. Algo que quería reiterar su mensaje anterior: "andaos con cuidado".

En más de un sentido.

***

Hacía dos horas que Ronnie se había ido y Sandra estaba tentada de darle al play de nuevo, pero la rápida mano de Cora se lo impidió con suavidad.

—Creo que ya lo hemos oído bastantes veces —objetó con una voz baja y ligeramente temblorosa.

Su compañera tragó saliva y obedeció lentamente. Cora comprobó que la misma mirada que Sandra mostraba se replicaba en los rostros de Marco y Ray. Así como, probablemente, en el suyo propio. Los cuatro estaban sentados en sendos sillones de piel en la sala de mezclas, y acababan de escuchar por décima vez la grabación de aquella mañana.

—No lo puedo creer… —musitó Marco.

—Ni yo —corroboró Ray.

El enfado de este último con sus dos compañeros había desaparecido como por ensalmo después de escuchar al joven aspirante, lo cual ambos agradecían en silencio a la vez que trataban de recuperarse de la sorpresa. Como si despertase de un sueño, Cora suspiró, bajando de nuevo la vista hacia el monitor donde parpadeaba el nombre de archivo de la última pista grabada.

—Por lo visto, sí que sabía lo que era una guitarra… —apostilló con ironía mirando a Marco de reojo.

Este le devolvió una mirada cómplice que Ray y Sandra no entendieron.

—Y tanto Irene como Ruth tienen criterio musical —completó, sonriendo.

Sandra los miró alternativamente, aún aturdida.

—Bueno… Entonces… —empezó, pero las palabras no terminaban de salir de su garganta.

Ray, viendo su estado, la tomó por la cintura con cariño y depositó un suave beso en sus labios.

—Sí —afirmó en un susurro—. Está claro que, con este chico, los problemas de Black Records se van a terminar de una vez por todas —besó de

nuevo a su mujer con algo más de energía y, acto seguido, sonrió a la otra pareja con alegría—. Chicos, compañeros, amigos: brindemos. Porque a partir de hoy, seremos lo que siempre quisimos ser.

Todo es mentira

La nieve caía con cierta pereza al otro lado del cristal mientras Ruth la contemplaba con el aburrimiento pintado en el rostro. A la vez que la maestra Morales se explayaba con los detalles de la importancia de una buena concentración a la hora de conjurar fenómenos meteorológicos complejos, la mente de la rubia joven divagaba más allá de los cristales. Al menos, hasta que un diminuto hilo de agua heladora empezó a caer sobre su coronilla. La muchacha se incorporó entonces a la velocidad de un resorte mirando a su alrededor, a la vez que se sentía enrojecer en cuanto comprobó que todos sus compañeros la miraban con mal disimulada hilaridad.

Ruth giró entonces el cuello para encarar la severa mirada de Layla Morales, Consejera en la Escuela de Madrid de la Casa de Urano y supervisora de la mayoría de las clases teóricas de Elemento Aire que se impartían en aquella. La otra maestra habitual de Aire, Andrea, trabajaba más en el Departamento de Seguridad y Espionaje, pero Ruth echaba de menos sus clases. Siempre eran una aventura y debía admitir, como hacía la señorita Linares, que ella era una alumna aventajada. De ahí que las clases de Layla, por otra parte, se le hiciesen eternas.

Sin embargo, los iris oscuros de su maestra auguraban un castigo mucho más largo que cualquiera de sus lecciones.

—Ruth… —pronunció lentamente—. ¿Puedo preguntar qué es eso tan interesante que atrae tu atención al otro lado de la ventana?

Ruth tragó saliva con fuerza. Otra cosa que la intimidaba de Layla Morales era su capacidad para hacer sentir pequeños e insignificantes a todos sus alumnos con apenas una frase.

—Estaba… Yo… Esto… —balbuceó antes de cerrar los ojos, respirar hondo y tratar de serenarse—. Quería comprobar si era capaz de intensificar la ventisca, si usted me entiende… —y al ver cómo los ojos de su maestra se entrecerraban en un gesto mezcla de irritación y suspicacia, se apresuró a aclarar—: Ahora mismo no hay nadie en el patio, y sería una buena práctica…

La muchacha calló, consciente de que había cometido un error en cuanto Layla se incorporó, apartándose del enorme escritorio en el que se había apoyado para dar la lección y aproximándose a ella lentamente. Cuando llegó

a su altura, Ruth la miró como un conejillo asustado. “Porras”, se maldijo, “¿es que no eres capaz de mantener la boca cerrada?”, se recriminó a sí misma. Pero la expresión de Layla ahora no era de enfado, sino, más bien, de amable invitación a levantarse.

Ruth tomó su mano lentamente y se puso en pie.

—Vamos a ver, Ruth —la aludida tragó saliva—. ¿Puedes explicarme cómo pretendías realizar un conjuro de la Casa de Urano siendo una Hija de Mercurio, Virgo y de mayor ascendente Tierra que Aire para más señas, sin prestar ni la más mínima atención —la maestra recalcó a propósito las cinco últimas palabras— a la lección que instruye sobre ello y que estaba impartiendo hasta hace apenas unos segundos?

La acusación era bastante fuerte pero la muchacha, en vez de someterse y aceptarla, apretó los labios con el desafío propio de sus diecisiete años. Odiaba verse reprendida delante de toda la clase y aquel tono mitad burla, mitad reproche que estaba utilizando su maestra, la sacó definitivamente de sus casillas. Cierto que había nacido en una de las dos Casas Mixtas Tierra-Aire, con más ascendencia del primer Elemento que del segundo, pero todos los alumnos alumbrados bajo los signos de Tauro, Géminis, Virgo o Libra estudiaban conjuros de ambos poderes, tratando de desarrollar su doble potencial lo máximo posible.

Por ello, sin un ápice de arrepentimiento, la joven clavó sus iris oscuros en los de su maestra y vocalizó lentamente, convencida:

—Porque sé que puedo.

Sin embargo, Layla no pareció amedrentarse, aunque Ruth creyó vislumbrar un destello indefinido cruzando por sus ojos oscuros antes de que la mujer se volviese de nuevo hacia la clase.

—Vamos todos a la azotea —indicó entonces la Hija de Urano, ignorando deliberadamente el escalofrío que recorría a la alumna que tenía detrás mientras se giraba para enfrentarla de nuevo—. Quiero comprobar si vuestra compañera es realmente capaz de hacer lo que dice con tanta seguridad.

Ruth se dio cuenta entonces de que había cometido un gravísimo error y que había metido la pata hasta el fondo. Por ello, trató de retroceder.

—¿Y… si no soy capaz? —preguntó de pronto.

Al fondo de la clase se escucharon algunas risitas burlonas que la joven se esforzó en ignorar mientras mantenía la vista clavada en su maestra. Pero Layla alzó la barbilla sin desdén desde su corta estatura y se limitó a devolverle la mirada con tranquilidad.

—Has dicho que podías —le indicó, al tiempo que Ruth creía volver a ver aquel peculiar destello en sus ojos—. Así que quiero que lo demuestres. Y si no puedes… Bueno, veremos qué hacer para asegurarnos de que no vuelves a distraerte en mis clases —susurró junto a su hombro antes de darle la espalda

y encaminarse hacia la puerta.

A un gesto de Layla mientras avanzaba, todos los demás alumnos se fueron levantando y la siguieron al exterior. Ruth se quedó un segundo clavada en el sitio, sin saber muy bien qué hacer ni cómo salir de aquel embrollo. Pero entonces, un leve empujón de Beatriz Sainz, su mejor amiga e Hija de Venus de ascendente Libra, que se sentaba en el pupitre contiguo, la devolvió a la realidad.

—En vaya lío te has metido… —la amonestó la otra chica, preocupada, pero después la observó con sus ojos marrones entrecerrados—. ¿En serio querías hacer lo que has dicho?

Ruth suspiró y puso los ojos en blanco.

—Claro que no —murmuró en su oído—, pero sabes que no puedo con estas clases —se encogió de hombros con abatimiento—. No sé, es como si…

Sacudió la cabeza con fuerza, sin saber cómo expresarlo, pero Beatriz la conocía demasiado bien.

—Que esto se te queda pequeño, ¿no es cierto? —completó con una sonrisa alentadora, a la vez que se pasaba un mechón de pelo claro por detrás de la oreja—. Ruth, mírame —le pidió. Cuando su amiga lo hizo, Beatriz le puso una mano en el hombro y clavó en ella una mirada decidida—. Todas tenemos sueños, y todas queremos llegar a ser grandes brujas y poder velar por la Humanidad como llevan haciendo generaciones antes que nosotras. No te frustres… —le recomendó—. Solo nos queda este año, intentemos aprovecharlo.

Ruth sonrió a su vez con cariño, relajada casi sin quererlo por el suave influjo del poder de la muchacha, y la abrazó con fuerza.

—Tú sí que eres una amiga…

—¡Ruth!

Layla ni siquiera había alzado la voz, pero gracias a sus habilidades de comunicación, la joven la escuchó sin problema. Por lo que, derrotada, se limitó a mostrar su disgusto en una mueca poco favorecedora para sus delicados rasgos antes de, obediente, separarse de su amiga y trotar hacia el pasillo donde su profesora las esperaba.

Sus compañeros ya habían subido por las escaleras del fondo del mismo hacia el tejado, solo faltaban ellas dos. Ruth inspiró con fuerza por la nariz antes de poner el pie en el primer escalón.

“Allá vamos”

En la azotea del pequeño aulario de la Escuela, el viento soplaba más de lo que parecía visto desde el otro lado de las ventanas, al calor de las aulas. A medida que iban saliendo por la gran trampilla, los alumnos iban tornando sus

expresiones de aburrimiento en otras de disgusto y desagrado, las cuales se acentuaron cuando la rubia cabeza trenzada de Ruth apareció por el oscuro hueco abierto en el tejado. La muchacha trató de ignorar las miradas reprobatorias de sus compañeros, a la vez que se arrebujaba en su capa con forro de lana y seguía obedientemente a Layla Morales hasta el borde del tejado. Una vez allí, la maestra indicó a los demás que se acercasen y, cuando estuvieron todos reunidos alrededor de Ruth, la maestra alzó la voz.

—Alumnos, aquí tenéis una compañera que se permite el lujo de desatender en las clases porque se considera lo suficientemente poderosa como para controlar los fenómenos meteorológicos a su antojo. Cosa que solo los Hijos de Urano pueden hacer sin conjuro ni esfuerzo —se volvió hacia su alumna—. Así pues, Ruth, muéstranos lo que sabes hacer.

La joven respiró hondamente y alzó las manos. Sabía que lo que Layla decía era cierto. Una Hija de Mercurio de ascendente Virgo como ella no debería ser capaz de hacer aquello. Era de lo más difícil, cuando no imposible sin un esfuerzo máximo de concentración por parte de los magos que no habían nacido con los dones adecuados. Y ella se había tirado el pisto diciendo que era capaz de hacerlo sin que nadie se lo enseñara…

“Maldita seas, Ruth Álvarez”, se reprochó interiormente mientras cerraba los ojos para concentrarse. El conjuro para arreciar la nieve se había explicado en clase, pero ella apenas había prestado atención.

Sin embargo, apenas lo deseó, los fríos copos empezaron a revolotear a su alrededor con fuerza. En un instante, Ruth se obligó a abrir los ojos a la vez que intentaba mantener la capa cubriendo su cuerpo, y sus compañeros comenzaron a gritar al sentir cómo el viento se colaba bajo su ropa. Beatriz, por su parte, se abrazó a Ruth como si fuese la única de los presentes capaz de mantenerla a salvo.

Pero todo cesó con un simple gesto de la única adulta que se encontraba allí. La cual, cuando sus alumnos se hubieron recuperado del susto, se aproximó lentamente a Ruth. Esta observó con cierta sorpresa y orgullo mal disimulado cómo las manos de su maestra temblaban ligeramente, tan pálidas como su rostro. Y allí estaba: otra vez ese extraño reflejo. Ruth se preguntó de nuevo qué podría significar a la vez que un escalofrío de sospecha se apoderaba de su cuerpo.

—Todos adentro —ordenó Layla sin alzar la voz y sin dejar de mirar a la muchacha que tenía delante—. La clase se ha terminado. Y tú —en ese momento se dirigió directamente a Ruth— ve a la biblioteca y espérame allí.

—Pero…

—¡No admito discusión! —zanjó Layla sin brusquedad, pero en un tono lo suficientemente autoritario como para que a Ruth no se le ocurriese replicar —. Obedece, aprendiza— le indicó acto seguido, recuperando el tono formal.

Al escuchar aquello, la joven asintió, temerosa, mientras agachaba sumisamente la cabeza y se daba la vuelta para entrar de nuevo en el edificio. Cuando todos se hubieron marchado, Layla fue la última en encaminarse hacia la trampilla, no sin antes dirigir una mirada al horizonte del sur, donde Madrid se recortaba bajo la fría neblina de la tarde. Las dudas habían anidado en su corazón tanto como la contaminación en el cielo de la capital y a la bruja se le antojaba igual de imposible desterrar tanto la una como las otras. No lo creía posible y, sin embargo, ahí estaba la prueba.

La bruja cerró los ojos y trató de hacer memoria. Cierto que no era la primera vez que Ruth hacía algo fuera de lo normal. Pero en este caso había sido tan repentino, tan fuerte…

Sacudiendo la cabeza para tratar de sacarse de la mente la imagen de una mujer rubia con ojos grises enturbiados por una tormenta interior, Layla Morales se adentró de nuevo en el cálido pasillo del segundo piso de la mansión y sus pasos la encaminaron directamente a la planta baja.

Había alguien con quien tenía que hablar.

***

El chico abrió los ojos despacio, perezosamente. El calor de las mantas y la suave claridad que entraba por entre las cortinas habían conseguido sumirlo en un sueño tranquilo por primera vez en mucho tiempo; pero no era el momento. Desorientado, se incorporó y miró el reloj de la mesilla, saliendo de la cama de un salto en cuanto vio la hora que era.

—Las siete de la tarde… —musitó, alarmado—. Las clases…

A toda prisa, se calzó y salió disparado de la habitación, casi tropezando con quien pasaba en ese instante por allí. A tiempo se detuvo para no arrollar a la joven pelirroja y alta que, sobresaltada, se apartó de un salto y se pegó a la pared contraria.

—¡Víctor! —gritó, llevándose una mano al pecho—. Pero, ¿se puede saber qué diantre te pasa?

El joven alzó la cabeza por fin y la miró directamente. Como siempre, la respiración se le cortó de inmediato. Y es que era tan guapa…

—I… Irene —farfulló—. Yo… yo… Lo siento mucho, no iba mirando…

El semblante de la muchacha se relajó, y se acercó a él.

—¿Qué te ha pasado? Pareces muy alterado, primo.

El chico intentó evitar su mirada para responder.

—Me he quedado dormido…

Su risa franca solo hizo que enrojeciese más, pero Irene no quería burlarse de él. Simplemente, le hacía gracia aquel muchachito. Y eso que apenas se llevaban un año. Mientras que ella, a pesar de haber nacido prematura —o al

menos eso le habían contado sus padres— se había desarrollado increíblemente, Víctor aún era un jovencito esmirriado al que tardaba en llegarle el estirón. Pero quizá por eso y por el parentesco, Irene le tenía cierto cariño.

—No te rías —se defendió él acto seguido, algo molesto—. Llevo varios días sin dormir bien y, bueno, quería echarme una pequeña siesta para seguir estudiando y después ir a clase, pero…

Irene hizo un gesto vago con la mano para dar a entender que lo había captado mientras ponía los ojos en blanco.

—Sí, ya sé por dónde vas… Deberías descansar un poco, eso te lo reconozco. ¡No paras de estudiar un segundo! —se escandalizó sinceramente.

A lo que Víctor respondió con una sonrisa sarcástica.

—Yo que tú invertiría más horas en estudiar, Irene… No creo que la tía Cora te pase otra como la de este verano…

Irene frunció el ceño y torció el gesto ante la mención de su madre.

—No me des la paliza, Víctor, por favor —gruñó antes de darse la vuelta y alejarse por el pasillo—. ¡Bastante tendré con aguantarlos esta noche! —gritó antes de desaparecer por una esquina.

Su primo se quedó de nuevo solo en el pasillo, sintiendo cómo la luz natural desaparecía progresivamente y daba paso a una penumbra aliviada por el encendido espontáneo de las lámparas de aceite que poblaban las paredes. Con un suspiro, cogió el macuto, cerró la puerta tras de sí y se encaminó hacia la salida del edificio.

Los dormitorios de los alumnos se encontraban rodeando la mansión principal, una imponente estructura que albergaba las zonas comunes, la biblioteca y los dormitorios de los Consejeros, sus profesores. Y a pesar de que apenas veinte metros separaban su “barracón”, como algunos de sus compañeros lo llamaban, de la puerta de aquella, el golpe de frío que lo recibió nada más trasponer el umbral del mismo y la capa de casi medio metro de nieve en la que se metió casi sin darse cuenta, solo consiguieron acicatear sus pasos y empeorar su humor, todo en uno.

Cuando por fin consiguió entrar en el enorme recibidor, se sacudió las botas discretamente en el felpudo y avanzó hacia las escaleras. Según contaban sus maestros y en especial Rebeca Fuensanta, la Hija de Saturno responsable de impartir las clases de Historia, la mansión en la que ella y sus compañeros se habían educado era aún más grande que aquella. Durante quince años habían intentado ampliarla y mejorarla para que se asemejase a la antigua Escuela de Madrid, pero a la mujer se le llenaban los ojos de lágrimas al llegar a aquel punto y Víctor nunca había llegado a saber a ciencia cierta si al final habían logrado su objetivo o no.

Aún sumido en sus pensamientos, se encaminó como un autómata hacia la

biblioteca; conocía el camino con los ojos cerrados. Pero, al llegar, se sorprendió al comprobar que no estaba vacía.

Su hermana Ruth, sentada sobre la esquina de una de las enormes mesas de roble, alzó la cabeza al oírlo entrar y su mirada se iluminó. Sin embargo, la sonrisa murió en sus labios cuando observó que Víctor la miraba de forma muy crítica.

—¿Qué haces aquí? —quiso saber él.

Ruth torció el morro.

—¿Qué pasa, enano? ¿Es que eres el dueño de este lugar? —lo provocó con sorna—. La biblioteca es de todos…

—Deja de hacerte la remilgada —contraatacó él sin maldad aunque con cierto enfado—. La biblioteca será de todos, pero sirve fundamentalmente para estudiar, algo que no veo que estés haciendo precisamente ahora…

Ruth abrió la boca, incrédula por la actitud belicosa de su hermano menor. Pero no le dio tiempo a responder porque, en ese instante, la puerta se volvió a abrir.

Dando paso esta vez a Layla Morales.

Cosas de la edad

—Hola, Ruth. Víctor, ¿qué haces aquí? —preguntó la maestra con cierta incomodidad mal disimulada.

La joven seguía mosca por aquel repentino cambio de actitud desde lo sucedido en la azotea, pero no hizo ni media alusión al respecto. Principalmente, porque ni ella misma estaba segura de lo que había sucedido. El muchacho, por su parte y de inmediato, echó una mirada en derredor como si la respuesta fuese obvia.

—Venía a estudiar —repuso. Y al ver que Layla se había detenido en el umbral de la biblioteca y seguía mirándolos alternativamente, agregó—. Los exámenes se acercan…

—Sí, sí. Lo sé —repuso entonces la maestra del Aire con rapidez, a la vez que avanzaba y cerraba definitivamente la puerta tras de sí—. Es solo que esperaba poder hablar con tu hermana a solas, si puede ser.

Víctor se volvió hacia Ruth, con la sorpresa rutilando en sus ojos grises.

—¿Qué has hecho? —le siseó.

—Nada que te importe —rechinó ella en el mismo tono, desafiándolo con la mirada.

Víctor resopló, pero no se dio por vencido. Mientras tanto, la mayor de las dos maestras Morales había alcanzado a la pareja de adolescentes.

—¿Le importa si me quedo, maestra? —preguntó el chico con exquisita educación—. Quiero saber en qué se ha metido mi encantadora hermana mayor esta vez…

Ruth se quedó boquiabierta. ¿Cómo demonios se atrevía Víctor a…? Pero la mirada de Layla no parecía jugar precisamente a su favor y la muchacha se descorazonó totalmente cuando su maestra hizo un breve asentimiento con la cabeza. Lo que no vio Ruth fue la resignación que impregnaba cada milímetro de ese gesto.

—Está bien —accedió la mujer—. Es posible que, a pesar de lo responsable que eres, saques algo en claro de todo esto…

“O me ayudes a mí a hacerlo”, pensó para sus adentros la bruja adulta

mientras el esmirriado jovencito se sentaba en el banco que había junto a su hermana. La verdad era que Víctor era un estudiante prometedor y en algo más de tres años terminaría sus estudios con unas notas muy elevadas, a Layla no le cabía la menor duda. El problema residía en qué ocurriría si algún día se enteraba del inmenso poder que atesoraba en su interior, debido a la herencia de sus padres…

Pero no era el momento de hablar de ello y mucho menos de revelárselo. Tenía que regañar a Ruth por su comportamiento, pero también debía andarse con pies de plomo. No podía escapársele nada, lo había prometido como todos los demás. Así que, con un suspiro, irguió los hombros y encaró a la muchacha desde su metro cincuenta y cinco de estatura.

—Sabes que no me gusta tu actitud desde hace tiempo, Ruth —comenzó—. En mis clases estás distraída y a veces no haces nada por disimularlo. Sé que no eres Hija de Urano, ni tampoco de ascendiente Aire y, probablemente por ello mis clases, siendo obligatorias para una Casa Mixta como la tuya, te resulten algo insulsas. No, no digas nada —cortó sin violencia cuando comprobó que su alumna iba a replicar—. Sé que te encantaría estar todo el día ayudando a An… a la maestra Linares, que además es de tu misma Casa —se corrigió rápidamente. Solo los Consejeros llamaban Andie a Andrea Linares, y no era un elemento que pudiese introducir a la ligera en una reprimenda—; pero debes conocer todos los fundamentos de la magia antes de diplomarte como bruja. Ella también pasó por lo mismo que tú —le advirtió a la muchacha al ver que fruncía el ceño—. No obstante… —prosiguió—, lo que no me explico… Es cómo has hecho lo de esta tarde.

Ruth notó cómo palidecía intensamente. ¿Acaso la maestra Morales pensaba que ella lo sabía? No tenía ni la menor idea de qué había sucedido en la azotea. De hecho, había asumido que después de todos sus desplantes adolescentes en clase —Layla tenía razón, llevaba mucho tiempo desafiándola abiertamente— aquella sería la humillación definitiva. Y Ruth se había decidido a agachar las orejas… Pero ahora… ahora… Tragó saliva. ¿Qué podía hacer?

—¿Qué ha hecho exactamente?

Víctor repitió su primera pregunta, dándole tiempo a Ruth para pensar y desviando la atención de Layla Morales hacia él, cosa que la joven agradeció. La maestra, por su parte, mostraba un gesto indefinido. Mezcla de nerviosismo y preocupación. Y quizá un destello en sus iris oscuros de… ¿miedo? Víctor no sabría decirlo. Un Hijo de Venus lo hubiese sabido con los ojos cerrados, pero uno de Mercurio como él… “La maldición de nacer en la misma Casa que tu hermana”, pensó con cierta ironía. Así que, disimulando su impaciencia a duras penas, Víctor aguardó la respuesta.

—No… No lo sé, maestra —repuso entonces Ruth en un hilo de voz, claramente avergonzada—. La verdad es que jamás pensé que sería capaz

de… Detener una tormenta de nieve.

Víctor no se hubiese quedado más atónito si su hermana hubiese dicho que hacía malabares con bolas de fuego. Lentamente, giró la cabeza para enfocarla directamente, pero el rostro de Ruth estaba enterrado en una cascada de pelo rubio y Víctor no podía ver las emociones que cruzaban por él. Además, entre miembros de una misma Casa, usar los poderes sobre otro compañero estaba estrictamente prohibido sin consentimiento tanto entre estudiantes como entre magos diplomados, salvo necesidad de defensa. Así que el muchacho optó en este caso por alzar lentamente la vista hacia la bruja que aún permanecía de pie frente a ellos, mirándola interrogante. Esta, al comprobar la agitación de su alumno, suspiró y se sentó.

—Escuchadme. Los dos —les pidió. Víctor pareció desinflarse de golpe y Ruth alzó la cabeza para observar a su maestra tímidamente desde detrás del flequillo. Layla no sabía muy bien cómo hacerlo, pero tenía que soslayar el tema de su ascendencia sin desmoralizarlos ni confundirlos más. Por ello, al final, se decidió por una opción prudente—. Los dos sois buenos chicos, y ambos tenéis un gran poder en vuestro interior. Pero si no atendéis en clase, si no queréis aprender, nunca llegaréis a desarrollarlo del todo. Y creedme que eso me preocupa mucho.

"Más de lo que creéis"

—Pero, ¿por qué? —quiso saber Ruth, sorprendida porque aquel repentino halago procediese de una de las maestras más estrictas de aquel lugar—. ¿Quiénes somos?

Lo había preguntado sin ápice de ironía ni sarcasmo, pero Layla no pudo evitar que un escalofrío recorriese su espina dorsal antes de tragar saliva disimuladamente.

—Sois Hijos de Mercurio —repuso, procurando que la voz no le temblase por los nervios—. Y como tales llegaréis a ser miembros de la Comunidad Mágica Internacional, como Andrea Linares o Anya Steinbeck antes que vosotros. Pero para ello, tenéis que estudiar…

Lo último fue casi una súplica, pero los dos hermanos parecían convencidos.

—Supongo que no querréis que tomemos el camino fácil… ¿No? —aventuró Víctor entonces.

Layla fijó sus ojos oscuros en él. ¿Cómo era posible que él supiera… sobre aquello?

—No, en efecto —repuso la maestra en voz baja—. No queremos que toméis ese camino. Ninguno de vosotros.

El último plural se refería a todos los alumnos de la Escuela, y probablemente a todos los magos que la habitaban. Era un tema espinoso que llevaba de cabeza a toda la Comunidad Mágica desde hacía algo menos de

tres lustros, pero apenas se comentaba en voz alta delante de los alumnos. Pero Víctor era uno de los jóvenes más inteligentes de la Escuela y, como pocos, habría sumado enseguida dos y dos.

Por su parte y sin decir nada, Ruth se pasó en ese instante el pelo por detrás de las orejas y se retorció las manos con cierto nerviosismo. Layla contuvo una sonrisa. Cómo se parecía a su madre…

—Maestra, siento mucho no haber prestado atención en sus clases —se disculpó entonces la muchacha de corrido para sorpresa de la mujer—. De ahora en adelante, prometo que me aplicaré —alzó la cabeza hacia Víctor— con la ayuda de mi hermano.

Este se sintió ligeramente emocionado por aquella declaración, pero tampoco estaba seguro de que Ruth fuese a cumplir su palabra. Para eso era casi tan vaga como Irene… Irene. Sus pensamientos se desviaron sin quererlo hacia su guapa prima. ¿Cómo podía no ver lo que él sentía por ella? Una sonrisa bobalicona comenzó a asomar a su rostro, pero un carraspeo de Layla Morales lo devolvió rápidamente a la realidad y el muchacho sintió cómo enrojecía a la misma velocidad. Lentamente, se giró para empezar a sacar sus apuntes del macuto y a dejarlos sobre la mesa, evitando así cruzar su mirada nuevamente con la de Layla; y Ruth, por su parte, se incorporó y se apartó de la mesa.

—Maestra, ¿puedo irme ya? —preguntó, insegura.

Layla apartó la vista de Víctor, al que había estado observando con curiosidad desde que su mirada se había perdido en la lejanía, y la alzó para observar a su alumna.

—Sí, claro —contestó con una extraña amabilidad mientras se levantaba. A Ruth le escamó todavía más aquella actitud tan cordial, pero prefirió morderse la lengua. Otra vez—. Vamos, yo también tengo asuntos que resolver… Hasta luego, Víctor.

—Adiós, Ruth. Adiós, Maestra— repuso él sin apenas levantar la vista de los libros.

Layla suspiró y meneó la cabeza. Adolescentes… "¿Cuántos años hace que yo pasé por lo mismo?", pensó con cierta nostalgia divertida mientras salía al oscuro pasillo. Ruth caminaba a su lado, cabizbaja y pensativa, y el pensamiento que llevaba rondando a su maestra desde hacía varios minutos cobró fuerza en su mente. Tenía que hablar con alguien muy seriamente. Alguien de la misma Casa que aquella chiquilla.

Y Layla sabía de sobra dónde encontrarla.

***

Ronnie entró por la puerta del barracón sacudiéndose con fuerza la nieve que empapaba sus botas negras. En Madrid apenas habían caído cuatro copos;

pero claro, allí, a casi mil metros de altitud sobre el nivel del mar y con aquel frío polar de diciembre, lo raro era que no nevase un par de veces o tres durante el invierno.

Con cuidado, se acomodó la guitarra al hombro y se encaminó a su habitación, pero una sombra se interpuso en su camino. Ronnie se sobresaltó al principio, pero enseguida se relajó y una sonrisa seductora afloró a sus labios en cuanto vio de quién se trataba.

—Buenas, señorita —la saludó con su particular forma de marcar las "erres" al tiempo que se aproximaba. La joven se quedó apoyada en la pared, con los brazos cruzados—. ¿No deberías estar arreglándote? Esta noche hay una fiesta importante.

Pero Irene no parecía muy entusiasmada con la idea, lo que demostró poniendo los ojos en blanco.

—Sí, ver a mis padres y celebrar con ellos y mis tíos mi quince cumpleaños… Qué planazo… —rezongó—. Por cierto, ¿qué tal te ha ido con ellos?

Ronnie soltó una risita confiada.

—Creo que les ha encantado… Como a ti —ronroneó a escasos centímetros de su rostro.

Irene sonrió con chulería y le siguió el juego. Se moría por ganar aquel botín…

Pero alguien no estaba de acuerdo y así lo demostró el grito procedente del fondo del corredor.

—¡¡TÚ!!

Irene y Ronnie se separaron con brusquedad, al tiempo que Ruth se aproximaba a grandes zancadas. Cuando llegó a su altura, antes de que la pareja pudiese reaccionar, la rubia joven agarró a su prima por los hombros y la empujó violentamente contra la pared.

—¡Maldita hija del Inframundo! —aulló—. ¡Aléjate de él!

—¡Ruth, para, por favor! —suplicó Ronnie, alarmado, mientras tiraba de ella hacia atrás.

Pero la muchacha se zafó con brusquedad y le dirigió una mirada de odio intenso.

—Tú no te metas…

—Pero, ¿se puede saber qué te pasa? —quiso saber él, molesto, y acto seguido se volvió hacia Irene, que se frotaba los hombros doloridos sin perder de vista a su prima…

Y rival por la atención de aquel bombón de cabello castaño claro casi rubio y ojos claros como el cristal. El halo dorado que rodeaba sus pupilas lo hacía

aún más deseable y, por ello, ninguna de las dos jóvenes se había podido resistir a su encanto desde que pisó la Escuela por primera vez, tres meses antes. Un estudiante de intercambio noruego que probablemente se marcharía tres meses después. Y antes de eso, una de las dos lograría estar con él. Era su único objetivo. El de ambas.

Ruth alzó la barbilla con desafío cuando el joven preguntó.

—¿Acaso quieres estar con esa vaga pretenciosa que se dedica a seducir a todo miembro viril de esta institución? —rechinó con veneno en la voz mientras volvía la mirada hacia Irene.

Esta, por su parte, no iba a quedarse callada. Y tenía la baza perfecta en la mano por lo que, mientras se erguía y se aproximaba descaradamente a Ronnie, repuso:

—Ajá, ya veo… Así que, Ronnie… ¿Te habías decidido por este bicho raro, alguien que no es capaz ni siquiera de saber cuáles son los poderes de su Casa? —Ruth sintió como si un cuchillo se clavase en su corazón ante aquellas palabras. ¿Cómo lo sabía? Pero su prima no pensaba detenerse ahí—. ¿Alguien que quiere tenernos a todos engañados, haciéndonos pensar que es una Hija de Mercurio… cuando en realidad su protector es Urano? —y al ver la mirada de alarma que le lanzaba Ruth, Irene se decidió a dar el remate final —. ¿Qué pasa Ruth? Aquí las noticias vuelan —se acercó a ella y la acorraló contra la ventana sin que la muchacha, dos años mayor pero de su misma estatura, pudiese evitarlo—. Solo eres una alienígena.

Ruth sentía que no podía aguantarlo más. Estaba claro que Ronnie ya había escogido y las palabras de Irene solo reforzarían su amor por ella. Ruth se sentía, tal y como había dicho Irene, un bicho raro. Alguien que no pertenecía a aquel lugar.

Así que, con lágrimas en los ojos, empujó de nuevo a su prima para librarse de ella y acto seguido salió corriendo del barracón.

En cuanto desapareció de la vista, una satisfecha Irene se volvió sonriendo hacia Ronnie, dispuesta a retomar el flirteo donde lo había dejado. Pero se quedó helada al ver la mueca de desprecio que le dirigía él.

—¿Qué pasa? —quiso saber ella, quizá con más rudeza de la necesaria—. Te he librado de esa pelma… ¿Por qué me miras así?

Irene empezaba a preocuparse por la actitud del chico. Permanecía quieto como una estatua, con sus ojos azules y dorados clavados en ella. Pero en cuanto le hizo la última pregunta, él avanzó en su dirección. La muchacha retrocedió instintivamente antes de que su espalda chocase sonoramente contra la pared. Entre dos enamorados, aquello podría haber parecido un juego íntimo, pero la mirada de Ronnie distaba de ser amistosa, no digamos ya amorosa.

Cuando se detuvo frente a ella, con los labios a apenas dos centímetros de

los suyos, Irene reprimió un escalofrío.

—No tienes vergüenza —le espetó él entonces con una rabia que heló la sangre de la joven.

—¿Qué…? ¿Qué quieres decir? —susurró ella, confundida.

El rostro de Ronnie se tensó apenas un instante antes de que el joven se apartase de ella, sin dejar de mirarla fijamente a los ojos.

—La familia, sea por el motivo que sea, no debe ser nunca motivo de humillación —vocalizó este con frialdad—. Francamente, Irene, te hacía de otra pasta.

Y ante el estupor de la muchacha, el objeto de sus desvelos le dio la espalda y desapareció en el interior de su habitación dando un portazo.

Te desafío

Ruth salió del barracón con los ojos inundados de lágrimas. En cuanto lo hizo, una ráfaga de viento helado casi logra tumbarla, pero la desolada muchacha no sentía el frío. No notaba las botas empapadas ni percibía el vendaval que se había desencadenado a su alrededor. Solo necesitaba un refugio donde dar rienda suelta a su amargura. Y su habitación no le servía por motivos evidentes.

El cielo estaba encapotado y las nubes se arremolinaban cada vez más, amenazando con descargar una nueva tormenta de nieve para aquella noche. Ruth ni siquiera se paró a pensar en tratar de detenerla. Probablemente, ni siquiera hubiese podido hacerlo en su estado. El estómago se le encogía a medida que los pensamientos negativos iban cayendo como bombas sobre su conciencia. “No soy una Hija de Mercurio. Me han engañado todo este tiempo. No puedo serlo y, si no, algo no cuadra. No soy una buena bruja”, sollozó para sus adentros. “Y, además, Ronnie me desprecia. Soy una vergüenza”.

El viento arreciaba cada vez más fuerte y Ruth pensó durante un instante en dejarse caer en la nieve y olvidarse de todo. Pero, como por arte de magia, la puerta de los establos apareció de golpe frente a ella. Y la muchacha se metió en el interior sin dudarlo un segundo, cerrando tras de sí con fuerza.

***

Irene no estaba segura de cuánto tiempo había pasado sentada en aquel frío pasillo. En cuanto Ronnie se había ido, las rodillas le habían fallado y había caído sentada en el suelo, contra la pared. Pero, por algún extraño motivo, ni lloraba ni tenía ganas de levantarse. Se encontraba totalmente paralizada, sin saber a ciencia cierta qué acababa de suceder unos minutos antes.

—¿Cómo es posible? —se preguntó en voz baja—. ¿Cómo es posible?

Ruth y ella llevaban peleando por aquel muchacho desde que había llegado. Su educación, su elegancia y aquella forma de tocar la guitarra habían encandilado por completo a las dos primas. Lo cual, a su vez, les había convertido en enemigas mortales.

Cierto era que nunca se habían llevado muy bien: Ruth era dos años mayor, elegante, presumida y tenía mil amigos en la Escuela. Sin embargo, Irene siempre había tenido un carácter más… peculiar. Dentro de que era bastante sociable, la ironía y el sarcasmo parecían rasgos inherentes a ella cada vez que abría la boca; lo cual, la mayoría de las veces, conducía a que la gente se diese la vuelta unos segundos después de haber entablado conversación. Todos… salvo Víctor.

Irene cerró los ojos con fuerza. Eso sí que era algo que todavía le costaba asumir. Cierto que su primo había tratado de disimular todo lo posible cada vez que se encontraba con ella, pero Irene no era tonta. Sabía perfectamente lo que él sentía. Y cierto que era un chico majo a pesar de ser tan escuchimizado, pero… ¡Por los Dioses! ¡Que eran primos! La muchacha sacudió la cabeza para tratar de sacárselo de la mente. Se le pasaría algún día, seguro. Y ella procuraría asegurarse de ello.

Sus pensamientos volvieron enseguida a Ronnie, a la vez que una mueca angustiada cruzaba por su rostro. ¿Qué iba a hacer? Miró la puerta del dormitorio de este, siendo dolorosamente consciente de que la compartía con Víctor… ¡Otra vez! "¡Deja a Víctor fuera de la ecuación, mujer!", se recriminó. El joven noruego no querría verla, razonó a continuación. No después de lo que le había dicho. Pero, sin embargo…

La luz se encendió en su mente a la velocidad del rayo. ¡Claro, eso era! Tenía que disculparse con Ruth. Cierto que no le hacía demasiada gracia, pero si conseguía hacer las paces con ella y admitir su error, podía ser que Ronnie se volviese a fijar en ella y se diese cuenta de que era una buena persona. La candidata perfecta para compartir a su lado los tres meses que le quedaban en la Escuela… O más.

Con una sonrisa animada que le cambió la cara en una milésima de segundo, Irene se incorporó de un salto, entró a su cuarto a la carrera y cogió la cazadora. Acto seguido, se dirigió a grandes zancadas hacia la salida del barracón. Su corazón latía entre la excitación de reconciliarse con Ronnie y la desgana de hacerlo con su prima. Para lo cual, antes tenía que encontrarla, comprobó al salir y ver la cantidad de nieve que lo cubría todo hasta donde alcanzaba la vista. ¿Dónde…?

Una serie de huellas casi borradas por el vendaval le dio la pista que necesitaba seguir. Lentamente, Irene se encaminó hacia lo que se le antojaba el trago más amargo de su vida. "El que algo quiere, algo le cuesta", se recordó antes de alzar la mano hacia el picaporte metálico de los establos. Estaba congelado, pero Irene apenas se percató de ello mientras empujaba la pesada puerta de madera remachada.

En el interior, una ráfaga de aire caliente con olor a caballo la recibió con fuerza e Irene se dejó imbuir de aquel aroma. A cualquier otro le parecería de lo más desagradable. pero para ella era como un recuerdo lejano. Algo que ya

se ha desdibujado en la mente, pero te hace sentir bien solo con pensar en ello. Sin embargo, su deleite se transformó en un nudo en el estómago cuando vio la figura que se incorporaba unos metros más allá junto a la puerta de uno de los boxes. Sus ojos oscuros brillaban bajo la luz de las antorchas mágicas que, dispersas aquí y allá, alumbraban la estancia. Aunque la estructura del edificio era de madera, aquellas luces no tenían llama como tal, por lo que permitían iluminar el recinto sin riesgo de incendio. En cuanto cerró tras de sí, Irene dio un par de pasos cautelosos hacia su prima.

—Hola, Ruth.

La interpelada entrecerró los párpados.

—¿Qué haces tú aquí? —resopló con evidente enfado.

Irene alzó las manos en señal conciliadora, a pesar de que una parte de su cerebro le sugería darle un puñetazo en toda la nariz a aquella presuntuosa por haber querido arrebatarle a su amado. Apretando los dientes, la joven pelirroja trató de serenarse.

—He venido a pedirte perdón —expuso lentamente—. No he debido tratarte así delante de Ronnie.

Ruth se la quedó mirando, perpleja. Irene imaginaba que, jamás en la vida, su prima hubiese esperado aquello. Y ella lo único que deseaba era que pasase lo antes posible para ir a contárselo a Ronnie. Pero la risotada seca que soltó su prima unos segundos después la convenció igual que un jarro de agua fría de que, hiciera lo que hiciese, su objetivo no se cumpliría tan fácilmente.

—¿Qué pasa? —se enfadó Irene—. He venido a disculparme, no sé de qué te ríes.

Ruth le dirigió entonces media sonrisa de suficiencia.

—Querida Irene —susurró con falsa candidez—, eres como un libro abierto. ¿No te lo han dicho nunca?

Y, de pronto, la muchacha pelirroja cayó en la cuenta. Su prima era una Hija de Mercurio. Claro que lo era… “Serás idiota”, pensó mientras un sudor frío bajaba por su espalda.

Ruth, por su parte, ensanchó su sonrisa hasta casi convertirla en una mueca malévola.

—Tus pensamientos se escucharían hasta en Madrid, querida prima —siseó la chica rubia mientras se acercaba a la aludida con aire triunfal—. No vienes a pedirme perdón… Vienes a pretender que Ronnie piense que eres una santa, para que así te meta en su cama. Pero no eres más que una mocosa que cree suyo todo lo que ve, toca, ¡y pisa!

Ruth se había ido acercando progresivamente a su prima con cada palabra que daba, paso a paso, hasta llegar a su altura. Y con la última frase, echó mano al colgante que Irene llevaba siempre al cuello —un pentáculo de oro

regalo de su madre— y tiró con fuerza del mismo, lanzándolo lejos. Con aquello pretendía dar rienda suelta físicamente a su frustración y, de paso, fastidiar a la pelirroja. Sabía que no era capaz de vivir sin aquel colgante, no se lo quitaba nunca.

Por supuesto, Irene se echó una mano instintivamente a la garganta en cuanto sintió la falta del metal, sorprendida y a la vez furiosa. Pero Ruth pareció conforme con su reacción, porque se apartó unos centímetros antes de espetarle:

—Ronnie es mío. Que te quede claro… Mocosa.

La otra muchacha se quedó quieta como una estatua mientras su prima se retiraba y se daba la vuelta para alejarse por el pasillo que se abría entre las cuadras. Pero se percató en un instante de que ya no sentía miedo… sino algo muy distinto. Lentamente, notaba que a cada paso que daba su prima, su ira crecía. Nunca había soportado que Ruth la hiciese de menos por ser mayor con aquel apelativo… "Mocosa". Y ahora pretendía quitarle a la única persona que parecía prestarle verdadera atención en aquella Escuela. Pues no lo iba a conseguir. Por los poderes del mismísimo Júpiter que atesoraba en su interior que no iba a ser así.

—Ruth… —la llamó en un susurro.

Su prima se detuvo al escucharlo y se volvió, intrigada. Algo había cambiado en la actitud de Irene, lo percibía, pero no estaba segura de qué era y aquello le dio muy mala espina; aún más cuando vio que su prima alzaba las manos en su dirección y un brillo azulado empezaba a rodear sus dedos. La joven rubia comenzó a sudar sin pretenderlo. Tenía que salir de allí. Irene la atacaría sin dudar y más después de todo lo que había sucedido aquella tarde. Los rayos empezaban a entrelazar los dedos de las manos de Irene, brillando cada vez más y chisporroteando desagradablemente.

—Irene, por favor —suplicó Ruth, súbitamente aterrada—. Por favor…

Sin embargo, a su prima se le había terminado la paciencia.

—No me dejas otra opción —masculló mientras liberaba la bola de energía que había creado.

Ruth, por su parte, reaccionó instintivamente. Cerró los ojos, alzó las manos y murmuró un conjuro protector que se alzó ante ella en un segundo. Pero el impacto nunca llegó a su destino.

Sino que el establo entero estalló en llamas en un segundo.

Ruth alzó la vista, sorprendida al notar el intenso calor, pero a tiempo para saltar y apartarse de una viga que caía sobre su posición en ese instante. Sin embargo, al hacerlo se golpeó la cabeza contra la madera de una puerta cercana que algún imprudente había dejado abierta, perdiendo el conocimiento. Por ello, en ningún momento escuchó los relinchos asustados de los animales… ni los gritos desesperados de la única causante de aquel

desastre.

La cual, en cuanto vio caer a su prima al suelo corrió hacia ella e intentó despertarla, olvidado ya todo rencor, sin perder de vista en ningún momento el tejado en llamas que amenazaba con venirse abajo de un momento a otro.

La pantalla parpadeó un instante, indicando que había llegado un mensaje nuevo. Andrea Linares frunció el ceño y se preguntó quién podía ser en aquellas fechas. "¿Una felicitación de Yule[1]? No creo"; pensó con ironía, al menos, no si la bandeja de entrada era la del dispositivo de rastreo y no la de su teléfono mágico personal.

Con desgana, dejó de nuevo la capa sobre el respaldo de la silla y golpeó suavemente el holograma con la punta del dedo índice de la mano izquierda. Al instante, una cabeza morena de cabello corto pero femenino, apareció sobre la superficie y recitó su mensaje.

"Hola, Andie. Soy Anya. Los susurros de la selva continúan flotando sobre los mandriles. Pronto se abrirá el claro. Que los Dioses te protejan".

El mensaje terminó, y la Hija de Mercurio gruñó con irritación mientras se guardaba el dispositivo en un bolsillo. Los informes en clave de Anya nunca habían sido muy precisos, pero últimamente parecía que los había mirado un tuerto.

Cada zona geográfica de la Tierra constaba, para los diferentes grupos de espionaje de Hijos de Mercurio distribuidos a lo largo y ancho del mundo, con un nombre en clave correspondiente a una especie de simio o pro-simio; ya que el animal totémico de la Casa era el mono, así resultaba más sencillo. Y cada equipo, por lo general, contaba con unas claves indescifrables para el resto. Aunque si se trataba de investigar a otros grupos de Mercurio, la cosa se complicaba. Y aquello era exactamente lo que a Andie le preocupaba en ese momento.

El sonido de una puerta abriéndose despacio a sus espaldas desvió sus pensamientos como un acto reflejo hacia su inesperada visita, pero se relajó en cuanto adivinó quién era.

—No traes buena cara —opinó sin volverse.

Layla Morales, por su parte, hizo caso omiso del comentario y se apoyó en el borde de la mesa de búsqueda, una enorme estructura metálica plagada de pantallas holográficas e iconos a cada cual más diverso. En el centro de la misma se desplegaba un mapamundi de casi tres por dos metros, sobre el cual aún parpadeaban algunos puntos: las "zonas calientes" del planeta sobre las que la Escuela tenía especial interés por algún motivo. Pero Layla prefería interesarse por esos temas en las reuniones del Consejo; ahora tenía algo más importante que comentar con su compañera.

—Tú tampoco la traerías si hubieras visto lo mismo que yo —murmuró con la mirada perdida en el fondo de la sala.

Andie volvió la cabeza de inmediato e intentó captar su mirada sin éxito. Resoplando, se dio por vencida.

—¿Ruth? —intuyó.

No le gustaba entrar en la mente de sus compañeras de Consejo, pero a veces, era un hábito que no podía reprimir. Suerte que Layla lo conocía y sabía esquivarlo. Sin embargo, Andie había dado en la diana sin esfuerzo; a un Hijo de Mercurio no le solía hacer falta ver para oír… aunque la información no fuese tan completa en el segundo caso.

—¿Qué ha pasado? —presionó un poco más.

Layla meneó la cabeza, insegura.

—Ruth es de tu Casa. En eso estamos de acuerdo, ¿verdad? —Andie hizo un vago asentimiento, animándola a proseguir. Su compañera inspiró profundamente—. Bueno, pues explícame cómo consigue hacer conjuros de otras Casas sin despeinarse.

—¿La tuya en concreto? —preguntó Andie con cierta sorna.

—Sí —repuso Layla con enfado—. Y no tiene ninguna gracia.

La otra bruja suspiró y desvió la mirada.

—No, tienes razón, no la tiene —admitió—. Pero todos sabemos de quién es hija…

—Andie, dejó de tener esos poderes hace mucho tiempo… —adujo Layla —. Y hasta ahora no me había preocupado porque… Bueno, nunca se había salido del molde —la bruja tragó saliva y concluyó en un susurro ligeramente asustado—. No sé si me explico…

—Lo sé, Lay —repuso la otra mujer con calma—. Pero reitero que, siendo quienes son sus padres, ya sabíamos que sus poderes no iban a ser… Exactamente los esperados.

Layla arqueó una ceja escéptica.

—No hay teoría que respalde eso —alegó con cierta frialdad.

La Hija de Mercurio se volvió hacia ella.

—Quizá aún no —contestó sin pestañear—. Pero tampoco se han dado muchos casos hasta ahora como el que se nos plantea… ¿No crees?

La bruja de Urano supo que Andie había dado totalmente en el blanco, y se desinfló. No tenía argumentos para rebatírselo, pero eso no hacía que disminuyera su preocupación. Su compañera volvió a fijar la vista en el mapa que tenía delante; trataba de disimular, pero una mueca pensativa contraía su rostro, al igual que el de Layla.

—¿Y qué hacemos? —preguntó esta, al cabo de unos minutos.

Andie la miró entonces a los ojos y la Hija de Urano no se resistió, sabiendo lo que su compañera pretendía. Tras observar sus recuerdos durante unos minutos —más brillantes y coloridos de lo normal debido a las intensas emociones que llevaban asociadas por parte de su portadora—, la maestra Linares apartó la vista, parpadeó un par de veces para readaptar sus ojos a la penumbra de la sala y se quedó unos instantes mirando al vacío con expresión dubitativa. Layla cambiaba el peso nerviosamente de un pie a otro, pero dio un respingo cuando su compañera volvió a hablar.

—Creo que lo mejor, por ahora, es no hacer nada —dictaminó Andie y, cuando vio que Layla se tensaba visiblemente, aclaró—: Al menos, no es algo que debamos hacer nosotros. ¿No te parece?

En ese instante, la puerta se abrió violentamente, y un hombre alto y delgado como un junco se asomó rápidamente, desviando su atención completamente de aquel espinoso asunto. El recién llegado por su parte, al comprobar quiénes estaban allí, soltó una ligera maldición no exenta de alivio.

—¡Menos mal que os encuentro! —resopló—. ¡No sabéis la paliza que acabo de darme recorriendo toda la Escuela…!

Andie se giró para encaminarse hacia él.

—Jorge, ¿estás bien? —preguntó, preocupada.

El recién llegado se mesó el pelo corto rizado y pelirrojo oscuro, con cierto nerviosismo, antes de responder.

—Lo sabrás en cuanto veas lo que está pasando —repuso, y acto seguido la tomó del brazo y tiró de ella con fuerza. Andie protestó e intentó zafarse—. ¡Vamos!

Al comprobar la urgencia en los ojos verdes de su compañero, la Hija de Mercurio dejó ipso facto de resistirse y corrió tras él. Oyó también cómo Layla cerraba la puerta de la sala de espionaje tras de sí y los seguía a buen paso. Las dos brujas iban con el corazón en un puño, preocupadas por aquella súbita urgencia; pero cuando salieron a la explanada frente a la mansión principal y vieron el fuego que se alzaba detrás de las cabañas más cercanas a su izquierda, lo entendieron.

A punto estaban de seguir corriendo cuando vieron que otras sombras salían de un coche, que acababa de aparcar en una zona despejada de nieve, antes de lanzarse en la misma dirección. Layla resopló de alivio cuando vio una cabellera rubia volar ante sus ojos y se apresuró a levitar para llegar a su altura. Sandra se detuvo a unos metros escasos de los establos en llamas.

—Hola, Lay —la saludó—. Cuánto tiempo.

***

Irene gritó y saltó instintivamente cuando un fragmento de madera ardiente cayó a apenas un metro de donde ella estaba. Su espalda dio contra la puerta

de uno de los establos, que en ese momento estaba siendo fuertemente aporreada por su inquilino. Los relinchos histéricos se oían cada vez a mayor volumen e Irene estaba temiendo el momento en que alguno de los animales consiguiese echar la puerta de su cubículo abajo. Un caballo desbocado en un recinto cerrado e incendiado era una garantía de muerte. Para él… y para ella.

La muchacha miró con desesperación hacia la puerta principal del edificio. Nada más producirse la explosión, varios fragmentos de viga habían caído frente a la misma, bloqueándola. Y las paredes eran más recias de lo que Irene, en su estado de nerviosismo, era capaz de derribar. Tampoco ayudaba el hecho de que Ruth hubiese perdido el conocimiento ni que los conjuros anti-incendios dispuestos alrededor de los establos no estuviesen preparados para un incendio de aquella magnitud, sino de incidentes a pequeña escala y más graduales…

Así que allí estaba la joven pelirroja, tratando de despertar a su prima y angustiándose cada vez más. Primero, porque no veía la salida de aquel atolladero. Y segundo, pero no por ello menos importante…

Porque no tenía la menor idea de cómo había conseguido meterse en él.

***

El corazón de Cora se puso a mil por hora cuando escuchó el grito procedente del establo en llamas. Hubiese reconocido aquella voz en cualquier parte y la palidez que se apoderó del rostro de Sandra en un instante, sumada a la mirada de urgencia que le dirigió acto seguido, borró todo rastro de duda en la mente de la mujer de Fuego. Sin apenas pensar en lo que hacía, corrió por la nieve derritiéndola inconscientemente a su paso, hacia el edificio que amenazaba con derrumbarse de un momento a otro. Cuando llegó, alzó la vista tratando de visualizar la dirección del fuego para así absorberlo. Sabía que no sería un proceso agradable, debido sobre todo a la gran cantidad de llamas que tendría que atraer, pero no le quedaba más remedio si quería salvar a Irene.

Sin embargo, en el momento en que localizó el punto más débil del incendio y cerró los ojos para concentrarse, unos brazos fuertes la tomaron de la cintura y la apartaron de allí. Cora maldijo y abrió los ojos en cuanto tocó el suelo de nuevo, pero su expresión se tornó en incredulidad cuando vio a Marco en la posición que ella había ocupado unos segundos antes. Sus iris claros parecían decir: “confía en mí”. Y, tras un milisegundo de duda, su esposa asintió con la cabeza, pero se colocó igualmente junto a él. Marco arqueó una ceja, a la vez que fruncía los labios con preocupación. Cora le devolvió una mirada desafiante.

—Sé lo que estás pensando —siseó a toda prisa—. Pero créeme, no te vendrá mal una mano si no quieres que toda la estructura se derrumbe.

El rostro de Marco se relajó al instante. Sabía que Cora tenía razón. Así

pues, los dos se separaron un par de metros, cerraron los ojos y alzaron los brazos. El tiempo corría en su contra.

***

—¿Irene? —susurró una voz bajo los rizos pelirrojos—. ¿Eres tú?

La interpelada alzó la cabeza, aliviada de que su prima por fin hubiese despertado. Las lágrimas salían de sus ojos, pero se evaporaban rápidamente a causa del intenso calor. De hecho, la muchacha no estaba segura de si lloraba de alivio, de desesperación o a causa del humo. En efecto, lo primero que hizo Ruth al incorporarse fue toser, antes de mirar a su alrededor con expresión horrorizada.

—¡¿Qué…?! —exclamó, volviéndose hacia su prima.

Pero esta negó rápidamente con la cabeza.

—¡¡No lo sé!! —aulló, presa del pánico—. ¡No sé qué ha pasado! ¡Pero tampoco sé cómo detenerlo!

Ruth sacudió la cabeza, incrédula.

—¿Cómo es posible? ¡Eres de una Casa de Fuego! —le espetó, histérica.

—¡Lo sé! —repuso la otra en el mismo tono—. ¡Pero nunca me había enfrentado a algo así! ¿Te enteras?

Ruth meneó de nuevo su rubia cabellera, y enterró la cara entre las manos, sollozando.

—¡Vamos a morir! —exclamó.

Irene apretó los dientes. A veces Ruth podía ser tan mártir…

—¡No vamos a morir, cabeza hueca! —le gritó a su prima. La verdad es que no estaba nada convencida de ello, pero lo último que debían hacer era mostrarse derrotistas—. Conseguiremos…

Pero un ruido sordo procedente del fondo de la estancia la hizo enmudecer de golpe y adivinó que el temido momento había llegado al ver una preocupante sombra proyectarse sobre la pared. En efecto, una de las yeguas, una enorme percherona de capa alazana, recibió en ese instante una llamarada en la grupa que la hizo alzarse de manos y machacar, de una vez por todas, la maltrecha madera de la puerta que la retenía.

Al verlo, la joven pelirroja tiró de su prima hacia arriba sin pensar y corrió hacia el rincón más alejado del enloquecido animal, el cual brincaba y manoteaba en el aire como si estuviese poseído. Una de las esquinas más cercanas a la puerta parecía segura y las dos muchachas se dirigieron hacia allí sin dudar. Rápidamente, se hicieron un ovillo en el preciso instante en que la yegua saltaba sobre la misma viga que ellas acababan de dejar atrás.

La salida estaba bloqueada, pero el enorme animal no se percató de ello a

tiempo, sino que embistió la pared con todas sus fuerzas, haciendo crujir toda la estructura del establo. Las muchachas saltaron de nuevo en el preciso instante en que la madera empezaba a desmoronarse sobre sus cabezas, al ser repentinamente conscientes de que iban a morir calcinadas, puesto que la ansiada salida aún estaba muy lejos. Pero las llamas nunca llegaron.

Todo sucedió muy rápido. Irene alzó las manos para protegerse, pero el único impacto que recibió en ellas fue el de una serie de fragmentos de madera ennegrecida… Y húmeda.

La muchacha abrió lentamente los ojos. "¿Qué diantres…?"

Pero no tuvo tiempo de pensarlo puesto que, un instante después, su mirada se posó en alguien que permanecía en pie justo al otro lado de los escombros. Dos figuras jadeantes que las observaban y, en una décima de segundo, echaron a correr y llegaron a su altura. E Irene apenas fue consciente de que las lágrimas corrían por sus mejillas cuando se acurrucó contra el pecho del hombre rubio que la rodeaba con sus brazos.

—Papá… —sollozó antes de notar cómo todo le daba vueltas y perdía el conocimiento.

---

[1] Festividad de origen nórdico celebrada el 21 de diciembre, solsticio de invierno. Para Los Hijos de los Dioses es una de las ocho festividades más importantes del calendario.

Un mal trago

Irene se despertó notando la cabeza como un volcán a punto de estallar. Tenía la boca seca y a su alrededor todo era oscuridad. Asustada, abrió los ojos de golpe y se incorporó rápidamente, pero unas manos solícitas se posaron de inmediato en sus hombros y la frenaron.

—Eh, eh… —dijo una voz de hombre que la joven conocía muy bien—. Irene, tranquila. Estoy aquí…

La muchacha giró la cabeza en su dirección, enfocándolo lentamente, para acto seguido lanzar los brazos a su cuello.

—¡Oh, papá! —sollozó.

Marco la rodeó a su vez en un cariñoso abrazo, antes de apartarse y tumbarla de nuevo en la cama con infinita delicadeza. Su hija se dejó hacer sin dejar de mirarlo mientras él encendía la lamparita de la mesilla de noche. En ese instante, sus miradas se cruzaron con toda su intensidad: hielo contra océano. Y Marco reprimió un escalofrío antes de preguntarle a su hija en voz baja:

—¿Cómo estás?

Había procurado que no le temblase la voz, que nada en su tono revelara toda la profundidad de su preocupación, pero Irene no pareció percibirlo; en cambio, se encogió por toda respuesta, entre avergonzada y aplastada por los recuerdos. Su padre la contempló en silencio, dándole el tiempo que sabía que necesitaba… que los dos necesitaban.

—¿Qué ha pasado? —inquirió ella al cabo de unos segundos, alzando de nuevo la vista hacia su progenitor—. ¿Cómo está Ruth?

Marco suspiró levemente. Hacía tiempo que sospechaba que aquel momento iba a llegar, pero no esperaba que fuese tan pronto. Así que, prudentemente, decidió eludir la pregunta.

—¿Qué recuerdas? —quiso saber, por otro lado.

Irene no pareció acusar la falta de respuesta cuando hizo una mueca indefinida que revelaba su inseguridad sobre lo que había sucedido.

—Todo, en realidad —musitó—. Pero… —su vista se empañó— no

entiendo qué pudo pasar. Es decir…

Abrumada, se tapó la cara con la almohada para ahogar un nuevo sollozo provocado por el nerviosismo, pero su padre le tomó una mano con cariño y la obligó a mirarle de nuevo.

—Eh, mi guerrera —la llamó, utilizando su apelativo favorito—, cuéntame qué pasó.

Irene respiró hondo, tratando de sofocar el llanto a duras penas, pero cuando por fin consiguió llegar a un estado de mayor o menor serenidad, le relató a su padre todo lo que había pasado, desde la discusión por Ronnie hasta el momento en que sus padres habían llegado. O al menos lo que recordaba, porque en el instante en que vio el objeto dorado que brillaba entre las manos nerviosas de su padre, sus ojos se abrieron como platos y lanzó una mano en esa dirección.

—¡Mi pentáculo! —exclamó. Marco pareció ser consciente entonces de lo que tenía entre las manos; pero no se lo alargó a su hija, sino que ante su sorpresa, lo alejó lo suficiente para que ella no lo alcanzara. Incrédula, Irene alzó una mirada furibunda hacia él—. ¿Qué haces? ¡Devuélvemelo!

Marco sintió un escalofrío al contemplar a su hija en ese estado, puesto que le recordaba a otra persona con la que Irene compartía sangre y familia. Su madre. Pero optó por no dejarse amedrentar.

—No —repuso con calma.

Irene se quedó boquiabierta.

—¿Cómo que no? ¡Pero si es mío! —gritó, tratando de alcanzarlo de nuevo.

—¡No, no lo es! —se le encaró entonces su padre, alzando la voz.

La muchacha se quedó petrificada ante aquella respuesta y retrocedió instintivamente de nuevo hacia el cabecero de la cama, pero no apartó la mirada de Marco ni un instante.

—¿Cómo…? —preguntó con los dientes apretados—. Tengo ese colgante desde que alcanza mi memoria… ¿De qué estás hablando, papá?

La última frase de la muchacha apenas fue un susurro entre asustado e incrédulo. Marco pareció ver entonces que se había pasado de la raya, porque su rostro se relajó y bajó la vista hacia sus manos. Pero en el instante en que iba a abrir la boca una voz se alzó a su espalda, contestando por él.

—Tiene razón, Irene —la figura de Cora se alzaba en el umbral de la puerta del dormitorio—. En realidad, ese colgante sigue siendo mío.

La joven alzó la vista hacia su madre con el rostro desencajado. ¿Qué estaba sucediendo? Pero la mirada de la mujer adulta en ese instante daba tanto miedo que su hija no se atrevió a manifestar sus dudas en voz alta. Sin embargo, su padre se giró en ese instante para mirar a su esposa y esta asintió

lentamente, antes de murmurar:

—Es la hora —acto seguido, volviéndose hacia su hija añadió—. Tenemos que hablar.

***

El enorme salón de reuniones apenas había cambiado en aquellos quince años. Los mismos sofás, la chimenea de madera blanca tallada, las alfombras persas y las mesas donde se apilaban documentos entre los jarrones plagados de flores. Zoe y Óscar habían mantenido un estilo austero, pero siempre recordando aquel con el que se habían criado en Madrid y Salem, respectivamente. Sandra apretó los labios al sentir cómo la nostalgia se abatía sobre ella. ¿Qué habría sido de aquellas ruinas entre las cuales, hacía tanto tiempo, una mujer de ojos azules como el cielo y cabello casi albino les había revelado lo que eran?

En ese instante, Ray se sentó junto a ella en el sofá y le tomó una mano a la vez que mantenía vigilados por el rabillo del ojo a los dos adolescentes que les acompañaban. Víctor miraba por la ventana con aire algo ausente, aunque sus puños apretados y su rodilla moviéndose con impaciencia demostraban que el muchacho distaba mucho de estar tranquilo. Ruth, por su parte, se mantenía acurrucada entre los pliegues de un orejero de color crudo, con la mirada perdida entre las muescas de la puerta de doble hoja que llevaba al recibidor de la mansión. Ray tragó saliva con fuerza al verla. Se parecía tanto a Sandra a su edad… Salvo por los ojos oscuros, claro. Su propia herencia.

En ese instante, la puerta del salón se abrió, y seis figuras de estaturas dispares cruzaron el umbral, cerrando tras ellas. Dos altas, un hombre rubio y una muchacha pelirroja de unos quince años; dos mujeres que apenas les llegaban por encima del hombro, una con el pelo caoba cayéndole sobre los hombros y la otra morena de cabello largo y fino; y, por último, un mago y una bruja de rasgos morenos y cabello oscuro. Ante su aparición, los dos adultos presentes se levantaron rápidamente. Víctor se giró y se apartó unos pasos de la ventana en dirección al centro de la habitación. Ruth, por su parte, alzó la cabeza a la vez que apoyaba los pies en el suelo, pero no se movió del asiento. Los recién llegados se aproximaron para acomodarse en los dos sofás más grandes.

Marco y Cora se sentaron en uno de ellos junto a Sandra y Ray, mientras que los tres Hijos de los Dioses presentes hacían lo propio en el asiento contiguo. Irene se sentó en el reposabrazos, junto a su madre, mientras que Víctor se apoyó junto al respaldo del butacón que ocupaba su hermana, con los ojos grises fijos en los directores de la Escuela.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó sin ambages.

Óscar Suárez, director de la Escuela desde hacía casi diecisiete años, alzó la cabeza con calma hacia él. Con casi cuarenta y cinco años, su perilla oscura

había empezado a encanecer tan solo un par de años antes y alguna arruga delineaba sus ojos, pero ni eso conseguía restarle un ápice de autoridad ni de severidad. Y Víctor casi se arrepintió de haber preguntado, pero trató de mantener la entereza.

—No creo que eso debas preguntárnoslo a nosotros —apuntó el hombre de piel morena con tranquilidad haciendo un gesto vago hacia sus acompañantes, antes de señalar hacia el otro sofá—, pero tal vez tus padres puedan responderte…

Víctor y Ruth giraron la cabeza lentamente hacia dónde les indicaban. Irene también bajó el mentón y, sin quererlo, el mismo pensamiento cruzó sus cerebros a la velocidad del rayo: y es que nunca en la vida habían visto a sus respectivos padres tan abatidos.

—Mamá —se atrevió a vocalizar Ruth, mirando a la aludida directamente —. ¿Qué está pasando?

Sandra intercambió una mirada rápida con sus tres compañeros. Había llegado el momento. Pero ante el mudo acuerdo que le ofrecieron sus rostros, tragó saliva con fuerza y volvió a encarar a su hija.

—Cielo —empezó con voz temblorosa—, hay algo que deberíamos haberos dicho hace mucho tiempo…

Dudó un instante sobre cómo seguir, pero Marco le tomó el relevo enseguida.

—Si no os lo contamos antes, fue porque creímos que era lo mejor para vosotros.

—Solo buscábamos daros una vida normal…

La voz de Cora se entrecortó un instante mientras vocalizaba la última palabra, pero Ray la rescató.

—Jamás pretendimos haceros daño. Espero que lo sepáis.

—Espera un momento… —lo interrumpió su hijo sin brusquedad, sacudiendo la cabeza—. No me estoy enterando de nada. ¿Qué es lo que deberíamos saber? —preguntó mirando alternativamente a Sandra y a Ray.

Entonces, sucedió algo que ninguno de los tres adolescentes esperaba. Sus padres suspiraron al unísono y volvieron a mirarse con indecisión. La tensión en el ambiente podía cortarse con un cuchillo e Irene fue la primera que empezó a ponerse más nerviosa por momentos.

—Pero, ¿se puede saber qué os pasa? —quiso saber y, cuando sus ojos se cruzaron con los de su madre, estalló sin poder contenerse—. ¡Por todos los Dioses, que me va a dar un infarto!

—Cariño —la cortó su padre sin brusquedad, aunque Irene vio extrañada como se estremecía intensamente—. Nada más lejos de nuestra intención. Es solo que… Bueno —el hombre se mesó los rizos rubios, inseguro—, no es

algo sencillo de explicar.

—Pero, ¿de qué se trata, tío? —preguntó Ruth, inquieta.

¿Qué podía ser tan complicado de expresar? Pero al ver la mirada triste que le dirigió Marco, la joven sintió cómo una garra involuntaria de hielo le atenazaba el corazón y no estuvo segura de querer saber qué era lo que tenían que decir. Solo que, en este caso, su padre decidió no demorarlo más.

—Marco no es tu tío, Ruth.

La muchacha abrió desmesuradamente sus ojos castaños, a la vez que su mandíbula caía sin remedio. Los rostros de Irene y Víctor habían adoptado expresiones parecidas, aunque la mente de la joven pelirroja se había ido directamente a Ronnie… ¿ya no se estaba peleando con su prima por él? Pero la voz de su tía —o no— la devolvió al presente con brusquedad.

—Ni yo tampoco —terció con calma—. En realidad, solo hay una cosa que nos une a los cuatro —respiró hondo al comprobar la expectación que desataban sus palabras y, apretando la mano de su marido con fuerza, confesó—. Somos los Cuatro Elementos.

¿Quién eres?

El silencio que se adueñó de la sala parecía digno de un funeral. La calma que precede a la tormenta. Durante unos segundos, los padres sostuvieron la mirada a sus hijos y viceversa, mientras que los Consejeros de la Escuela presentes observaban la escena con angustia evidente. Nadie sabía en qué podía desembocar aquello. Pero la voz de Irene al alzarse suave, pero a la vez afilada como un cuchillo, rompió aquella falta tranquilidad con la agudeza de un cristal roto:

—Entonces, el accidente de las cuadras…

Cora alzó la vista hacia ella con la culpabilidad pintada en el rostro.

—Sí —repuso en voz baja pero resuelta, sosteniéndole la mirada a su única hija—. Fuiste tú —entonces, la mujer bajó la vista hacia su regazo y abrió las manos. Irene contuvo un jadeo cuando el pentáculo dorado refulgió entre los dedos de su madre; Cora le devolvió una mirada infinitamente triste—. No quería que tuvieses que pasar por lo que yo pasé hasta que estuvieses preparada. No quería que sufrieras —su voz se entrecortó y solo el brazo tierno de Marco alrededor de su cintura consiguió darle la entereza para terminar—. Solo quise protegerte.

Irene estaba como en estado de shock, sin moverse, pero fue Víctor el que tomó la palabra.

—Pero, entonces… ¿nosotros tenemos vuestros poderes? Quiero decir… ¿Somos…?

—¿Mitad y mitad? —sonrió Sandra con cariño. Estaba feliz de que su hijo lo entendiese tan rápido, pero su rostro se ensombreció de inmediato al mirar a su hija mayor, al tiempo que procuraba contener el llanto a duras penas. Aquel recuerdo aún le dolía lo indecible, pero era lo que había—. Bueno, no exactamente.

Ruth se tensó como la cuerda de un violín bien afinado ante aquella frase. ¿Qué quería decir con ese “no exactamente”? Pero al alzar la vista hacia su hermano, lo entendió de golpe. Pero… ¿cómo era posible? Con la boca seca, volvió a mirar a sus padres, que se mantenían en tensión, esperando su reacción. Pero, ¿cómo reaccionar ante…?

—Yo no, ¿verdad? —preguntó con voz ronca—. Yo no soy así.

Ray se retorció las manos con nerviosismo.

—No, cariño —le confirmó.

—¿Por qué?

—Es largo de explicar…

—Tenemos tiempo —aseguró Víctor, desafiante. Y ante las miradas reprobatorias que recibió, aclaró sin amedrentarse—. Que hoy sea Yule y el cumpleaños de Irene puede esperar, creo yo.

La aludida se incorporó como un resorte. ¿Perdón? Ella no se iba a perder su fiesta por nada del mundo, aunque fuese solo familiar. Que supiera, casi todos sus compañeros habían vuelto ya a sus casas para celebrar las fiestas y sus padres siempre insistían en que aquellas celebraciones fuesen privadas. Pero ahora creía entender, dolorosamente, el porqué.

Sin embargo y para su decepción, todos parecían estar de acuerdo con su "ya-no-primo"; así que, ante la mirada severa de su madre, optó por morderse la lengua. Víctor, por su parte, trató de obviar el hecho de que había ofendido a la chica por la que tenía perdida la cabeza. Ahora que sabía que no eran primos, sus esperanzas habían renacido ligeramente, pero primero tenía que estar seguro de lo que estaba sucediendo. Y su padre parecía opinar lo mismo porque, tras un asentimiento que hablaba por los cuatro, les relató lo sucedido diecisiete y quince años antes, respectivamente.

Los tres adolescentes los escuchaban sin moverse, cautivados por la voz de la Tierra. Cuando terminó, todos, incluyendo los Hijos de los Dioses presentes, tuvieron que acordarse de volver a respirar. Claramente, Ray tenía ese curioso don de los Hijos de Venus para la narración y la negociación. Pero la voz de Ruth en dirección al sofá de los Consejeros fue lo que les sacó de su ensimismamiento.

—¿Tú lo sabías?

La pregunta iba dirigida a Layla Morales, sin protocolo ninguno pero clara y directa como un dardo lanzado hacia su corazón. La cual, tras un segundo de vacilación, asintió con pesar.

—Todos nosotros.

Ruth frunció los labios.

—Pero, no lo entiendo —objetó, extrañada—. Si no tengo los poderes de mi madre… ¿Cómo pude realizar el conjuro de Urano de esta tarde?

Layla se volvió hacia Sandra, cediéndole la oportunidad de responder. Cosa que la portadora del Aire hizo con toda la calma que fue capaz.

—Siempre has tenido algo de mí, Ruth —explicó, sin poder evitar que un deje de emoción se filtrase en sus palabras—. Y de tu padre. De tu Casa, ahora mismo, eres la bruja más poderosa que conozco.

La muchacha estaba tan sorprendida que ni siquiera se ruborizó por el halago. ¿Ella, la Hija del Aire y la Tierra, descarriada…? Sin quererlo, notó cómo sus hormonas adolescentes se rebelaban en su interior y, antes de que pudiera pensar en ello siquiera, soltó:

—Así que el destino se puso en mi contra para que estos dos se acostaran y parieran al Elegido, ¿me equivoco?

—¡Ruth! —le gritó su padre, escandalizado— ¿¡Cómo se te ocurre hablar así!?

—¿¡Qué!? —saltó Irene, apoyando a la otra muchacha—. ¿Acaso no es cierto?

Cora se quedó boquiabierta, pero un instante después estaba de pie frente a su hija con una mueca furibunda en el rostro.

—No te pases un pelo, jovencita. O sabrás lo que es bueno.

Pero Irene hizo algo que su madre no esperaba. Se levantó despacio, la encaró desde su estatura y, con una mueca de desprecio, siseó:

—Atrévete a hacerme algo, maldita embustera.

—¡Irene! ¡Basta! ¡No te atrevas a hablarle así a tu madre! —exclamó Marco, muy enfadado.

Ella, sin embargo, se limitó a dirigirle una mueca idéntica y, ante su estupor, se giró y salió del salón dando un portazo. Ruth la iba a seguir cuando su padre la retuvo por el brazo.

—¡Eh, jovencita! ¿Adónde crees que vas?

Su hija, por su parte, lo encaró con gesto desafiante al tiempo que se zafaba con violencia y una mueca casi asqueada en el rostro.

—¿A ti qué te importa? —susurró gélidamente, antes de seguir el ejemplo de su “prima”.

Y así, de pronto, el único adolescente que quedaba en la sala era Víctor, que no se había movido del sitio. Sin embargo, tras reponerse de aquella desagradable sorpresa, su madre tuvo la prudencia de avanzar únicamente un par de pasos cautelosos en su dirección. Cuando comprobó que la mirada de su hijo, idéntica a la suya, solo reflejaba una profunda tristeza mezclada con la confusión que suponía asimilar todo lo que le acababan de contar, mientras sus compañeros todavía trataban igualmente de digerir la situación, la señora del Aire se armó de valor y se aproximó despacio hasta llegar a apenas un paso de distancia de Víctor antes de, con cuidado, obligarlo a alzar el mentón con dulzura.

—Lo siento, cariño —susurró sinceramente.

Su hijo sonrió entonces con levedad, sorprendiéndola.

—Tendré que aprender a convivir con ello, supongo —musitó el

muchacho sin resignación.

Sandra, al escucharlo, se emocionó intensamente y depositó sin miedo un beso en su frente antes de tomar el cordón trenzado que pendía de su cuello y sacárselo por la cabeza. Víctor hizo una mueca, como si algo se hubiese retorcido en su interior, pero recuperó la serenidad en un instante y su madre sonrió satisfecha mientras se guardaba el ágata tallada que había servido de amuleto a su hijo en un bolsillo del pantalón oscuro.

—Bienvenido a tu realidad, hijo mío.

***

La Escuela dormía hacía rato. Apenas quedaba gente en ella dado que la mayoría de los alumnos se había ido ya a pasar las vacaciones de invierno con sus familias, así como casi todos los Consejeros. Sin embargo y a pesar de ser Yule, un ambiente de tensa tristeza había impregnado el ánimo de los que aún quedaban en el recinto. Aunque se suponía que Irene iba a celebrar su cumpleaños en familia, ni ella ni Ruth habían aparecido por el comedor; tampoco sus padres. Pero el joven aprendiz no se dejaba engañar.

Mientras caminaba por entre los árboles, esquivando casi sin pretenderlo las zonas iluminadas por la luna creciente, apretó sin hacer fuerza el diminuto paquete que llevaba en la mano derecha. La nieve que aún quedaba esparcida por el suelo crepitaba suavemente bajo sus botas mientras descendía por la ladera. Silenciosamente, pasó por detrás de los ya vacíos dormitorios de los alumnos más jóvenes, atravesó el campo de tiro y sorteó los círculos de entrenamiento para los caballos de la Escuela hasta llegar por fin a su destino. El camino de grava que llevaba a la salida de la finca.

El muchacho sabía que los mecanismos de defensa de la misma podrían delatarlo de un modo u otro, pero también estaba seguro de sus habilidades. Lo habían adiestrado bien en el Poder de la Oscuridad, y la única Diosa a la que realmente veneraba estaría orgullosa de él cuando todo hubiese terminado. Pero, primero, lo más importante. Aquello que iba a desencadenarlo todo.

Con cuidado, el joven aprendiz realizó un pase con la mano y la cancela se abrió sin hacer ruido. Al otro lado, un camino de tierra se perdía ladera abajo entre los oscuros encinares. Al muchacho no lo tentó ni por un segundo la idea de perderse por él y no volver la vista atrás, a pesar de que no pertenecía a ese mundo insulso en el que se veía obligado a habitar temporalmente: su promesa de futuro era mucho más tentadora.

Sin cerrar tras de sí, el joven giró a la izquierda, dirigiéndose hacia una plataforma adosada al muro exterior del recinto de la Escuela. Se trataba de un pequeño pedestal de piedra con un cuenco tallado depositado sobre él que rebosaba de un líquido plateado.

Mercurio.

El muchacho sonrió y reprimió un escalofrío de excitación. “Llegó el momento”, pensó mientras alzaba el paquete que guardaba en su mano derecha y lo deshacía con mimo. En su interior, una memoria USB resplandecía con un brillo ambarino que se reflejó en sus ojos claros mientras el joven aprendiz recitaba un breve conjuro y un nombre de mujer. Acto seguido, la palma de su mano se movió y el pequeño dispositivo desapareció sin chapotear bajo la metálica superficie. Una onda apenas perceptible, así como un ligero brillo recorriendo el contorno del cuenco mensajero, indicaron que el envío estaba completado.

El muchacho sonrió para sí, se ajustó la capucha y volvió a entrar en la finca, mirando a su alrededor por precaución. A pesar del vacío silencio de la Escuela, esperaba que nadie de los aún presentes lo hubiese visto. Por suerte, pudo llegar a su habitación sin contratiempos.

Cuando lo hizo, se despojó de la capa en la penumbra y se tumbó sin desvestirse en la cama, demasiado inquieto para dormir. El proceso había empezado, y las consecuencias serían muy buenas para algunos, como él, pero nefastas para muchos otros que no se habían atrevido a mirar más allá. Sin quererlo, su mente volvió a Irene y Ruth, a la vez que cerraba los ojos y una sonrisa taimada y amplia retorcía su rostro juvenil.

Una de las dos sería el sacrificio que necesitaba.

“Y, después, nada volverá a ser igual. Te lo prometo, Madre”.

Una desagradable sorpresa

Ruth despertó de un sueño inquieto cuando los rayos de sol del mediodía acariciaron su rostro. Los ojos le escocían, por lo que pestañeó varias veces con fuerza antes de echar mano al tirador del estor para cerrarlo. Una vez que la penumbra regresó, la joven volvió el rostro hacia la otra cama de la habitación y un nudo indefinido se apoderó de la boca de su estómago.

Irene se encontraba de cara a la pared, hecha un ovillo, pero Ruth supo que estaba dormida por el ritmo de su respiración a pesar de que su cuerpo mantenía la tensión provocada por todo lo sucedido la noche anterior. Sin quererlo, la muchacha sintió lástima por su prima, aunque de inmediato se obligó a recordar que ya no lo era. La pena dio enseguida paso a la ansiedad; aquella que evocaba el hecho de que, de la noche a la mañana, ya no era como el resto de su familia.

Solo era una bruja más del montón, alguien en quien Ronnie a partir de ahora no se fijaría dos veces. Porque, ¿quién podría rivalizar en atenciones con la mismísima hija del Agua y el Fuego? Las lágrimas pugnaron por asomar a sus párpados una vez más, por lo que Ruth decidió que no podía seguir un instante más en aquel dormitorio.

Así que, con un esfuerzo sobrehumano que acusaba la falta de sueño, la joven apartó las sábanas, bajó al suelo y se encaminó hacia el armario. Sin hacer ruido, más por costumbre que por otra cosa, abrió la doble hoja de madera clara y, ligeramente a tientas, buscó un vestido marrón y verde lima. No sabría decir por qué, pero en ese instante, necesitaba sentir que la magia realmente no la había abandonado. “Aunque la de tus padres sí lo hizo”, le recordó una vocecita insidiosa en su cabeza, que sorprendentemente se parecía a la de Irene.

La muchacha apretó los labios y los puños, cerró los ojos, respiró hondo y salió por la puerta dando un portazo.

***

El golpe despertó a Irene bruscamente y la joven levantó la cabeza como un resorte, arrepintiéndose acto seguido al comprobar la bonita jaqueca que le había dejado el disgusto de la noche anterior. Su quince cumpleaños, ese

momento en que las brujas pasaban simbólicamente a la edad adulta y que, además en su caso, coincidía con la festividad invernal más importante de la Comunidad Mágica. Pero todo se había ido al traste en un segundo cuando Ruth había decidido tirar de aquel estúpido colgante. Irene, en ese momento, no esperaba que sucediese todo aquello: ni el incendio… ni toda la locura que sobrevino después. Pero claro, ni ella, ni Ruth, ni Víctor conocían el secreto de sus auténticos poderes.

Irene apretó los dientes. ¿Cómo era posible? ¿En qué estaban pensando sus padres para ocultarles semejante… información? La muchacha aún no era capaz de creérselo. Bueno, ni eso, ni toda la historia de cómo sus respectivos progenitores se habían metido en aquel berenjenal.

La muchacha nunca había creído especialmente en el destino. Era una joven despierta y audaz que decidía vivir la vida momento a momento, sin preocuparse de lo que pudiese pasar. Creía que haber nacido bruja la convertía en un ser especial, alguien con potencial que podía llegar a hacer grandes cosas en el futuro. Pero, ¿cómo esperarse… algo semejante?

Irene se frotó los ojos con cansancio y acto seguido se masajeó las sienes para tratar de aliviar la cefalea. Despacio, fue bajando sus dedos por el cuello y los hombros, modelando a conciencia cada uno de los músculos que tocaba hasta que empezó a sentirse algo mejor. Sonrió para sí: ahora que sabía que el Fuego en sí mismo era la mitad de su ser, no le sorprendía su facilidad para la medicina. Al fin y al cabo, lo llevaba dentro. Pero eso no ayudaba a mitigar la sensación de que sus padres la habían traicionado de la forma más vil posible.

Los habían engañado a los tres. Para protegerlos, había dicho su madre; pero Irene no podía creer que solo existiese ese motivo. Además, ¿cuándo esperaban decírselo? ¿En un momento como el de la noche anterior? Porque, en el fondo, a pesar de toda su animadversión hacia Ruth, sabía que no se perdonaría nunca el haber estado a punto de matarla.

Como si fuese un acto reflejo, la cabeza de Irene giró hacia la cama de su "prima" y le extrañó encontrarla vacía. La noche anterior habían llegado casi a la vez a la habitación y, sin dirigirse la palabra, cada una se había tumbado en su cama a llorar en silencio. Irene pensó en ese instante en Víctor y puso los ojos en blanco sin querer.

Así que, en el fondo, no eran primos. Aquello dejaba una extraña sensación en su pecho, pero cuando el rostro del joven de ojos grises fue sustituido por otro más anguloso iluminado por unos ojos azules de halo ambarino alrededor de las pupilas, el corazón de Irene empezó a bombear más fuerte a la vez que tomaba una férrea determinación. Ninguna Profecía, por apocalíptica que fuese, iba a separarla de su amor verdadero. No, señor.

Apretando los labios con decisión, Irene se levantó entonces de la cama con un ágil salto y buscó en la cómoda junto a los pies de su cama el conjunto más provocador que encontró: un corsé de color violeta reluciente y fino

encaje turquesa con unos pantalones ajustados de color berenjena y botines oscuros con un poco de tacón. Acto seguido, cogió del armario la chaqueta de cuero de su padre casi sin pensar, pero cuando fue consciente de lo que tenía entre las manos, se quedó sosteniéndola un momento en alto, paralizada.

Aquella prenda le provocaba sentimientos contradictorios. De hecho, cuando se miró al espejo que había junto a la puerta, quiso arrancarse toda la ropa hasta dejarla reducida a jirones. Puesto que aquellos no eran sus colores; no era su Casa. Según le habían confesado la noche anterior, había nacido la madrugada del veintidós de diciembre, no la noche del veintiuno. No en Yule. Era una Capricornio, no una Sagitario. No era una Hija de Júpiter. No era una bruja normal.

Ante estos pensamientos, Irene sintió cómo el llanto se acumulaba detrás de sus iris azules; pero de inmediato hizo un esfuerzo por contenerlo, respiró hondo y se pasó la cazadora por los hombros. Con su estatura, le sentaba como un guante y siempre había adorado aquella prenda. No iba a renunciar a ella por nada del mundo. Por ello, tras un último vistazo en el espejo para darse un silencioso visto bueno, la joven salió por la puerta cerrando con decisión tras de sí.

Puesto que, hasta que se demostrase lo contrario, ella era quien era. Y ningún destino incierto iba a cambiar eso.

***

La luz del sol entraba por los amplios ventanales de la biblioteca. Víctor abrió lentamente los ojos antes de pegar un respingo y ser consciente de dónde estaba. Aturdido, miró a su alrededor, y cuando vio el libro abierto sobre la mesa, acompañado de un ligero reguero de algo transparente junto al borde de las páginas, se ruborizó y se incorporó de un salto. Había dormido en la biblioteca.

Con cautela, miró a su alrededor, comprobando que nadie hubiese entrado y le hubiera visto. “Bueno”, razonó, “si lo hubiesen hecho, me habrían despertado”. “Además”, le recordó una voz pragmática en su cabeza, “ayer fue Yule. Hoy estamos de vacaciones. La Escuela estará ya vacía y nadie va a subir a estudiar”.

“Menos yo”, pensó Víctor con amargura mientras volvía a sentarse y a enfrentar el volumen que tenía frente a sí.

Las tapas eran de cuero negro adornado mediante una filigrana de oro cuyos hilos confluían en la portada formando un pentáculo dorado. Uno muy similar al que mostraba el grabado sobre el que el joven se había quedado dormido. Solo que, en este caso, la tinta con que lo habían dibujado era negra y alrededor del mismo se estructuraban volutas de algo que, a simple vista, podía parecer una simple cenefa. Solo que, si se observaba más de cerca, mostraba su verdadera naturaleza.

Los Cuatro Elementos.

Víctor reprimió un escalofrío y cerró con cierta violencia el libro, presa de un nerviosismo repentino. No podía entender cómo sus padres podían haberle ocultado algo así… Cierto que ellos lo habían pasado mal en su día a causa de sus poderes, pero ¿por qué no dejaron que ellos los disfrutaran desde el principio?

De inmediato, como una respuesta silenciosa, la imagen de su hermana con el rostro descompuesto al recibir la noticia acudió a su mente. Y Víctor pensó que quizá aquel era un motivo de peso. Porque, ¿cómo podría haber soportado Ruth vivir sintiendo que no era una más entre ellos? Y lo que era más preocupante, ¿cómo podría soportarlo a partir de ahora?

Víctor sacudió la cabeza confundido, a la vez que intentaba recordar algún momento en el que él mismo hubiese realizado un conjuro fuera de lo normal, pero se rindió enseguida. No había nada. Por un instante, se le pasó por la cabeza que esos recuerdos hubieran sido borrados de su memoria, pero lo descartó de inmediato. Andrea Linares lo apreciaba; a los dos hermanos, en realidad. Nunca les hubiera hecho eso, ¿verdad?

¿Su madre, tal vez? No, Víctor no la creía capaz de algo así. Y su padre… Bueno, cierto era que no dominaba los trucos mentales al mismo nivel que Sandra, pero Víctor tampoco lo creía capaz de maldad alguna y menos si sus hijos estaban implicados. Meneó la cabeza con decisión. No. Si de algo estaba seguro el joven era que Sandra y Ray los querían a ambos. Sin distinción.

Pero claro, la diferencia estaba ahí, razonó su parte más fría y lógica. Y el joven tenía que admitir que era cierto. Por culpa de un conjuro de magia negra destinado a privar a sus padres de aquella “carga” —como aquella bruja, Vivianne Santana, lo había querido calificar—, Ruth había perdido sus poderes. Aunque, cuando eso sucedió, Cora ya estaba embarazada de Irene…

¿Entonces?

Víctor se frotó el rostro con cansancio. Siempre se había negado a creer en el poder del destino, pero en ese momento, parecía lo único que tenía sentido. Y el hecho de pensar en ello, sin quererlo, le daba esperanzas renovadas. Porque eso significaba que Irene, de alguna manera, sería suya en un futuro.

Un escalofrío de emoción recorrió su espina dorsal al imaginárselo y, de mejor humor, se levantó, se estiró como un gato y se encaminó hacia la salida de la biblioteca. Pero el hecho de encontrarse a su madre en el umbral hizo que frenase en seco y la sonrisa se borrase de inmediato de su rostro. Puesto que la expresión de la mujer no auguraba nada bueno.

—¿Mamá? ¿Qué haces aquí arriba? —preguntó, extrañado.

Sandra, por su parte, se retorció las manos con nerviosismo —un gesto muy suyo— antes de responder.

—He venido a buscarte —repuso—, sabía que estarías aquí —sus miradas

se cruzaron en ese instante y a Víctor le dio mucho miedo la tormenta que parecía sacudir el fondo de los ojos grises de su madre—. Ha pasado algo muy grave.

Víctor se quedó un instante paralizado, pensando a toda velocidad. ¿Qué podía haber sucedido en aquellas últimas horas, más allá del asunto del incendio? Por un instante, la imagen de Irene o Ruth malheridas cruzó por su mente. Después de la desbandada de la noche anterior, nadie sabía lo que había sucedido con ellas y Víctor temía que cualquiera de las dos hubiese podido hacer una locura.

—¿Qué? —consiguió preguntar en cuanto sus cuerdas vocales decidieron volver a funcionar, aunque seguía sintiendo la boca seca.

Pero Sandra, en vez de responder, se limitó a hacerle una seña con la cabeza antes de retroceder por el pasillo hacia la escalera principal. Y su hijo, intrigado, la siguió sin hacer preguntas; puesto que sospechaba que las respuestas que buscaba llegarían muy pronto…

***

Irene caminaba por entre la nieve caída, segura de sí misma. Ante su más mínimo deseo, los copos que aún cubrían el suelo se deshacían al instante y la muchacha no pudo reprimir una sonrisa triunfal mientras avanzaba hacia la mansión principal. Una vez en la puerta, se sacudió las botas con petulancia y empujó el picaporte para entrar. Pero una visión terrorífica la paralizó en el umbral.

Junto a la barandilla de las escaleras, subidos en los primeros peldaños, Ronnie y Ruth conversaban en voz baja. Ella mantenía la cabeza gacha y, en un momento dado, él le sostuvo la barbilla y la obligó a mirar hacia arriba. Aquello era más de lo que Irene podía soportar y su jadeo ahogado se debió escuchar por todo el recibidor; pero, por suerte, solo estaban ellos tres.

Ruth fue la primera en alzar la mirada y, aterrada, alejarse de Ronnie. La punzada de culpabilidad que Irene llevaba sintiendo toda la mañana desapareció entonces como por ensalmo, tornándose en una furia ciega contra aquella rubia inútil.

Sin ser apenas consciente de lo que hacía, se aproximó a grandes zancadas a la pareja en actitud claramente agresiva, pero una mano fuerte la detuvo antes de que pudiese hacer nada. Irene frenó bruscamente, casi resbalando por la nieve que aún empapaba sus tacones, antes de obligarse a levantar la mirada. Y se quedó sin habla al hacerlo.

El rostro de Ronnie se encontraba a apenas tres centímetros del suyo, pero a Irene en ese momento lo que menos le importaban eran sus labios. Puesto que sus ojos azules eran como un reflejo del invierno que comenzaba a arreciar en el exterior de la mansión. Fríos, duros y terroríficos. Irene

retrocedió un paso instintivamente, pero la mano de Ronnie aferró de inmediato su antebrazo y la obligó a permanecer cerca. Irene gimió. Le estaba haciendo daño. Sin embargo, una voz autoritaria se impuso a la suya antes de que pudiese vocalizar una sola queja.

—Eh, tú. Chaval —Ronnie alzó la vista hacia Marco, que se encontraba a apenas dos metros de distancia por detrás de su hija, y su expresión debió disuadirlo de hacer nada más puesto que retiró los dedos de su presa de inmediato—. Eso está mejor —aprobó el hombre rubio, sin moverse del sitio.

Ronnie resopló ligeramente antes de girarse de nuevo hacia Irene y sisear:

—Déjala en paz. Por tu propio bien.

Irene había empezado a frotarse el brazo dolorido, pero detuvo el movimiento en seco, boquiabierta, en cuanto escuchó aquella amenaza. Sin embargo, Ronnie no se percató de su reacción, sino que en cuanto pronunció la última sílaba, la sorteó con indiferencia y se dirigió hacia la puerta principal. El portazo sonó entonces como una sentencia y los tres presentes en el enorme recibidor se quedaron un segundo paralizados, justo antes de que Marco se acercase a su hija.

—¿Estás bien, guerrera? —preguntó con cierta ansiedad—. ¿Te ha hecho daño? Déjame verlo.

Pero, para su sorpresa, Irene se apartó sin mirarlo.

—Sí. Estoy bien —repuso ella mecánicamente mientras se llevaba una mano inconsciente al brazo herido—. No me ha hecho nada.

Marco estuvo a punto de replicar, pero se contuvo. Veía el rechazo de Irene y le dolía más que nada en el mundo, pero a diferencia de sus otros tres compañeros de fatigas, pensaba que en parte se lo habían buscado. Por ello, prefirió desviar su atención hacia aquella que, fuese de su sangre o no, consideraba su sobrina.

—¿Y tú, Ruth? ¿Estás bien?

La joven asintió rápidamente, pero Marco comprobó que también mostraba cierto recelo. Tratando de ignorar la lanzada invisible que atravesó su pecho en ese instante, el hombre las miró alternativamente con más seriedad que antes.

—Vamos, entonces— las invitó, señalando la puerta abierta del salón de reuniones.

Irene observó que su pulso temblaba ligeramente, pero trató de no mostrar su miedo ante lo que eso pudiese suponer y clavó la vista en el sofá que se veía al otro lado del umbral señalado.

—¿Qué ha pasado ahora? —quiso saber Ruth sin acritud.

Marco, por otra parte, se limitó a mostrar una sonrisa triste y derrotada que a la joven le puso los pelos de punta antes de responder:

—Me temo que nada bueno. Para ninguno de nosotros.

A la tercera va la vencida

Cora tenía la vista clavada en el televisor como si no diese crédito a lo que veía. Las imágenes que mostraba el reportaje, parcialmente ocultas detrás de una periodista de pelo corto, crespo y teñido de rojo oscuro, no dejaban lugar a dudas sobre el origen paranormal del suceso. Su mente volvió a sentir el mismo terror que la había invadido la noche anterior al ver el establo en llamas… al escuchar gritar a su hija.

En ese instante, Ray se situó tras ella y le abrazó los hombros, tratando en vano de consolarla. Cora agradecía el gesto, pero de repente, era como si no fuese capaz de mover un solo músculo. Sus ojos no podían desviarse de la espalda de una de las personas que aparecían en el vídeo. La suya propia. En el momento en que Marco y ella conseguían sofocar el incendio y rescatar a Irene y Ruth.

Irónicamente, la reportera que comentaba las imágenes, proyectadas tras su espalda, se parecía a ella cuando era más joven. Casi, casi… cuando todo aquello comenzó. La mujer no pudo contener una lágrima indiscreta que rodó por su mejilla hasta sus labios apretados. ¿En qué se habían equivocado? ¿Habían obrado mal? De inmediato notó la tensión de Ray a su espalda, debida a su delicada percepción de las emociones de los demás, pero esta cambió en un instante cuando otros brazos, frescos y musculosos, lo sustituyeron con suavidad. Cora no quería llorar, se negaba a mostrar debilidad, pero aquello era más de lo que podía soportar. Al menos, después de lo sucedido la noche anterior.

De reojo, envuelta todavía en el abrazo protector de Marco, vio cómo Irene la observaba con cara rara. En su gesto se mezclaba el horror por lo que estaba viendo en la televisión; la preocupación por el estado de su madre, a la que nunca había visto así; y un claro recelo provocado por la revelación que había recibido la noche anterior.

La muchacha se quedó parada junto a sus progenitores, sin saber muy bien qué hacer, hasta que la puerta se abrió de nuevo a su espalda. Sandra entró entonces cabizbaja, escoltando a un Víctor que no podía ocultar su preocupación. O al menos, eso le pareció detectar en sus ojos a una sorprendida Irene. Jamás había sentido nada similar. Acto seguido se miró las

manos… ¿Era posible que…?

Pero no tuvo mucho tiempo para analizarlo antes de que otras cuatro personas hiciesen su aparición en el salón, al tiempo que un ligero temblor recorría el suelo del mismo. Víctor y Ray fueron los primeros en erguirse, alerta, y miraron los tablones del parqué como si fuesen a desaparecer de un momento a otro. Sandra alzó la vista de inmediato hacia su marido, para acto seguido desviarla hacia la ventana. Marco la siguió con la mirada, preocupado por su súbita palidez. Pero comprendió su miedo en cuanto su mejor amiga vocalizó:

—Ya están aquí.

Ruth, que se había mantenido apartada junto a un aparador desde que había entrado detrás de su "prima", casi como si quisiese pasar desapercibida pero con la vista fija en el televisor hasta un segundo antes, como todos los presentes, giró en ese momento la cabeza para enfocar a su madre.

—¿Quiénes? —preguntó con cierto temor.

—Los periodistas —repuso entonces Andrea Linares, su maestra preferida hasta la fecha y una de las últimas en llegar al salón, en un tono que a la muchacha le erizó el vello de la nuca. El temblor de sus manos tampoco era precisamente alentador—. Alguien ha debido decirles que el edificio en llamas del vídeo estaba aquí. Y siento decir que ignoro su identidad… Así como la de la persona que lo ha grabado.

—¿Quién habrá sido el malnacido…? —preguntó Óscar entre dientes.

Era una pregunta retórica, casi como un complemento desesperado a la última frase de su colega, expresada más para sí mismo que para los demás. Pero Cora lo había escuchado, así como su esposa, y ambas se aproximaron unos metros hacia él. La segunda apoyó una mano en su espalda mientras con la otra se apartaba nerviosamente el pelo azabache del rostro.

—Eso ahora ya no importa, cariño —indicó, aunque sin poder camuflar el nerviosismo que teñía su voz—. Temo que esto no sea más que el principio…

—El principio… ¿de qué? —se atrevió a preguntar Ray, a la vez que un escalofrío recorría su espalda.

No podía ser. No después de tanto tiempo. Pero el gesto compungido que le dirigió Zoe García despejó dolorosamente todas sus dudas. Sandra, por su parte, también había entendido perfectamente a qué se refería la mujer mexicana. Y se tapó la boca con horror a la vez que contenía un sollozo.

—Zoe… No puede ser…

Pero sabía que era así. Mientras tanto, sus hijos, así como Irene, observaban a sus interlocutores alternativamente, incrédulos y confusos.

—¿Qué sucede? —quiso saber la primera—. ¿Qué nos habéis ocultado ahora?

Nadie respondió enseguida… Hasta que la voz baja, modulada, pero a la vez imponente de Óscar se alzó en el centro del salón.

—Los humanos nunca han sabido que la magia existe —expuso con toda la calma que fue capaz; lo cual, por primera vez en su vida, le estaba costando horrores—. Ha sido el mayor secreto de la Historia de nuestro planeta… del Universo, desde su creación. Pero hay una parte crucial de toda esta Historia que jamás, bajo ningún concepto, debería ser conocida por los no magos —en ese instante, el mago de Júpiter hizo un gesto elocuente hacia los Cuatro Elementos—. Que ellos caminan sobre la faz de la Tierra.

Irene se volvió lentamente hacia sus padres, boquiabierta. Ruth y Víctor hicieron otro tanto en dirección a los suyos. Ninguno quería creer que aquello estuviese sucediendo de verdad.

—Pero, entonces… Eso nos incluye a nosotros también, ¿verdad? —susurró el más joven de los tres, abrumado.

Miró sin querer hacia su hermana, la única que no compartía aquel destino, pero esta no tenía siquiera fuerzas para replicar. Se sentía frágil e indefensa, como una simple hormiga expuesta al sol que atraviesa una lupa, dispuesto a acabar con ella sin piedad. Su padre se aproximó lentamente a ella, pero Ruth no alzó la vista. Víctor, por su parte, mantuvo sus ojos claros clavados en el rostro de Ray. El cual temía derrumbarse igual que su hija de un momento a otro.

—Nuestro único objetivo siempre ha sido manteneros a salvo —reiteró con voz afectada—. Por cosas como esta, nunca quisimos que supierais quiénes erais hasta que estuvieseis preparados.

—Pero el momento ha llegado, lo queramos o no —terció entonces Jorge, otro de los Consejeros presentes.

Ray dio un respingo al escucharlo. El Hijo de Plutón que ocupaba la cabeza de su Casa en la Escuela de Madrid había sido, hasta la fecha, el más duradero que habían conocido. Llegado dos años después de la muerte de Daniel y antiguo alumno de la Escuela destruida de la comunidad autónoma, tenía dos años más que Óscar y un carácter sarcástico que no todo el mundo en aquel lugar entendía o compartía. Sin embargo, la recomendación por parte de Andie, Diana, Rebeca o Keira, así como su habilidad dentro de los poderes de su Casa, había terminado decidiendo su nombramiento. Y, de momento, sobrevivía.

Por la mente de Ray cruzó la imagen de Elisa por un segundo, algo que todavía le sucedía sin quererlo a pesar de los años que hacía que la joven no estaba entre ellos. Sin embargo, al ver la intensa mirada que le dirigió el hombre alto y pelirrojo… o a su espalda, el hombre supo que aquello no era del todo cierto. Elisa siempre estaría allí con él. Pasase lo que pasase. Sería su ángel guardián. Por ello, Ray optó por respirar hondo y girarse para encarar a Jorge.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, aunque conocía la respuesta.

—Hace muchos años que sospechábamos que, algún día, los humanos sabrían quiénes somos. De hecho, Morgana Derfain tenía ese objetivo —la voz de Andie se quebró al pronunciar aquel apellido, lo que extrañó a los más jóvenes pero no a los adultos presentes—. Pero jamás creí que sería de esta manera…

—Tienes razón, Andie —corroboró Zoe—. El día en que la magia se diese a conocer debería haber sido por algo bueno… No por… —señaló la televisión con una mezcla de repulsa y derrota contrayendo sus fuertes facciones—. Esto.

Irene tragó saliva y bajó la mirada, comprobando que Ruth hacía otro tanto. Sus miradas se cruzaron de reojo a través del salón, pero ninguna habló. Si la segunda no le hubiese quitado el colgante a la primera, nada hubiese sucedido… Si no se hubiesen peleado por Ronnie… Irene apretó los labios. No, eso tenía su justificación. Aquel muchacho era suyo y Ruth no se lo iba a arrebatar. Sin embargo, la escena de la escalera volvió vívidamente a su cabeza en ese instante, a la vez que una intensa duda asaltaba su corazón: ¿por qué Ronnie la había agarrado así? ¿Y por qué parecía mostrar más interés por Ruth que por ella…?

Interrumpió sus cavilaciones en cuanto sorprendió la intensa mirada de Andrea Linares posada sobre ella y se maldijo mentalmente. Aquella maestra podía oír sus pensamientos perfectamente, y la joven temió que dijese algo al respecto. Pero la Hija de Mercurio se limitó a resoplar, sacudir la cabeza en un gesto indefinido y apartar la vista. Irene se sintió morir. Ahora se lo contaría a sus padres…

Pero estos tenían cosas más importantes en las que pensar, lo que demostró un nuevo temblor que sacudió, en este caso, toda la mansión. Los magos presentes se agarraron a lo primero que encontraron: sofás, mesas, columnas, paredes… Hasta que el pequeño terremoto cesó, momento en que todos se miraron con evidente miedo. Sandra volvió entonces a mirar por la ventana en dirección a la salida de la finca, palideciendo aún más intensamente en cuanto comprobó lo que sucedía.

—Maldita sea —masculló.

Al ser una persona poco propensa a los juramentos, todos se aproximaron a su posición y Ray se hizo visera con la mano para tratar de ver más allá de los árboles. Pero, cuando lo consiguió, se apartó del ventanal como si se tratase de un enemigo mortal.

—No sé cómo, pero están intentando derribar la magia protectora de la Escuela —explicó, aterrado, a la vez que daba una mirada en derredor—. ¿Qué hacemos?

—No podrán hacerlo —decretó Andie con firmeza—, nuestras barreras son

sólidas y por mucho que intenten derribarlas, siguen siendo…

Iba a agregar “mortales corrientes”, pero se calló de golpe a la vez que se volvía lentamente hacia la televisión. Sandra la imitó, escuchando igualmente algo que no le había gustado nada. Y así lo demostraba la turbulencia del fondo de sus ojos grises. Los demás se giraron despacio, imitándolas, hasta que todas las miradas estuvieron clavadas en el monitor. Donde un hombre de unos cincuenta años, cabello oscuro ligeramente encanecido y barba pulcramente recortada, manifestaba claramente su oposición a aquellos que tenían… “habilidades especiales”.

—Todos hemos oído hablar de criaturas mitológicas, poderes mágicos, seres especiales… —mencionó el adjetivo con desagrado—. Gente con poderes innatos que pueden controlarlos a voluntad. Pero solo debería ser eso: ficción. No podemos permitir que gente de ese tipo camine por nuestras calles, vaya al mismo colegio que nuestros hijos o incluso tenga la oportunidad de hacerles daño. De hecho, lo que más me sorprende es que sean los miembros del grupo de rock Black Sunset los que aparecen en este vídeo… Sinceramente, jamás lo hubiese imaginado, pero eso demuestra en qué niveles de influencia podemos situar a estos… seres.

Todos los presentes en el salón se escandalizaron manifiestamente ante aquel calificativo, pero la horrible entrevista no había terminado aún.

—¿No piensa que pudiese tratarse de magos o brujas? —preguntó entonces el entrevistador—. En España, históricamente, tenemos evidencias de que la brujería y la magia negra han existido… De hecho, la Inquisición se ocupó de controlarla y erradicarla durante muchos siglos…

—Tienes razón, Mario —repuso el otro hombre. El cartel bajo su barbilla indicaba su nombre y posición social, lo que a todos los presentes les puso los pelos de punta. Porque aquel era Luis Espinosa, vicepresidente del Gobierno… y antiguo representante de los Black Sunset. Cora apretó los puños con impotencia. ¿Cómo alguien que los había apoyado y ayudado a conseguir el éxito… había terminado denostándolos de esa manera? Marco apretó sus hombros, igualmente tenso, pero ninguno de los dos dijo nada. Mientras tanto, Luis continuaba hablando—. Y soy de los que opina, aunque la presidenta no esté de acuerdo —en ese instante, una imagen de una mujer rubia de ojos verdes que la mayoría de los presentes conocía demasiado bien apareció en pantalla—, que se deberían retomar determinados procedimientos, aunque se consideren anticuados, para eliminar este tipo de amenazas.

“No sabemos lo que son, ni quiénes son. Pero dé por hecho que los encontraremos… Y tendrán que enfrentar su destino.

—Muchas gracias, señor vicepresidente…

En ese instante, la televisión se apagó con un chasquido debido a lo que parecía un corte de luz y la tierra volvió a temblar, esta vez con algo más de violencia. Algo se había roto.

Lentamente y aún con las palabras de Luis resonando en sus cabezas y la imagen de Diana Almirante, su antigua compañera y Consejera de Neptuno de la anterior Escuela de Madrid, ahora presidenta del Gobierno del país, ardiendo tras sus retinas, los que ocupaban el salón se atrevieron a asomarse de nuevo a la ventana.

Y la escena que vieron los dejó sin aliento.

Fuese quien fuese el responsable de grabar y difundir aquel vídeo, estaba claro que los periodistas no solo sabían dónde se había producido el incidente; sino que, inexplicablemente, acababan de conseguir superar las barreras mágicas de la Escuela.

Y se encaminaban directamente hacia ellos.

No mires atrás

El primero en reaccionar fue Óscar, que corrió a atrancar la puerta principal de la mansión. Zoe y Cora, por su parte, alzaron los brazos al unísono frente a la ventana y comenzaron a recitar un hechizo de protección, al que enseguida se unieron Sandra y Ray. Andie desapareció de la vista con un chasquido, regresando unos minutos después.

—No queda nadie, aparte de nosotros —decretó, jadeando ligeramente.

Al escucharlo todos suspiraron, ligeramente aliviados ante la noticia, aunque la pregunta evidente seguía en el aire: entonces, ¿quién habría grabado ese vídeo? Los presentes habían convivido el suficiente tiempo como para no desconfiar unos de otros y no podían imaginar a ningún alumno capaz de algo semejante. Sin embargo, dado que todos se habían ido la noche anterior a sus casas, era difícil realizar una investigación en condiciones al respecto. Aparte de que, en ese preciso instante, había una amenaza mucho más preocupante pendiendo sobre sus cabezas.

Una ligera llamada a la puerta hizo que todos contuviesen la respiración, a la vez que dirigían una mirada interrogante a Andie. La cual, entre perpleja y ofendida, les devolvió un elocuente encogimiento de hombros. ¿Acaso pensaban que no sabía hacer su trabajo, sobre todo cuando estaban sus vidas en juego?

Pero sus ojos se abrieron de par en par, anonadados, cuando vieron cómo Cora abría la puerta y Ronnie Olsen entraba en la sala. Zoe frunció el ceño, Óscar entrecerró los ojos y Andie se quedó boquiabierta, sin saber qué decir y con una sospecha rutilando en su mente; algo que descartó de inmediato sin esfuerzo. Sencillamente, no podía ser.

—Ronnie, ¿qué haces aquí? —preguntó entonces Zoe con una calma que no sentía ni de lejos.

Ante lo cual, el chico bajó la cabeza con azoramiento y respondió:

—Lo siento. No tenía a dónde ir…

La Hija de Júpiter suspiró; cayendo en la cuenta de que lo que decía el chico era, en parte, cierto. Huérfano de familia, en la Escuela de Oslo no había conseguido nunca tener amigos ni nadie que se ocupase de él. El intercambio

pedido a España había sido, precisamente, buscando algo mejor. Pero, ¿qué podían hacer con él precisamente en aquel instante? No podían desvelarle el mayor secreto de la sala así como así. ¡Si hasta el día anterior ni siquiera sus propios hijos lo habían sabido! Y hacía quince años que la Profecía se había olvidado en casi todo el mundo… ¿no?

Rápidamente, la mujer latina intercambió una mirada con los Cuatro Elementos. Sin embargo, para su sorpresa, el único que parecía poco conforme con la presencia del muchacho era Marco. "Algo grave ha sucedido entre ellos dos", intuyó Zoe. Pero el tiempo apremiaba y no podían detenerse a discutir sobre banalidades. Lo más importante era sacar a los Elementos, principales protagonistas del vídeo y centro máximo de la Comunidad Mágica, de aquel lugar que pronto sería invadido por los periodistas… y quién sabía por qué otras personas. A Zoe no la tranquilizaba en absoluto el mensaje transmitido por el vicepresidente del Gobierno. "Quieren una nueva Farthia", reflexionó amargamente, para acto seguido dictaminarse mentalmente: "pero no les daremos ese placer". Por suerte, Óscar ya se estaba ocupando de ello.

Zoe observó un instante la cabeza de su marido inclinada sobre la de Andie, cuchicheando ambos en voz baja. Aunque era cierto que nunca se habían llevado especialmente bien, a la hora de trabajar por el bien de la Comunidad Mágica eran increíblemente capaces de unir fuerzas. Y aunque Zoe no podía sentirse celosa de algo así, a veces hubiese deseado tener esa capacidad u oportunidad de liderazgo con su gente. Pero al final había decidido trasladarse a Madrid, dejando a otro compañero bajo la tutela de Deborah en la confianza de que algún día fuese director de la Escuela, y había asumido que el mando en Madrid lo llevaría Óscar. Ella simplemente se ofrecía como una ayuda y se sentía orgullosa de ello. Pero, a veces…

—Bueno, está decidido —dictaminó entonces su marido, alzando la cabeza y la voz al unísono—: de momento, los… Black Sunset os iréis de inmediato con Irene, Víctor y Ruth…

Había procurado no mencionar las palabras "Cuatro Elementos", compartiendo sin necesidad de hablarlo la idea de su mujer sobre la conveniencia de mantener su identidad en secreto, pero nadie pareció percatarse del apelativo ya que dos voces femeninas se alzaron en ese momento en protesta.

—¿Y Ronnie? —preguntaron Irene y Ruth al unísono, a la vez que dirigían una mirada elocuente al aludido—. ¿No puede venir con nosotros? Por favor…

Cora se quedó muy sorprendida por aquella súplica de su hija. Sabía que le atraía el joven músico, e incluso ella debía admitir que era muy guapo; pero seguía habiendo algo en él que no terminaba de encajar en el esquema. De reojo, vio cómo Marco se mantenía cruzado de brazos junto a la pared, dirigiéndole a Ronnie una mirada muy poco amistosa. Ray y Sandra

intercambiaron un gesto de indecisión pero, ante la expresión ligeramente dolida de Ruth, que ya anticipaba un “no”, optaron por asentir al unísono.

Cora suspiró y sacudió la cabeza, insegura, a la vez que se acercaba a su marido. Su hija, por otro lado, tenía los ojos brillantes a la vez que observaba al objeto de discusión. El cual, una vez pasada la sorpresa inicial, sonrió con cierto agradecimiento. Cora apartó la vista en cuanto los iris claros de Irene se cruzaron con los suyos y vio un ligero destello de desprecio en los mismos. Resopló casi imperceptiblemente. “Ronnie va a ser un peso muerto”, razonó con desánimo, “pero tampoco podemos dejarlo aquí. Bastante nos odia ya Irene como para darle más motivos…”.

Miró de reojo a Marco y comprobó sin que él dijese nada que pensaban lo mismo. Dejarían que Ronnie se les uniese… De momento.

Andie, que se había ausentado momentáneamente, volvió en ese instante cargada con un montón de artefactos; entre ellos, una varita de mercurio —similar a los collares de inhibición pero con el efecto contrario, potenciador de los poderes—, tiza amarilla y cinco jaspes. A una muda señal por su parte, el resto de los presentes apartaron la mesa central de la sala y la alfombra, quedando un espacio de dos por dos metros entre los sofás de piel. Todos sabían lo que iba a suceder.

—¿Y qué haréis vosotros? —quiso saber entonces Cora, súbitamente preocupada por sus antiguos mentores—. ¡No podéis quedaros aquí!

—Cubriremos vuestra retirada —explicó Jorge con calma— y después ya veremos. Lo importante es que vosotros os larguéis de aquí cuanto antes…

Marco miró al mago alto con curiosidad y cierta gratitud. Sabía poco sobre él, era cierto, a pesar de pertenecer a una Casa de su Elemento. Pero el hecho de que tenía mujer y una hija no le había pasado desapercibido durante aquellos años. Sobre todo, cuando habían celebrado alguna de las ceremonias importantes del año en la Escuela y aquello se había convertido casi en una reunión familiar.

La mirada de Sandra voló igualmente hacia Andie. Su hermana pequeña, Davin, se había mudado hacía algunos años al norte, al recibir la oferta de una plaza de Consejera en la Escuela de Burgos, centro de estudio de Castilla y León. Gran parte de la familia de las hermanas vivía en aquella zona y la aguerrida pelirroja, después de una serie de desdichas amorosas, había sentido la necesidad de buscar nuevos aires más limpios que los de la capital. Andie, por su parte, se había casado hacía años con un Hijo de Venus, pero este vivía entre Avalon —de donde era su familia— y Madrid, por lo que pasaba poco por la Escuela.

La Hija de Mercurio estaba en ese instante trazando una serie de símbolos en el suelo, a la vez que colocaba los jaspes sobre los vértices de una estrella imaginaria de cinco puntas. La mujer del Aire sintió de inmediato la necesidad de ayudarla, algo que acució un nuevo y ligerísimo temblor de la

tierra. Sus miradas se cruzaron y, para sorpresa de Sandra, la mente de Andie se abrió ante ella. Apenas una rendija, como una puerta entreabierta, pero lo suficiente para que la mujer viese cuál era el destino que la Hija de Mercurio tenía en mente. Y aquello le hizo redoblar sus esfuerzos por ayudar; necesitarían toda la energía de la que pudiesen disponer y, además en este caso, el portal requería conocer el opuesto al que se querían dirigir. Dado que Sandra y Andie lo habían diseñado personalmente junto con Anya, ambas se sabían los símbolos de memoria. Afortunadamente.

Ray, por su parte, se asomó con cautela a la ventana, confirmando las sospechas de todos los que estaban allí reunidos. Los periodistas ya se habían empezado a dispersar por la finca, filmando y fotografiando todo lo que encontraban, además de entrar a los barracones con total impunidad. “Un jugoso reportaje”, pensó el hombre con amargura. “Y que lo digas”, replicó entonces la voz de Andie en su cabeza. La bruja no alzó la cabeza en ningún momento, sino que continuó dibujando con la tiza sobre la madera clara del suelo, pero Ray escuchaba cada una de sus palabras como si estuviese de pie junto a su oído. “Adiós a una vida normal”, repuso él. “Sí”, corroboró ella. “Algo que ninguno de nosotros quería que sucediese”.

Ray resopló suavemente. Hacía diecisiete años, un hombre malvado había tratado de someter el mundo mágico a su voluntad en la firme intención de, posteriormente, dominar al resto de criaturas del Universo, incluyendo los humanos. Dos años después, su pupila había sumido el mundo en la oscuridad, convirtiendo a los humanos en meras marionetas sin voluntad. Pero ahora…

Apretó los puños. No podía creerlo. Aquellos entre los que había crecido, los humanos corrientes… Cerró los ojos para contener las lágrimas. Luis Espinosa tenía razón en una cosa. La Inquisición había tratado en su día de erradicar la magia del mundo. Pero por un solo motivo: el miedo a lo desconocido.

Una suave brisa sobre su pelo lo obligó a abrir los ojos y volverse. Sandra se había aproximado a su posición y lo miraba con una expresión de infinita tristeza, a la vez que un destello de decisión rielaba en sus ojos grises.

—Debemos irnos.

El hombre asintió y siguió a su mujer. Percatándose en un instante, mientras se aproximaban al portal que acababa de abrir Andie, de que Sandra no lo había tocado en las últimas veinticuatro horas. Y a pesar de que intuía por qué podía ser, razonó que eso no podía significar nada bueno.

La Hija de Mercurio se encontraba en el extremo inferior de la estrella, con las manos alzadas sobre la misma. La silueta de la figura brillaba como si estuviese formada por hilos de plata a la vez que una superficie reflectante ondeaba debajo de los mismos. Cora, Marco e Irene se aproximaron por su izquierda mientras Ray, Sandra y sus dos hijos lo hacían por la derecha.

Ronnie, por su parte, se acercó tímidamente hasta colocarse justo enfrente de Andie, al otro lado del portal. La bruja asintió entonces en dirección a los ocho.

—Ray, Sandra: es posible que como Hijos de Saturno y Mercurio —disimuló— necesite vuestra energía.

Ambos asintieron, cumpliendo su papel a la perfección y Andie comenzó a recitar lentamente en galés el conjuro que le permitiría abrir del todo el portal. Los dos Elementos abrieron las palmas y se concentraron para enviar su energía hacia el mismo. Marco y Cora, a pesar de que no les habían dicho nada, también trataron de aportar su granito de arena con discreción. Andie, percibiéndolo sin esfuerzo, les dirigió una disimulada mirada de agradecimiento.

Pero su concentración se rompió de golpe cuando, en ese instante, la puerta de entrada de la mansión retumbó como la tela de un timbal. La Hija de Mercurio se calló bruscamente al tiempo que cerraba los ojos con evidente dolor. Los pensamientos de odio y avaricia mezclados a partes iguales que llegaban desde el otro lado eran demasiado intensos. El portal titiló entonces y su brillo se apagó levemente, pero sin llegar a cerrarse.

El resto de presentes en el comedor, por otro lado, se quedaron quietos como estatuas conteniendo la respiración hasta que escucharon las primeras maldiciones; momento en el que exhalaron con fuerza y prácticamente a la vez. Andie bufó y trató de volver a concentrarse. La barrera que rodeaba la casa resistía de momento, dándoles margen para escapar. Al menos, a los más importantes.

La Hija de Mercurio no pudo evitar que en ese instante su mirada se cruzase con Ronnie y le sorprendió ver, sin pretenderlo, una sólida barrera protegiendo su mente. “¿Qué tiene que esconder un estudiante de intercambio?”, se preguntó entonces. Cierto era que, aunque era Hijo de Venus no le había dado muchas clases pero, ahora que lo miraba mejor, tenía que admitir que siempre había habido algo que la había perturbado de aquel joven. Como si un antiguo recuerdo tratase de abrirse paso, sin conseguirlo, a través de los ojos bicolores del muchacho.

Antes de que pudiera seguir reflexionando, una nueva sacudida en la fachada principal de la mansión la devolvió del todo a la realidad, haciendo que olvidase aquellas amargas reflexiones y recobrase por completo la concentración sobre el conjuro que estaba realizando. Los viajeros la observaban, expectantes, ante lo que Andie carraspeó y pronunció las últimas palabras del hechizo:

—… dewch a nhw i’w cyrchfan!

En este instante, las cintas plateadas desaparecieron y el contenido reflectante comenzó a girar sobre sí mismo. A la vez, una pequeña ventisca se desató en medio del salón, y tanto Andie como los otros tres Consejeros se

apartaron del círculo. Los ocho magos situados junto al círculo, por otra parte, notaron enseguida cómo su energía comenzaba a absorberlos y en cuanto el borde del círculo acarició los talones de sus botas, todos saltaron al unísono sin apenas pensar en ello.

No obstante, cuando la última cabeza desapareció bajo la superficie, el disco reflectante empezó a girar más rápido durante unos segundos antes de desaparecer con un chasquido, así como todos los materiales empleados para su creación. Y, en ese instante, los cuatro magos y brujas que quedaban presentes intercambiaron varias miradas que querían decir todas lo mismo: "ahora, sálvese quien pueda".

***

El mago se despertó de golpe, con el corazón acelerado. Al otro lado de la ventana ya amanecía y el sol hacía billar las tejas amarillas y verde lima de los tejados más cercanos. El ala del palacio donde se encontraba su dormitorio daba a la parte más oriental del edificio, la opuesta a la plaza, lo que le permitía tener cierta privacidad y no demasiado ruido que le impidiese dormir. Sus cerca de sesenta años, a pesar de no ser una edad muy elevada, empezaban a pasarle factura cada vez más a menudo. Eso y cierta enfermedad para la que, en un estado avanzado, ni siquiera la medicina mágica había encontrado todavía una cura.

Akhen Marquath se levantó de la cama despacio y se aproximó al armario para vestirse con una sencilla túnica larga de color marrón claro ribeteada de verde lima en las mangas. Se calzó las botas de piel oscura y mientras tomaba su bastón —un apoyo y a la vez un símbolo del poder que ostentaba en la ciudad— volvió a recordar el sueño que había tenido. Se estremeció involuntariamente al volver a ver el edificio en llamas, el hombre moreno azuzando a las masas en contra de los magos… y las ocho figuras desapareciendo en un vórtice plateado. El Hijo de Mercurio intuía que aquello no había sido un producto de su imaginación y que todo tenía relación… pero se negaba a creerlo.

"Sabíamos que esto sucedería", dijo entonces una voz de mujer en su cabeza. Una melodía que no había conseguido olvidar en todos aquellos años y que, aunque sabía que por su ascendencia era poco probable que la escuchase con tanta claridad, intuía más cercana debido a su enfermedad. "Aunque nadie podía prever que fuese así".

"Sí, es cierto", pensó él, recordando a las dos hermanas Derfain. Ambas habían soñado con una convivencia pacífica, pero él había sido uno de los artífices para evitar que se cumpliera. Akhen sacudió la cabeza. Casi veinte años después, no valía la pena torturarse. Ya no.

Despacio, se acercó a la mesilla para tomar un sorbo del líquido contenido en un pequeño frasco de vidrio azul. Sabía amargo, pero qué remedio: era eso

o sufrir terribles dolores cada pocos minutos.

En ese instante, alguien llamó a la puerta.

—Adelante —indicó el hechicero, aclarándose la garganta acto seguido.

La hoja de madera tallada se abrió, dando paso a su mayordomo.

—Mi señor, tenéis visita.

Akhen hizo una mueca de desagrado. No tenía muchos amigos, a pesar de haber recuperado limpiamente el gobierno de Tribec hacía cerca de ocho años. Cierto que jamás había buscado volver a la política después de que Solena subiese al trono; pero un escándalo, en el que estaba implicada directamente la última señora de la ciudad, había sacudido dos años después la vida social de la villa. Y su sobrina le había suplicado que se hiciese cargo de su gestión. Pero eso no implicaba que le gustase tener que atender peticiones y ruegos a diestro y siniestro cada vez que a un habitante se le torcía un tobillo…

El criado esperaba una respuesta erguido junto a la puerta y Akhen se mesó el cabello con cierta impaciencia.

—No quiero ver a nadie —mintió para librarse. A su edad y en su estado, ¿qué importaba? —. Esta semana ya he tenido suficientes protestas ciudadanas como para…

Pero se interrumpió en cuanto vio cómo otra silueta, vestida de negro y azul, aparecía silenciosamente detrás del mayordomo y se adentraba en la habitación. Akhen alzó la cabeza, sorprendido y avergonzado al percatarse de que aquel visitante habría detectado su mentira sin esfuerzo, pero a la vez que una franca sonrisa iluminaba su rostro. Porque tenía que admitir que aquella visita no le importaba en absoluto.

La mujer morena alzó entonces las comisuras de sus labios, imitándolo sinceramente.

—Ya me sorprendía que no quisieras verme, tío —comentó la Suma Sacerdotisa de Saturno con ironía.

Pero, de inmediato, su rostro se ensombreció. Akhen confirmó entonces sus sospechas de que algo malo había sucedido y lo asoció sin querer con su sueño. Por ello, al tiempo que invitaba al mayordomo a retirarse con un gesto cortés de la mano, indicó a su sobrina mayor que se acercase. Blanca Derfain obedeció y se sentó a su lado sobre el borde de la cama.

—¿Qué sucede, pequeña mía?

Akhen no podía evitar llamar así a sus sobrinas, aunque tuvieran ya, respectivamente, veinticinco y treinta y un años. Blanca, por su parte, dudó un instante antes de enfrentar su mirada azul mar.

—Algo terrible, tío. Algo que puede cambiar el mundo tal y como lo conocemos.

Un remanso de paz

El impacto contra el suelo fue más fuerte de lo que todos los viajeros habían anticipado. El hecho de haber dibujado originalmente el portal en el suelo pretendía evitar una llegada brusca, apenas una aparición sobre el mismo. Pero la magia, por supuesto, podía ser impredecible. Y más si la energía que la movía era la más poderosa de todo el Universo.

Lentamente, los ocho magos se fueron incorporando a la vez que las miradas de Ruth y Víctor se quedaban clavadas en el dibujo tallado en el suelo.

—Un portal unidireccional variable —musitó el segundo, claramente anonadado.

Su madre lo observó con una ceja enarcada.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, sorprendida—. Eso no se estudia hasta el último año…

Víctor agachó entonces la cabeza con un ligero rubor tiñendo sus mejillas.

—Ya sabes que no soy un estudiante al uso, mamá…

El rostro de Sandra se suavizó, a la vez que se aproximaba con cautela a su benjamín. Este se dejó abrazar, pero no alzó la vista para devolverle la mirada. Algo que la mujer, sin querer, acusó con más dolor interno del que hubiese admitido jamás.

Irene, por su parte, se había alejado del portal enseguida como si fuese una serpiente a punto de morderla y ahora empezaba a ojear a su alrededor, curiosa por naturaleza. Habían aterrizado en lo que parecía un gran recibidor cuadrangular. El suelo estaba enlosado con algo que parecían grandes bloques de piedra lisa y las paredes estaban encaladas y decoradas con símbolos que no reconoció de entrada.

Despacio, se aproximó a uno que le llamó la atención especialmente: parecía una gota incompleta y dibujada por un niño pequeño. Con la diferencia de que, en su interior, la línea se transformaba en una espiral que giraba dos veces hasta interrumpirse. Irene frunció el ceño. ¿Dónde había visto ella…? Pero, al girarse y observar a su madre, que no la había perdido de vista en ningún momento, su mirada se posó en el pentáculo dorado, ya

inactivo, que ahora la mujer pelirroja llevaba al cuello. El mismo que ella había portado hasta el día anterior. La muchacha jadeó, abrumada por los recuerdos, antes de apoyarse contra la pared violentamente.

Sus padres al verla así quisieron aproximarse rápidamente, pero la muchacha saltó a un lado de inmediato, en cuanto vio sus intenciones, al tiempo que les dirigía una mirada muy poco amistosa.

—No me toquéis —masculló.

Y ante la mirada atónita de ambos giró sobre sus talones y salió corriendo hacia la primera puerta que vio. La que daba al exterior.

—¡Irene, espera…! —gritó su madre, momentáneamente asustada—. ¡No sabes…!

Pero la madera se cerró de golpe tras su hija y el recibidor quedó de nuevo en silencio.

—Si queréis puedo ir a buscarla… —se ofreció entonces Ronnie, pero una mirada gélida de Marco lo silenció de inmediato.

—Cuando necesitemos tu ayuda, la pediremos —replicó, ante la sorpresa evidente de los que lo rodeaban—; y ahora, vamos a entrar de una vez. Ha sido un día agotador y necesito descansar.

—¿E Irene? —preguntó Sandra, preocupada.

Pero Cora, desaparecido ya el miedo y fiel a su costumbre, hizo un gesto displicente con la mano.

—Volverá —aseguró entonces, para perplejidad de los presentes—. En esta zona ya sabéis que no hay peligro para alguien de Fuego.

Los más jóvenes no estaban seguros de si aquello era tranquilizador o no, pero en cuanto vieron cómo los cuatro adultos daban un paso en la dirección opuesta a aquella por la que Irene había desaparecido, se percataron por primera vez de que no se habían movido de la primera dependencia de lo que era una enorme mansión.

Lo primero que vieron al salir del zaguán en dirección al interior de la casa fue un enorme salón. El suelo estaba tapizado de alfombras y varias estanterías de moderno diseño salpicaban los rincones junto a las paredes. También vieron, a su izquierda, una televisión de pantalla plana similar a la que había en la Escuela de Madrid, así como tres sofás de cuero beige dispuestos alrededor de la misma.

Al otro lado de la enorme dependencia, a la derecha, se abría la puerta de una cocina equipada con todas las comodidades, así como una gran mesa de madera blanca rodeada de sillas a juego. La encimera americana junto a los fogones también tenía el mismo aspecto, solo que revestida de una ligera capa de barniz protector para poder trabajar sobre ella. Al fondo y a la izquierda de dicha estancia se abría la despensa.

—¿Qué…?

—¿…es este lugar? —quiso saber Ruth, adelantándose a Ronnie.

Por algún motivo que se le escapaba, a su… tío… “No, Ruth, ya no lo es”, le recordó una voz insidiosa en su cabeza, no le gustaba el muchacho noruego; a pesar de que, por lo que había entendido aquel día en el pasillo mientras espiaba a Irene y al muchacho, su música les había encantado. Pero la joven decidió en un instante que, si podía salvarle el pellejo frente a su familia, lo haría. Vería en su mente lo que quisiera preguntar y lo diría ella. Así se ahorrarían escenas desagradables como la del zaguán y, probablemente, se ganaría su gratitud… o algo más.

Para su decepción, Marco no pareció percatarse de su buena acción. Sin embargo, a Ruth la sorprendió ver entonces cómo su rostro se relajaba y media sonrisa asomaba a su rostro. La muchacha tuvo que admitir entonces, por primera vez, que su antiguo tío era muy guapo. Normal que Cora se hubiese enamorado de él perdidamente… ¿quién no lo hubiese hecho?

Tarde, se percató de que alguien más podía leer sus pensamientos en aquella habitación y se puso colorada como la grana en cuanto sus padres se volvieron al unísono para devolverle una mirada cargada de cierto reproche. No obstante, Ruth comprobó que también había cierta diversión impregnando sus gestos, momento en que su vergüenza se tornó en enfado. Decidido, se había acabado el vaguear: debería empezar a mejorar sus escudos mentales… y rapidito.

En ese instante, los adultos se encaminaron hacia el piso superior, donde los recibió un pasillo largo y amplio en el que se abrían cuatro habitaciones, dos a cada lado. Sandra no pudo reprimir una sonrisa a la vez que intercambiaba una mirada cómplice con Marco. Cuando habían concebido aquel lugar, los cuatro habían estado de acuerdo en que preferían que estuviese revestido del “barniz de los deseos”. Un conjuro invisible que, formulado sobre la pintura que se aplicaba a las paredes, se adhería a los muros del edificio en cuestión y a partir del momento en que alguien entrase, la arquitectura se adaptaría a sus necesidades. “Pueblo Delia”, recordó la mujer con nostalgia, a la vez que avanzaba por el pasillo, “cuánto tiempo…”

En ese instante, una mano junto a su espalda la hizo dar un respingo para apartarse sin saber por qué. Había reconocido perfectamente al propietario de aquel roce, pero extrañamente, no deseaba que la tocase. No podía soportarlo. Su mirada se cruzó entonces con la de Ruth, que le dirigía una muda pregunta desde esos ojos oscuros tan iguales a los de su padre. Sandra tuvo que apretar los dientes para no retorcerse de dolor ante ellos. No mostraban ninguna emoción. Nada que demostrase que su hija la quería. Era todo oscuridad.

—¿Qué es este sitio? —reiteró entonces Víctor, mirando alternativamente a los cuatro adultos.

Estos, por su parte, intercambiaron un gesto cómplice antes de responder.

—Un refugio.

—Un lugar donde, pase lo que pase, estaremos juntos —a Sandra se le quebró ligeramente la voz al pronunciar aquella palabra— y a salvo.

—Pero… ¿estamos en la Tierra? —insistió Víctor.

—No, hijo —respondió entonces su padre y, tras una pausa en la que volvió a cruzar una mirada significativa con sus compañeros, confesó—: Estamos en Avalon.

***

Luis Espinosa paseaba por entre las mesas de trabajo con el mismo aire que si se tratase del nuevo presidente del Gobierno. Bueno, razonó con una risita maliciosa, probablemente lo era, ya que la presidenta Diana Almirante estaba en paradero desconocido… y en busca y captura. El vicepresidente siempre había sospechado de ella y había tratado de desenmascararla por todos los medios. Desde hacía tres años, poco después de su investidura, su único afán había sido demostrar que la brujería existía. No sabía por qué, cuál era el hecho irrefutable que le había abierto los ojos, pero estaba seguro de una cosa: los magos no tenían lugar en su mundo. No eran personas normales, ni mucho menos pacíficas. Eran como cualquier malhechor: si se les permitiese usar sus poderes con impunidad seguramente se ocuparían de esclavizar el planeta bajo su yugo déspota. Y él no pensaba permitirlo.

Como en un sueño, recordó la época en que había sido representante de los Black Sunset. Cinco años antes de verse sustituido, denigrado y expulsado del trabajo que había querido hacer durante toda su vida. Y, ¿por qué motivo? Por un desliz. Un error que no tenía que haber tenido aquellas consecuencias. Algo que él ni siquiera recordaba haber hecho. Pero claro, ahora que conocía la naturaleza de la persona que lo había sustituido los siguientes ocho años, hasta que la banda se había retirado de los escenarios, le hervía la sangre. Una joven latina llegada del otro lado del “charco”, voz melodiosa y un talento innato para conducirlos al estrellato internacional. Luis apretó los puños. Si volvía a ver a esa entrometida, no tendría dónde esconderse.

La súbita carrera de alguien a su espalda lo obligó a darse la vuelta, sorprendido. Y se enfureció al comprobar cómo su última becaria —muy guapa, pero con el cerebro de una mosca— derrapaba ligeramente sobre sus tacones, lo que produjo un desagradable sonido sobre las baldosas del suelo, hasta llegar a su altura.

—Señor Espinosa —jadeó, tratando de recuperar la compostura a duras penas—. Su mujer ha venido a verle.

A Luis, sin embargo, la mención de Sheila lo hizo olvidar de inmediato la torpeza de aquella muchacha que le había traído el recado. A la cual, con un gesto imperioso, ordenó que corriera a hacerla pasar.

“Sheila”, saboreó el nombre como siempre, igual que si se tratase de un caramelo de sabor exótico. La había conocido seis años antes, durante unas vacaciones en la India. Al preguntarle por su origen, ella le había dicho que procedía de una región pobre y remota de Kazajstán de la que él, un occidental culto y de buena fortuna, jamás habría oído hablar. Pero lo cierto era que, de tan prendado como se había quedado de sus ojos verdes y su enorme belleza, Luis jamás había vuelto a interesarse por su origen.

Poco después, ella se había vuelto con él a España y unos meses más tarde se habían casado. Muchos habían opinando entonces que la muchacha era una buscona veinte años menor que él que lo único que había procurado agenciarse era un matrimonio de conveniencia que la sacase de la pobreza. Pero Luis jamás había prestado atención a aquellos rumores. Solo sabía que amaba a Sheila por encima de todas las cosas.

Cuando apareció por la puerta, irremediablemente, atrajo las miradas de todos aquellos que trabajaban con Luis. Su rostro redondeado y moreno, enmarcado por una larga melena de pelo azabache ondulado e iluminado por aquellos ojos verdes que habían robado el alma y el corazón del vicepresidente, se paseó por toda la sala antes de enfocar al marido de su portadora.

—¡Luis! —lo saludó efusivamente, a la vez que se ponía de puntillas para besarlo en los labios—. Venía a buscarte… Pensaba que ya te habías olvidado de nuestra pequeña cita…

El hombre se sintió morir en un instante por aquel reproche. ¿Qué cita…? ¿Cómo podía haber olvidado algo tan crucial…? De inmediato, vio cómo Sheila fruncía los labios ante su elocuente silencio y optó por mostrar una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, pichoncita —murmuró, tratando de contener el dolor de su corazón al ver la mueca decepcionada de su mujer—. La caza de brujas se está alargando más de lo que yo pensaba. No puedo dejarlo ahora…

Para su alivio, Sheila sonrió ampliamente. De hecho, a Luis le pareció detectar un brillo malicioso en sus ojos verdes, pero fue tan rápido que creyó a ciencia cierta que se lo había imaginado. ¿Su Sheila con esos sentimientos…? De ninguna manera. Era la criatura más dulce del planeta…

La mujer le palmeó entonces el pecho en un gesto de ánimo.

—No importa. De todas formas, creo que voy a ir de compras un rato…

Luis suspiró imperceptiblemente. Aquel era el único vicio de su mujer que le quitaba el sueño de vez en cuando. Cierto que con su sueldo de político se lo podían permitir en mayor o menor medida… Pero el amor de su esposa por la moda occidental podía competir tranquilamente con el que sentía por él. Sin embargo, para evitar decepcionarla aún más, sonrió ampliamente y le dio un suave beso en la mejilla.

—Diviértete, cielo —le deseó—, ¡y ten mucho cuidado!

Ante lo cual Sheila se volvió con una sonrisa radiante y respondió:

—¡Ninguna bruja se cruzará en mi camino, te lo prometo!

***

Sheila entró en el ascensor con algo más de prisa de la que pretendía, pero en cuanto las puertas metálicas se cerraron tras ella, exhaló un largo suspiro y sacó algo del bolsillo exterior de su bolso de diseño. Era un pequeño disco ovoide de metal, sin más adorno que dos pequeñas piezas situadas en los polos del mismo. La joven lo acercó a sus labios y murmuró unas palabras sobre él. Un instante después, el disco comenzó a rodearse de un halo neblinoso hasta mostrar, unos segundos más tarde, el rostro de otra joven de rasgos similares a los suyos.

—Has tardado, hermana —la reprendió su interlocutora—. ¿Cómo van las cosas por la Tierra?

Sheila sonrió amplia y triunfalmente.

—Mi marido no sospecha absolutamente nada. Cree que todo esto ha sido idea suya.

La otra joven imitó su gesto, poniéndose seria acto seguido al recordar un mensaje importante que tenía que transmitirle a su hermana.

—Por aquí hay problemas —siseó rápidamente—. Por lo visto, nuestro contacto está trabajando más rápido de lo que esperábamos y sus circunstancias actuales ayudan al éxito de la misión.

—¿Y eso es malo? —se extrañó Sheila—. Creía que tú te ocupabas de controlar esa zona…

Ante lo cual, la otra compuso un gesto indefinido que a Sheila, sin saber por qué, le puso los pelos de punta. Por más de un motivo.

—Nos han convocado para dentro de dos días —expuso su interlocutora —. El momento se acerca. Y más vale que no tropecemos cuando estamos a punto de llegar a la meta, ¿no crees?

Sheila apretó los labios, conteniendo una maldición. No podía confiar en Luis pero ¿acaso le quedaba otra alternativa? Ante la severa mirada de la otra mujer, suspiró y claudicó.

—Está bien. Iré.

Canciones y advertencias

Irene corría por aquel bosquecillo desconocido, sorteando árboles y arbustos, a la vez que zigzagueaba entre los pequeños cortados de la montaña junto a la que se encontraba la casa en la que habían aparecido hacía apenas media hora. Sus botas la llevaron casi sin que lo pretendiese ladera arriba, alejándola del inmueble lo máximo posible. Solo se detuvo cuando sus pulmones protestaron, en parte por el esfuerzo, en parte por las lágrimas que la muchacha se negaba a derramar.

Jadeando, refrenó sus pasos hasta dejarse caer junto a un árbol, cerca de una zona despejada que le permitía ver cómodamente el pequeño valle que se extendía más abajo. La casa era un punto apenas escondido entre la foresta e Irene se obligó a respirar hondo para tratar de pensar con claridad. Todo lo sucedido en las últimas veinticuatro horas había mantenido su cuerpo en una tensión que la carrera parecía haber mitigado solo en parte.

La muchacha cerró los ojos, súbitamente consciente de lo cansada que estaba, pero los abrió en cuanto una imagen de los cuatro símbolos pintados en el zaguán de aquella extraña casa ocupó su mente por completo. Los Cuatro Elementos. Sus padres. Irene se miró las manos. Según le habían dicho, ella era ni más ni menos que la hija del Fuego y el Agua. Soltó una risita bronca. Menuda combinación. “Una contradicción”, pensó con amargura. “Eso es lo que soy”. Y Ronnie probablemente lo había visto a la primera, de ahí que se interesase más por Ruth: la única de entre ellos que era una bruja normal y no un maldito experimento de la naturaleza.

La muchacha apretó los puños con rabia y el corazón destrozado, a la vez que se levantaba rápidamente. Tenía que hacer algo… Tenía que…

Sin embargo, el mareo que le provocó dicho movimiento, acicateado por el cansancio del ascenso, la obligó a llevarse una mano a la sien derecha con una mueca de dolor pintada en el rostro, a la vez que su mente olvidaba todo pensamiento aparte de la alarma por estar a punto de caer inconsciente; Irene apoyó de inmediato la espalda en el árbol bajo el que antes se había sentado e inspiró con fuerza, tratando de mitigar aquella desagradable sensación. Pero sus ojos se abrieron de golpe, y su cuerpo se paralizó por completo, al escuchar aquel sonido. Un rugido que parecía salir de las mismísimas entrañas

de la Tierra y que hizo temblar el suelo bajo sus pies.

Irene palideció a la vez que miraba a su alrededor, asustada. De pronto, cayó en la cuenta de que no tenía ni idea de dónde estaba. Su única referencia era la casa, pero ¿geográficamente? Lo poco que sabía sobre portales le decía que podría estar en cualquier lugar de la Tierra… o incluso fuera de ella. La energía de los cuatro Elementos había sido necesaria para abrirlo e Irene, a pesar de su ignorancia, podía deducir que aquello implicaba algo más que unos cuantos cientos de kilómetros de distancia dentro de su planeta natal.

El sonido se repitió entonces, haciéndole dar un respingo, a la vez que una sombra oscurecía momentáneamente el cielo sobre su cabeza. Irene ya no pudo evitarlo por más tiempo: soltó un grito asustado y echó a correr de nuevo por el camino en dirección a la casa. No quería enfrentarse a las miradas de sus padres tras su espantada anterior, pero ¡qué diantre! Siempre sería mejor que la incertidumbre de no saber ni dónde estabas ni quién, o qué, te perseguía.

Sin embargo, su carrera duró bastante menos de lo que esperaba. Cuando le quedaban aproximadamente quinientos metros de camino y la ladera comenzaba a suavizarse para dar paso al llano, las copas de los árboles que tenía sobre su cabeza se sacudieron violentamente a la vez que una silueta gigantesca y oscura caía casi a plomo frente a ella. Irene retrocedió de un salto y chilló, asustada, para evitar que aquella mole la aplastase. Sin embargo, cuando por fin se atrevió a abrir los ojos, la visión que tenía ante ella la dejó aún más petrificada si cabía.

La criatura tenía el cuerpo cubierto de escamas negras con vetas rojizas y medía unos cinco metros de largo desde la punta del morro hasta el final de la enorme cola. Sus garras se hundían en la tierra blanda, aplastando bajo su peso los arbustos más cercanos, y su dorso estaba cincelado por una larga hilera de púas tan oscuras como el resto de su cuerpo. Sus ojos anaranjados estaban clavados en ella, entrecerrados, a la vez que sus fauces mostraban una sonrisa de dientes afilados muy poco tranquilizadora.

No obstante, en cuanto sus miradas se cruzaron, el gruñido ronco procedente de la garganta del dragón se detuvo, sus ojos se abrieron y sus dientes desaparecieron a medias detrás de sus belfos. Irene tragó saliva a la vez que lo contemplaba aterrada. En la boca de aquel reptil mitológico cabían cinco como ella sin ningún problema y, por ello, la muchacha esperaba que su final llegase de un momento a otro. O eso, o que estuviese soñando, alucinando o cualquier cosa similar que hiciese desaparecer a aquel ser solo con la fuerza de sus deseos.

Sin embargo, el dragón no desapareció enseguida, al contrario; permaneció allí, quieto, observándola con atención. Hasta el momento en que inclinó el morro hacia ella.

Irene pegó entonces un respingo y retrocedió hasta hacerse un ovillo junto

a la enorme raíz de un árbol cercano. La criatura, por su parte, abrió la boca en ese momento. Pero lo que más sorprendió a Irene fue el hecho de escucharlo hablar.

—La Hija del Fuego…

La adolescente levantó ligeramente la cabeza con la confusión pintada en su rostro, al tiempo que sus ojos azules enfocaban ligeramente las pupilas rasgadas del enorme reptil.

—¿Qué...? ¿Qué quieres de mí…? —balbuceó, aterrada—. No soy más que una chica normal…

El dragón, por su parte, emitió un sonido gutural desde el fondo de su garganta que podría asemejarse a una risa burlona.

—Lo veo en tu cabello de fuego, muchacha —replicó él—. Y tus ojos azules delatan quién es tu padre… —resopló, lanzando una bocanada de aire caliente sobre la joven que, al contrario de lo que ella hubiese esperado, no la abrasó sino que la reconfortó por completo, haciendo que se incorporase ligeramente. El dragón, al observar su reacción, se apartó ligeramente, pero mantuvo sus ollares a escasos diez centímetros del rostro de la joven—. La Profecía se cumplirá, pero a un alto precio…

Irene abrió mucho los ojos, sorprendida.

—¿Conoces la Profecía? —murmuró.

El dragón volvió a emitir aquel sonido gutural e Irene empezó a sentirse ligeramente molesta. ¿Se estaba burlando de ella? Pero la limpieza de la mirada de aquella criatura cuando sus ojos volvieron a cruzarse disipó de inmediato aquella impresión.

—Todas las criaturas vivientes conocemos la Profecía sobre aquellos que nos dieron nuestro primer aliento —el dragón alzó la mirada al cielo, como si viese algo que a Irene se le escapaba—, por mucho que los magos hayan intentado que se olvide…

—Querían protegernos —saltó Irene sin pensar, dándose cuenta acto seguido de que acababa de defender a unos padres con los que, en aquel momento, estaba bastante enfadada—. Querían…

—Lo mejor para vosotros —completó el dragón—. Es algo muy loable, y no deberías juzgarlos por ello. Sí, lo sé —afirmó al ver el estupor en el rostro de Irene, que no estaba segura de cómo aquel ser sabía lo que pensaba—. Soy parte de tu madre y de ti. Puedo leer en vuestra alma, al igual que vosotras podéis leer en la mía y en la de todas las criaturas de Fuego del Universo. Vuestro poder no debe caer en el olvido…

—¿Cómo puede caer el Fuego en el olvido? —preguntó entonces Irene, confundida.

Pero la mirada del dragón se había tornado grave en un segundo y, a la vez

que giraba de nuevo el morro hacia las alturas, pronunció:

—Los mundos se aproximan. El traidor está cerca y nada puede impedir que lleve a cabo la venganza de los condenados. Pero el amor más puro es el único que puede sellar para siempre la Puerta del Destino —acto seguido, se giró hacia la muchacha—. No olvides cuál es tu lugar en el mundo.

Irene, tras reponerse de la sorpresa, quiso levantarse y replicar, furibunda porque aquel ser quisiera ser otro de los artífices de su futuro con aquellas palabras grandilocuentes, pero no tuvo tiempo. En un segundo, el dragón se puso en pie sobre sus extremidades posteriores, batió las alas y alzó el vuelo, provocando una corriente de aire que la arrojó de nuevo al suelo. El claro donde se encontraba quedó en silencio en unos instantes, pero después de aquella calma antinatural, lo escuchó. Voces adultas que gritaban su nombre.

Sintiéndose súbitamente agotada, Irene se obligó a hundir los botines en la tierra y a alzar su cuerpo con esfuerzo. La cazadora de su padre estaba cubierta de barro, pero apenas le prestó atención. Las palabras del dragón seguían retumbando en su cabeza. ¿Qué habría querido decir? No obstante, la repentina aparición de su madre al borde del claro hizo que solo fuese capaz de pensar una cosa.

Cuando Cora llegó a su altura, dejó que la abrazase con fuerza antes de que su padre hiciese otro tanto. Irene se dejó besar y acariciar el pelo durante unos segundos antes de apartarse de ellos y mirar de nuevo a su alrededor, confusa. Se sentía como recién despertada de un sueño. Y sin embargo, no se le escapó la mirada cómplice que intercambiaron Marco y Cora cuando observaron las marcas que había en el suelo. Las garras del dragón todavía estaban marcadas en el barro. Irene se giró hacia ellos, interrogante, pero las miradas que ellos le devolvieron fueron inexpresivas y la muchacha sintió cómo, poco a poco, el miedo por lo que acababa de vivir se transformaba de nuevo en el enfado derivado de creerse estafada por sus propios padres.

Rabiosa, bufó y los sorteó para encaminarse hacia la casa. Por lo que no vio cómo su madre intentaba retenerla débilmente, ni cómo su padre pasaba un brazo amoroso por la cintura de Cora y le pedía paciencia en un susurro. Poco después, ambos echaron a andar tras su hija. Cada uno con pensamientos muy diferentes cruzando por su cabeza.

***

Sandra había escuchado el grito mientras estaban comiendo, y había sabido de inmediato de quién se trataba. Sin embargo, no había podido llegar hasta Irene con la mente. Algo, o alguien —quizá la propia muchacha, pero tenía sus dudas al respecto— estaba bloqueando su visión. De ahí que Cora y Marco, cuando vieron la expresión de alarma que asomó a su rostro, hubiesen salido disparados de la casa inmediatamente.

Sandra suspiró mientras volvía a pinchar un tenedor de su plato y

masticaba lentamente, al tiempo que posaba la mirada sobre sus hijos: Víctor comía con desgana sin despegar la vista de su plato, mientras que Ruth trataba de disimular las fugaces miradas que dirigía a Ronnie ocultando el rostro detrás de su melena rubia. Sandra tragó saliva al comprobar aquel gesto. Ella lo había hecho tantas veces cuando era joven…

Aquello la hizo, no obstante, observar al objeto de los desvelos de su hija por el rabillo del ojo. Cierto que no parecía mal chico y a la mujer no le hubiese importado incluso que fuese un humano corriente. Ella lo había sido en su día y defendía férreamente un posible entendimiento entre humanos y magos… Cosa que, tras los recientes acontecimientos, iba a ser difícil, recordó con amargura.

Ronnie sorprendió en ese instante su mirada, y Sandra desvió la cabeza de nuevo hacia el plato, incómoda. Aquellos ojos azules y dorados le decían que había algo más escondido detrás. La mujer recordó cómo había reaccionado Marco en el salón cuando se había sugerido que Ronnie fuese con ellos al refugio, y suspiró sin poder evitarlo. Marco y ella eran casi como hermanos desde hacía tantos años que ninguno dudaba un ápice a la hora de confiar y creer en el otro.

Pero, a pesar de su deseo de que todo saliese bien, Sandra no podía evitar pensar que los recelos de Marco podían tener cierto fundamento. Era extraño que aquel estudiante de intercambio llegado hacía pocos meses a la Escuela, sin familia ni amigos en su lugar de origen, fuese aquel por el que sus dos hijas estuvieran bebiendo los vientos desde que lo habían contemplado por primera vez, además de la oportunidad que la productora Black Records había estado esperando durante tanto tiempo; y que, al día siguiente de la prueba de sonido, saliesen aquellas noticias en la televisión.

Pero, ¿por qué un mago iba a tener intención de que aquello se airease, menos siendo tan joven? Sandra cruzó una mirada con Ray, dándose cuenta de que él la miraba fijamente. Sin embargo, no le importó y le dedicó una sonrisa cariñosa antes de masticar el último tenedor de su plato; algo que, se percató, llevaba sin hacer desde el incidente con Ruth. Había estado tan preocupada por sus hijos que había descuidado a su marido, y eso no era algo que se pudiese permitir. No después de todo lo que habían vivido juntos.

Además, hacía unos catorce años, después de que naciera Víctor y decidiesen aquello que ahora los había enfrentado con sus hijos, ellos dos habían escogido compartir poderes y enseñarse mutuamente. Sabían que la presencia de Casas Mixtas en la Comunidad Mágica no era una coincidencia y, como se había demostrado hacía quince años, Sandra era capaz de ejecutar conjuros de Casas de Tierra como, por ejemplo, saber cuándo alguien mentía y cuándo decía la verdad. Igualmente, Ray había probado pocos meses después su capacidad de levantar barreras mentales y escuchar los pensamientos de los demás, con resultados bastante satisfactorios en opinión de Sandra. Así, su vínculo se había fortalecido increíblemente, y eso parecía

haberles ayudado a sobrellevar la culpabilidad de la falta de habilidades de Ruth.

Sin embargo…

Sandra rememoró la conversación mantenida con Layla tras el incidente de las cuadras, cuando la Hija de Urano le había revelado todo lo sucedido en su clase de aquella tarde. La mayor de las Morales había sido nombrada protectora de Ruth tras su nacimiento, de ahí que siempre se hubiera esforzado por llevarla por el mejor de los caminos a pesar del desapego de la muchacha hacia sus enseñanzas. Su etapa adolescente había sido especialmente complicada en ese sentido.

"¿Y quién no ha sido así a esa edad?", pensó la mujer con cierta diversión mientras recogía los platos vacíos de la mesa y se encaminaba hacia la cocina. Ray le dirigió un gesto silencioso de agradecimiento mientras lo hacía, a la vez que le enviaba un discreto mensaje: "yo me ocupo de esto".

Sandra se acercó al lavavajillas y comenzó a meter los platos ordenadamente a la vez que continuaba con sus reflexiones. Su mirada se dirigió entonces hacia Víctor. Sandra agradecía que su pequeño hubiese nacido Virgo, en una Casa Mixta, ya que aquello favorecía su aprendizaje de ambas habilidades cuando estuviese preparado. Lo que era ya, visto lo sucedido la noche anterior. En cambio, Ruth…

Su madre tragó saliva, a la vez que trataba de contener las lágrimas de impotencia. Su niña también había nacido en septiembre bajo aquel signo que compartía con su madre y su hermano, pero Vivianne lo había torcido todo… No es que la mujer no desease a Víctor, por supuesto que adoraba a sus dos hijos; pero a veces no podía evitar sentirse invadida por cierto sentimiento de culpa. La dolorosa punzada de no haber sido capaz de proteger a Ruth cuando más la necesitaba.

El sonido de la puerta en ese instante la distrajo de sus cavilaciones y la obligó a volverse, alerta; pero respiró aliviada cuando, pasando la vista sobre la mesa americana que limitaba la cocina, vio entrar por el zaguán a una Irene resuelta, aunque inexplicablemente pálida y temblorosa, flanqueada por sus padres. La muchacha por su parte no miró dos veces a los presentes, sino que se encaminó de inmediato hacia las escaleras y las subió a la carrera. Marco y Cora se aproximaron de nuevo a la mesa, pero no tocaron sus platos a medio comer. Sus rostros tampoco presagiaban nada bueno.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Víctor, preocupado—. ¿Irene está bien?

Cora pareció volver en ese instante a la realidad.

—Sí… —repuso, aunque poco convencida, a la vez que se acercaba casi como un reflejo a su marido—. Creo que deberíais subir a descansar, chicos —aconsejó a los adolescentes—. Ha sido un día duro.

Los tres jóvenes intercambiaron miradas inseguras.

—Pero aún tenemos preguntas… —protestó Víctor.

—No, no las tenemos —lo atajó de golpe su hermana, sorprendiendo a todos, a la vez que se levantaba bruscamente de la mesa—. Al fin y al cabo, no nos las van a responder…

—¡Ruth! —la regañó su padre sin alzar la voz, pero claramente molesto—. No seas impertinente…

Ante lo cual, la muchacha se volvió hacia él lentamente y replicó con acidez:

—Otro punto negativo más que añadir a mi lista, ¿no?

Y, antes de que su padre pudiera reponerse de la sorpresa, se alejó a grandes zancadas hacia las escaleras. Pero, antes de llegar, se volvió para mirarlos con desafío, hizo un gesto de despedida con la mano… y desapareció.

Sandra se echó las manos a la boca en cuanto lo vio y fue a correr hacia donde la muchacha había desaparecido, pero Ray la retuvo enseguida por el brazo.

—No ha ido lejos. Está arriba —la informó, a la vez que hacía un gesto elocuente hacia el techo con la cabeza—. No te preocupes.

Sandra soltó de golpe todo el aire de sus pulmones a la vez que se abrazaba a Ray sin poder contener el llanto por más tiempo. Cora y Marco les hicieron un discreto gesto a los otros dos muchachos que, indecisos, contemplaban la escena. Estos aceptaron sumisamente la indicación y se dirigieron hacia las escaleras. Sin embargo, Víctor se quedó rezagado un segundo, mientras Ronnie desaparecía en el rellano superior, antes de volverse hacia el que, hasta hacía muy poco, había considerado su tío carnal.

—Oye, Marco —lo llamó.

Este, que se había quedado apoyado en la mesa, pensativo, alzó la cabeza al oír la voz de Víctor. El muchacho le hizo un gesto para que se acercara y el hombre, tras cruzar una mirada de duda con Cora, echó a andar hacia su “sobrino”.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja, asegurándose con una mirada de que Ronnie había desaparecido de la vista.

Víctor siguió su mirada, seguro de lo que pensaba.

—Sé que no aprecias a… ya sabes quién, por algún motivo que se me escapa —susurró en voz baja, con la cabeza casi pegada a la pared. El hombre rubio no pareció sorprendido porque supiese aquello pero no dijo nada, lo que hizo que Víctor se armara de valor para concluir— pero creo que todos… o al menos Irene y yo, como quieras verlo, tenemos derecho a saber… —dudó un instante— cuándo podremos… aprender de verdad a usar nuestros poderes, y retomar nuestras vidas —dirigió una mirada elocuente hacia arriba—. Sobre

todo, tu hija.

Marco abrió mucho los ojos, sorprendido.

—¿Qué pasa con Irene?

Ante lo cual, Víctor puso los ojos en blanco.

—No importa —se rindió antes de darse la vuelta de nuevo para ascender.

Marco se mesó el pelo con nerviosismo. Obviamente, Víctor era un Hijo de Mercurio y sabía lo que pasaba por la mente de los demás; incluyendo a Irene y a él mismo. Y, personalmente, estaba harto de esconder la verdad, así como de que tuvieran que esconderla al resto del mundo. Aunque tuviese sus sospechas sobre Ronnie, especialmente después del incidente del establo Marco sabía que no podían seguir haciendo como si no pasara nada.

—Víctor —lo llamó y, cuando este se dio la vuelta, murmuró en voz muy baja—. Muy pronto. Te lo prometo.

Cambio de planes

A la mañana siguiente, cuando el sol apenas había asomado por encima de las montañas que se alzaban detrás de la casa, Ruth se despertó sintiéndose como si llevase una semana entera sin dormir. Observando el techo de color claro, se dio cuenta de que se ahogaba. Necesitaba salir.

Así que, tras levantarse sin hacer apenas ruido —algo que había aprendido durante su entrenamiento como Hija de Mercurio— y con cuidado de no despertar a la otra inquilina del dormitorio, abrió la doble hoja del armario y cogió una túnica larga de mangas holgadas de color marrón con ribetes verde lima. Acto seguido, se quitó el camisón, se la pasó por la cabeza, se calzó unos botines de piel marrón, se cubrió con una capa del mismo material y salió despacio al pasillo.

De puntillas, bajó las escaleras. No tenía ganas de desayunar y todavía era muy pronto para que todos los demás despertasen. Comería algo al volver, decidió; aunque, en ese preciso instante, su estómago parecía cerrado a cal y canto ante aquella posibilidad. Suspiró. Lo único que sabía a ciencia cierta era que necesitaba estar sola.

El hecho de saber que estaba en la mítica isla de Avalon —si no le habían mentido sus padres, claro— no la amedrentó lo más mínimo y, en cambio, en cuanto traspuso el umbral, cerró los ojos con deleite. Aquel lugar rebosaba de vida y aire puro. Ni siquiera la sierra de Madrid, estando alejada de la urbe contaminada, podía compararse a aquello.

Lentamente comenzó a caminar sobre la hierba cubierta de una ligerísima escarcha, en dirección al bosque. A su derecha se alzaba la montaña; a la izquierda, el terreno parecía ser más llano durante varios kilómetros, a partir de los cuales la isla parecía ondular en forma de suaves colinas. Ruth se detuvo, cerró de nuevo los ojos y se concentró. Cuando lo hizo, el olor a sal del mar llegó de inmediato a sus fosas nasales, lo que la obligó a abrir los párpados, algo sorprendida. Así que el mar sí estaba cerca. Después de todo, podía ser que sus padres hubiesen sido sinceros. Por una vez.

Sintiendo las lágrimas de rabia aflorar a sus ojos, la joven apretó el paso hasta internarse del todo entre los árboles. Aquella habilidad para detectar los olores que traía el aire a muchos metros de distancia nunca la había

sorprendido. Simplemente pensaba que era una alumna aventajada. De ahí que se permitiese, la mayoría de las veces, desatender en las clases de los Elementos que conformaban su Casa. Pero aquello había terminado. Ahogando un sollozo, echó a trotar sobre el lecho de hojas caducas que cubría el suelo. Tratando, a propósito, de alejarse lo más posible de la casa.

Por suerte, al no haber sendero, una mezcla curiosa de robles, hayas, helechos y arbustos diversos la rodeó rápidamente por todas partes y, sin miedo alguno, Ruth continuó corriendo hasta que el terreno comenzó a ascender. Maldiciéndose por no conocer lo que había más arriba y así poder teletransportarse cómodamente, la muchacha emitió un hondo suspiro antes de emprender el ascenso, ya a un ritmo más pausado. Sin embargo, la visión que tenía desde lo alto de la colina la hizo olvidar, momentáneamente, todas sus preocupaciones.

El sol había aparecido ya por detrás de las montañas, pero viajaba bajo, cerca de la línea del horizonte. O al menos, sobrevolando aquel curioso muro de niebla que lo delimitaba por completo. Ruth sintió un escalofrío al caer en la cuenta: aquella extensión de agua salada… Era el Mar de la Niebla.

Unos cuantos kilómetros más allá de donde ella se encontraba, junto a la costa y en el extremo de la alargada cordillera bajo la que se asentaba la casa, se alzaba una ciudad enteramente de color rojo. Los rayos del sol hacían centellear los tejados de coral e iluminaron la silueta de un imponente castillo haciendo que pareciese una flor sangrante. Ruth apartó la vista enseguida de aquel espectáculo. No era agradable.

Sin embargo, tuvo que ponerse en guardia unos segundos después cuando escuchó crujir unas ramas tras su espalda. Su habilidad de Tierra, innata por otro lado, le daba ventaja a la hora de detectar aquellos fenómenos. Obligándose a respirar hondo, se limitó a incorporarse y mirar fijamente en la dirección de la que procedía aquel sonido, ahora más rítmico. Despacio, alzó una mano por detrás de su cuerpo, dispuesta a ejecutar un conjuro contra cualquier criatura que se atreviese a atacarla… Pero se relajó de golpe, a la vez que una mueca entre extrañada y gratamente sorprendida invadía su rostro, cuando comprobó de quién se trataba.

—Hola —saludó él con cierta timidez.

El sol de primera hora de la mañana hacía destellar su cabello claro a la vez que confería a sus ojos bicolores un atractivo impresionante que dejó a Ruth momentáneamente sin habla.

—Ahhh… Hola, Ronnie —le devolvió el saludo en cuanto consiguió recomponerse—. ¿Qué haces aquí tan temprano?

—Podría preguntarte lo mismo —bromeó él, aunque acto seguido se rascó un brazo con aire cohibido mientras evitaba mirarla a la cara—, aunque es verdad que… cuando me he despertado y he sentido que alguien faltaba, me he preocupado. Además, Irene me ha confirmado que tu cama estaba vacía así

que…

Aunque la preocupación de Ronnie le había llegado al alma, los labios de Ruth se tensaron al oír el nombre de su “prima”. Procurando sonreír con naturalidad, asintió dando por hecho que aceptaba su argumento y acto seguido volvió a sentarse. Aún tenía un dardo amargo clavado en el corazón, pero no le importó que el muchacho la imitase a diez centímetros escasos de distancia.

—¿Así que ya vuelves a hablarte con Irene? —inquirió, intentando sin éxito que no se notara su decepción.

Ronnie se quedó en silencio un momento. Al parecer, sopesando su respuesta, pero Ruth no se atrevía a alzar la vista. Sin embargo, cuando él soltó una risita por lo bajo, la joven no pudo evitar levantar la cabeza y observarlo, perpleja.

—Lo cierto es que no entiendo qué tienes en su contra… —replicó él, sonriendo ampliamente.

Ruth arrugó la nariz en un gesto que no la favorecía en absoluto.

—¿Te hace gracia? —se ofendió.

—Pues sí —admitió Ronnie sin pudor alguno—. Sobre todo, sabiendo que ella no tiene nada que hacer.

La mandíbula de Ruth estuvo cerca de tocar el suelo a causa de la sorpresa. No era posible. Era demasiado bonito para ser cierto…

—Claro que lo tiene —mintió sin saber por qué—. Ella es… —”la hija del Agua y el Fuego”, iba a argumentar. Pero se calló cuando recordó cómo Marco miraba a Ronnie y especialmente desde que este había agarrado a Irene por el brazo en la escalinata de la Escuela. Ruth no pensaba que Ronnie fuese capaz de actuar así hasta ese momento y, aunque le atraía como un imán, por un instante, entendió que Marco no quisiera que él supiese quién era su hija —. Irene es alta, guapa, decidida, valiente… —acto seguido se miró las manos, a la vez que dejaba caer los hombros en actitud derrotada—. Yo solo soy una decepción para mis padres.

Una lágrima amenazó con rodar por su mejilla, pero en ese preciso instante, un dedo se posó junto a su nariz, recogiéndola, para después levantar la barbilla de una Ruth atónita.

—Yo no creo que seas una decepción para ellos, Ruth. Ni mucho menos —la rebatió Ronnie con seriedad—. Les ha superado el hecho de haber estado a punto de perderte… Algo que, por otro lado, fue culpa de Irene —su mandíbula se tensó en ese punto para satisfacción momentánea de Ruth, pero la sonrisa que afloró de inmediato a sus labios hizo que la muchacha olvidase del todo a su pelirroja competidora—. Tú también eres guapa, inteligente… y prudente —el dedo de Ronnie se deslizó en ese instante hacia su rostro, a la vez que el muchacho tomaba entre el pulgar y el índice el borde de la

mandíbula de la joven—. No cambies nunca, ¿de acuerdo? Te digan lo que te digan.

Ruth estaba estupefacta. No solo porque por fin había conseguido su objetivo, que era quedarse con toda la atención de Ronnie; sino porque, además, nunca nadie le había dicho esas cosas. Cierto que era una persona sociable y que caía bien a mucha gente, pero… En muchas ocasiones, Ruth no estaba segura de que los halagos fuesen sinceros. Sin embargo, en este caso, lo sabía, lo sentía. Y no le hacía falta leer la mente del muchacho para saberlo. Por ello, se aproximó un poco más a él, aún incrédula, y murmuró:

—Ronnie, yo…

Pero él, que había estado mirándola hasta ese instante, apartó la vista de golpe, fijándola en algún punto del bosque que había bajo sus pies. Ruth sintió una ligera decepción ante aquel acto tan brusco. Pero su dolor se transformó en preocupación cuando Ronnie se levantó de un salto, tomándola de la mano, y le dijo:

—Bajemos. Viene alguien —y ante la muda pregunta en los ojos de ella, añadió—. Esperemos que no sea nada…

***

Víctor cerró los ojos, concentrándose. El pequeño círculo de hierba que había conseguido despejar frente a él no era lo suficientemente grande ni para hacer un portal de comunicación, pero eso no era lo que él pretendía. En cualquier otro momento o situación hubiese sido una práctica lógica, pero su vida había dado un giro de ciento ochenta grados y la lógica había dejado de imponerse.

Apretando los párpados con fuerza, el muchacho alzó las manos sobre aquel círculo y trató de conseguir su objetivo. A los pocos segundos sintió chispear las puntas de sus dedos y pensó que iba por el buen camino; al menos hasta que un dolor lacerante en su tobillo provocó que diese un respingo y tratase de teletransportarse a varios metros de distancia. Pero aquella enredadera no era natural, sino mágica, y no pensaba soltar su presa tan fácilmente.

Víctor, desesperado, trató de encontrar un conjuro en su mente que lo ayudase en aquel trance, pero antes de que pudiese hacer nada, comprobó cómo la rama crujía y se chamuscaba ante sus ojos. Sin saber por qué, sintió un ligero pinchazo en el costado. Pero fue reemplazado con una lanzada invisible en el corazón cuando alzó la vista y la vio frente a él. Su rostro dibujaba una sonrisa condescendiente y el chico, por primera vez desde que la conocía, se enfadó al verla así.

—Me gustaría saber de qué te ríes… —farfulló mientras se levantaba, sacudiéndose la tierra que había quedado adherida a sus pantalones.

Irene, por otro lado, no pareció ofenderse por su actitud.

—¿Problemas con la lección de hoy, novato?

Víctor apretó los dientes ante aquel apelativo. Aunque Irene tenía razón… en parte.

“Novato”, para un mago, era el apelativo jocoso aplicado a aquel alumno que empezaba su entrenamiento más allá de los doce años en una Escuela. Así, sus padres se podían haber considerado novatos cuando recibieron sus poderes… Y él ahora también. Al fin y al cabo, nunca había usado sus habilidades elementales y, por lo visto, no era tan fácil como controlar tus poderes de nacimiento. “Pero si son de nacimiento”, protestó una vocecita en su cabeza. Sin embargo, Víctor no los sentía como tales y, por ello, maldecía su torpeza.

—No me llames así —masculló, molesto—. No creo que seas la más indicada para dar lecciones sobre uso de poderes…

Irene apretó los labios, ligeramente herida por aquella alusión a sus habilidades —enfocada, sospechaba, al accidente de las cuadras— pero no replicó. Ella en realidad había salido, tras apenas desayunar un vaso de leche que ni siquiera le supo bien, a tratar de buscar de nuevo al dragón del día anterior. De lo poco que había prestado atención en las clases de Zoe García, sabía que los dragones existían en pocos sitios. Pero ella estaba dispuesta a averiguar cuál era, concretamente, aquel en el que ella se encontraba. Y a conseguir más respuestas tanto sobre ella como sobre sus padres. Para eso no hacía falta hundir la nariz en un libro, ¿verdad?

Sin embargo, no esperaba encontrarse con Víctor en aquel bosque. “Si es una rata de biblioteca”, pensó sin quererlo. “No sé qué hace aquí fuera”.

Tarde, se percató de que Víctor era perfectamente capaz de oírla, aún más cuando este mostró una sonrisa irónica. No en vano, seguía siendo un Hijo de Mercurio por ascendencia.

—¿Y ahora de qué te ríes tú? —contraatacó la joven, incómoda.

Sin pretenderlo, recordó el momento en que Ruth le había dicho que era como un libro abierto. Un nudo se apoderó entonces de su estómago y apartó la mirada. Segundos después, escuchó resoplar a Víctor.

—Sigo sin saber por qué seguís con esa estúpida pelea por Ronnie —comentó él, sabiendo perfectamente que Irene se enervaría ante aquella mención. Pero tenía que soltarlo y ahora que sabía que su futuro con Irene era más probable que nunca se sentía lo suficientemente valiente como para expresarlo en voz alta—. En serio, no sé qué le veis…

—No, claro —se rebotó Irene, encendida —. Tú que vas a saber —cuando se aproximó dos pasos, Víctor temió momentáneamente por su integridad. Al salvarlo, Irene había demostrado que tenía sus habilidades mucho más controladas que él a pesar de ser mucho menos estudiosa y metódica y admitía

que le dolía en su orgullo personal, aparte de todo. Pero ella se limitó a encararlo desde su elevada estatura y espetarle—. Solo eres un maldito canijo inmaduro que se cree especial porque saca buenas notas…

Ignorando la mirada dolida que le dirigió Víctor, Irene pivotó de inmediato sobre sus talones y salió corriendo hacia la casa mientras intentaba ocultar en vano su llanto ofendido. El muchacho se obligó a respirar hondo varias veces hasta que el dolor en el pecho remitió, dando paso a una sensación de increíble vacío.

Así que, con una mirada resignada, se despidió de su último intento fallido de controlar sus poderes de Tierra sin estar muy seguro de lo que había sucedido y enfiló la misma dirección que había tomado la muchacha unos segundos antes. Ya no tenía ganas de practicar.

Sin embargo, al salir de entre los árboles al claro que se abría frente a la casa, iba tan ensimismado que casi atropelló a Irene. La cual, sorprendentemente, se había quedado totalmente quieta entre dos hayas, observando con mal disimulada sorpresa algo que sucedía unos metros más allá. Víctor siguió la dirección de su mirada… y tampoco pudo evitar que su gesto se desencajara igualmente a causa de la sorpresa.

Puesto que jamás hubiese esperado verlos a ellos ni allí ni en aquel momento y, sin saber por qué —tampoco no se atrevía a entrar en ninguna de sus mentes por ser quiénes eran— intuyó que la situación no había hecho más que empeorar.

Dos a dos

Cora observó cómo el sol se alzaba a través de la ventana mientras tarareaba distraídamente. Sentía el cuerpo torpe y los miembros pesados mientras recogía la ropa desperdigada por el dormitorio, pero sabía que solo era consecuencia de todo lo sucedido en los últimos dos días. Suspiró. ¿Cómo había podido torcerse tantísimo aquella situación?

Cuando Irene nació, al poco tiempo tanto Marco como ella se dieron cuenta de que no volvería a concebir. La pasión seguía ahí, hacían el amor casi más regularmente que cualquier otra pareja que conociesen… pero nunca hubo un segundo hijo. Sin embargo, el motivo no fue difícil de adivinar, al menos entre aquellos que sabían qué espíritus albergaban en su interior, y terminaron asumiéndolo como algo normal. Sus Elementos ya habían depositado su semilla, habían entrecruzado su poder y sus destinos y, mediante el amor de Marco y Cora —la mujer aún recordaba aquellos lejanos diecisiete años en los que cristalizó su primer beso, aunque no fuese hasta cinco años después cuando realmente comenzaron una verdadera relación— era como Irene había llegado al mundo.

En el caso de Sandra, sin embargo, había sido distinto. Cuando el conjuro de Vivianne falló, los poderes de Ruth volvieron de nuevo a sus padres y, por tanto, la posibilidad de volver a concebir había encontrado un nuevo depositario: Víctor.

Cora sacudió la cabeza con sentimientos encontrados. Apreciaba muchísimo al muchacho, y casi se podía decir que lo sentía como un sobrino realmente suyo. Pero no estaba segura de que lo que parecía tenerle reservado el destino fuese del todo justo. Principalmente porque involucraba a su propia hija, cuya ausencia de hermanos había convertido casi en un objeto precioso para sus padres. Pero lo que alguien como Cora no podía permitir —o al menos su interior se rebelaba ante aquella idea— era que Irene no tuviese derecho a elegir qué quería hacer con su vida en el futuro.

La canción sin palabras seguía saliendo de entre sus labios mientras se vestía con una amplia túnica corta de color rojo y unos pantalones ajustados. Sin embargo, una voz masculina se unió en ese momento a su tonada, y Cora comenzó a vocalizar junto a él:

…y somos polos opuestos
que se acercan y se alejan.
Todo falla, todo cae
en lo oscuro, si me dejas.
No me faltes, no me llores,
quédate siempre a mi lado.
Con el frío de mi invierno
y el calor de tu verano.

Conmovida, se volvió para depositar un suave beso sobre los labios de su marido. Aquella canción la había compuesto él para su veinticinco cumpleaños, había sido su regalo. Abrumada por aquel recuerdo tan intenso, Cora cerró los ojos con fuerza y se recostó contra el pecho de su marido. El cual enseguida percibió que algo no marchaba bien.

—¿Has descansado algo? —preguntó Marco entonces, solícito—. ¿Estás bien? ¿Qué te preocupa?

Parecía muy angustiado por ella. Como siempre. Sin embargo, a Cora no le gustaba mostrar debilidad, ni siquiera delante de Marco —a pesar de que sabía que podía hacerlo con total tranquilidad— por lo que se limitó a suspirar profundamente.

—Sabes bien qué me preocupa —replicó con cansancio y sin enfado alguno.

Marco asintió despacio, aunque Cora pudo intuir que aquel gesto no era del todo sincero. Sin embargo, antes de que pudiese decir nada, él agregó:

—Sabes que nunca estuve de acuerdo en que hiciéramos esto.

Cora cerró los ojos con fuerza, tragándose a duras penas el orgullo a la vez que notaba cómo él la abrazaba con más intensidad. Era increíble cómo en aquellos diecisiete años habían conseguido llegar a aquel grado de entendimiento sin palabras.

—¿Y qué querías hacer? —preguntó entonces la mujer con cierta acritud y conteniendo de nuevo las lágrimas que llevaba evitando derramar desde Yule —. ¿Ya no te acuerdas de lo que pasó?

—Cielo, claro que me acuerdo —Marco la besó en la sien con dulzura—. Pero, y siento ser tan sincero, sospechaba que esto podía pasar llegado el momento.

Cora inspiró hondo.

—Yo jamás pensé que Irene sería capaz de…

Se interrumpió al comprobar que estaba a punto de llorar otra vez y prefirió morderse los labios con fuerza.

—¿…de dejar de dirigirnos la palabra y tratarnos como si no nos conociese? —completó él entonces con hastío. A él también le estaba pasando factura aquella guerra fría con la muchacha, pero primero creía que tenían que asumir su parte de responsabilidad. Y decirle toda la verdad. Pero no sabía cuándo sería el momento—. Lo sé. Yo tampoco puedo soportar su rechazo, menos todavía sabiendo lo mucho que nos costó sacarla adelante.

Las últimas palabras fueron apenas un susurro agotado y Marco se vio obligado de golpe a sentarse en el borde de la cama. Estaba muy cansado. Sin embargo, no soltó a Cora en ningún momento y, cuando se dejó caer sobre el colchón, la acomodó sobre su rodilla derecha. Ella apoyó entonces la cabeza en su hombro.

—Yo tampoco puedo soportarlo —admitió la mujer de Fuego—. Pero no quería que viviese… señalada para el resto de su vida —hizo una mueca de desagrado—. Quería darle una vida normal.

—¿Algo como lo que teníamos nosotros? —quiso saber entonces Marco, extrañado.

Pero se tranquilizó ligeramente cuando vio a Cora menear la cabeza con los labios fruncidos.

—No, claro que no. Los dos sabemos que eso jamás iba a suceder. Pero, al menos, no sé… —se mordió el labio inferior, dubitativa—. Ser una bruja normal. Tener la posibilidad de…

Se calló, al saber que estaba a punto de decir algo totalmente incoherente con su naturaleza y la de su hija, pero Marco terminó por ella.

—¿…elegir? —murmuró con cautela.

Su mujer asintió con pesadumbre a la vez que se apretaba más contra él, sin derramar una lágrima más. Marco le acarició el pelo con ternura.

—Debimos saber que eso no sería posible… —comentó con tristeza—. ¿Recuerdas la noche que la concebimos?

Cora volvió a asentir con un nuevo brillo rielando en sus ojos oscuros.

—Beltane —musitó. “Y nació en plena noche de Yule, otra fecha poderosa para los magos”. Cora siempre había temido lo que aquella combinación pudiese significar, pero nunca había tenido la respuesta buscada y se había limitado, igual que Marco, a esperar. Solo que la bomba había terminado por explotarles en la cara y casi habían perdido a Irene. Aquello era, probablemente, lo que menos podía perdonarse. Pero debían mirar hacia delante—. Aunque esperemos que aún no sea tarde para enmendarlo —murmuró entonces.

Marco alzó la cabeza y la obligó a levantar la suya, sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

Lo relajó ver que los ojos de Cora mostraban un nuevo brillo resuelto,

aunque conociéndola, aquello no siempre tenía que significar algo bueno. Los planes descabellados abultaban bastante el historial del Fuego en aquel cuerpo.

Sin embargo, esta vez no parecía ser el caso.

—Me refiero a que quizá esto sea una señal de que en su día nos equivocamos y que ahora deberíamos dedicarnos a enseñarles como realmente se merecen. A los tres.

Marco enarcó una ceja escéptica.

—¿Incluyes a Ruth en la ecuación? Sabes que ya no tiene esas habilidades…

Ante lo cual Cora mostró una sonrisa pícara.

—Y tú también sabes que es la bruja más aventajada hasta la fecha de su Casa por determinados motivos…

Marco se rio entre dientes. Por mucho que le costara admitirlo, Cora tenía razón. El único problema era convencer a sus hijos de que volviesen a confiar en ellos. Sin embargo, aquel pensamiento se diluyó, como siempre, en cuanto sus iris claros se cruzaron con los pozos de fuego que iluminaban el rostro de su mujer. La besó con dulzura, y ella se dejó. Como le habían dicho a Ray en el estudio —parecía que hacía una eternidad desde aquel momento— era su naturaleza y no podían evitarlo. Eran polos opuestos.

No obstante, cuando ya se habían tendido ambos sobre las sábanas se vieron obligados a separarse bruscamente, en cuanto escucharon voces adultas procedentes de la explanada frente a la casa. Como un resorte se incorporaron al unísono y Marco se aproximó a la ventana mientras se recolocaba la camisa en su sitio. ¿Quién podía saber que estaban allí? Y lo más importante, ¿qué podían querer?

Sin embargo, el hombre sonrió ampliamente en cuanto conoció la respuesta a la primera pregunta. Cora le lanzó una mirada interrogante al verle volverse tan risueño, pero no le hizo falta preguntar la identidad de sus visitantes. Solo había dos personas, o mejor dicho, tres, que podrían ir a verles al refugio de Avalon siendo una visita realmente grata. Y vivían muy cerca.

***

Loreen frunció los labios, como era su costumbre cuando algo le resultaba ostentoso o excesivo, en cuanto la enorme mansión apareció ante sus ojos. El hecho de apreciar a sus habitantes ocasionales no hacía que aquel proyecto le pareciese adecuado para un lugar como Avalon, pero se mordió la lengua en su día y lo seguiría haciendo hasta la muerte. Por ellos.

Con agilidad y tratando de ignorar aquellos pensamientos desagradables, saltó la última raíz que la separaba del claro donde se ubicaba la casa y, un instante después, echó la vista atrás para comprobar por enésima vez que sus

acompañantes seguían ahí.

Tanto John como Hal caminaban un par de metros por detrás de ella, que era la que guiaba y abría el camino a través de aquel bosquecillo gracias a sus capacidades relacionadas con la Naturaleza. Loreen les lanzó media sonrisa satisfecha antes de volver de nuevo la vista al frente.

Todo el mundo siempre la había considerado una persona independiente y solitaria; pero lo cierto era que, desde que tenía uso de razón y en especial desde que había sucedido todo aquello en la Escuela de Seattle —hacía cerca de treinta años de aquello, pero Loreen sabía que jamás lo olvidaría—, el hecho de prestar atención a todo lo que la rodeaba y, en especial, a aquello y aquellos que la importaban más, se había incrementado exponencialmente. Y sabía que jamás sería capaz de abandonar esa manía. Si es que se la podía calificar como tal.

Cuando estaban a apenas veinte metros de la puerta principal, Loreen ralentizó la marcha, alerta. Había movimiento entre los árboles situados a ambos lados de la casa. Hal se aproximó y deslizó una mano discreta tras su espalda, dándole su mudo apoyo en caso de que tuvieran que enfrentarse a algo… o a alguien. John, por su parte, se situó silenciosamente por detrás de sus padres, a la espera.

Sin embargo, los tres se permitieron respirar de nuevo en cuanto vieron quiénes eran aquellos que salían a recibirlos. A su derecha, de debajo de la sombra de un roble, salió la silueta alta y plagada de curvas de Ruth, que a sus diecisiete años era casi una perfecta réplica de su madre cuando la habían conocido. Salvo, claro estaba, por los ojos oscuros, herencia de su padre.

Pero cuando otro muchacho adolescente de ojos azules y cabello castaño claro apareció detrás de ella, Loreen frunció el ceño sin poder evitarlo. La información era que los Elementos habían llegado a Avalon; pero aquel muchacho, a pesar de que tenía cierto halo que le resultaba familiar, en general no le sonaba de nada. De hecho, no se trataba de Víctor, el único adolescente al que esperaba ver y que apareció unos segundos después por la linde izquierda del bosquecillo, detrás de Irene.

Esta, a la que casi habían visto crecer por las muchas ocasiones en que se habían encontrado con sus padres, también se había convertido en una mezcla perfecta de sus dos progenitores: la altura, la sensualidad y el carácter bromista del padre unidos a la fuerza interior y el mal carácter de la madre. Loreen sonrió. A aquella jovencita la quería casi como si fuese de su sangre; no en vano, fue nombrada su protectora poco después de su nacimiento.

De ahí que, pasada la sorpresa inicial, Irene corriese a su encuentro y al de Hal.

—¡Tía Loreen! —exclamó, encantada—. ¡Tío Hal!

En un momento, ambos estaban rodeándola con sus brazos, emocionados

de verla. Evidentemente, en este caso Irene sabía que no eran sus tíos carnales. Pero la relación que ambos tenían con sus padres iba casi más allá de una simple amistad. Sin embargo, en cuanto se separaron, la muchacha se percató de que había un tercer visitante.

—¡Hola, John! —lo saludó con desparpajo—. ¿Cómo te va? ¡Cuánto tiempo sin verte!

En ese momento se aproximaron también Víctor y Ruth. El muchacho que acompañaba a esta se quedó ligeramente rezagado, junto a los árboles y a Loreen la mosqueó ligeramente ver cómo Ruth le dirigía una mueca interrogante. ¿Qué estaba sucediendo? Intercambió una mirada significativa con Hal mientras saludaban, quizá algo menos efusivamente que a Irene, a los dos hijos de Sandra y Ray. Y ambos supieron al instante lo que pensaba el otro. Deberían preguntar a estos últimos si Ruth, por fin, tenía un novio que había presentado a sus padres. Si no, ¿qué explicación había para que aquel chico estuviese allí en una situación semejante?

En ese instante, los citados Elementos, junto a Marco y Cora, salieron de la casa y se encaminaron hacia ellos luciendo sonrisas amplias, aunque cansadas. Y los dos adultos visitantes sabían perfectamente a qué se debía esta última característica. Con cariño, Loreen estrechó en sus brazos a Marco mientras a Cora le dedicaba una sonrisa sincera. Ambas se llevaban bien pero, considerando sus respectivos caracteres, nunca habían llegado a congeniar en el mismo grado que la bruja y su "protegido". Por otro lado, Hal, tras saludar a Cora con un beso en la mejilla, estrechó los brazos de Marco con respeto y cariño. La esposa del segundo nunca dejaría de sorprenderse de cuánto podían parecerse ambos, tanto en físico como en forma de ser.

—Buenas, novato —le dijo Loreen entonces a Marco—. ¿Cómo va todo?

El interpelado se rio a la vez que enarcaba una ceja irónica.

—Después de tantos años… ¿y todavía me llamas novato?

Loreen le devolvió el gesto, mezclado con cierta burla amistosa.

—Para mí lo serás siempre.

Mientras seguían intercambiando chanzas, Irene miró sorprendida a su padre. "Un novato", se percató. Claro, sus poderes los había conseguido a los veintidós años, una edad pasada de sobra para estudiar magia. Sin embargo, ¿a los Elementos se los trataba también como a magos normales? Una cálida sensación se alojó en su pecho al pensar aquello. Su principal miedo al enterarse de quien era había sido, principalmente, que la rechazasen por lo que era. Y Ronnie muy especialmente.

Ronnie. ¿Qué hacía con Ruth? ¿Habían estado ellos dos solos en el bosque? Le hervía la sangre de pensarlo. Sin embargo, en ese momento se encontró prácticamente entre John y Víctor, que se saludaban, y tuvo que abandonar sus reflexiones. Porque había algo que le resultaba raro en el joven

hijo de Hal y Loreen.

Por lo que sabía, John había nacido unos cuatro o cinco meses después que ella. A los dos años había empezado a demostrar aptitudes para la Casa de Marte, como su padre y para alegría de este. Y cuando Lord Kenneth murió en una batalla en las Tierras Lejanas, su testamento establecía que Hal, su hombre de mayor confianza durante aquellos años, sería su sucesor. Así que la familia al completo se trasladó a Dhana. Sin embargo, hacía cerca de dos años que no veía a John… y la muchacha tenía que admitir que parecía cambiado en algo más que el físico.

El chico hizo su gesto protocolario en dirección a Víctor con mucha educación y este le devolvió el suyo, las manos apoyadas en los hombros y después en los labios, con las palmas juntas. Irene, insegura, le devolvió el gesto de Júpiter por pura costumbre al muchacho de Marte y este le devolvió una sonrisa y su propio gesto, pero no dijo ni media palabra.

—¿Qué pasa, Johnny? —lo provocó entonces, con cariño. Siempre, desde que eran críos, lo había llamado así—. ¿Te ha comido la lengua el gato?

Sin embargo, la que respondió fue su madre desde detrás de su espalda.

—No creo que te conteste —y, ante la perplejidad de la joven, que se había vuelto como si la hubiesen pinchado, Loreen añadió con media sonrisa que no podía ocultar cierta tristeza—. John hizo voto de silencio hace año y medio.

Debes elegir tu camino

—Bueno, ¿vais a decirnos por qué habéis aparecido por aquí o tenemos que sonsacároslo? —preguntó Marco con cierta sorna, aunque en el fondo estaba inquieto por aquella visita tan repentina.

Acababan de terminar de comer y los cuatro Elementos habían estado a punto de dejar que sus hijos y Ronnie se fuesen a sus respectivas habitaciones. Pero, en el último momento y con el beneplácito silencioso de las expresiones de Hal y Loreen, optaron por animarlos a quedarse. "Ya está bien de secretos", decidieron casi al unísono.

Loreen, por su parte, daba pequeños sorbos a un té con canela, su bebida caliente favorita, a medida que meditaba la respuesta.

—Supongo, por vuestra presencia aquí, que ya estaréis enterados de lo que ha sucedido en la Tierra —todos los aludidos hicieron gestos de incomodidad evidente—. Pues, al parecer, la situación es tan grave que Solena quiere vernos a todos en Avalon mañana mismo.

—¿A todos? —quiso saber Sandra, alzando las cejas con evidente sorpresa.

Hal y Loreen intercambiaron una mirada cómplice.

—A "los veinticuatro" —Hal remarcó la expresión al responder— y a los señores de las ciudades, claro.

Cora soltó un silbido.

—Si quiere ver también a los señores de las ciudades, entonces es que la cosa es muy grave.

—Lo es —corroboró Loreen, frunciendo los labios—. Por lo visto, vuestro "querido amigo" —ironizó— Luis Espinosa ha decidido que los magos no le gustamos un pelo y prefiere encerrarnos en algún sótano oscuro antes que seguir dejando que paseemos tan campantes por ahí.

—Siempre tan sincera, ¿eh, Loreen? —la reprendió Marco sin dureza, a la vez que dirigía una mirada elocuente a los adolescentes.

Ante lo cual, su amiga le dirigió una de sus clásicas medias sonrisas burlonas.

—Marco, deben saber a qué se enfrentan —lo rebatió—. El mundo ya no es el mismo que cuando vosotros conseguisteis vuestros poderes…

Se calló de golpe ante la expresión de alarma que mostraron los cuatro en cuanto pronunció aquellas palabras, a la vez que fruncía el ceño extrañada; pero, al ver cómo Marco miraba a Ronnie por el rabillo del ojo, creyó entender cuál era el problema a la vez que volvía a preguntarse qué relación tenía aquel muchachito con los Elementos. Sin embargo, hubo dos personas más que detectaron el recelo hacia el muchacho noruego.

Dos muchachas que fulminaron de inmediato al hombre de Agua con la mirada. Marco apartó la vista, incómodo, para fijarla acto seguido en Loreen y ya sin reproche alguno. Lo hecho, hecho estaba.

—De todas maneras… —intervino Ray entonces, sacando a todos de sus respectivos pensamientos— puede que aún haya una solución pacífica a toda esta situación, ¿no?

—¿Cuál? —quiso saber Hal, adelantándose con tranquilidad a Loreen, de la que preveía un exabrupto cargado de sarcasmo—. ¿Tienes alguna idea?

El hombre de Tierra, por su parte, sacudió la cabeza con inseguridad.

—Lo cierto es que no, pero ¡por todos los Dioses! —se airó súbitamente —. ¿No ha habido siempre quienes defendían que se podía convivir con los humanos en paz?

—No todos lo hacíamos —apuntó Hal con calma

Ray intercambió en ese instante con Sandra una mirada cargada de significado.

—Y, ¿qué podemos hacer? —preguntó esta.

Loreen adoptó entonces una expresión grave, a la vez que apretaba los labios y pronunciaba:

—Ir. Es la única opción. Y ver si se puede hacer algo al respecto.

—¿Todos? —quiso saber Cora en ese instante, mirando con elocuencia a los adolescentes presentes.

Loreen alzó la vista hacia ellos. En su rostro rielaba la indecisión, algo que sorprendió a la mujer de Fuego. No era frecuente que Loreen dudase sobre qué hacer, y eso le indicó que la mujer de cabello castaño trenzado que ahora tenía frente a sí podía estar pasando por una situación similar a la suya con respecto a los menores presentes. Porque probablemente, como había dejado caer, tenían que saber a qué se enfrentaban-Pero, ¿a qué precio?

—No los han convocado —admitió Loreen entonces con sencillez. Pero, antes de que pudiese levantarse un motín entre los jóvenes tal y como auguraban sus rostros desencajados por la decepción de no poder ir a un lugar tan emblemático como la fortaleza de Avalon, agregó—. Y nosotros, en particular, preferimos mantener a John al margen… De momento.

“Y además, puede que averigüe así de qué me suena ese muchacho tan extraño”, pensó mirando discretamente hacia Ronnie. Demasiado tarde, se dio cuenta de que dos personas podían escuchar sus pensamientos. Sin embargo, las miradas de Ruth y Víctor eran muy diferentes. La primera estaba cargada de sospecha. La segunda era serena y, cuando el muchacho abrió la boca, Loreen se quedó genuinamente sorprendida de su decisión.

—Nosotros, entonces, nos quedamos.

Los adultos intercambiaron entonces miradas de complicidad. La decisión estaba tomada. Sus hijos ya eran mayores para poder cuidarse solos unos días y, con ayuda de la magia, era más que probable que todo estuviese bajo control. Sin embargo, Loreen no dejó de vigilar a Ronnie ni un instante mientras los demás hacían los preparativos para marchar. Había visto esos iris bicolores antes. Lo sabía. Pero, ¿por qué no conseguía ubicarlos?

Cuando vio que el muchacho empezaba a incomodarse por su vigilancia, a pesar de que le hubiese gustado prolongarla un poco más, la mujer decidió dejarlo estar. “Lo averiguaré”, se prometió. “Estoy segura de que todo esto tiene que tener relación y significar algo”.

La cuestión era: ¿qué?

***

La partida fue difícil en muchos sentidos. A pesar de las protestas de Irene y Ruth, Ronnie y John parecían de acuerdo en hacer lo que se les dijese, incluso aunque supusiera no conocer la magnificencia de la capital de Avalon. Víctor, por su parte, argumentó que ya habría momento para hacerlo en un futuro, lo que arrancó una sonrisa orgullosa a su madre. Irene y Ruth, ofendidas, fueron las únicas que no salieron a despedirse.

Los macutos no eran muy grandes, apenas unas mochilas de excursionista pero, sabiendo que al llegar a Avalon los armarios y aparadores de allí les proporcionarían todo lo que necesitasen en cuanto a ropa, los seis viajeros optaron por empacar únicamente dos raciones de comida por si acaso —el viaje caminando hasta Avalon sería de unas doce horas atravesando las montañas a buen ritmo— y algún material de primeros auxilios por lo que pudiese pasar.

Sandra y Cora procuraron contener las lágrimas antes de emprender el camino, y la primera aprovechó a abrazar con fuerza a su hijo antes de partir. Loreen besó a John en la frente y su padre lo abrazó con cariño; ambos rogándole encarecidamente que se cuidase, bajo promesa de verse los tres muy pronto. De hecho, los seis esperaban que la situación se resolviese lo más pronto posible.

Una vez dejaron la casa atrás, tomaron uno de los muchos senderos que serpenteaban entre los bosques de conífera y helecho que ocupaban aquella

zona de la isla. El aire era puro y fresco, pero ninguno de ellos se sentía con ánimo para comentarlo o incluso hablar y bromear. Sandra, además, caminaba a distancia de Ray. El dolor por el rechazo de su hija era tan intenso que, a pesar de todo, solo con mirarlo le resultaba insoportable ver el parecido con ella… y sentir su fracaso.

Cora y Marco caminaban junto a Hal y Loreen.

—Lo —murmuró entonces el portador del Agua—. ¿Puedo preguntarte algo?

Cora alzó la cabeza en ese momento, interesada, aunque intuía cuál era la pregunta que Marco le quería hacer a la rebelde Hija de la Luna. La cual, tras alzar la vista hacia él, mostró media sonrisa amistosa que la mujer de Fuego solo le había visto dedicar a un número de magos y brujas que podían contarse casi con los dedos de una mano.

—Dispara —lo invitó.

Marco dudó un instante, sin embargo, antes de atreverse a vocalizar su duda. Fundamentalmente, porque no sabía qué clase de explicación podía haber detrás ni qué sentimientos albergarían sus dos amigos al respecto.

—¿Por qué John ha hecho voto de silencio?

En ese instante, la cabeza de Hal se giró hacia ellos como un resorte, pero su rostro no expresaba angustia, miedo o alarma alguna. La mirada de su esposa se cruzó con la suya de inmediato; era como, si en aquel intercambio, sopesaran en silencio qué contestar. Y Marco supo que había acertado al pensar que no iba a ser una respuesta agradable.

—Como le dije a Irene, hará como un año y medio de eso —replicó entonces Loreen con un ligero cansancio que nada tenía que ver con el de su cuerpo en marcha, mientras acercaba su cabeza a la de Marco y susurrando apenas las palabras—. No sabemos muy bien por qué pero, tras una de las fiestas de Beltane que celebramos en Salem, supongo que la recuerdas —Marco entrecerró los ojos, tratando de hacer memoria, para finalmente asentir. Loreen lo imitó antes de proseguir—, mientras volvíamos hacia Puerto Calea para embarcar y volver a casa, digamos que tanto Hal —hizo un gesto significativo con la cabeza hacia su marido, que había vuelto a mirar al frente pero permanecía claramente atento a las palabras de su esposa— como yo nos dimos cuenta de que algo no iba bien con John…

Se interrumpió, mordiéndose un labio con inseguridad, algo poco habitual en Loreen, y fue Hal el que concluyó el relato.

—Desde que salimos de la Escuela de Salem no había dicho ni media palabra y, después de llegar a Dhana, en cuanto entramos por el zaguán, de repente se volvió hacia nosotros y nos comunicó… —la voz se le quebró ligeramente— que había decidido hacer voto de silencio en el templo al día siguiente. Y así sigue hasta el día de hoy —concluyó con cierta derrota.

—Pero eso no es raro en los novicios de Marte como él, ¿no? —intervino entonces Cora, recordando a aquella rubia sirvienta que la había atendido mientras estaba en la antigua casa de Hal en la ciudad de los guerreros. Además, su hijo llevaba bastante tiempo en la formación sacerdotal, así que no terminaba de entender del todo la situación ni qué era lo que preocupaba realmente a su amigo, pero trató de animarlo en la medida de lo posible—. No os desaniméis. Pensad que puede que solo sea algo pasajero…

Pero su amigo meneó la cabeza, poco convencido con aquel argumento.

—Sí, es cierto que no es raro que los sacerdotes guerreros opten por esa vía por diferentes motivos pero, a pesar de todo… —frunció los labios con evidente preocupación— fue… demasiado repentino. No sé —admitió sacudiendo la cabeza—. Te confieso que hemos intentado convivir con ello, pero…

Cora asintió y le dedicó una sonrisa alentadora, indicando que no necesitaba más explicación. Porque ella misma estaba experimentando en sus carnes lo que significaba que una hija no te hablase; de hecho, y para colmo de males, en este caso sí parecía hacerlo con el resto del mundo.

—¿Y no recordáis si sucedió algo en esa fiesta de Beltane que pudiese provocar esa reacción? —quiso saber Marco entonces, encogiéndose de hombros—. Alguna pelea, alguna situación…

Pero, para su desazón, Loreen sacudió la cabeza negativamente.

—Sé que no les perdimos prácticamente de vista hasta que se fueron a acostar, pero claro… —hizo un gesto vago con los brazos—. ¿A quién de nosotros a esa edad le han dicho “a dormir” y lo ha cumplido a rajatabla?

Los otros tres soltaron una risita nerviosa, admitiendo que Loreen tenía razón y recordando una etapa de sus vidas que ya se les antojaba muy lejana. No en vano, habían tenido que superar muchas situaciones que los habían obligado a madurar rápidamente. Todos ellos. Quizá por eso, en aquel momento, Marco se permitió algo que hacía tiempo que no realizaba: le pasó un brazo amistoso a Loreen por los hombros. La bruja, por costumbre, se tensó ligeramente. Pero cuando él habló, mostró una sonrisa sinceramente agradecida.

—Todo irá bien, Lo —le prometió él—. Ya lo verás.

***

El camino no fue especialmente penoso, más bien al contrario. Sin embargo, cuando llegaron por fin, bien entrada la noche, a las puertas de Avalon, el cansancio podía con sus cuerpos, además del hecho de que su desazón se transformó en preocupación rápidamente al recordar qué propósito los llevaba, una vez más, a la fortaleza—santuario. La Comunidad Mágica dependía de aquel lugar, de su gestión y de la mujer que actualmente lo

gobernaba. La hija de una gran hechicera que, amparada bajo la tutela de un hombre que casi los había entregado a la muerte, pero luego había resultado ser uno de sus mejores aliados, había crecido hasta convertirse en la digna señora de la Isla de Avalon.

Las puertas se abrieron sin hacer ruido bajo la barbacana, dando paso a un patio inundado de antorchas que todos conocían bien. Media docena de sirvientes estaban preparados junto al muro norte de la fortaleza para darles la bienvenida y guiarlos a sus aposentos en cuanto llegasen, por lo que todos se dejaron conducir dócilmente, pero en cuanto todos se acostaron, ninguno fue capaz de conciliar el sueño. Unos, pensando en el rechazo de sus hijos. Otros, cavilando sobre si el suyo, al que por primera vez alejaban tanto de ellos, estaría bien.

Y todos ellos, preguntándose si su mundo volvería a ser alguna vez tal y como lo conocían y amaban.

Noticias de otro mundo

La noche había caído hacía rato sobre la solitaria mansión ubicada entre las montañas, pero Irene no podía dormir. Si bien era cierto que al desaparecer sus padres por la puerta el ambiente se había vuelto algo menos agobiante según su parecer, a la vez que la camaradería adolescente se abría hueco entre los cinco ocupantes de la casa, Irene no podía dejar de lado la impresión de que algo seguía sin estar en su sitio. Y el hecho de enterarse de dónde estaba, nada menos que en la mítica Isla de Avalon, no hizo otra cosa que aumentar su ansiedad. Ella siempre se había considerado un espíritu libre que podía ir y venir a su antojo, pero el hecho de estar en una isla de apenas mil kilómetros cuadrados la hacía sentirse prisionera de su propia maldición.

De repente, se incorporó en la cama. ¿Cómo había podido pasarlo por alto? Ella no era una Hija de Júpiter, cierto. Pero tampoco era una Hija de Saturno por nacimiento. Era ni más ni menos que la Hija del Fuego y el Agua y, como tal, debería poder controlar ambos elementos sin pestañear. ¿Acaso importaba que sus padres no hubiesen querido enseñarla en todos aquellos años, conteniendo su energía en un cuerpo que rugía por sacar su potencial, como era su caso? Tenía que poder conseguirlo.

Sonrió a medias. Todavía sentía la satisfacción del momento en que, aquella mañana, había visto fracasar a Víctor en el intento de utilizar sus nuevos poderes, mientras que ella lo había liberado con apenas un floreo de la mano. Su orgullo se tiñó de amargura, no obstante, en cuanto recordó cómo había reaccionado él. “¿Tanto te costaba darme las gracias, cabeza de chorlito?”, rezongó mentalmente. Imaginaba que a aquellas horas el muchacho, que dormía en la habitación contigua con Ronnie, tendría el “buzón mental” apagado, como le gustaba llamarlo a la muchacha. Pero no pudo resistirse. “Si le llega, mejor que mejor”.

Lentamente, apartó las sábanas y bajó los pies al suelo. Había trazado un plan en su mente. Si bien era cierto que nunca hasta el momento había tratado de ejercitar la parte acuática de su naturaleza, suponía que solo sería cuestión de cambiar su mentalidad. Dejar el Fuego a un lado y permitir que el líquido elemento tomase el control.

En cuanto abrió el armario la ropa de viaje se materializó ante ella de

inmediato. La muchacha se enfundó rápidamente unos pantalones cómodos, un par de botas de caña alta, una blusa y un chaquetón largo de piel oscura. Antes de salir no obstante echó un vistazo a la habitación, donde Ruth aún dormía profundamente. Irene notó la bilis ascender en ese momento por su garganta y contuvo las ganas de zarandear a aquella joven rubia hasta que su ira desapareciese. “No me he rendido con respecto a Ronnie, que te quede claro”.

Envió el pensamiento sin apenas ser consciente, pero antes de arrepentirse, optó por cerrar la puerta tras de sí con prisas y encaminarse hacia el piso inferior. Tenía que largarse de aquel lugar maldito antes de que cualquiera de sus compañeros se percatase de su ausencia. Pero no contó con que uno de los dos mensajes telepáticos sí había llegado perfectamente a su destino.

El salón-comedor estaba a oscuras. La luz de la luna que entraba por las ventanas proyectaba las sombras de los muebles sobre el suelo, creando caprichosos dibujos de color blanco y negro sobre la madera barnizada del mismo. Irene caminó con cuidado tratando de no hacer ruido y, a la vez, de no tropezarse con una silla o un objeto y armar el escándalo del siglo. En la enorme estancia hacía frío y la muchacha, tras echar un vistazo tras de sí para comprobar que no la seguían, se atrevió a conjurar una bola de luz en su mano. Cierto que hasta ese momento siempre habían sido de rayos, pero en cuanto lo visualizó en su mente y ordenó a su poder fluir, una pequeña esfera de llamas se materializó entre sus dedos.

Irene sonrió con orgullo mientras sostenía su pequeño trofeo en alto, frente a su rostro. Pero se quedó petrificada en el sitio cuando una ráfaga de aire helado, procedente de ninguna parte, siseó a su espalda para terminar apagando la esfera. Anonadada, Irene trató de volver a conjurarla, pero cada vez que intentaba hacerlo, la ráfaga retornaba con más fuerza.

La muchacha cayó entonces en la cuenta: había tres magos con habilidades de Aire en aquella casa. A dos de los cuales había enviado mensajes telepáticos hacía escasos minutos. Probablemente, los hermanitos se estarían divirtiendo de lo lindo viendo cómo trataba de escabullirse sin ser vista. Así que, furibunda, se giró hacia las escaleras, dispuesta a encarar a cualquiera de los dos y a dejarles muy claro lo que pensaba de sus bromas. Pero allí no había nadie.

Irene sintió entonces crecer la ira en su interior. Pensaban que podían esconderse, ¿verdad? Pues no iba a darles ese placer. Olvidando momentáneamente su deseo de escapar, se encaminó hacia los escalones de color blanco y, al llegar al primero, echó la mano a la barandilla… teniendo que retirarla acto seguido con un grito ahogado.

Estaba congelada.

La muchacha tragó saliva. Aquello sí que no tenía ninguna gracia. Y, salvo ella, no había nadie en aquella mansión con poderes de Agua… ¿o sí? “No

importa, Irene”, se azuzó mentalmente, “tienes que salir de aquí. Ya”.

Con urgencia, la joven se encaminó hacia la puerta principal de la mansión, ya sin preocuparle el ruido que pudiese hacer. Echó enseguida la mano al picaporte, pero un sudor frío recorrió su espalda cuando comprobó que también estaba congelado y que, además, no podía moverlo. Y entonces lo escuchó.

—Irene…

La adolescente saltó como un resorte y a la vez que se giraba en todas las direcciones, aterrada. ¿Quién había susurrado su nombre?

—¿Víctor? —preguntó en voz baja sin dejar de mover los ojos hacia todos los rincones. Y en ese momento, se percató de algo: del salón provenía un ligero resplandor. Respirando hondo y obligándose a mantener el miedo a raya, la muchacha caminó lentamente hacia allí—. ¿R…Ronnie? —musitó, insegura. Pero cuando nadie respondió, probó una tercera vez, con cierta desesperación—. ¿Ruth…?

Pero no había nadie. Irene se obligó de nuevo a inspirar hondo mientras sentía que la irritación retornaba a su ánimo con fuerza.

—Si esto es una broma, tenéis muy mal gusto, ¡que os quede claro! —vocalizó, ya en un tono de voz algo más elevado. Pero el resplandor permanecía ahí, como si impregnase todos los muebles de la estancia, e Irene empezó a impacientarse—. Chicos, venga, dejadlo ya…

Miró en todas direcciones, para ver si averiguaba dónde se habían escondido sus compañeros. Pero cuando sus ojos se posaron sobre la encimera americana, un escalofrío recorrió su espalda y tuvo que hacer un esfuerzo para no gritar.

La joven tendría pocos años más que ella. Su cabello negro y liso caía a ambos lados de su rostro y sus ojos violetas tenían un brillo antinatural. Su piel era pálida y vestía una túnica granate y verde oscuro manchada de sangre, pero por lo demás, era sorprendentemente bella. Su rostro redondeado y su cuerpo menudo hacían que casi pareciese una muñeca de porcelana.

En ese momento, ante su estupor, la muchacha se acercó a ella despacio; e Irene comprobó entonces que, aparte de todo, su cuerpo no tenía una consistencia normal. En algunos puntos, la joven podía ver a través de ella. Paralizada de terror, vio cómo la joven translúcida se desviaba en el último instante hacia la escalera, miraba un segundo hacia arriba, después volteaba aquellos extraños iris violeta hacia Irene y acto seguido desaparecía en una ráfaga de aire frío que a Irene no le resultó desconocida.

A causa del sobresalto, por otra parte, la muchacha de carne y hueso retrocedió instintivamente; con tan mala suerte que dio contra una mesilla y estuvo a punto de caer sobre la misma. Sin embargo, en ese momento, unos brazos muy sólidos tiraron de su cuerpo hacia un lado, evitando que se

golpease el costado dolorosamente contra una de las esquinas. La lámpara que ocupaba el mueble se estrelló ruidosamente contra el suelo. Pero Irene ya no se preocupaba por el escándalo que pudiese ocasionar. Había visto algo que no sabía explicar.

Por suerte, alguien había acudido en su auxilio antes de que se hiciese daño. Los brazos que la sujetaban parecían de hombre, e Irene suspiró agradecida a la vez que sonreía. “Ronnie”, pensó. Sin embargo, en cuanto notó cómo los brazos se retiraban de su cuerpo, alzó la vista, extrañada.

Y sus ojos azules se cruzaron con los grises de Víctor.

Irene se quedó boquiabierta, a la vez que una mezcla de vergüenza y enfado se alojaba en su corazón. “Claro, le habré despertado y después se habrá vengado de mí creando una ilusión”, fue lo primero que pensó su mente. Pero antes de que pudiese abrir la boca, él, que había escuchado su mente perfectamente, lo hizo por ella.

—De nada —murmuró Víctor antes de incorporarse. En su voz se filtraba claramente cierto rencor que la joven, sin saber por qué, acusó con un dolor agudo en el pecho que nada tenía que ver con el ritmo alocado que el miedo había imprimido a su corazón—. Espero que la próxima vez que se te ocurra hacer una locura no sea jugando con los muertos —dijo él entonces, antes de darse la vuelta y dirigirse hacia las escaleras.

Irene dejó caer la mandíbula, atónita. El resplandor de los muebles había desaparecido y el salón había vuelto a la normalidad, pero la muchacha no se percató de ello. ¿De qué estaba hablando…?

—Víctor… —lo llamó entonces—. Espera.

Pero él pareció hacer caso omiso de su petición y antes de que pudiese levantarse del suelo y alcanzarlo, se desvaneció en el aire teletransportándose. Irene apretó los labios con contrariedad. Odiaba que la dejasen con la palabra en la boca.

Sin embargo, en cuanto se permitió mirar de nuevo a su alrededor, algo frío y muy desagradable se alojó en su pecho a la vez que recordaba la última frase de Víctor.

“Jugar con los muertos”.

La muchacha se estremeció. Aquella era una habilidad de Agua, por supuesto. Pero, ¿cómo lo había sabido él? Se miró las manos y, tras unos segundos, suspiró y optó por rendirse a la vez que alzaba la vista hacia el techo. Su huida tendría que esperar. Mientras tanto, había alguien con quien tenía que hablar seriamente.

***

Cuando el primer rayo de sol se coló por la ventana, Ray abrió los ojos con cierta pereza, sintiendo cómo todo su cuerpo protestaba en cuanto se

desperezó. A pesar de la resistencia física que le daban sus poderes de Tierra, hacía tiempo que no realizaba un esfuerzo como el del día anterior. Y eso, sumado a la falta de sueño, no ayudaba a levantarse de la cama. Pero había responsabilidades con las que cumplir. Aquel era el día en el que Solena había convocado su reunión de urgencia para discutir qué hacer ante la caótica situación que vivían los magos de la Tierra.

Un movimiento a su derecha le indicó en ese instante que Sandra también se había despertado, pero en cuanto se volvió para abrazarla y darle los buenos días, se sorprendió de su reacción: la mujer se tensó para, acto seguido, apartarse bruscamente y levantarse de golpe de la cama. Ray la observó extrañado.

—Sandra… San —la llamó dos veces pero, cuando ella giró por fin la cabeza hacia él, lo asustó la tormenta que sacudía sus iris claros. El hombre se incorporó con cautela y, acto seguido, se aproximó a ella muy lentamente, sin llegar a tocarla—. ¿Qué te pasa? ¿Estás bien?

Ante lo cual, su mujer le dirigió una mirada inexpresiva antes de responder en tono monocorde:

—No he dormido bien. Vamos a la reunión.

Frases carentes de emoción que a Ray le pusieron los pelos de punta, pero no discutió. Por puro reflejo, trató de adelantar los brazos hacia Sandra, pero ella se retiró igualmente. Con un suspiro, el hombre abrió el armario para vestirse. Iban a ser unos días bastante duros. Y, aunque sabía casi con seguridad a qué se debía la distancia de su esposa, esa certeza no hacía que le doliese menos… sino más bien al contrario.

Cuando ambos salieron por fin del dormitorio, silenciosos y cabizbajos, casi tropezaron con Marco y Cora en el pasillo. Estos los observaron con cierta extrañeza cuando llegaron a su altura, pero dado que ninguno de los dos abrió la boca, sino que se limitaron a saludarlos con cansancio, tanto la portadora del Fuego como el del Agua optaron por no indagar y seguir camino junto a ellos hacia las escaleras.

Sin embargo, al llegar al final de las mismas y tras recorrer varios pasillos siguiendo un rumor de voces que subían y bajaban, además de aumentar de volumen a medida que avanzaban, la expresión falta de sueño de los cuatro cambió por completo, dando paso a sendas sonrisas de bienvenida.

La primera en llegar a su altura fue Katrina, su última representante tras el incidente sucedido con Luis Espinosa. Tras el éxito de sus dos primeras giras, cuando su tercer disco estaba a punto de terminar su producción, el material desapareció inexplicablemente. Todos lo achacaron a un robo o algo similar, pero cuando por un extraño chivatazo, las fotos y absolutamente todo lo perdido apareció en el fondo del trastero de alquiler de Luis, el director de su discográfica por aquel entonces montó en cólera y por poco no envía al pobre desgraciado a la cárcel.

Los Black Sunset se habían visto entonces, a pesar de sus años de experiencia en el mundo musical, sin alguien que condujera su carrera. Y Katrina, en un viaje de cortesía a Madrid, terminó revelándose como una perfecta sustituta. Tenía una sorprendente habilidad musical, conocimientos de marketing que había aprovechado a estudiar en Salem en sus ratos libres y una voz que dejó a todos sin habla en cuanto la escucharon cantar.

—¡Chicos! —la mujer mexicana, alta y esbelta como un junco, les dio un cálido abrazo antes de llamar a Melissa, la hermana mediana de la familia, sin dejar de sonreír —. ¿Cómo estáis?

—Muy bien, Kat —Marco mostró una amplia sonrisa—. ¿Y tú? Desde que abandonamos los escenarios casi no te hemos visto el pelo... —bromeó.

La mujer soltó una risita ante la falsa reprimenda, pero antes casi de que pudiese contestar, Melissa se acercó enfundada en una túnica sencilla de color rosa palo y verde pálido.

—¡Madre mía! ¡Cuánto tiempo! ¿Qué hace? ¿Dos años, desde aquel Beltane? —la mujer dedicó un saludo especialmente efusivo a Ray—. ¿Cómo os trata la vida?

En efecto, hacía cerca de dos años que no se veían, desde la fiesta de Beltane en la que, al parecer, John había decidido hacer voto de silencio. Marco y Cora buscaron discretamente con la mirada a Hal y Loreen mientras los cuatro se apresuraban a narrarles por encima a las dos mujeres latinas todo lo que había sucedido en los últimos años. Cuando le preguntaron a Melissa, esta habló con comedimiento y para sorpresa del cuarteto sobre el nuevo restaurante que quería abrir en Boston.

Sus oyentes, a pesar de los años que habían pasado formando parte de la Comunidad Mágica, no podían dejar de sorprenderse cuando algún mago o bruja les decía que querían integrarse en el mundo terrenal. Quizá por eso, durante todos aquellos años, su idea inicial de que la magia y la mortalidad corriente eran poco compatibles se había ido diluyendo para dar paso a una convicción mucho más fuerte: que con afán de entendimiento todo era posible.

Sin embargo, lo sucedido en la Escuela de Madrid, aunque hubiese supuesto revelar al mundo que la magia existía, hacía peligrar aquella posibilidad. El único mensaje que se había transmitido —principalmente, a través de lo que parecía un despechado Luis Espinosa— era de miedo y odio hacia aquellos que tenían “habilidades especiales”.

De repente, como si la hubiesen conjurado con aquellos pensamientos, entre el mar de cabezas que charlaban y se saludaban, además de acercarse para darles la bienvenida, apareció un rostro cansado cuyos ojos verdes, no obstante, reflejaban una voluntad inquebrantable por seguir luchando. Marco fue el primero que se adelantó para estrecharla entre sus brazos.

Diana Almirante, antigua Consejera de la Escuela de Madrid, amiga cercana del hombre de Agua y, hasta hacía muy poco, presidenta del Gobierno del país donde ambos habían nacido, le devolvió el gesto con cariño. Cierto era que, en el mundo mágico, los que aspiraban siempre a los puestos de poder eran los Hijos de Júpiter; pero dado el amor que la mujer rubia siempre había profesado a la política, su candidatura no había sorprendido a ninguno de sus allegados. De hecho, siempre había sido una firme defensora de una convivencia pacífica entre magos y humanos.

—¡Diana! —la saludó Sandra con afecto. Aquella reunión social, de alguna forma, parecía haberle hecho recobrar parte de su ánimo—. Te veo bien… —agregó; pero acto seguido se calló, temiendo haber dicho algo inconveniente—. Perdona, supongo que no estás en el mejor momento después de…

Avergonzada, optó por no seguir hablando, pero Diana no parecía molesta. Al menos no con ella.

—No te preocupes, Sandra —la tranquilizó con media sonrisa mordaz—. Hace falta algo más que un hijo maldito de una perra artrítica para quitarme de en medio.

—Veo que no has perdido el espíritu combativo —agregó Cora con cierta sorna mientras se adelantaba para saludarla con dos besos, mirando acto seguido a su alrededor—. Y por lo visto…

Sin embargo, antes de que pudiese seguir hablando, dos figuras se situaron a su espalda y una de ellas completó:

—Y por lo visto eso es exactamente lo que necesitamos ahora.

Los cuatro recién llegados se volvieron de inmediato, ahogando un grito de sorpresa y alegría al ver a Blanca y a Akhen. Hacía casi diez años que no los veían, más o menos desde que Solena había abandonado la Escuela de Madrid para ser coronada como señora de Avalon.

Los seis se saludaron efusivamente. A Akhen, sin embargo, se lo veía más cansado… y mayor. Las arrugas en su frente, así como en las comisuras de sus ojos se habían pronunciado en aquellos años, además de tener un aura extraña alrededor. Sin embargo, el que detectó rápidamente lo que significaba, en cuanto le dio la mano, fue Ray. Akhen, a cambio, sabiendo que lo había averiguado y ante su mirada de preocupación, le devolvió una sonrisa cansada.

—El cáncer no perdona a nadie, amigo mío.

La respuesta de Akhen apenas había sido un murmullo, pero por lo visto, aunque no lo suficientemente bajo como para que el resto del grupo no lo escuchase.

Cuando lo dijo, Blanca, conocedora de aquel hecho, se limitó a tragar saliva sin poder ocultar el dolor de su rostro. Cora y Sandra se quedaron

blancas como el papel mientras miraban al mago sin dar crédito. Y Marco miró hacia Diana, que hacía unos segundos estaba a su lado, pero enseguida se había ido a hablar con Henry y Aldara, que se encontraban unos metros más allá. Cuando comprobó que no estaba con ellos suspiró, pero pensó que mejor así. La enfermedad de alguien como Akhen no era algo que debiese proclamarse a los cuatro vientos y no estaba seguro de cuántos de los magos presentes —cerca de cuarenta sumando a los señores de las ciudades, puesto que al parecer y para su tranquilidad interior, los "veinticuatro" como Hal los había llamado habían conseguido llegar sin problemas a Avalon— ya lo sabrían.

No obstante, antes de que cualquiera de ellos pudiese decir nada más, las puertas de la enorme sala de reuniones se abrieron lentamente; dando paso a una mujer morena y alta, de unos veinticinco años y rasgos redondeados pero firmes.

Solena Derfain, señora de la Isla de Avalon, Dama del Lago y regente de toda la Comunidad Mágica Universal.

Y su llegada solo podía indicar, o eso parecía, que la reunión más importante de aquel siglo para la supervivencia de los magos había comenzado.

Toma de contacto

Un silencio reverencial se apoderó de la sala en cuanto Solena hizo su aparición. La nueva señora de Avalon tenía el porte elegante que había tenido su madre en vida, aunque también era cierto que sus rasgos faciales eran diferentes: donde Morgana había tenido líneas rectas y afiladas, su hija menor presentaba formas más suaves y redondeadas. Sus ojos grandes y castaños y su rostro ovalado le daban cierta expresión dulce, que desmentía en parte el brillo de los primeros. Un destello de todo lo que había sufrido en su infancia y que aún la perseguía en sueños de vez en cuando.

Sin embargo, su educación posterior, así como la guía de su hermana y fundamentalmente de su tío, el cual contaba con más años vividos en Avalon junto a sus padres, la habían conducido paso a paso por el camino de la rectitud y la imparcialidad inherentes al cargo que heredaba por nacimiento.

Su mirada recorrió un momento la sala, deteniéndose solo brevemente en el lugar donde se encontraban los cuatro Elementos. Un amago de sonrisa quiso asomar a sus labios, pero antes de que pudiera hacerse presente, Solena ya había asentido en su dirección dando a entender que los recordaba y girado de nuevo la cabeza hacia el resto de ocupantes de la sala. Muchos de ellos, especialmente los señores de las ciudades, cuchichearon ligeramente entre ellos al percatarse de su presencia y de la deferencia de la Dama del Lago hacia el cuarteto. Estos procuraron entonces devolver miradas corteses, pero poco expresivas. Por si acaso.

A la mayoría de los lores y damas no los conocían, puesto que casi todos habían heredado el puesto al tiempo que Hal en Dhana y los Elementos no habían pisado Avalon más que contadas veces desde el día de su doble boda. Debido fundamentalmente a la más o menos complicada crianza de sus hijos, aunque los cuatro sí habían acudido a visitar alguna de las ciudades por motivos diversos en alguna ocasión esporádica, podía decirse que, concretamente a la fortaleza-santuario, no habían regresado hasta ese momento.

Y, aun así, Ray no pudo evitar que sus ojos se abriesen completamente a causa de la sorpresa cuando su mirada se posó, por primera vez en su vida, sobre la más reciente señora de Ereka, ciudad de Saturno.

Era alta y de piel tostada, con los ojos rasgados de una tonalidad curiosa en la que se entremezclaban el verde hoja y el marrón claro y que también se habían quedado fijos en él, como si no existiese nada más a su alrededor, quieta como una estatua. Llevaba una túnica de color negro ceñida por un corsé bordado con diferentes tonalidades de azul, como correspondía a su Casa. Pero lo más llamativo no era su belleza. Sino las vetas de color verde lima que recorrían las zonas visibles de su oscura piel.

A su lado, sintió cómo Sandra se estremecía también al verla, pero el hombre se contuvo de pasar un brazo por sus hombros para tranquilizarla. Ya había comprobado que, desde hacía un tiempo, su mujer rechazaba cualquier tipo de contacto con él. Se mordió el labio con fuerza a la vez que se obligaba a apartar la mirada de aquella criatura; evitando así, igualmente, seguir pensando en su problema marital. Puesto que jamás hubiese imaginado que alguien de su especie pudiese atesorar poderes mágicos más allá de los inherentes y obvios, pero aún menos se le hubiese pasado por la cabeza que una criatura como ella pudiese llegar a ser la señora de una ciudad de la Isla.

En ese instante, la voz de Solena resonó por todo el salón y Ray procuró centrarse en lo que decía. No obstante, aún percibió durante unos segundos la mirada de la dríade posada sobre él, como si fuese un hierro candente abrasándole la piel.

—Que los Dioses velen por nosotros, hermanos y hermanas —pronunció la Dama del Lago, dando comienzo oficialmente a la reunión.

—Y que a los nuestros protejan —respondieron todos los demás.

—Evocando el poder de cada Casa honramos su poder —prosiguió la joven.

Los Elementos tragaron saliva al escuchar aquella frase. Si Solena empleaba aquel protocolo, entonces la reunión a la que asistían era realmente seria. “Pero claro”, pensó Cora, “si nuestro mundo está al borde de la catástrofe…”. En ese instante, Ray bajó la mirada hacia ella y le dirigió una sonrisa alentadora. Había oído sus pensamientos, pero a la mujer de Fuego no le importaba, de ahí que le devolviese el gesto con cariño.

Si Sandra era como una hermana para Marco, Ray casi se había convertido en algo similar para ella en aquellos años. Bueno, para ella, y para los cuatro. El hombre moreno siempre era el que, sin destacar, estaba ahí cuando lo necesitaban. El que mediaba en todos los conflictos y —Cora estaba segura de ello— el que había conseguido mantener unidos a los Black Sunset todos aquellos años.

—Tiempo.

Cuando la voz de los Consejeros de Saturno se alzó como una sola, pronunciado la palabra correspondiente a su signo y a su Casa, prestó atención de nuevo, pero sin poder evitar que aún quedase un resquicio de sonrisa en sus

labios. Mientras los cuatro permaneciesen unidos, ¿acaso habría algo a lo que no pudiesen hacer frente?

—Sabiduría —dijeron entonces los Acuario presentes, Hijos de Urano vestidos de gris y violeta que estaban situados al lado de los Capricornio, siguiendo la dirección de las agujas de un reloj.

Como correspondía, a partir de ahí y uno por uno, los miembros de las Casas fueron pronunciando sus claves: “claridad” para Neptuno, “lucha” para Marte, “amor” para Venus, “pensamiento” para Mercurio, “sentimiento” para la Luna, “luz” para el Sol, “deseo” para Plutón y, finalmente, “poder” para Júpiter.

—Compañeros —prosiguió entonces Solena Derfain—, como todos sabéis, desde hace unos días los magos del mundo y especialmente los de la Tierra nos enfrentamos a una grave situación que podría terminar afectando a toda nuestra Comunidad Mágica a nivel universal —algunos de los presentes que conocían la naturaleza del origen de aquella catástrofe, giraron ligeramente la cabeza hacia los Elementos. Los cuales, al unísono y sin pretenderlo, les devolvieron la misma mirada desafiante. Algo que parecía decir: “Vamos. Atreveos a acusarnos a nosotros o a nuestros hijos en voz alta”. Sin embargo, ninguno lo hizo. Solena, por su parte, percibió rápidamente lo que sucedía y se apresuró a calmar los ánimos, aunque no le hizo falta siquiera alzar la voz para ello—. Desgraciadamente, aún no se ha encontrado al culpable, pero tened por seguro que cuando lo hagamos lo pagará con la pena máxima —Cora y algún otro de sus compañeros más cercanos se estremecieron ante aquella mención. Los Elementos habían oído hablar de aquel castigo muchas veces, pero sabían en qué consistía y solo lo habían presenciado una vez en su vida: en dicha ocasión, a la bruja en cuestión se le había despojado de sus poderes mediante un complejo conjuro para luego borrar su memoria y desterrarla completamente del mundo mágico, condenándola a una existencia mortal, corriente y vacía. Particularmente, ninguno de los cuatro quería volver a contemplarlo. Sobre todo porque, para muchos magos, morir directamente era casi preferible a perder todo lo que daba sentido a su vida. Y mientras la mujer de Fuego cavilaba, la voz de Solena continuó hablando—. Sin embargo y hasta ese momento, creo que debemos pensar en qué podemos hacer a corto plazo para atenuar las consecuencias de este problema.

Las voces de los presentes se alzaron entonces, en una ligera y extraña discordia que comenzó como un ligero murmullo para minutos después convertirse en una discusión airada en la que nadie escuchaba a nadie. La tensión, palpable en el ambiente desde el primer instante, había encontrado por fin su detonante. Solena, camuflando su sorpresa por aquella reacción tras la máscara de seriedad que exigía su posición, pidió silencio sin resultado durante un buen rato. Pero justo cuando estaba a punto de perder la paciencia, alguien apareció de entre las sombras detrás de ella y golpeó el suelo

fuertemente con un bastón de mando. En la cúspide del mismo se distinguía perfectamente un caduceo tallado en ágata.

—Basta —murmuró entonces Akhen Marquath, señor de Tribec, en voz ajada pero lo suficientemente alta para que todos lo oyeran. El silencio que se hizo entonces en la sala podía haber competido con el de un cementerio. El anciano Hijo de Mercurio se aclaró la garganta y respiró hondo antes de agregar—. Creía que esto era una reunión de adultos, no de aves de corral.

Nadie respondió ante aquella reprimenda. Nadie excepto la señora de Mannah, ciudad de Venus; una mujer de unos treinta años y morena de ojos verdes que, cuando todos los demás asistentes ya habían apartado la vista o agachado la cabeza, dirigiéndose mutuas miradas de rencor por el rabillo del ojo, aún se permitió dirigirle una mirada claramente despectiva a Akhen. Cora lo vio y, por supuesto, estuvo a punto de saltar como era su costumbre. ¿Cómo se atrevía…? Sin embargo, Marco le apretó la muñeca ligeramente cuando detectó sin esfuerzo sus intenciones, al tiempo que le hacía un gesto negativo con la cabeza. La mujer rezongó entonces para sus adentros, pero sin perder de vista a la otra bruja.

Solena, por el contrario, no se inmutó lo más mínimo ante aquella descortesía.

—¿Tienes algo que aportar, Alesha? —preguntó con solicitud.

Había implícito un segundo significado en aquella frase y su interlocutora pareció percibirlo. Sin embargo, no abandonó la actitud altiva cuando replicó:

—La Tierra solo es un mundo más, mi Señora. Aparte del hecho de que nunca ha apreciado la magia en su justa medida…

Varios comentarios escandalizados se alzaron entonces en la sala ante aquella declaración, pero el que se oyó con más claridad fue el de Ray. El cual, por primera vez desde que muchos lo conocían, parecía destilar veneno con cada palabra.

—No te atrevas a despreciar a mi planeta, sacerdotisa.

Los presentes que discutían se callaron de golpe a la vez que se volvían hacia el señor de Tierra, sorprendidos. La única que no se alteró, por supuesto, fue Alesha. En efecto, esta lucía la corona de sacerdotisa y las cuatro trenzas rituales en el pelo que la identificaban como tal. Cora entrecerró los ojos, y comprobó que Marco hacía lo mismo, pero en dirección a otra persona. Una joven de ojos oscuros ligeramente parecida a Alesha, vestida de blanco y plata y que lucía los mismos atributos situada dos grupos de gente más a la derecha.

Atónita, la mujer de Fuego retornó la vista hacia Solena y Akhen. “¿Señoras sacerdotisas?”, preguntó mentalmente en su dirección. Por el rabillo del ojo, comprobó cómo Andie y Anya, situadas al otro lado de la mesa —Cora contuvo un suspiro de alivio al ver que la primera había llegado sana y salva después de su precipitada huida de Madrid— volvían la vista

hacia ella. Sin embargo, el que respondió con un leve asentimiento de cabeza y algo que parecía cierta resignación, fue Akhen Marquath; inmediatamente antes de apartar de nuevo la mirada hacia Alesha, al igual que había hecho la menor de sus sobrinas. Cora asintió para sus adentros. Había demasiados misterios sin resolver en aquel tablero de juego, y pensaba averiguar lo que sucedía en cuanto fuese posible. Vaya que sí.

Alesha, por su parte, no había despegado sus iris verdes de Ray.

—Conozco tu planeta mejor de lo que crees, señor de la Tierra —pronunció entonces la señora de Mannah sin alzar el tono, aunque con algo menos de altivez—. Por ello sé que no está preparado para conocer la magia ni para que los humanos la entiendan —en ese momento, su cabeza se dirigió hacia Solena—. Ya os comenté en mi última carta, mi Señora, lo que opino: se debería haber empezado por otros métodos…

—¿Como por ejemplo…? —la interrumpió Sandra, ligeramente molesta.

No le gustaba el tono que estaba usando aquella mujer a pesar de que, después de su anterior exabrupto, trataba de disimular detrás de una película de impecable cortesía. Sin quererlo, le recordaba a cierta muchacha muerta hacía muchos años. La señora de Venus, por otro lado, se giró hacia ella cuando escuchó su pregunta. El resto de presentes parecían presenciar la reunión desde fuera, sin despegar los labios. “Debe de tener mucho poder en la Isla”, adivinó Sandra de inmediato. Pero, ¿cómo era posible?

Sin embargo, la sorpresa mayor vino cuando la que respondió fue la otra mujer joven, la que se parecía a Alesha, pero vestía atributos de señora de la Luna. Sacerdotisa igualmente.

—Lo que mi hermana quiere decir —susurró con una voz curiosamente cálida— es que, antes de nada, se deberían haber intentado recuperar los antiguos cultos a gran escala.

—¿Qué quieres decir, Aysha? —preguntó entonces Marco.

Si alguien se sorprendió de que la conociese, incluida Cora, que lo observó con los ojos como platos al oírlo tratar a aquella joven directamente por su nombre de pila, el hombre no se dio por aludido, sino que mantuvo sus iris claros fijos en su interlocutora. Esta pareció apreciar que la reconociese, pero no lo exteriorizó más allá de lo políticamente correcto.

—Lo que quiere decir —medió de nuevo Alesha— es que, hace muchos años, ciertos grupos de humanos terrícolas decidieron volver a las antiguas tradiciones, aquellas que nos dieron nombre y esencia a los Hijos de los Dioses y bajo cuyos preceptos vivimos…

—Muchos creemos que esa hubiese sido la mejor vía para darnos a conocer a la Humanidad —completó Aysha con un suspiro abatido—. O al menos, para volver a habitar entre ellos como miembros de pleno derecho.

—Mi madre era la primera que buscaba un entendimiento con los

humanos, Aysha —adujo entonces Solena con cierta severidad. El tema de juntar religión y gobierno había sido algo con lo que, le gustase o no, había tenido que claudicar hacía algunos años cuando precisamente aquellas dos ciudades, Mannah y Ruben, habían decidido elevar al gobierno a las dos sacerdotisas que tenía delante. Poco después, Neila y Heka se le habían unido, y hacía poco que había sabido que en Humeni, una de las tres provincias mercantes, el señor de la capital era, además, el Sumo Sacerdote del templo de Júpiter de la misma. Pero todo aquello no significaba que el asunto fuese de su agrado—. No lo olvidéis —agregó, en voz algo más baja.

—No todos los magos defendemos la necesidad ni la idoneidad de que los mortales comunes conozcan nuestro secreto.

La voz de Hal se alzó entonces con dolorosa suavidad, justo al lado de la silueta esbelta de Davin. Cora, ignorando la alegría de ver que su antigua maestra también había conseguido llegar sana y salva, le dirigió una mirada algo ofendida al Hijo de Marte, que este no vio. La mujer de Fuego sabía que él siempre había mantenido aquella idea sobre la magia. Pero ella, que había nacido "mortal", como Hal decía, no podía hacerlo. Y, aun así, seguía esperando que dados sus años de amistad el señor de Dhana tuviese cierto tacto al tratar el tema.

Pero por lo visto en aquella reunión ya se había terminado el protocolo hacía un buen rato, lo que demostró la siguiente declaración de Loreen.

—E igualmente, hay magos que jamás tolerarán mezclarse con los humanos más allá de lo justo y necesario —siseó, dirigiendo una mirada desafiante al resto de magos y brujas presentes—. Debemos hacer lo que siempre hemos hecho. Y ya está.

Cora suspiró y se contuvo para enterrar el rostro en una mano con desesperación. Aquella era, sin duda, la llama que encendería definitivamente la mecha de la discordia. "Jamás se pondrán de acuerdo", pensaron entonces los Elementos mientras el tumulto comenzaba de nuevo a su alrededor. Las acusaciones volaban de un extremo a otro de la sala y nadie era capaz de pararse a escuchar lo que los otros decían. "Se limitarán a sobrevivir y a capear el temporal, como se ha hecho desde hace siglos. Exactamente lo que ha dicho Loreen", les respondió entonces la voz de Akhen en sus cabezas. Su mirada reflejaba una tristeza inmensa y los cuatro se preguntaron si se debería a algo más que a aquella situación.

Sin embargo, antes de que pudiesen pensar más en ello, una Solena agotada por la responsabilidad y la falta de resultados de aquel cónclave, decidió dar por terminada la reunión.

—¡Silencio! —ordenó entonces con brusquedad. De inmediato, su tono cambió, haciéndose más grave y provocando un escalofrío involuntario a todos los presentes. De hecho, hasta las luces parecieron atenuarse ligeramente cuando volvió a hablar—. La reunión ha concluido por hoy. Dado

que no somos capaces de resolverlo en equipo, cada uno deberá entonces reflexionar y pensar en una posible solución. No necesitamos más mundos en guerra contra nosotros —suspiró—. Quien quiera volver a su ciudad puede hacerlo, pero os rogaría que me hicieseis llegar vuestras propuestas a la mayor brevedad —acto seguido, hizo su gesto protocolario con la mano, un rayo cruzando en el aire por delante de su pecho, antes de despedirlos—. Que los Dioses os protejan.

El cansancio y el hastío se reflejaban claramente en su rostro, pero la resolución emanaba de ella como un halo que nadie podía ignorar. Hija de Júpiter y señora de los magos y brujas del mundo, nadie podía resistirse a aquel mandato. La Dama del Lago sabía, igual que todos, que aquella que se les presentaba sería una tarea muy larga y penosa: ¿cómo poner a todos los magos de acuerdo para resolver aquella situación, habiendo opiniones tan dispares? Porque también era cierto que ni siquiera tras la muerte de su madre, Avalon se había visto en un compromiso semejante; puesto que ahora se trataba de salvaguardar a una Comunidad Mágica que vivía atrapada entre los muros invisibles pero dañinos del miedo, por un lado, y el odio por el otro.

En un silencio casi antinatural y tras devolver solemnemente sus correspondientes signos a la Dama del Lago, solos o en grupos, los invitados a la reunión se fueron retirando. Los Elementos dudaban de que muchos de ellos permaneciesen en la fortaleza e incluso ellos estaban tentados de volver al refugio con sus hijos. Y, sin embargo, sentían que debían quedarse sin necesidad de hablarlo entre ellos. Tenían la responsabilidad de ayudar todo lo posible a Solena, y no solo por el hecho de protagonizar aquel desastroso vídeo. No. Hacía años que el sentimiento de pertenencia y su deber para con la Comunidad Mágica se habían convertido en algo más que un simple mito.

Sandra, de todas maneras, trató de agudizar el oído mientras la sala se vaciaba para tratar de captar algún fragmento de conversación, pero lo poco que alcanzó a escuchar no la animó lo más mínimo, más bien al contrario. La desazón era patente en todos los presentes, pero también estaba claro que ninguno iba a dar su brazo a torcer fácilmente, ya fuese en un sentido o en otro.

Mientras la gente desaparecía al otro lado de la puerta, los cuatro amigos se quedaron en el sitio, sin ganas de moverse, pero en silencio. Lo cierto era que no había mucho más qué decir y, una vez más, ellos podían aportar más bien poco. De hecho, su mayor preocupación ahora era que nadie tomase represalias contra sus hijos por aquel vídeo. “Suerte que los hemos dejado a salvo”, pensó Cora de inmediato. Aunque se arrepintió en cuanto Akhen, Anya y Andie volvieron la vista hacia ella. Pero la tranquilizó ver que detrás de la curiosidad que mostraban sus ojos, había algo más. Cariño, sobre todo.

Entonces fue cuando el cuarteto se percató de que algo no iba exactamente como debería. Solena permanecía en la sala, hablando con su hermana y otra mujer baja y morena de ojos azules vestida de rojo y verde, con la cabeza

coronada por una diadema de hierro y rubíes engarzados: la señora de Alkia. También los citados Hijos de Mercurio permanecían allí, así como Jacob Connell. Este último fue el que se ocupó, al ver que solo quedaban ellos en la sala, de cerrar la puerta. Y en ese instante, el semblante de Solena cambió como por ensalmo al alzarse en dirección a los Elementos.

—Me alegro de veros, compañeros —pronunció.

Y entonces, los cuatro se percataron de la realidad. La auténtica reunión solo acababa de comenzar.

Maniobra de distracción

—No entiendo nada —murmuró Cora y, después de hacer un gesto elocuente hacia la puerta, agregó—. ¿Por qué?

Ante lo cual, Solena y Blanca intercambiaron una mirada cómplice digna de dos hermanas que han tenido que hacer frente a la adversidad codo con codo.

—Es cierto que la situación de la Comunidad Mágica requiere medidas aprobadas por todos nosotros —explicó la primera con calma— pero también es evidente que no iba a poder debatirse en una sola reunión el futuro de todos los magos de la Tierra.

—Entonces, ¿qué ha sido lo que acabamos de ver? —quiso saber Sandra, frunciendo el ceño con evidente escepticismo.

—Una toma de contacto, por decirlo de alguna manera —repuso Blanca.

—Y una maniobra de distracción —añadió Solena, a la vez que asentía corroborando lo dicho por su hermana mayor—. Hace tiempo que sospecho que alguien de mi confianza no me es del todo leal y que tiene que ver con todo lo que está sucediendo…

A Ray se le encogió el estómago al escuchar aquello, ya que no era la primera vez que oía de boca de una Derfain algo similar. Enseguida levantó la vista hacia Jake, buscando en su amigo desde hacía tantos años algo que le indicase qué estaba sucediendo, aunque este se limitó a sacudir la cabeza con pesar sin decir una palabra.

Ray tragó saliva. Sabía que, hacía años, el americano se había casado con Bella Meadows, su compañera de Escuela y Consejera de Urano en Salem; y, a pesar de que sabía que el mayor de los Connell era uno de los allegados más fieles de Blanca Derfain, Suma Sacerdotisa de Saturno en la ciudad de Ereka desde hacía siete años, no por ello lo inquietó menos todavía el ver que la esposa de él no estaba presente. ¿Qué estaba sucediendo?

—De todas formas —intervino entonces Solena—. Ahora no debemos hablar del problema en la Tierra.

Los cuatro se quedaron obviamente estupefactos ante aquella declaración.

—¿Cómo? —preguntó Marco, boquiabierto y ligeramente enfadado—. ¿Es

que el derrumbe de la magia en nuestro planeta no es una prioridad?

—Lo es, Marco —intervino Katrina, conciliadora—. Pero créeme que hay un asunto más acuciante que queríamos, especialmente, tratar con vosotros.

Los ánimos de los cuatro Elementos parecieron templarse entonces, pero ninguno de ellos abandonó del todo la actitud desconfiada.

—¿Qué más sucede? —inquirió Cora con acidez.

Recordaba cómo, hacía quince años, después de un ataque grinden que a Marco casi le había costado la vida, los habían reunido en el salón de una casa terrenal para decirles que alguien que después había resultado ser la rencorosa de Vivianne Santana, estaba asesinando gente para buscarlos. O, más bien, para advertirlos de sus planes. Y por ello, la mujer de Fuego sabía que cuando los magos tardaban tanto en comunicarles algo, significaba que la gravedad del asunto rayaba en lo extremo.

Pero por suerte, esta vez la explicación no tardó en llegar. O al menos, eso parecía.

—Sé que puede resultar presuntuoso por mi parte, pero necesito pediros un inmenso favor —dijo entonces Solena Derfain—. Sin embargo antes debo preguntaros algo… —la Dama del Lago cruzó una breve mirada significativa con la señora de Alkia antes de voltear sus ojos oscuros directamente hacia ellos. Y los cuatro se estremecieron al ver, por primera vez, el agotamiento que todos aquellos problemas que acarreaba sobre sus hombros reflejaban en su rostro—. ¿Qué sabéis del Tártaro?

Los cuatro fruncieron el ceño, sorprendidos por aquella pregunta, y se miraron alternativamente hasta que Marco decidió tomar la palabra.

—¿Estamos hablando del Tártaro de la mitología griega?

Recordaba las lecciones de Cultura Clásica en el colegio cuando era apenas un niño y, especialmente, todo aquello relacionado con Hades y el Inframundo. Años después, achacó ese interés a su posterior condición de Agua, como si su vida hubiese estado tejida desde siempre con pequeños detalles para conducirlo a aquel momento. Y, sin embargo, cada vez que pensaba en ello, sentía un escalofrío. Porque, si el destino existía, eso suponía que Irene estaba abocada a…

Sacudió la cabeza ligeramente. No era el momento de pensar en ello, por lo que se obligó a prestar atención en cuanto Solena asintió en su dirección. Sin embargo, no fue ella la que habló a continuación, sino la mujer morena de ojos cristalinos y ropajes verdes y granates que había situada un metro a su derecha.

—El mismo —su voz no tenía una tonalidad especialmente grave, pero estaba claro que era una mujer de carácter por la fuerza que impregnaba sus palabras—. Los Hijos de Plutón de todo el mundo llevamos un tiempo preocupados por los rumores que nos llegan desde Grecia —hizo un gesto

leve hacia Anya y Andie, que se lo devolvieron con mal disimulada reverencia. Aquella mujer era muy poderosa. No en vano, se trataba de la señora de Alkia, la ciudad de Plutón en aquella isla—. Por lo visto, los espíritus están inquietos ante la amenaza de una rebelión en el Tártaro…

—¿Una rebelión? —interrumpió Cora, atónita.

Iba a añadir "en caso de que el Tártaro exista realmente" pero se contuvo al ver la rápida mirada de advertencia que le dirigió Akhen. Cora se mordió el interior de los carrillos y se obligó a contar mentalmente hasta diez. Tras tantos años en el mundo mágico, parecía mentira que aún la sorprendiesen esa clase de cosas.

—Pero, ¿cómo es posible? —intervino entonces Ray, conciliador, sabiendo lo que Cora había pensado y que necesitaba que le echasen una mano

—¿Qué quieres decir? —preguntó Blanca de inmediato, extrañada.

—Yo lo que quiero saber, más bien —se adelantó Marco— es cómo los espíritus errantes sobre la Tierra pueden tener contacto con el Inframundo…

Katrina lo obsequió con una discreta, pero orgullosa sonrisa, a lo que su antiguo aprendiz le devolvió el gesto con comedimiento. Cierto que aquella era la parte más desagradable de su naturaleza pero, desde que hacía unos años había tenido su primera experiencia como médium —algo poco agradable de recordar, la verdad— el hombre rubio había optado por mejorar sus habilidades al respecto.

—Nadie dice que sean los espíritus errantes los que lo comunican —replicó entonces la señora de Alkia con cierta brusquedad. Por lo visto, no había previsto tener que dar tantas explicaciones—. Se trata de contactos que los sacerdotes médium consiguen a través de invocaciones o por medio de viajes astrales.

—Entonces, ¿sabéis a quién preguntar de antemano? —quiso saber Sandra.

Definitivamente, aquella mujer no le agradaba, pero esta pareció omitir ese pequeño detalle, ya que la irritación era patente en su rostro cuando se volvió hacia ella.

—Nuestro mundo no es tan simple —rechinó.

—Emily —la llamó Andie entonces, tratando de calmar los ánimos—. Todos estamos preocupados por esta situación, seamos Hijos de Plutón o no. No lo pagues con ellos.

Emily estaba a punto de replicar, pero tras valorar la situación con sendas miradas, optó por apretar los labios y cruzarse de brazos.

—Yo lo único que digo es que espero que esto se solucione pronto —declaró, molesta—. En mi ciudad cunde el pánico cada vez que llega un nuevo mensaje y ya nadie está seguro de nada. Ya ni siquiera somos capaces

de invocar a Hades directamente y sabes tan bien como yo, Solena, que los casos de posesión que se han dado hasta ahora no pueden ser casualidad —la dama alzó las manos con algo similar a la desesperación antes de añadir—. Sumado a que los Hijos de Hécate parecen proliferar como si fuesen setas…

La mención de aquel grupo de magos fue como si, de repente y a pesar de la ironía de la expresión, un frío glacial recorriera la sala e hiciese que todos sus ocupantes se estremeciesen. Los "Hijos de Hécate" era como se denominaba desde hacía algunos años a aquellos magos que coqueteaban con la magia negra, ya que se había descubierto que adoraban a la citada diosa griega de la hechicería. Sin embargo, nadie sabía a ciencia cierta qué clase de poderes atesoraban… Ni cómo detectarlos. Parecía, simplemente, como si apareciesen en el momento más inoportuno y, después, se esfumasen en el aire.

—Lo haremos, Emily. No te quepa duda —concilió Solena antes de volverse de nuevo hacia los cuatro Elementos. Los Hijos de Hécate podían suponer un problema añadido, cierto, y la joven sospechaba que podían tener algo que ver con lo que estaba sucediendo, pero debían ir por partes—. Mientras tanto, y fundamentalmente por todo lo que has comentado, Emily, los aquí presentes sabemos que para solucionar esto necesitamos su ayuda.

Los Elementos la miraron con la sospecha pintada en el rostro.

—¿Qué necesitas que hagamos?

Y Solena sonrió con cierta tristeza antes de pronunciar:

—En realidad, dado que los Hijos de Plutón son incapaces de contactar con su dios… Necesitamos que Marco baje al Tártaro a hablar con Hades.

—¿CÓMO? —la reacción de Cora era la esperada, por supuesto; pero acicateada por el hecho de que querían enviar a su marido directamente al reino de los muertos. Literalmente. Y por ahí no iba a pasar—. Por encima de mi cadáver —rechinó a continuación mientras se ponía delante de Marco y dirigía una mirada incendiaria a todos los presentes—. Por encima.

Sin embargo, él mantenía la calma, algo que a Cora la escamó. Sabía lo que aquello podía significar. Lo que no tenía tan claro era si sería capaz de afrontarlo.

—Imagino que queréis que sea yo por mis habilidades de Agua, el Elemento que rige a la Casa de Plutón —apuntó Marco entonces con cautela —. Sin embargo, opino que es una locura. Quiero decir —hizo un gesto de evidencia—, estamos hablando del Inframundo. De uno de los cuatro reinos de los muertos. Y nadie ha vuelto de ninguno de ellos con vida.

Sabía que su argumento tenía lógica, pero lo escamó ver cómo las Hijas de Plutón presentes intercambiaban miradas que no supo descifrar. El hombre de Agua entrecerró los ojos, sospechando que había algo más que no le habían contado.

—Eso no es del todo cierto —arguyó entonces Katrina en voz baja pero firme—. Orfeo lo hizo en su día, y hay más casos…

“Mitos, Katrina”, quiso rebatir Marco, pero se mordió la lengua a tiempo. Había aprendido mucho durante aquellos años, pero admitía que aún había detalles que o bien se le escapaban, o no estaban suficientemente contrastados. Y no tenían tiempo para perderlo debatiendo un “podría ser”. Eso sí, lo que había aprendido era que ningún Hijo de Plutón del que se tuviese constancia, por osado que fuese, lo había logrado nunca. De ahí, como había apuntado Solena, que se lo encargasen directamente a él. Una criatura supuestamente ubicada por encima de los Dioses en la jerarquía de poder.

—¿Y quién dice que yo lo conseguiría? Además —hizo un gesto elocuente hacia sus compañeros, que miraban alternativamente a su compañero y a sus interlocutores con expresión ligeramente consternada, sin saber el desenlace que iba a tener aquella discusión pero temiendo claramente una de las opciones—, si realmente se está gestando una rebelión en el Tártaro y las almas de los muertos andan alborotadas, aunque nadie de aquí pueda decírselo por medio de un ritual… ¿Cómo es que su rey y señor no lo sabe todavía?

—Eso es lo que necesitamos comprobar —incidió Katrina en tono suave —. Si no lo sabe y se está preparando una rebelión de almas castigadas por su maldad y sus crímenes, debería ser el primero en conocerlo. Y si lo sabe… Bueno…

La mujer mexicana tragó saliva, pero a Marco no le hacían falta más palabras, lo que corroboró el escalofrío que ascendió dolorosamente despacio por su columna vertebral. Si el mismísimo dios de los muertos consentía una rebelión en su reino… ¿Qué iban a poder hacer ellos? Aquella idea cada vez lo seducía menos, y así lo expuso.

—Además, si yo… muero, ellos mueren —hizo un gesto elocuente hacia sus tres compañeros—. Y no estoy dispuesto a arriesgar sus vidas por una mínima probabilidad de éxito.

Un pesado silencio se adueñó en ese instante del salón. Porque lo que Marco decía era muy cierto. Se sujetaban a un clavo ardiendo. Pero, ¿qué podían hacer si no?

—Salid todos —pidió entonces Solena, sorprendiendo a los presentes pero en un tono de voz que no admitía discusión—. Vosotros no —agregó haciendo una seña hacia los Elementos—. Necesito que hablemos a solas.

—Vamos, chicos —al comprobar su reticencia, Akhen instó con calma y un gesto de la mano a los magos y brujas presentes, a salir de la sala.

Acto seguido, le dirigió una mirada intensa a su sobrina y esta le devolvió una sonrisa rápida de agradecimiento. Emily, por su parte, salió sacudiendo la cabeza y mascullando algo así como: “sabía que no era buena idea”. Katrina trató de rebatirla, pero su argumento quedó ahogado por el muro que la ocultó

acto seguido, en cuanto salió al pasillo. Jake, Blanca, Andie y Anya, los últimos en desaparecer por el umbral, les dirigieron a los Elementos una mirada a caballo entre la súplica y el aliento antes de perderse de vista.

Sin embargo, en cuanto los cinco se quedaron solos, la sala pareció hacerse inmensamente grande a su alrededor mientras los cuatro esperaban a lo que Solena tuviese que decir. Algo que no tardó en revelarse.

—Te confieso que tienes razón, Marco —dijo entonces la Dama del Lago, procurando ocultar la sensación de derrota que le provocaba decir aquello pero sin ser capaz de conseguirlo del todo—. Es una idea desesperada. Nos agarramos a un hilo apenas de esperanza por tratar de salvaguardar el futuro de nuestra Comunidad. Pero entiende que, visto lo visto, no tenemos muchas más alternativas…

—¿Qué sucedería si la rebelión tuviese éxito? —preguntó entonces Sandra, preocupada.

Solena tragó saliva con fuerza.

—Lo cierto es que nadie lo sabe a ciencia cierta —confesó, antes de clavar en la señora del Aire sus ojos oscuros—. Pero nada bueno, eso te lo puedo asegurar.

"A grandes rasgos, primero se ocuparía el Inframundo y, probablemente, si consiguiesen superar las barreras al mundo mortal una vez que Hades hubiese dado su permiso o sido destruido, sería el fin de la Tierra que conocemos. Después irían cayendo el resto de mundos. Uno a uno —la muchacha suspiró con tristeza—. Sé que es una petición muy arriesgada y que, probablemente, no salga bien. Pero quiero salvar a mi pueblo y a quien sea necesario, por lo que no se me ocurre otra alternativa que pediros ayuda a vosotros.

"Aparte de que —la Dama jugueteó un segundo con el dedo sobre la madera pulida de la mesa de roble, insegura— supuse que si los griegos os veían a vosotros, unidos y dispuestos a… —meneó la cabeza—. No sé. Quizá quise resucitar la grandeza de un día y una situación que no se puede repetir —en ese instante, la joven mujer tembló sin quererlo y apartó la vista hacia la ventana—. La gente cree que no recuerdo lo que sucedió aquella vez, pero aunque estuviese casi catatónica, podía percibir lo que sucedía a mi alrededor. Y si algo tengo claro es que no quiero ver derrumbarse un mundo que me salvó la vida —en ese instante, se volvió hacia ellos y, con seriedad, declaró —. La decisión es vuestra, por supuesto. Pero debo decir también… que no confío en nadie más para emprender esta misión.

Ante aquella declaración los cuatro se miraron, indecisos. El mundo los seguía necesitando vivos, era algo evidente. Pero si aquella supuesta rebelión en el Tártaro tenía éxito y eso suponía la desaparición de todo lo que conocían y amaban, ¿qué les quedaría entonces? ¿Acaso el haber muerto marcaría una diferencia? Posiblemente, sus espíritus volverían a ocupar los cuerpos de cuatro humanos diferentes. Pero, ¿y sus hijos? ¿Merecían dejar de vivir por un

podría ser?

—No podemos hacer lo que nos pides, Solena —Marco confirmó entonces las peores sospechas de la joven. No obstante, antes de que ella pudiese decir nada, agregó—. Pero si los rumores están llegando desde Grecia, yo estoy dispuesto a ir a hablar con los Hijos de Plutón de allí. Puede que ellos tengan la información que a nosotros nos falta y no sea necesario bajar al Inframundo —inspiró hondo—. Y también te prometo que haré todo lo posible porque este asunto se solucione lo antes posible.

Solena, que había tratado de encajar la decepción de su negativa tras una máscara de estoicismo, no pudo evitar que su mandíbula se desencajara a causa de la sorpresa durante una centésima de segundo antes de recomponerse y, en cambio, dedicar al señor del Agua una comedida sonrisa. Sin embargo, sus ojos no podían ocultar la emoción que le producía aquella decisión.

—¿Y los demás? ¿Qué haréis? —preguntó entonces a los otros.

Ante lo cual, sin dudar, los tres respondieron al unísono:

—Iremos.

Cosas que no se pueden dejar atrás

Aquella mañana, los rayos de sol no se colaron por la ventana como otras veces. Afuera, cúmulos de nubarrones grises se amontonaban cubriendo el cielo como un mal presagio. Y aunque Akhen hacía tiempo que no conciliaba bien el sueño, aquella noche el insomnio parecía haberse convertido en un invitado especialmente indeseable. Aunque no era para menos. Hacía tiempo que los magos no se jugaban la supervivencia de aquella manera.

No era solo el hecho de que la Tierra hubiese significado tanto para él durante tantos años, que también era un factor añadido al dolor de su corazón. No. La Tierra había sido el origen de todo. Los pueblos antiguos habían tenido la capacidad de ver y creer en los Dioses, aquellos que habían otorgado sus poderes inicialmente a unos cuantos elegidos. Y alrededor de todo ello, como un aura invisible pero igualmente poderosa, flotaba una creencia ancestral y arraigada hasta lo más profundo del alma humana. Algo que los homínidos, desde que habían desarrollado inteligencia, habían podido ver, tocar, oler… y temer.

Ellos eran el Agua, la Tierra, el Fuego y el Aire. La energía única y combinada que movía al mundo y, según la creencia de todos los magos, dio realmente lugar a la magia en el Universo.

Akhen suspiró con cansancio mientras se frotaba los ojos, sentado al borde de la cama. Por lo que le había comentado Solena la tarde anterior —a pesar de todo lo sucedido, la más joven de las Derfain y señora actual de Avalon seguía consultándole gran parte de sus decisiones, en especial si él estaba en la fortaleza— los cuatro habían aceptado ir a Grecia; en concreto, a hablar con los miembros de la Escuela de Ioannina en Epiro, región donde se ubicaba uno de los Nekromanteia u “Oráculos de la Muerte” más importantes que se conociesen, para tantear cuál podía ser el verdadero problema y la conveniencia o no, por tanto, de bajar al Inframundo. Si es que era posible, claro.

Akhen se mordió el labio, pensativo. Los Hijos de Plutón del país heleno y en particular los de la región de Epiro eran, desde siempre, auténticos expertos en aquello. Así, habían documentado todos los intentos de acceso al

Inframundo desde el citado templo dedicado a Hades y su esposa Perséfone, situado junto a la desembocadura del río Aquerón —el cual se consideraba el afluente mayor de la Laguna Estigia, lugar de tránsito de Caronte y las almas que iban al Más Allá en la tradición clásica—, al igual que los incidentes sucedidos durante los mismos. Pero también era muy cierto que ninguna tentativa había tenido un éxito digno de tranquilizar a los expedicionarios que ahora iban a enviar desde la isla. Ni siquiera siendo los Cuatro Elementos.

El Hijo de Mercurio continuó reflexionando amargamente mientras se tomaba su trago de medicina y se vestía. Aún era temprano y no tenía todavía estómago para desayunar; por el contrario, y a pesar de que sabía que podía no ser una actividad demasiado sana para su ánimo, conocía un lugar estupendo para sentarse a rumiar aquel asunto a solas sin que nadie lo molestase. No estaba seguro de por qué. Tal vez el recuerdo de aquella mujer a la que una vez amó y a la que conoció allí… Meneó la cabeza. A pesar de los años seguía siendo duro pensar en ella por lo que, procurando contener el dolor de su corazón ante aquel recuerdo, Akhen se calzó unas botas altas de piel, salió sin hacer ruido del dormitorio y se encaminó hacia la galería que había en aquel mismo piso.

Cuando llegó, la brisa marina del amanecer, cuyo resplandor anaranjado se adivinaba tras la niebla que siempre circundaba el horizonte de aquel pequeño trozo de mar donde se asentaba la Isla de Avalon, refrescó su rostro e hizo que cerrase los ojos, disfrutando de ella, antes de posar de nuevo sus iris azul zafiro sobre la marea que subía y bajaba al final de la playa. Aquello le hizo recordar a Marco de nuevo y el mago sacudió la cabeza, confundido.

Sí, sabía que lo que le pedían era una locura, ¿quién en su sano juicio no iba a pensarlo? Bueno, él había dado su beneplácito cuando Solena lo propuso; aunque allí sentado sobre la pulida barandilla de piedra y con imágenes de tiempos mejores pasando por su cabeza, Akhen se preguntó por enésima vez en aquella semana si su aceptación del mismo no respondía a otros motivos mucho más egoístas e inciertos de lo que realmente quería admitir.

En ese instante, unos pasos tras él, acompañando a una mente protegida pero tan atribulada como la suya, lo hicieron incorporarse, en guardia. Pero se relajó ligeramente, a la vez que una ceja inquisitiva enarcándose en su rostro acentuaba las arrugas de su frente, mientras el hombre moreno de barba pulcramente recortada se aproximaba hasta su posición.

—Hola, Ray —lo saludó Akhen con calidez y cortesía a partes iguales. Les tenía aprecio a los cuatro, pero también sentía la misma reverencia que todos los demás magos del Universo cuando estaba frente a ellos. Y con Ray en particular: no en vano, siendo Virgo, era el Elemento que regía su nacimiento —. Aún no es la hora de partir. ¿Qué haces levantado?

Probablemente le estaba hablando igual que a un niño y momentáneamente

se avergonzó de ello. Los veinte años de diferencia a veces hacían que Akhen se mostrase como una persona más mayor aún de lo que era, pero no quería dar esa impresión. Sin embargo, lo tranquilizó ver que Ray no se había ofendido ni mucho menos por su pregunta. En cambio, percibió con preocupación las profundas ojeras que marcaban su rostro pálido.

—No he dormido bien —confesó entonces el hombre de Tierra, antes de mostrar media sonrisa burlona—. Aunque podría preguntarte lo mismo…

Akhen soltó una risita amarga.

—Tampoco he dormido muy bien, pero eso ya no es una novedad en mi vida —respondió sin alzar la voz, evadiendo la acusación mientras desviaba la vista hacia el mar.

Ray asintió en silencio, comprensivamente.

—¿Cuánto hace? —quiso saber entonces.

Akhen giró de nuevo la cabeza hacia él. Ray había temido por un instante que la pregunta lo incomodase; pero la mirada del mago mayor era limpia, sin barreras que ocultasen nada.

—Seis meses —murmuró el enfermo, antes de volver a suspirar y contener una tos. Era como si hablar de ello acentuase los efectos secundarios de la enfermedad en su cuerpo, pero hizo un esfuerzo por mantenerse entero a la vez que mostraba una sonrisa triste y resignada a partes iguales—. Inicialmente parecía un solo tumor pulmonar. Y a pesar de que me dijeron que era inoperable y que no se podía hacer nada, no quise rendirme tan pronto. En mi cabezonería, busqué a los mejores Hijos del Sol. Pero cuando parecía haber hallado la solución y todo parecía resuelto—el mago alzó las manos con cierta impotencia en la que se adivinaba su rendición final—. Regresó.

—Y no has vuelto a intentarlo, ¿me equivoco? —preguntó Ray, procurando camuflar el dolor de su voz pero sin lograrlo del todo—. ¿Cuánto te han dado?

Sabía lo que aquello que Akhen le había revelado significaba y, por lo visto, el mago también era consciente de ello cuando negó suavemente con la cabeza.

—No han sabido decírmelo. ¿Semanas? ¿Meses? ¿Un año? —sacudió la cabeza con pesar a la vez que fruncía los labios—. No lo sé, Ray. La única certeza que tengo, la única que me han dado, es que el tumor ahora está diseminado por gran parte de mi cuerpo. Y que dicha metástasis apareció de golpe, sin dar opción —resopló con cansancio—. Así que tan solo me queda esperar…

Ray entrecerró los ojos. Había algo en el tono del anciano mago que le había llamado la atención, aunque no sabría decir lo que era.

—Akhen, no quiero ser impertinente, y te aseguro que siento mucho por lo que estás pasando, pero… —tomó aire antes de preguntar. Sabía que todo

aquel asunto era muy delicado y que no debía hurgar en la herida, pero la vida de Marco estaba en juego. Quién sabía si no lo estaban las de los cuatro… Y él, particularmente, necesitaba respuestas—. ¿Por qué queréis que tratemos de bajar al Inframundo a toda costa? ¿Cuál es… —tragó saliva— el verdadero motivo? Ya sé que, por algún motivo, ahora mismo los sacerdotes de Plutón no pueden contactar con Hades para comunicarle la noticia. Pero, insisto, ¿cuál es… tu razón en particular?

Akhen alzó la cabeza con cierta sorpresa ante su pregunta, pero no contestó enseguida. Pero claro, ¿cómo podía ser tan idiota? Ray era la Tierra, había cosas que él podía detectar mucho mejor que cualquier mago de esa ascendencia. Y probablemente habría percibido sus propias emociones sobre el asunto casi como si fuese un libro abierto. Sin embargo, no podía revelar su verdadera razón. Otro motivo, mucho más poderoso, pero que no podía expresar en voz alta sin quedar como un cretino.

El mago inspiró hondo varias veces, sintiendo cómo un dolor que nada tenía que ver con el cáncer se alojaba allí donde debía estar su corazón. Si es que durante aquellos años no se había convertido ya en poco más que un jirón de músculo que movía un cuerpo sin emociones.

—Ray, he visto de cerca el lado más oscuro de la magia y, a pesar de que he jurado repetidas veces que jamás volvería a involucrarme de lleno en los entresijos de la Comunidad Mágica… —murmuró despacio, casi como midiese sus palabras pero sintiendo, por otro lado, que era igualmente una verdad sin tapujos—, no puedo soportar la idea de que todos caigamos en la oscuridad; en la incertidumbre de no saber si el que camina a tu lado es amigo o enemigo... en las tinieblas —enfatizó—. Amo a mis sobrinas, amaba a su madre y los Dioses saben cuánto amaba a su tía —su voz se entrecortó ligeramente en aquel punto, pero el hechicero sacó fuerzas de flaqueza para agregar, un segundo después—; pero me temo que yo, en particular, ya soy demasiado mayor para cambiar nada. No tengo ese poder. En cambio, vosotros…

—Nosotros somos las fuerzas más poderosas de la Naturaleza —repitió Ray, igual que un alumno que ha tenido que recitar la lección demasiadas veces, antes de enterrar el rostro entre las manos con cansancio. No quería ofender con su tono al otro mago, pero toda aquella situación, añadida al casi inexplicable rechazo de Sandra a que siquiera la rozase, no hacía más que añadir cargas a la mochila invisible de responsabilidad que cargaba a la espalda desde hacía ya diecisiete años—. Lo sé, pero… No podemos sacrificar a Marco así como así. Es… mi mejor amigo. Es como mi hermano —sacudió la cabeza mientras apretaba los labios y los puños con rabia incipiente—. No podría hacerlo. E Irene, ¿qué pasa con ella? ¿Y con nosotros cuatro? ¿Eh? —la desesperación había hecho que su voz se fuese levantando poco a poco pero, al ver el gesto conciliador que le dirigió Akhen en ese instante, el hombre se desinfló como si fuese un globo, a la vez que se dejaba caer sobre

la baranda, apoyando los codos con aire derrotado—. No nos pedís algo fácil… —le reprochó suavemente, sin mirarlo—. Es casi un suicidio.

—Lo sé, Ray —admitió Akhen unos segundos después, antes de alzar la mirada y pasearla lentamente por la galería—. Dioses, tengo tantos recuerdos de este lugar… —había cambiado de tema, pero ahora su mirada era incluso más triste, aparte de que parecía hablar más consigo mismo que con Ray—. No sé cómo será el Inframundo, la verdad —comentó entonces.

Su acompañante, sorprendido por aquella declaración, se incorporó como un resorte.

—No pienses en eso —le aconsejó, aunque un dolor lacerante atravesó su pecho en el preciso instante en que Akhen pronunció aquellas palabras—, aún te queda tiempo…

—Eso nunca se sabe —lo rebatió su interlocutor con calma antes de mirar de nuevo hacia la playa, perdido en sus reflexiones—. Lo que más me aterra pensar es… si acabase en el Tártaro —el mago no pudo evitar un escalofrío en ese momento—. No sé si podría soportarlo.

Ray se mordió el labio, inseguro sobre qué decir. Nunca se había interesado demasiado por el tema de la muerte, aquello parecía corresponder más a Marco, pero sí tenía entendido que allí acababan los peores criminales entre los magos.

—Todos hemos hecho cosas buenas y malas en nuestra vida, Akhen —trató de animarlo—. No creo que termin… ases allí.

Iba a decir “termines”, pero se contuvo a tiempo. No quería pensar siquiera en la posibilidad de que el anciano mago se fuese de su lado. Y menos ahora. Este, por su parte, le dirigió una sonrisa triste de agradecimiento ante su comentario.

—He hecho cosas despreciables —replicó con suavidad—. Todo puede ser.

Ray tragó saliva con fuerza. No quería contemplar aquella posibilidad, pero pensar en el Tártaro le hizo pensar de nuevo en la rebelión.

—Akhen —preguntó entonces—. ¿Qué sucedería si… los rebeldes del Tártaro tuviesen éxito?

Aunque aquella cuestión ya había sido respondida por Solena el día anterior, Ray aún se negaba, en parte, a creer que semejante lugar pudiese existir o que aquella fuese la única posibilidad de futuro. Con franqueza, tampoco se le ocurrían muchas alternativas factibles; o quizá se le ocurrían demasiadas. “Todo puede ser”, reflexionó mientras esperaba la respuesta. Su interlocutor, por otro lado, pareció palidecer ante aquella pregunta, pero se repuso rápidamente. Sin embargo, sus iris azules seguían brillando intensamente cuando respondió sencillamente, corroborando lo dicho por su sobrina:

—El apocalipsis, Ray. El fin de nuestro mundo tal y como lo conocemos.

El hombre moreno notó cómo un desagradable escalofrío bajaba por su espalda ante aquella declaración, tan similar a la de Solena. Y, sin embargo, antes de que pudiese replicar nada, ni siquiera una manifestación del horror que sentía ante aquella perspectiva, escuchó sonidos en el pasillo que le indicaron que la tranquilidad de aquella conversación se había terminado. Debían partir.

Pero antes, había algo que debía hacer. Por lo que, lentamente, se aproximó a Akhen y le puso la mano derecha sobre el hombro izquierdo mientras vocalizaba:

—Akhen Marquath. Yo, Ray Álvarez, señor de la Tierra, te juro que haré lo que esté en mi mano para que nuestro mundo no se hunda en el caos.

Ante lo cual, el anciano alzó la cabeza con orgullo y le devolvió el gesto a la vez que pronunciaba:

—Yo, Akhen Marquath, te deseo que los Dioses y la buena voluntad de todos los magos te acompañen y velen siempre por ti, Ray Álvarez, señor de la Tierra.

Emocionados, los dos magos se separaron entonces y Ray se dio la vuelta para irse. Sin embargo, la voz de Akhen lo retuvo un instante antes de que desapareciese por el arco del pasillo:

—Ray.

—¿Sí?

Akhen tragó saliva.

—Si por algún casual, bajáis allí abajo…

Sabía que su petición no era corriente y, por un instante, se sintió incapaz de vocalizarla. Pero Ray, sin necesidad de palabras, solo con una imagen discreta procedente de la mente de Akhen, supo exactamente qué era lo que quería decirle. Y cuando lo vio, respondió con una sincera sonrisa.

—No lo dudes, viejo amigo. No lo dudes.

***

Marco paseaba lentamente por entre las cuadras, alargando la mano de vez en cuando para que alguno de los curiosos animales que aún quedaban allí estabulados olisqueara sus dedos. Casi todos los nobles que habían acudido a la reunión habían decidido regresar a sus hogares, o bien aquella mañana o en los siguientes días. Él, por su parte, tenía que partir en menos de una hora hacia una misión que, si las cosas se torcían, parecía tan imposible como letal.

Con demasiada brusquedad, retiró la mano del morro de la yegua alazana junto a la que se encontraba en aquel instante, provocando que el equino se sobresaltase; pero no le importó tanto como podía haberlo hecho en otro

momento. “Hablar con Hades…”, rezongó amargamente, a la vez que pateaba con rabia un manojo de alfalfa semienterrado en la arena del pasillo. A pesar de que había rechazado bajar de entrada al Inframundo, si es que esa opción existía realmente, el hombre de Agua no podía dejar de contemplar aquella opción, aunque fuese de lejos. “¿Acaso creen que es tan fácil?”

No, claro que no lo era. Por eso se lo habían pedido a él y no a Lady Emily o cualquier otro Hijo de Plutón. El hombre cerró los ojos y trató de respirar hondo para serenarse, pero apenas lo consiguió.

No solo eran las vidas de los cuatro las que estaban en juego… otra vez. No. Ahora había mínimo dos adolescentes que añadir a la mezcla y vinculados a ese mismo destino. Marco apretó los puños. Siempre había defendido que a Irene no se le debía de haber ocultado la verdad, pero ahora, solo en aquel inmenso corredor subterráneo, se preguntaba si no habría sido un idiota y realmente habían hecho lo correcto manteniéndolos, a ella y a Víctor, apartados de la carga que suponía llevar parte de un Elemento en tu interior.

Con cierto agotamiento, apoyó la cabeza contra la madera de la cuadra más próxima, la de la yegua alazana. “¿Por qué?”, se preguntó por millonésima vez desde que había recibido sus poderes. “¿Por qué a mí?”

La yegua pareció percibir su frustración, porque aproximó el morro para empujar su brazo en un mundo gesto de consuelo. Sin embargo, el calor del animal se retiró un instante después, dando paso a otro mucho más conocido al que Marco no podía resistirse, aunque lo intentase. Egoístamente, siempre había creído que quizá aquella había sido la mejor parte de conseguir sus poderes. Y probablemente lo mantendría hasta el día de su muerte.

—Eh… —lo llamó Cora, claramente preocupada, a la vez que lo obligaba a incorporarse y a mirarla directamente a los ojos—. ¿Va todo bien?

Marco soltó una risita amarga.

—Sí, claro —replicó en su habitual tono bromista—. Es solo que me gusta descansar con la frente apoyada en una viga de madera…

Cora hizo un mohín con los labios y entrecerró los ojos.

—Muy gracioso, señorito —lo amonestó sin dureza—. Y ya sé que la situación ahora mismo no está para tirar cohetes, pero… Sabes que no soporto verte así.

Marco sonrió levemente y después la rodeó con sus brazos, a la vez que no podía evitar enterrar la nariz en su cabello. Desde hacía unos años lo llevaba por los hombros, en vez de corto y despuntado, pero a él le encantaba igual. Le gustaba cada milímetro de su mujer, y no podía evitarlo.

—Qué haría yo sin ti…

Pero Cora, en vez de contestar, se tensó claramente ante aquella frase y el hombre rubio frunció el ceño a la vez que se apartaba y le levantaba la

barbilla con un dedo a su mujer.

—¿Cora? ¿Qué ocurre? —quiso saber, inquieto—. ¿Ha sucedido algo?

Bajo el resplandor de las antorchas y la suave luz que entraba por las claraboyas situadas en la intersección exacta del techo y las paredes de roca, vio con perplejidad cómo su compañera se ruborizaba ligeramente y apartaba la mirada. Marco puso entonces los ojos en blanco. ¿Después de tantos años y seguían así…?

—Cora… —en su tono había un reproche claro—. ¿Quién es esta vez?

Ante lo que la mujer de Fuego, tras unos segundos de vacilación, replicó:

—¿De qué conoces a Aysha?

Marco no podía creérselo, pero ya había aprendido hacía mucho a no preocuparse por los celos de Cora. Ella sabía que él sería incapaz de hacerle nada en ese sentido, pero claro, habían tenido alguna temporada de separación en el pasado y sabía lo susceptible que era ella con esas cosas. Aun así, no pudo evitar que la pregunta le hiciese cierta gracia.

—Era la criada que había en casa de Loreen cuando estuvimos en Ruben hace quince años…

Cuando el recuerdo de aquellas semanas se mezcló con el dolor que había sufrido, Marco tuvo que contener una mueca, pero Cora ya no prestaba atención a su rostro. En cambio, el suyo propio se había arrugado en una mueca extrañada.

—¿Y cómo diantre ha llegado a ser señora de Ruben? —se preguntó, aunque en un tono de voz que Marco escuchó perfectamente—. ¿No se supone que política y religión están separadas en la Comunidad Mágica?

Su marido se encogió de hombros con ignorancia.

—Yo también lo creía, pero por lo visto, ahora es algo habitual.

Cora asintió, a la vez que sus pensamientos se desviaban hacia otra de las jóvenes presentes en la reunión. Por suerte, ambas habían partido la noche anterior hacia sus respectivas ciudades.

—¿Y a Alesha? —preguntó entonces—. ¿La conociste?

Marco meneó entonces la cabeza con cierta impaciencia.

—No, Cora —replicó con algo más de brusquedad de lo que pretendía—. No había visto nunca antes a Alesha, de verdad.

Ante su tono, la mujer se percató de que lo había molestado. Y a la vez que se reprendía interiormente por haber vuelto a dudar de él, aunque fuese mínimamente, rodeó su cintura con los brazos y apoyó la cabeza en su hombro, buscando su perdón sin palabras.

—Perdóname, mi amor —le pidió además, en un susurro—. Supongo que toda esta situación me supera…

Marco sonrió conmovido sobre su pelo rojizo antes de depositar un suave beso sobre el mismo.

—Estás pensando en Irene, ¿verdad? —preguntó en voz baja.

Cora asintió.

—Y en lo que nos espera —Marco la miró sorprendido cuando hizo aquella declaración, pero ella no había terminado—. No quiero perderte por una quimera…

El hombre se emocionó tanto que no pudo evitar besarla de inmediato en los labios, con pasión contenida.

—Yo tampoco quiero perderte a ti, pero tengamos fe en que todo se pueda solucionar sin medidas drásticas…

Cora mostró media sonrisa triste.

—Sabes que yo soy la primera escéptica sobre estas cosas, aunque quizá con los años que llevamos conviviendo con la magia no debería serlo —arguyó para, acto seguido, alzar la mirada y clavar en él sus iris oscuros, cargados de determinación—. Pero si a algún dios de los muertos de tres al cuarto se le ocurre ponerte la zancadilla… tendrá que pasar por encima de mí. Y más le vale estar preparado —aseguró.

Ante lo cual, Marco se rio con amor infinito y, antes de besarla de nuevo con mimo, agregó:

—No me cabe la menor duda.

Designios de los Dioses

El camino en barco desde Avalon hasta Puerto Calea, así como el posterior trayecto en coche desde la salida del pequeño puerto que daba al país heleno, situada en las faldas exactas del Monte Olimpo, hasta la Escuela de Ioannina, capital de la región de Epiro, fue el más largo que muchos de los viajeros recordaban haber hecho en mucho tiempo.

Por una parte, Marco y Cora viajaban con Katrina y Jorge en un elegante Hyundai todoterreno, mientras que Ray y Sandra hacían lo propio con Andie y Anya en un Mitsubishi 4x4 de color oscuro. Ambos vehículos aptos para la orografía escarpada y cubierta de vegetación que dejaban en todo momento a ambos lados de la carretera. En algún momento se adentraron en algún pequeño valle y pasaron igualmente cerca de varias poblaciones; pero dado que, a causa de la susceptibilidad de los humanos ante su existencia, habían decidido circular de noche por unanimidad para evitar sospechas innecesarias y detenciones inesperadas, ninguno de ellos apreció realmente aquel paisaje milenario que los rodeaba. Por ello… y porque sus mentes se encontraban muy lejos de allí, cada una sumida en sus propios pensamientos.

Ya cerca del amanecer y tras superar finalmente Ioannina, que resultó ser una coqueta población situada junto a un enorme lago, los dos vehículos enfilaron un camino de tierra similar a otros que ya conocían y que ascendía una pequeña loma, para encontrarse pocos minutos después con la Escuela de Epiro. La más experimentada en toda Grecia acerca de los misterios de la muerte y el Inframundo.

Por lo visto, cerca de allí, junto a la costa, se erguían las ruinas de un antiguo templo a Hades y Perséfone; el cual, por otra parte, registraba bastante tránsito de turistas a lo largo del año. Sin embargo, Marco no pudo dejar de preguntarse con un escalofrío si la situación actual de los magos y las creencias paganas, en relación a los humanos, podrían afectar negativamente a esa dinámica… y a ellos. Puesto que empezaba a pensar que, en efecto, la verdadera clave de todo aquello podía radicar allí.

No obstante, en cuanto traspusieron el umbral de la Escuela, un edificio de exquisito gusto renacentista y plagado de motivos grecorromanos desde las elegantes columnas de capitel corintio hasta las estatuas que flanqueaban la

escalinata central y la puerta de entrada, el señor del Agua se obligó a serenarse al tiempo que alzaba la vista, súbitamente sorprendido ante la visión que tenía delante. Un orondo gigante que rondaría los sesenta años, de barba pelirroja, aunque entrecana y ojos claros y vestido de turquesa y violeta, que les sonreía desde al menos un metro noventa sobre el nivel del suelo.

—Bienvenidos, compañeros —los saludó cordialmente en cuanto tuvo la atención de todos los recién llegados—. Que los Dioses os protejan y sentíos como en casa, por favor. Me llamo Eneas y soy el Hijo de Júpiter que dirige esta Escuela.

—Gracias —repuso Katrina con impecable educación antes de presentar a todos sus acompañantes uno por uno—. Sentimos haber avisado con tan poca antelación, pero como imaginas, el asunto es de vital importancia, dadas las circunstancias actuales.

—Por favor —Eneas le quitó importancia con un gesto de la mano—. Los compañeros son más bienvenidos aún si cabe en tiempos aciagos. Todo lo que podamos hacer por resolver esta situación, así como cualquier idea, son bienvenidos.

El gigantón, a pesar de que sabía que los Cuatro Elementos iban a aparecer, no pudo disimular igualmente la emoción por tenerlos allí antes de conducirlos a todos a una pequeña sala situada en el ala este de la mansión y ricamente decorada con mármoles y madera tallada. En el centro de la misma había dispuesta una serie de sillones y mesas de café; sobre ellas se había colocado un abundante desayuno con influencia clara de la gastronomía de la zona para que los famélicos visitantes, que no habían podido desayunar, saciaran su apetito.

—Supusimos que llegando a estas horas tan tempranas no habríais tenido tiempo de desayunar en condiciones —se explicó el Hijo de Júpiter mientras sus invitados tomaban asiento y empezaban a comer—. Además, como comentabas, Katrina, no podemos demorarnos en futilidades para tratar la grave situación que estamos viviendo.

Todas las miradas se volvieron cautas hacia la improvisada portavoz: la Hija de Plutón que durante más tiempo había velado por los Elementos.

—Estoy de acuerdo —admitió esta con soltura, aprovechando tanto su habilidad nata de convicción como el aprendizaje sobre marketing adquirido durante los años que había representado a los Black Sunset—. Pero eso no es todo: también venimos a advertiros de algo que no sé si habrá llegado a vuestros oídos —la joven intercambió una discreta pero significativa mirada con Anya Steinbeck antes de proseguir con un profundo suspiro—. En Avalon han empezado a correr rumores… peligrosos.

Eneas abrió mucho los ojos con evidente sorpresa y algo de recelo brillando tras sus iris de color plata.

—¿Peligrosos? —repitió, inseguro—. ¿En qué sentido?

—En Alkia ha empezado a cundir el pánico —reveló entonces Marco sin ambages y sin esperar a que Katrina continuase— dado que sus sacerdotes han recibido mensajes del… Otro Lado… sobre una posible rebelión en el Tártaro.

Ahí sí que el rostro del Hijo de Júpiter se desencajó por completo, al tiempo que una palidez antinatural se apoderaba del mismo.

—¿Re… Rebelión? —repitió al tiempo que miraba a todos los presentes alternativamente, sin estar del todo seguro que todo aquello no fuese una broma macabra. Pero al ver la seriedad que impregnaba los rostros de sus interlocutores, se humedeció los labios y preguntó—. ¿Cómo es posible?

—¿Ha habido algún antecedente? —quiso saber Sandra y, ante la confusión que mostró el rostro redondo de su interlocutor, se apresuró a aclarar—. En esta zona siempre ha sido habitual el culto a Hades. Por lo que sabemos, incluso algunos sacerdotes han tenido problemas para invocarlo… ¿No se ha escuchado nada raro por aquí?

Eneas tomó aire de golpe, como si acabase de volver a la realidad, al tiempo que sus mejillas recobraban algo de color.

—Lo cierto es que Ambrose, nuestro Consejero de Plutón, no ha reportado nada al respecto hasta la fecha—admitió mesándose la barba, en una actitud algo más reflexiva y sosegada—. Aunque sí es cierto que…

Sin embargo, no continuó, sino que calló y quedó sumido en sus pensamientos. Los presentes, tras un instante de vacilación, miraron con cautela a Andie y Anya, pero ambas negaron categóricamente con la cabeza, obviando la decepción de los rostros tensos que las observaban. Las leyes eran las leyes, dentro o fuera del propio país.

—¿Qué? —preguntó entonces Ray, solícito, sin atreverse tampoco a entrar en la mente de Eneas pero después de leer la mente de Cora en una décima de segundo y sabiendo que ella pronunciaría aquella pregunta con mucha menos delicadeza que él—. ¿Hay algo… que quiera decirnos al respecto?

Eneas alzó la vista hacia él, incómodo.

—La verdad es que… no estaba seguro de que fuese un tema prioritario… hasta ahora —reconoció con un ligero temblor de voz—. Si hay rumores de una rebelión en el Tártaro, bueno… todos sabemos lo que eso podría suponer para el Universo que conocemos —y ante la clara expectación que habían levantado sus palabras, concluyó—: De un tiempo a esta parte nos llegan noticias de otras Escuelas en las que se han producido... —hizo un gesto vago con la mano, como si no supiera cómo expresarlo—. ¿Posesiones? —pero al ver la clara alarma que recorrió los rostros de sus interlocutores, enarcó una ceja interesada—. ¡Oh! A juzgar por vuestras caras no es la primera vez que oís hablar de un caso similar…

—Emily Danaira, la señora de Alkia y cuñada de mi compañera Andrea Linares —Katrina hizo un gesto elocuente hacia la aludida para enfatizar su frase, haciendo caso omiso a la clara estupefacción de los Cuatro Elementos, ignorantes de ese dato en concreto— nos transmitió su preocupación por ello ya que por lo visto ni siquiera Avalon se libra de esta… plaga, digamos.

—¿En vuestro caso también afectaron a Hijos de Mercurio, o solo a Hijos de Plutón? —quiso saber entonces Eneas.

Los magos de las Casas aludidas intercambiaron una mirada dubitativa. Por lo que sabían, hasta la fecha solo se habían registrado casos de Plutón, no de Mercurio. Pero siendo el dios mensajero y el único que podía ir y volver al Inframundo, técnicamente, podía no ser algo descabellado. Sin embargo, los ocho trataron de ser francos y expusieron solo lo que sabían.

Todos habían optado, de común acuerdo, por ser lo más sinceros posibles con los griegos, a pesar de que Andie y Anya ya sospechaban que algo sucedía por aquella zona y su presencia allí buscaba confirmar lo que todas las pistas indicaban: que la región de culto más poderosa del señor de los muertos clásico podía ser el punto de erupción de algo que nadie quería siquiera imaginar. Sin embargo, Eneas parecía una persona de confianza que además se mostró claramente dispuesto a colaborar.

—Escuchad —les pidió—. Hoy estoy bastante ocupado, pero creo que el mejor sitio por donde podríais empezar a investigar sería el oráculo de la costa, junto a la desembocadura del Aquerón. Supongo que habéis oído hablar de él, ¿no?

—Por supuesto —replicaron los dos Hijos de Plutón presentes, Katrina y Jorge, antes de intercambiar una mirada cómplice pero cargada de oscuros presagios—. ¿Cómo podríamos desplazarnos hasta allí? —agregó la portavoz.

—En coche sería la mejor opción, y puedo pedir a Ambrose que os acompañe. Estoy seguro de que no tendrá inconveniente —aseguró Eneas con una sonrisa de disculpa—. A mí me encantaría ir personalmente, además la zona es maravillosa para visitar y disfrutar de un día tranquilo pero… —alzó las manos con evidente pena—. El trabajo no descansa, y menos con el problema que nos ocupa ahora mismo. Ya me entendéis.

—Le entendemos —sonrió Ray, comprensivo, pretendiendo sin querer aliviar la preocupación del orondo personaje mediante sus poderes empático —. Si podemos ayudar en algo, cuente con nosotros.

—No, hijo —replicó el otro, claramente más relajado y sonriendo con amabilidad—. Soy yo el que estará encantado de hacer lo que esté en mi mano —con gesto algo pesado, se levantó de la mesa y se encaminó hacia la puerta —. Esperad aquí mientras voy a buscar a Ambrose. Es un chico estupendo, ya veréis.

Así, los ocho visitantes obedecieron y permanecieron en silencio en aquel

saloncito, al tiempo que terminaban nerviosamente sus respectivos desayunos. Sin embargo, el hambre había desaparecido casi de sus estómagos para dar paso a una tensa excitación. Podía ser que estuviesen cerca de descubrir el misterio de todo aquel asunto de las posesiones y la rebelión en el Tártaro sin necesidad de bajar al Inframundo. Aquel templo seguramente tendría alguna respuesta oculta en su interior sobre lo que estaba sucediendo y todos estaban más o menos aliviados de que los griegos hubiesen decidido prestarles la ayuda de forma tan desinteresada.

Cuando llegó Ambrose, un joven de unos treinta años de cabello negro como la noche y ojos oscuros pero simpáticos, se hicieron las presentaciones pertinentes y todos regresaron hacia los coches, agradeciendo de nuevo a Eneas su interés por ayudarles. Ambrose, además, era un chófer experimentado que conocía bien la zona y ejercía de guía desde un pequeño Renault híbrido. Durante hora y media condujo a los otros dos coches por carreteras más o menos asfaltadas según la región, hasta llegar a su destino. Y ninguno de los visitantes pudo reprimir un escalofrío de emoción al pensar en lo cerca que podían estar de resolver todo aquel macabro asunto.

Contacto con el Más Allá

A pesar de los siglos que habían pasado por ellas, las ruinas del “Oráculo de la Muerte”, o Nekromanteion en griego, se erguían en bastante buen estado frente a sus ojos sobre una zona más o menos despejada de terreno. Cuando fueron a bajar, Andie y Katrina alegaron con aspavientos claros que el viaje no les había sentado nada bien, por lo que preferían quedarse en el coche. Aquellas carreteras tan tortuosas podían matar cualquier estómago delicado y más si acababan de desayunar.

Marco, por su lado, vio con extrañeza cómo Ambrose hacía un gesto contrariado, que apenas duró una décima de segundo, antes de mostrar una sonrisa comprensiva y aconsejar a ambas brujas que al menos saliesen para estirar las piernas y que les diese el aire; eso, aseguró, les aliviaría enseguida el mareo. Sumisas, las dos aceptaron el consejo y obedecieron, aunque permaneciendo siempre cerca del coche, mientras el resto de la comitiva se acercaba a las ruinas.

La entrada más próxima que vieron era un arco sencillo con una reja incrustada en la piedra y cerrada a cal y canto. Sin embargo, Ambrose, con una sonrisa pícara y tras asegurarse de que aquel día no merodeaban turistas por el lugar, hizo un pase de la mano frente al metal y tras envolverse sus dedos en un resplandor rojizo, aquel se abrió hacia dentro sin hacer ruido. Por suerte o por desgracia, desde hacía una semana los mortales corrientes habían establecido toques de queda en todos los países del mundo con respecto a aquellas ruinas que tuviesen relación con el culto pagano. En el caso de Grecia, esto había afectado muy negativamente a su ya vapuleada economía y en especial al sector del turismo; pero, para los magos que vivían en la misma, casi era un alivio poder acercase con tranquilidad a rezar a los centros más poderosos del país, vista la hecatombe que se cernía sobre ellos.

—Oh, mierda —maldijo en voz alta entonces el joven mago.

Todos los demás se volvieron de inmediato, sorprendidos.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Anya, entrecerrando los ojos.

—Nada, es solo que acabo de caer en que me he dejado las linternas en el maletero. Con todo lo que está pasando, no estoy en lo que estoy —se disculpó el otro con una sonrisa, aunque a la Hija de Mercurio le pareció

percibir un rastro de animadversión hacia ella en su dentadura perfecta cuando la encaró directamente—. Voy un segundo al coche, enseguida vuelvo. Id entrando si queréis y ahora os alcanzo. Será un momento, de verdad —aseguró antes de echar a correr de nuevo hacia la zona donde habían aparcado, bajo unos árboles situados a unos cien metros de distancia.

Una medida realmente prudente por su parte: tal y como estaban las cosas, podía haber espías por cualquier lado, pero también era cierto que todos ellos llevaban amuletos que les permitirían pasar desapercibidos en caso de que algún excursionista perdido o algún espía del Gobierno griego apareciese por allí para darles caza. Por lo que habían escuchado, se estaba convirtiendo en una práctica habitual desde hacía algunos días. Desde que aquella pesadilla había empezado.

Quizá por eso, en cuanto entraron en las ruinas y empezaron a recorrerlas, observando atentamente a su alrededor, Cora se pegó instintivamente a Marco, sintiendo un frío súbito que nada tenía que ver con la temperatura ambiental. Si los atrapaban y descubrían lo que eran, ¿qué sería de ellos? ¿Qué sería de sus hijos si alguna vez los humanos conseguían llegar al refugio de Avalon?

En ese instante, una mano amiga y cálida se apoyó en su hombro, apretándolo en mudo consuelo. El rostro cariñoso de Ray apareció entonces a su izquierda y la mujer le devolvió la sonrisa con los labios apretados por el frío. Cada vez hacía más y no podía explicarse por qué.

Al menos, hasta que Sandra frenó en seco tras ellos y, volviéndose, preguntó:

—¡Ey! ¿Dónde se han metido estos dos?

Sus compañeros la imitaron, al tiempo que empezaban a mirar a su alrededor. Se encontraban en lo que parecía una estancia cuadrangular, con la puerta de arco frente a sí y una vasija apoyada en una de las esquinas. Tan absortos iban en su investigación que no se habían dado cuenta de que tanto Anya como Jorge ya no estaban con ellos.

—Vamos a buscarlos —propuso Cora, tras reponerse de la sorpresa y tratando de ignorar la punzada de miedo que empezaba a machacar su corazón cada vez con más insistencia. Aquel lugar le ponía los pelos de punta y no debía ser la única, puesto que los rostros de sus compañeros también reflejaban un saludable temor hacia las piedras que los rodeaban, como si fuesen a cernirse sobre ellos de un momento a otro—. No pueden andar muy lejos.

Los demás estuvieron de acuerdo, aunque optaron por no separarse para que no se perdiese nadie más y porque el frío gélido que se había adueñado de las ruinas en un momento empezaba a hacer que a todos les castañetearan los dientes, incluido a Marco; en aquella situación, el calor corporal de los demás parecía la única solución y así, apiñados, siguieron avanzando hacia lo que

parecía la zona central del santuario.

Hasta que, al doblar una esquina se dieron de bruces con Anya. Solo que no parecía ella.

Estaba erguida en toda su corta estatura con las piernas juntas, los hombros caídos y la cabeza ladeada, lo que hacía que su corto flequillo despuntado tapase ligeramente uno de sus ojos. Ambos, sin embargo, tenían un brillo extraño. Sandra, a pesar de todo, se acercó enseguida con toda su buena intención y un suspiro de claro alivio.

—Ey, Anya. Menos mal que te encontramos. Ya pensaba que…

Pero no pudo decir más. En un abrir y cerrar de ojos, la bruja, su antigua mentora, lanzó un grito salvaje y echó las manos con las uñas enarboladas hacia el cuello de la mujer rubia. Esta, que pasó de la solicitud al aturdimiento en una milésima de segundo, no pudo apartarse a tiempo; pero aún le quedó un resquicio de sensatez para tratar de defenderse. Poco después, una ráfaga de aire lanzaba unos metros hacia atrás a su antigua compañera; la cual, aunque chocó algo violentamente contra un muro de piedras, se levantó en un abrir y cerrar de ojos, dispuesta a volver a la carga.

Y la mujer de Aire, que pensaba pedirle disculpas y después una explicación sobre lo que estaba sucediendo, notó las palabras congelarse en su garganta al tiempo que retrocedía hacia sus compañeros. Estos la imitaron, tratando de regresar por donde habían venido. Pero alguien les cerró el paso.

Jorge se encontraba enhiesto justo a sus espaldas, con la misma expresión feroz en el rostro que Anya. Y entonces Marco, como buen conocedor de los secretos de las Casas de Agua en su mayoría, exclamó:

—¡Están poseídos! ¡VÁMONOS DE AQUÍ!

La última frase fue casi un aullido desesperado, pero para su alivio, sus tres acompañantes no se lo pensaron dos veces antes de echar a correr hacia la primera salida que vieron disponible. Al poco rato, los cuatro empezaron a sentir un frío aún más intenso que antes sobre sus carnes al tiempo que escuchaban una serie de sonidos guturales procedentes de unos metros por detrás de sus espaldas. Y tenían que admitir que ni siquiera con los grinden habían tenido tanto miedo.

En un momento dado llegaron a una zona despejada en la que solo había algunas piedras dispersas y una escalera que descendía a las profundidades. Creyendo haber despistado a sus perseguidores, se detuvieron un segundo a coger aire, a pesar de que la helada brisa de finales de diciembre les helaba los pulmones. ¿Qué fecha sería? ¿Habrían cambiado ya de año? No lo sabían, hacía tiempo que las fechas de su calendario se regían por el mundo mágico y no el terrenal en el que habían crecido. Y, aun así, todavía recordaban con pavor aquellas Navidades en las que estuvieron a punto de ser destruidos por Gregor Markenn. Pero no pensaban volver a darle el gusto a ningún mago

oscuro de tres al cuarto.

En ese preciso instante sus dos perseguidores aparecieron, sobresaltándolos, mientras saltaban con insultante facilidad sobre dos muros de las proximidades y los observaban durante unos segundos, como si meditaran qué hacer a continuación. No obstante, apenas lo decidieron, como si sus mentes estuviesen conectadas de alguna manera, los dos magos poseídos se lanzaron con sendos saltos mortales en su dirección. Ante lo cual, Cora chilló:

—¡La escalera! ¡LA ESCALERA! ¡VAMOS!

Ninguno de sus compañeros se aprestó a discutir la decisión, sino que todos corrieron a la vez tratando de salvar su existencia como fuese posible. Quizá en alguno de los pasadizos subterráneos de aquel lugar consiguieran despistarlos… o emboscarlos, en el peor de los casos. Sin embargo, los escalones metálicos estaban resbaladizos y a punto estuvo más de uno de caer rodando por ellos. Además, tenían una extraña luminosidad azul en la que ninguno de los cuatro se paró a reparar; salvo, quizá, Cora. La cual se empezó a sentir más y más mareada a medida que descendía. Y ello provocó que, al llegar abajo del todo, se derrumbase de golpe contra la pared más próxima.

Jorge y Anya, o lo que quedase de ellos en aquellos cuerpos que parecían simples marionetas movidas por voluntad ajena, para su sorpresa, bufaron ante aquella escalinata, sin atreverse a bajar, antes de desaparecer con un chillido por donde habían venido. En cuanto lo hicieron, los cuatro compañeros se quedaron unos minutos más abrazados junto a la pared, temblorosos y sin estar muy seguros de qué acababa de suceder. Marco sostenía a Cora entre sus brazos, manteniendo su cabeza en el hueco de su clavícula izquierda, mientras ella trataba de recuperar la respiración.

—Creo… Creo que ya se han ido —musitó Sandra al cabo de un rato, con la voz aún entrecortada por el terror y al tiempo que se aproximaba cautelosamente al primer peldaño—. ¿Qué creéis que…?

Cora, ya algo más recuperada, se apartó suavemente de Marco y sacudió la cabeza enseguida, mostrando su ignorancia, pero sin perder tampoco de vista la parte superior de las escaleras. Su palidez, aún en la penumbra de aquella especie de sótano de piedra en la que se encontraban, era casi mortal.

—Sea como sea, parece que ya se han ido —corroboró Ray—. Marco, ¿podrías…?

Pero se calló al darse la vuelta y comprobar que su compañero, por extraño que pudiese parecer, ya no estaba con ellos junto al muro, sino que se había adentrado más allá de la escalera en lo que parecía ser una estancia abovedada, aunque desde su posición solo podía apreciar la zona más cercana.

—Chicos —dijo entonces el interpelado, con una voz a medias entre la sorpresa y la fascinación—. Venid a ver esto.

De inmediato, Cora creó una bola de luz en su mano y trató de elevarla en el aire, pero un renovado mareo la hizo desistir y encorvarse con un gemido.

—¡Cora! ¿Estás bien? —preguntaron Ray y Sandra a la vez.

Ante aquella pregunta, Marco se volvió como un resorte y corrió como alma que llevaba el diablo de vuelta hacia su mujer.

—Cariño, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí —repuso la otra con cierto hastío. Odiaba que se le echaran encima de aquella manera, aunque fuese por su bien—. Solamente me he mareado un poco al utilizar mi poder… —se giró un instante para observar los escalones azules de reojo—. Creo que ha sido por esa maldita escalera.

Su marido entendió enseguida a qué se refería. Claro, estaban en un templo del Elemento que, si bien se había casado con el Fuego, era lo más opuesto a él que existía. O a ella.

—Lo siento —se disculpó sinceramente Marco—. Debí haberlo sabido.

Entonces Cora se mordió el labio con repentina culpabilidad, sabiendo que su mal genio había vuelto a jugarle una mala pasada.

—No tienes que disculparte —lo consoló sonriéndole como sabía que a él le volvía loco—. Ya vuelvo a ser yo.

Él sonrió en respuesta; pero el momento idílico duró poco, lo justo hasta que Ray preguntó:

—Bueno, ¿qué es eso que tenemos que ver?

—Yo estoy deseando salir de aquí —rezongó Cora mientras observaba de nuevo, con ojo crítico, los peldaños que llevaban de vuelta a la luz.

—Solo serán cinco minutos, te lo prometo —le garantizó Marco, acompañando a su súplica un mohín al que sabía que su esposa no podía resistirse tampoco—. Por favor.

Ella torció el morro, pero terminó claudicando. Sin embargo, cuando sintió que el mareo remitía, trató de volver a invocar una esfera de luz. La energía de su cuerpo reaccionó de inmediato, pero en ese caso tuvo ayuda para elevarla en el aire. Detrás de ella, Sandra le dirigió una sonrisa cómplice, que Cora le devolvió antes de echar a andar tras los dos miembros masculinos del equipo.

El poder del Agua

En efecto, como había imaginado Ray, la estancia tenía una estructura abovedada, con aproximadamente quince arcos tallados sosteniendo el techo y formando nichos a ambos lados. El pasillo tendría cerca de dos metros de ancho y más de tres metros de altura en la zona central. Sin embargo, lo más llamativo era la pared del fondo y una extraña grieta que la dividía casi en dos mitades. Marco se aproximó despacio con una mano hacia delante, casi como si estuviese en trance. Sin saber muy bien por qué, desde hacía un rato, cuando se había empezado a adentrar en el pasadizo y había presentido que allí su poder era más fuerte de lo que nunca lo había percibido, tenía una necesidad irrefrenable de tocar aquel muro frente al que, probablemente, en el pasado rezasen muchos fieles a Hades. A una divinidad del poder que llevaba en su interior.

—Cielo… —lo llamó Cora con cautela y cierta desconfianza—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es eso que tiene tanto interés para ver…?

Pero él no contestó, sino que se limitó a seguir avanzando. Sandra y su mujer cruzaron una mirada de urgencia al tiempo que corrían para ponerse delante de él. Parecía casi como si el señor del Agua avanzase para chocar contra aquel muro, y no querían más desastres por aquel día. Ellas también eran conscientes de a qué Elemento pertenecía el dios de culto de aquel lugar.

—Marco, ¡Marco! ¡Detente! —lo impelió Cora al tiempo que lo tomaba por los hombros. Como él bajó la cabeza hacia ella sin enfocarla, aquello no hizo más que aumentar la angustia de la mujer—. Cielo, mi amor, mírame. Vamos a salir de aquí. Me parece que no estás bien.

Pero su marido no la escuchaba, y lo demostró en cuanto alzó de nuevo la vista hacia el muro y pronunció entre dientes:

—Necesito… Lo necesito…

—No, lo que tú necesitas es salir de aquí más rápido que todo —sentenció entonces su mujer, ya visiblemente enfadada. Pero no contaba con que Marco era bastante más grande que ella y más fuerte que Sandra, la cual intentaba igualmente frenarlo por todos los medios—. Marco… Por… favor… —rechinó la mujer de Fuego, desesperada y tratando de empujar el corpachón musculado de él hacia atrás por enésima vez.

Pero fue inútil. A pesar de que su empuje lo ralentizaba ligeramente y ni siquiera con la ayuda de unos brazos masculinos y férreos como los de Ray, que había acudido a echarles una mano en cuanto se había repuesto de la sorpresa de ver a su mejor amigo en aquel estado, al cabo de unos segundos los dedos de un Marco totalmente enajenado —por algún motivo que a sus compañeras se les escapaba pero sobre el que preferían no elucubrar demasiado— alcanzaron su objetivo y acariciaron la piedra con infinita suavidad, como si se tratase de un tesoro. Una mano a cada lado de la grieta. Y el resultado, intuido o no, tampoco se hizo esperar.

De golpe, al tiempo que Marco parecía volver a la realidad sin recordar qué acababa de suceder y antes siquiera de que Cora pudiese echarle la bronca con todas las de la ley, un sonoro estruendo que sacudió el túnel por entero se dejó oír sobre sus cabezas. Y los cuatro se quedaron clavados en el sitio, asustados y sin saber bien qué hacer.

—Creo que deberíamos irnos —sugirió Ray en un hilo de voz, notando como un sudor frío recorría su espalda—. Deberíamos…

Pero se calló en cuanto vio, con profundo horror, lo que descendía por la escalera. La tromba de agua más enorme y embravecida que hubiese visto jamás. Pero lo más extraño era que revoloteaba sobre los muros como si fuese etérea, sin rozar en ningún momento la piedra ni, sorprendentemente, la lámpara que Cora había invocado y que ahora pendía cerca de uno de los arcos de la bóveda, cortesía del poder de Aire de Sandra.

Por fortuna, el único que tenía poder para detener aquel maremoto reaccionó a tiempo, ya recuperado de aquel extraño trance, levantando las manos para abarcar a sus compañeros. Los cuales, visto y no visto, se habían refugiado a su alrededor como conejillos aterrorizados.

Entonces, sucedió algo que ninguno de ellos olvidaría en lo que les quedaba de vida: tras lo que pareció una eternidad en la que aquella torrentera se dedicó a dar vueltas rápidamente alrededor del grupo, en un momento dado el agua se retiró, convirtiéndose lentamente en una especie de figura encapuchada que se irguió frente al muro de la grieta. Cora seguía rabiando por cantarle las cuarenta a su marido por haberles metido en ese berenjenal, pero se quedó congelada en el sitio cuando la extraña figura habló. O al menos, sobre la bóveda reverberó un sonido que parecía proceder de ella:

—Eres el Agua —manifestó, intuían, en dirección a Marco, ya que carecía de rostro visible.

El aludido por su parte tragó saliva antes de asentir y decir con voz clara algo que dejó a sus tres acompañantes clavados en el sitio:

—Quiero hablar con Hades.

Cora, como era lógico, ahogó un gemido al escuchar aquello mientras sus dos compañeros lo miraban, totalmente perplejos.

—Marco —lo reprendió Sandra, sin dar crédito—. ¿Qué estás haciendo…? Creía que habíamos acordado que evitaríamos hacer esto a toda costa…

Ante lo cual, él le dirigió una triste mirada que revelaba la dura batalla que se libraba en su interior.

—Asumámoslo, Sandra —repuso en voz baja—. Está claro que no solo nuestros actos nos han conducido hasta aquí.

—Pero, ¡no! —se indignó Cora—. Jamás he asumido que el destino pueda controlar mi futuro o mi vida, ¡y no voy a hacerlo ahora! —alzó las manos con desesperación evidente—.¡Piensa en tu hija!

—Lo hago —repuso él con calma, aunque con un dolor evidente que no hacía más que acrecentarse al ver la decepción rodando en forma de lágrimas por los pómulos marcados del amor de su vida—. Pero, aquí y ahora, con todo lo que ha sucedido, creo que, sea como sea, tenemos que hablar con Hades.

—Pero podríamos morir… y nuestros hijos también —objetó Ray, sin perder de vista a la silenciosa figura acuática, que seguía observándolos sin hacer ademán alguno.

Marco, con el corazón en un puño, respiró hondo antes de contestar a su mejor amigo.

—Algo me dice que no será así, aunque no sabría decirte exactamente qué es —admitió—. Y, de todas maneras, si es así, al menos habremos cumplido con nuestro cometido en este mundo —inspiró con fuerza, tratando de guardarse las lágrimas que también amenazaban con desbordar sus párpados —. Lo sabemos desde hace diecisiete años. Tenemos una deuda y una responsabilidad. Debemos salvar a los magos. Siempre han cuidado de nosotros. Se lo merecen.

Cora tragó saliva, tratando de contener en vano las lágrimas de terror, decepción y amargura que amenazaban por rodar por sus mejillas. Porque, en parte, sabía que Marco tenía razón. Que si habían sido creados al azar por algo, era para hacer aquello. Para sacrificarse y que la magia siguiese adelante sobre la faz del mundo. Quizá ellos habían estado cerca, pero no era su sino traer al Inmortal que regiría los destinos del Universo. Y ahora todo podía depender de sus poderes.

—¿Y qué hay de Jorge y Anya? ¿De Andie y Katrina? —preguntó Sandra, igualmente acongojada.

Ante lo cual Ray tomó la palabra.

—Algo me dice que Ambrose no era del todo de fiar, y ellas lo sabían —negó con la cabeza y apretó los labios—. No. Estamos solos en esto. Y debimos haberlo intuido desde el principio.

Su esposa suspiró, derrotada, pero no se acercó a buscar consuelo en su marido. Todavía estaba demasiado desgarrada por dentro por todo lo sucedido como para hacerlo. Y no estaba segura de si en algún momento podría volver

a sentirse igual después de que todo aquello acabase. Fuese en ese mundo o en el otro.

Marco, por su parte, al ver que tenía el beneplácito aunque fuese a regañadientes de sus compañeros, se volvió de nuevo hacia la figura encapuchada.

—¿Es posible que consiguiera hablar con el señor del Inframundo, criatura? —inquirió con educación—. Tengo un mensaje importante para él.

Tras unos segundos de tensa espera, su interlocutor asintió.

—Los Elementos siempre son bienvenidos en el hogar de un dios —afirmó.

Acto seguido, hizo algo que ninguno esperaba. Su forma se deshizo en pequeños hilos de agua que, tras trepar por el muro y ocupar la grieta, parecieron empujar el muro hacia los lados, ocultando sus dos mitades en la pared rocosa.

Al otro lado, un hueco oscuro como boca de lobo y unos estrechos peldaños los aguardaban. Y los Elementos, tras cruzar una mirada que lo decía todo entre ellos, echaron el pie adelante para iniciar el descenso. Solo esperaban que, realmente, aquel sacrificio que creían estar realizando mereciese la pena

***

Al ver llegar a su subordinado, Eneas supo que Ambrose necesitaba una generosa copa de vino. O más de una. Su rostro lleno de cardenales y su aspecto apaleado no inducían a pensar nada bueno. Y, sin embargo, no era algo que el Hijo de Júpiter hubiese descartado del todo.

—¿Y bien? —quiso saber, mientras invitaba a su Consejero a tomar asiento en un mullido butacón, cosa que este agradeció con un suspiro de alivio—. Veo que no ha ido tan bien como pensabas.

A lo cual Ambrose respondió con media sonrisa de suficiencia; o al menos, todo lo que le permitió su labio superior hinchado.

—A pesar de todo, aunque consigan localizar la puerta no saldrán vivos de allí —aseguró—. Nadie lo ha hecho nunca.

—Ellos son los Elementos —le recordó Eneas en un tono peligroso que hizo a Ambrose incorporarse en el asiento, alerta—. No son unos magos de pacotilla que se creen que pueden bajar al Inframundo porque sí y volver tan tranquilos.

Ambrose ladeó la cabeza, intrigado.

—¿Así que lo sabías? Y yo que pensaba darte una sorpresa… —se mofó ligeramente.

Eneas hizo un gesto vago con la cabeza al tiempo que procuraba mantener

la irritación a raya. Ambrose era buen chico, pero a veces su insolencia lo sacaba de quicio.

—Lo imaginaba, y desde Avalon me informaron de que Solena se lo había propuesto —reconoció—. Aun así, lleguen o no lleguen, no podemos permitir que la rebelión en el Tártaro se detenga. Es nuestra principal baza para que todo salga bien y seguimos contando con El Pacto —jugueteó con su broche del roble y la balanza, pensativo, al tiempo que su Consejero asentía, dando a entender que sabía de lo que estaba hablando—. ¿Los designios siguen indicando lo mismo?

Ambrose trató entonces de sonreír más ampliamente sin conseguirlo, aunque el destello de triunfalismo que rieló en sus ojos negros fue suficiente respuesta para el Hijo de Júpiter.

—Totalmente —garantizó, aunque acto seguido se puso serio—. Eneas, las brujas y el mago… —el Consejero de Plutón sabía que Eneas ya intuía lo que le iba a decir, pero prefería vocalizar su fracaso en voz alta—. Han escapado.

El Hijo de Júpiter, en efecto, asintió como si ya lo supiera a la vez que le dirigía una mirada condescendiente.

—Pensé que en eso tenías todo bajo control. Pero ya veo por tus moratones que no ha sido exactamente así. O eso, o el hechizo se te ha vuelto en contra —ironizó con maldad.

Ambrose, ofendido, alzó las manos en actitud defensiva.

—Dos de ellas se marearon y se quisieron quedar en el coche. ¿Qué tenía que hacer? —protestó—. ¿Obligarlas y levantar sospechas?

—Yo no tengo por qué decirte cómo hacer tu trabajo —rechinó Eneas, claramente disgustado—. Pero si esas dos han conseguido rescatar a sus compañeros de la posesión y han vuelto a Avalon, tendremos que cambiar de estrategia y procurar que no nos relacionen de ninguna manera —Eneas se mesó el escaso cabello con cierta frustración—. Por todo el Poder de la Oscuridad, si la Madre se entera de esto…

Su subordinado palideció ante aquella afirmación.

—No se lo dirás, ¿verdad? —se asustó—. Lo arreglaré, lo juro… Pero sigo queriendo lo que se me prometió cuando todo esto acabe.

Ante lo cual, Eneas mostró media sonrisa malévola.

—No te preocupes, Ambrose. Si sirves bien a Nuestra Señora Hécate, diosa de la hechicería por siempre… Alkia será tuya por completo.

Sorpresas desagradables

Las paredes que flanqueaban los escalones apenas se separaban un metro entre sí, haciendo que los cuatro amigos tuviesen que descender en fila de a uno. Por suerte, la luz que Cora había conjurado y Sandra aún pugnaba por mantener en alto, aunque su amiga estuviese ya recuperada, con la única intención de distraer la mente de lo que realmente estaba haciendo, que se le antojaba una de las cosas más estrambóticas e inimaginables en el mundo entero, iluminaba el corredor lo suficiente para que viesen los siguientes diez escalones.

Igualmente, a medida que se adentraban en las profundidades de aquel túnel que no parecía terminar nunca, un extraño resplandor azulado, similar al de los escalones metálicos por los que habían escapado de dos enajenados Jorge y Anya, empezaba a hacerse más y más patente; lo que hizo que Cora, por ejemplo, retirase de inmediato los dedos de los muros, una posición solo adoptaba para tratar de alguna manera sentirse más segura y aferrada a la realidad. Puesto que, al igual que Sandra, estaba tan poco segura de aquello como si se tratase de entrar directos en un nido de víboras.

Marco, por su parte, abría la marcha procurando mantener los nervios a raya. Si tenía que ser sincero, ni siquiera él entendía exactamente qué había sucedido allá arriba. Solo sabía que aquella era la única salida que tenían, aunque fuese precisamente lo que habían rechazado hacer en Avalon. Pero, pensándolo fríamente, ¿quién aparte del propio rey de los muertos podría sofocar una supuesta rebelión en sus tierras?

Así, mientras trataba de convencerse repetidamente en su cabeza que lo que estaban haciendo era lo correcto, el cuarteto abandonó por fin las escaleras y llegó a lo que parecía una pequeña plataforma sin más salida que el túnel por el que acababan de llegar. El resto del perímetro estaba rodeado de una masa de agua oscura, apenas visible salvo por aquel resplandor azulado que parecía impregnarlo todo.

Por lo demás, el lugar estaba sumido en el silencio más absoluto y no se veía el otro lado de la laguna, o lo que fuese aquello. Sin embargo, en cuanto la luz invocada por Cora salió a su vez del túnel, de inmediato se empezó a escuchar una serie de chillidos espeluznantes, bramidos y quejidos que

hicieron que la mujer de Fuego trazase un acelerado gesto en el aire. Como esperaba, aquello provocó que la intensa luz de la esfera desapareciese, afortunadamente junto con los gañidos y lamentos. No obstante, aquel suceso dejó a los cuatro respirando agitadamente en una penumbra muy poco tranquilizadora.

—¿Dónde…? ¿Dónde estamos? —se atrevió entonces a preguntar Sandra, inquieta, al tiempo que se pegaba instintivamente al muro que flanqueaba la oquedad por la que habían aparecido, en busca de algún tipo de protección—. ¿Es… lo que creo?

Marco se aproximó lentamente al agua y la observó con atención, sin responder enseguida. Sin embargo, en cuanto vio varias sombras blanquecinas flotando bajo la superficie y procurando no dar un salto instintivo hacia atrás, con fingida serenidad informó:

—Sí, Sandra. Estamos a orillas de la Laguna Estigia.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —preguntó entonces Cora, aún más nerviosa que su compañera, al tiempo que miraba en derredor con evidente recelo.

—Esperar a que aparezca Caronte, imagino —replicó Ray pero, ante las miradas extrañadas de sus compañeros, se defendió, molesto—. ¿Qué pasa? Que fuese el de Ciencias en el colegio y que esto sea más asunto de Marco que mío no significa que no me interese la mitología.

—No te estamos juzgando… Cariño —a pesar de que estaba al borde de la histeria, Sandra trató instintivamente de tranquilizarlo, aunque para ninguno de los otros pasó desapercibido el lapso antes del apelativo cariñoso—. Es solo que…

—Jamás hubiésemos pensado encontrarnos en un lugar semejante —completó Cora, dirigiendo una mirada de ánimo a su amiga y tomándola de la mano acto seguido—. Pero es nuestro sino.

—¿Y cómo conseguiremos que el barquero aparezca por aquí? —insistió Sandra.

Ante lo cual, Marco mostró media sonrisa burlona, un gesto tan natural para él en la vida diaria como respirar.

—Creo que eso es tarea de un profesional.

Los demás, obviamente, soltaron una risita sin poder contenerse y, al mismo tiempo, aliviados de poder liberar algo de tensión y de comprobar que, a pesar de todo, pasara lo que pasase, las señas de identidad que los mantenían unidos desde siempre seguían ahí.

Sin embargo, ninguno de ellos pudo evitar contener la respiración al ver cómo el señor del Agua se inclinaba sobre la laguna y con los ojos cerrados en actitud concentrada, apoyaba una mano sobre la pulida superficie de la laguna a la vez que fruncía el ceño, percibiendo algo que los otros tres jamás hubiesen podido.

El hombre rubio estuvo así unos segundos, sin moverse, hasta que percibió la primera onda bajo su mano y supo que la llamada había tenido éxito. Así pues, sin poder evitar cierta sensación de triunfo que apenas consiguió mitigar el miedo que seguía sintiendo, volvió con sus compañeros de inmediato.

—Ya está —anunció con excitación evidente—. Ahora solo queda esperar.

Ante sus palabras, Cora miró un instante hacia el horizonte; donde se sorprendió sin querer a comprobar cómo, efectivamente, una silueta oscura empezaba a perfilarse más y más nítidamente a medida que se aproximaba a ellos.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó con curiosidad al oído de su marido, sin poder evitarlo.

Seguía sin creerse que aquello estuviese sucediendo de verdad, pero si Marco tenía algún poder realmente para manejar la situación y sacarles de una pieza de aquel lugar de pesadilla, debía confesar que jamás de los jamases volvería a dudar de él. Lo juraba.

Él, por su parte, se encogió de hombros con cierta inseguridad.

—No sé —admitió, antes de girarse hacia ella con los ojos extrañamente brillantes—. ¿Nunca has sentido la certeza de saber hacer algo con tu poder… aunque nunca lo hubieses realizado antes?

Por la mente de Cora pasó una imagen fugaz de la primera vez que había estado a punto de perder a Marco a manos de los grinden, y tragó saliva a la vez que asentía.

—Sí, sabes bien que sí —ante su sonrisa cariñosa se la devolvió, aunque acto seguido sus labios se torcieron en una mueca socarrona—. Aunque ya podía haberte venido la inspiración ahí arriba para librarnos de Anya y Jorge… Tú ya me entiendes.

Por el rostro de Marco pareció cruzar una mueca de amargura; probablemente, porque sabía que era cierto que él podía haber sacado el mal de sus cuerpos. Pero antes de que Cora pudiese retractarse de aquella broma sin maldad, su rostro cambió y procuró tranquilizarla ironizando:

—Bueno, lástima que me dejé el manual de exorcismos en casa, ¿no?

La risa súbita de Cora reverberó en las paredes de toda la estancia, haciendo que los misteriosos chillidos que habían surgido con la aparición de la esfera de luz regresaran de forma estridente y momentánea. La culpable, asustada, se tapó la boca y se acurrucó aún más contra su marido; en el preciso instante en que Caronte, barquero del Inframundo, llegaba con su conocido vehículo hasta su altura, frenando sin ruido junto a la plataforma.

—Vivos… —rechinó entonces con una voz metálica que puso los pelos de punta a los cuatro—. Los vivos no tienen entrada al Inframundo.

Ante lo cual, Marco se adelantó inspirando hondo y pronunció

solemnemente:

—Soy el señor del Elemento Agua, portador de su poder en la superficie terrenal, y vengo con un mensaje de la máxima urgencia para tu señor Hades, rey del Inframundo.

Ante aquello, Caronte pareció cambiar completamente de actitud y se irguió con algo que parecía sorpresa. Aunque era difícil saberlo ya que todo su cuerpo, incluida la cabeza, estaba cubierto por una tupida túnica negra que parecía haber visto tiempos mejores, pero en cambio, no revelaba absolutamente nada de lo que escondía debajo.

—Subid, pues, señor del Agua. Pero, esperad, ¿quiénes os acompañan?

—Los demás señores de los Elementos, barquero —pronunció Marco sin alzar la voz, al tiempo que procuraba mantener a raya los nervios. Puesto que, aunque no lo pareciese, le estaba costando lo suyo enfrentarse a aquella criatura a la que había creído parte de los mitos grecorromanos hasta hacía apenas unos minutos—. Es necesario que viajen conmigo.

El barquero pareció dudar un momento, sin saber si debía acatar aquella orden; pero al ver el poder acuático rielando claramente tras los iris transparentes de su interlocutor, transigió al tiempo que les hacía un gesto educado para que todos subieran a su barcaza. Y Cora procuró no amedrentarse al contemplar la mano descarnada que sostenía el remo y junto a la que pasó, queriendo o no, a escasos centímetros de distancia.

***

El trayecto hasta el palacio de Hades fue bastante monótono puesto que, poco después de la salida de aquel improvisado puerto de embarque, la Estigia se ramificaba en forma de pequeños ríos que serpenteaban por túneles más o menos amplios; en los cuales, de vez en cuando, se atisbaba algo de esa iluminación azulada y antinatural que llevaban viendo desde que habían empezado a descender las escaleras. ¿Cuánto tiempo había pasado? ¿Minutos, horas? ¿Un día entero? No podían saberlo. Allí abajo, la luz del sol era un lujo inalcanzable. Y los nervios hacían que todo aquello solo se convirtiese en algo todavía más eterno y claustrofóbico. Porque, ¿qué harían al llegar frente al dios de los muertos? ¿Cómo expondrían lo que habían ido a decirle? Y lo más importante, ¿saldrían vivos de allí?

En un momento dado, cuando ya estaban pensando que jamás llegarían a ningún lado, la corriente se hizo algo más fuerte y la barcaza salió del último túnel, apenas un corredor de dos metros de ancho por dos de alto desde la superficie del agua… dejándolos frente a frente con el palacio de Hades.

A decir verdad, no era tan tétrico como alguno de ellos había imaginado, sino que se componía de una estructura central tallada en la piedra oscura y virgen de una enorme caverna cuyo techo no se atisbaba y que poseía varios

anejos como murallas, torreones y otras dependencias diversas.

En el embarcadero, sin embargo, una criatura pálida y rubia los esperaba. Alguien a quien ninguno de los cuatro esperaba volver a ver jamás.

—¡TÚ! —aulló Cora, casi saltando de la embarcación para arrojarse contra ella.

Por suerte, y aunque la otra no se movió, sino que se mantuvo quieta como una estatua, Marco sujetó a tiempo a su mujer y la situó tras él. De igual manera, sus nudillos se tornaron blancos cuando apretó los puños a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó de malas maneras—. ¿No deberías estar pudriéndote en el Tártaro?

Ante lo cual, Vivianne Santana no respondió; sino que inclinó la cabeza servilmente e igual que si no les conociese de nada, informó en voz muy baja:

—Mi señor os espera.

—¿Qué? ¡Sí, claro! —saltó Cora de nuevo, furibunda—. ¿Y tenemos que seguirte a ti? Por encima de…

—¿…tu cadáver? —completó entonces Vivianne sin acritud, dirigiéndole una mirada indescifrable que a Cora le puso los pelos de punta—. Siento lo que sucedió.

—¿Que lo sientes? —estalló entonces Ray, sintiendo cómo la rabia pugnaba por obligarlo a hacer una locura—. ¿Sientes que mi hija perdiese los poderes por tu culpa?

Ante lo cual, la criatura prístina que tenían delante, en vez de responder con una evasiva o una frase mordaz, replicó con sencillez:

—Era su destino, Ray —y sin darles tiempo a recuperarse de la estupefacción, agregó, volviendo la cabeza hacia el palacio—. El señor aguarda. Al señor no le gusta que lo hagan esperar.

Y los cuatro, aún perplejos por lo que estaban viviendo y presenciando, decidieron obedecer. Creyendo que ya no les quedaba nada por perder y jurando que, fuera como fuese, averiguarían qué hacía aquella asesina adolescente en el palacio del dios del Inframundo. Porque eso sí que no podía presagiar nada bueno.

Cambio de planes

La estancia a la que los condujo Vivianne Santana quitaba el aliento solo con verla. Aparte de los altos techos y las delicadas tallas que sobresalían de las paredes rocosas, los cuatro vieron mármol, basalto y otra serie de rocas de tipo volcánico —que no supieron identificar por su nombre exacto—, adornando cada rincón, friso de ventana o puerta presente y hasta las escalinatas que conducían al trono de piedra que se erguía en el frontal de la enorme sala. Sobre él, sin embargo, se hallaba sentada una figura encapuchada que a los recién llegados les provocó un escalofrío inmediato.

Cuando se incorporó y se bajó la capucha, al tiempo que descendía las escaleras, ninguno supo cómo reaccionar. Su rostro era afilado sin exceso, adornado con una barba negra recortada pulcramente en una fina línea que abarcaba desde una oreja a la otra y rodeaba la boca de aquel ser en una delicada perilla. Sin embargo, sobre su cabeza no había un solo pelo, sino que parecía recién pulida. Sus ojos, por otro lado, eran de un curioso color entre ámbar y dorado. Y su piel… Quizá aquello era lo más sorprendente: gris como la plata vieja, pero tersa y bien delineada en las partes visibles del cuerpo como el cuello o las manos.

—Bienvenidos a mi reino —los saludó Hades, dios del Inframundo y las almas difuntas de aquellos que veneraban a los antiguos dioses grecorromanos, se llamaran como se llamasen—. Hacía mucho tiempo que quería conoceros por fin en persona. Debo reconocer que sois toda una leyenda viviente.

No había ironía en su última frase. De hecho, casi todo el recibimiento había sido estrictamente protocolario, sin aparentes medias tintas. Y eso animó a Marco a dar el paso.

—Mi señor —comenzó al tiempo que hacía una reverencia hacia aquel ser inmortal—. Estamos aquí con una delicada misión que los magos del mundo, temerosos de los Dioses, solo podían encomendarnos a nosotros.

Hades se mesó la barba con sus largos dedos, intrigado.

—Y, ¿cuál es esa misión? —lo invitó a continuar.

Marco tragó saliva.

—Aparte de la turbulenta situación que sufre ahora mismo la Tierra a causa de los humanos, que persiguen a los magos y brujas sin descanso… Nos han llegado… rumores —procuró respirar hondo para serenarse y no quedar abrumado por la responsabilidad y los recuerdos antes de concluir— de que va a producirse una rebelión en el Tártaro y eso supondrá el fin del mundo tal y como lo conocemos.

Un profundo silencio se adueñó de la sala en cuanto Marco terminó de hablar. Sin embargo, unos instantes después, Hades se echó a reír con una franca carcajada que sin quererlo, dada su gravedad y magnitud, hizo estremecer a sus invitados.

—Mi estimado señor del Agua —pronunció despacio sin acritud alguna—. ¿No creen los magos de la Tierra que, si tal cosa fuese posible, a estas alturas ya lo sabría y habría puesto medidas?

En ese instante, Marco se sintió terriblemente estúpido, puesto que ya le había advertido a Katrina de aquella posibilidad. Y sin embargo se atrevió a replicar de nuevo con exquisita educación:

—Lo sé, Excelencia. Pero vivimos tiempos aciagos y la preocupación de vuestros fieles es tan intensa que el pánico no tardará en cundir si no conseguimos atajar el problema desde ya.

Hades, por su parte, hizo un gesto displicente en su dirección, indicando que ya había oído suficiente.

—Puedes estar tranquilo, señor del Agua. Nada se me escapa en mis dominios.

Marco, sintiéndose en parte engañado en parte aliviado, se inclinó de nuevo, buscando terminar aquella entrevista lo antes posible.

—Entonces, mi señor, nos retiramos y sentimos haberle hecho perder el tiempo.

Pero, en el instante en que los cuatro iban a girarse hacia la puerta, la voz sorprendida de Hades los sobresaltó y obligó a volverse de nuevo hacia el dios.

—¿Iros? —preguntó el dios, antes de negar con la cabeza y provocar que los cuatro se quedaran helados de terror. Su peor temor se hacía realidad y todos se empezaban a hacer a la idea de una muerte inminente, cuando la siguiente frase del señor de los muertos los dejó aún más perplejos—. Hace un tiempo, alguien que ahora mismo se encuentra en esta sala me prometió a los portadores de los Elementos a cambio de darle poder absoluto. No cumplió con su parte del trato y con ello me traicionó, siendo justamente castigada por ello; pero, visto que ahora habéis bajado aquí por propia voluntad y que nunca dejo de reclamar lo que se me promete… No. Os quedaréis aquí —y con una extraña reverencia en su dirección, agregó—. Consideraos mis invitados, señores de los Elementos y poderes supremos del Universo. Os prometo que,

mientras estéis en mis dominios, tendréis todo lo que deseéis a vuestra disposición.

***

Solena miraba hacia la noche que caía en el exterior con aire pensativo, reflexionando sobre qué más se podía hacer para paliar el problema surgido con los humanos, cuando escuchó la puerta del gran salón abriéndose a sus espaldas. No necesitaba volverse para saber de quién se trataba.

—¿Hay noticias de los Elementos? —preguntó con el corazón en un puño.

—Todavía no —replicó Emily con un hondo suspiro. Las ojeras bajo sus párpados hacían ver claramente lo poco que había dormido en los últimos días —. Hasta donde sabemos entraron al Nekromanteion pero, cuando por fin nuestros agentes pudieron deshacer el hechizo que atraía a los malos espíritus hacia allí... —hizo una pausa, abrumada—. Aún sigue la búsqueda, mi Señora. Aparecerán.

Pero la joven Dama del Lago no las tenía todas consigo.

—¿Crees que fue una mala idea, Emily? —le preguntó con cansancio.

La señora de Alkia pareció sopesar la respuesta antes de atreverse a formularla en voz alta.

—Mi señora, sé que desde hace tiempo tanto Andrea Linares como Anya Steinbeck tenían sospechas de que algo turbio sucedía en Grecia y, al igual que a mí, les habían llegado rumores al respecto. Pero todo lo ocurrido con Ambrose Kara nos demuestra que realmente no eran infundados, puesto que casi acaba con dos compañeros —reprimió un escalofrío—. Pero si los Elementos, por lo que sea, han cruzado la Puerta de Aquerón que lleva al Inframundo… Solo podremos saberlo cuando salgan de allí.

“Si es que consiguen salir”, pensó para sus adentros con tristeza, pero no lo manifestó en voz alta. Sin embargo, no hizo falta, puesto que Solena debía estar rumiando exactamente la misma amarga reflexión.

—Necesitamos un cambio de estrategia, aunque puede que esto sea una victoria no buscada —dictaminó—. A partir de ahora, habrá que estar ojo avizor con los griegos más que nunca y vigilar que no hagan nada extraño. Igualmente, quiero que se vigilen el resto de Escuelas del país y las que resultasen sospechosas hasta la fecha por cualquier asunto poco claro —se humedeció los labios—. Ganaremos esta guerra. Pero para ello debemos hacer sacrificios.

Emily mostró su conformidad antes de fruncir el ceño con preocupación.

—Mi Señora, ¿qué hay de los hijos de…? Bueno, ya sabéis.

Solena resopló. Para los allegados y la gente de Avalon, no era un secreto que los Elementos tenían hijos. De hecho, desde que la Profecía se borró de

las mentes de todos aquellos que no entrasen en la categoría anteriormente mencionada, el asunto había preocupado únicamente como lo haría cualquier asunto novedoso o fuera de lo común. Pero estaba claro que, dada la desaparición de los progenitores, los hijos deberían saber a qué se podían enfrentar. Y, sin embargo, Solena prefirió no precipitarse. Aún podía ser que todo saliese bien.

—De momento no quiero cargarlos con más responsabilidad que la que puedan exigir sus posibles habilidades como elementales —decretó, cauta. Sabía que Emily era de confianza y, sin embargo, visto lo visto, prefería no dejar claro ni el paradero de los chicos, ni la verdadera causa de aquel desastroso incendio que los había puesto a todos en el punto de mira—. Están en una edad de cambio y esto los afectará, probablemente, en ese sentido. Además, tengo fe en que los Elementos conseguirán su objetivo y volverán pronto para ayudarnos con el asunto de la Tierra…

—Que los Dioses os escuchen entonces, mi Señora —deseó Emily con fervor mal disimulado, puesto que ella deseaba exactamente lo mismo—. ¿Necesitáis algo más, entonces?

En respuesta, Solena hizo un gesto con la mano que indicaba que no y que podía retirarse.

—Gracias, Emily. Buenas noches.

La mujer noble, obediente, se retiró tan discretamente como había aparecido. Pero Solena aún tardó un rato en subir a acostarse. Porque, a pesar de todo, no podía dejar de pensar en que realmente se había equivocado en algo y que al mundo que siempre había soñado gobernar tan bien como lo hiciese su madre, le quedaba muy poco tiempo.

Ojalá se equivocase.

Desprecios

—Coloca la mano así. No, espera… —los dedos del chico rodearon los suyos con cuidado, haciendo que se estremeciera al tiempo que su mano adoptaba una postura más cóncava—. Vale, ahora… acércate y murmura el conjuro suavemente…

Ruth obedeció y acercó los labios a su mano, alzada en el aire justo frente a ella.

—Aine anail —murmuró en voz baja antes de soplar suavemente.

Pero, de inmediato, se vio obligada a retroceder cuando una potente ráfaga de viento salió de sus labios y caracoleó frente a ella, despeinándola finalmente. Del susto, sin embargo, no pudo evitar romper a reír de inmediato y la secundó.

—Vale —jadeó él en cuanto se recuperó un poco—. Creo que, ahora que lo has tanteado, deberías empezar a pensar en controlarlo…

Ruth ahogó una nueva risita que pugnaba por escapar de sus labios al tiempo que se obligaba a respirar hondo e incorporarse. Ambos estaban sentados en aquella loma frente a Dhana donde él le dijo por primera vez lo especial que era y Ruth no podía sentirse más feliz ni más triunfante. Puesto que, aparte de todo, había conseguido arrebatar de las garras de la mocosa de su prima a aquel ángel venido de las frías tierras del norte.

Sin embargo, la realización de aquel conjuro le recordó el amargo episodio sucedido en la azotea de la Escuela de Madrid con Layla Morales, lo que provocó que frunciese el ceño y bajase la cabeza con aire derrotado.

Ronnie pareció percibirlo, porque su sonrisa desapareció como por ensalmo y su rostro se tornó igualmente serio.

—¿Qué ocurre, Ruth? —preguntó, solícito—. ¿Te he molestado con mi comentario, quizá? Si es así, lo siento mucho…

Pero la joven sacudió enseguida la cabeza, al tiempo que una mueca de amargura curvaba sus labios.

—No es culpa tuya… —le aseguró, desanimada.

—¿Pero…? —insistió él y, ante la ceja suspicaz que enarcó ella, aclaró—.

Vamos, Ruth. Puedes confiar en mí. ¿Qué es lo que sucede?

La adolescente se mordió el labio, indecisa, al tiempo que una lucha de intereses se desataba en su interior. Por un lado, en la última semana, Ronnie y ella habían llegado a conocerse mutuamente de tal manera que sabía que podía confiar en el chico noruego. Era un muchacho amable, educado, franco y práctico, que siempre conseguía que viese la luz al final del túnel cuando las dudas la asaltaban; la había ayudado a progresar con sus poderes tanto de Tierra como de Aire —no en vano él era Hijo de Venus, venía también de una Casa Mixta— y había escuchado todas sus protestas contra el mundo y contra Irene pacientemente, quitándole o dándole importancia al asunto según lo mereciera.

En ocasiones, Ruth pensaba que Ronnie tenía más de los quince años que aseguraba tener. Pero, ¿por qué iba a mentir en algo así? Cierto que a ella a veces le incomodaba estar enamorada de alguien dos años más joven, pero en cuanto él clavaba en su rostro aquellos magnéticos ojos azules y dorados, o le dedicaba una de sus amplias sonrisas, la joven sentía que no habría nada ni nadie capaz de alejarla de él. Estaba enamorada hasta las trancas, pero no le importaba en absoluto. Porque cuando estaba con Ronnie era el único momento del día en que se sentía realmente feliz.

Incluso así, sin decidirse del todo a contarle el único secreto que no se había atrevido a revelarle hasta la fecha, aquello que sus padres querían seguir manteniendo en secreto a toda costa, preguntó, cautelosa:

—Ronnie, ¿puedes guardarme un secreto?

El otro abrió mucho los ojos, en un gesto entre sorprendido y ligeramente ofendido.

—Pero, Ruth, ¡por supuesto! —replicó sin dureza, aunque Ruth escuchó claramente su dolor al sentir que no confiaba tanto en él como quizá debería —. Sabes que puedes contarme cualquier cosa y yo seré una tumba —en ese instante, le tomó una mano con cariño y susurró—. Eres… bueno, la mejor y única amiga que he tenido en mucho tiempo —Ruth procuró camuflar un rictus de dolor al escuchar el calificativo que le había aplicado Ronnie, pero este no lo vio. Ya que su mirada, de repente, se había perdido en el mar del atardecer que refulgía a lo lejos—. Es bonito que alguien cuente contigo, confíe en ti y te deje ayudarlo cuando tiene un problema —sonrió a la muchacha, que trató de devolverle el gesto sin conseguir que fuese del todo sincero. Él debió percibirlo, porque tomó asimismo la mano que tenía libre la joven y murmuró—. Gracias, Ruth.

—¿Por qué? —preguntó ella, extrañada.

Ante lo cual, Ronnie sonrió aún más ampliamente.

—Por hacerme sentir parte de algo más grande.

Ruth tragó saliva, emocionada, pero antes de que pudiese decir nada, su

acompañante se inclinó hacia ella y la besó con suavidad en los labios.

Al principio, la joven se quedó rígida, sin saber qué hacer. Pero, al notar cómo la lengua de él buscaba la suya, le devolvió el beso con pasión. La sensación era tan maravillosa cuando además él acunó su rostro con las manos, que Ruth pensó que podía morirse feliz allí mismo y todas sus dudas desaparecieron.

Así, cuando el joven se retiró, la muchacha inspiró con fuerza y supo lo que tenía que hacer.

***

Ronnie se había quedado literalmente de piedra. Ruth casi podía ver, a través de sus ojos claros, cómo su cerebro trataba de procesar todo lo que la muchacha le acababa de contar.

—Así que… —balbució él, antes de volver de nuevo la vista hacia ella—. ¿Tus padres…?

Ella asintió despacio.

—Sí —respondió simplemente—. ¿Ahora entiendes también por qué me preocupaba…? Bueno, ¿…que te enamorases de Irene?

Ronnie, ya recuperada la serenidad, no pudo evitar soltar una risita socarrona.

—¿Irene? —se mofó, antes de acercar de nuevo su rostro al de Ruth para besarla. Ella pensaba que jamás se cansaría de aquello, por lo que le devolvió el beso con algo más de energía que antes. Pero Ronnie se retiró antes de lo que la muchacha hubiese deseado, con los ojos brillantes—. Irene jamás estará a tu altura, Ruth —le aseguró—. Tú eres preciosa, inteligente… y mucho más madura que ella. Sabes bien lo que quieres y no te da miedo salir a buscarlo o enfrentarte a tus demonios. Eso es lo que me gusta de ti —la muchacha se sonrojaba más y más por momentos, electrizada por aquellas palabras que nunca nadie antes le había dirigido con tanta intensidad—. Escucha —susurró él junto a su oído, tras besarla de nuevo y arrastrar su boca sobre la piel de su cuello, mordiendo el lóbulo de su oreja como remate—. El otro día dando un paseo encontré un rincón especial, algo apartado de la casa —giró la cabeza y la encaró directamente, con un claro deseo latiendo tras sus iris bicolores—. Querrías… ¿venir conmigo esta noche? Podríamos estar solos…

Ruth tenía ganas de gritar, de saltar, de chillar de euforia y anticipación ante lo que Ronnie le estaba proponiendo. Pero se contuvo lo justo para darle un beso apasionado y murmurar junto a sus labios:

—Allí estaré.

Ronnie sonrió y volvió a besarla de nuevo, a lo que Ruth respondió con ansia mal disimulada. Y así, ninguno de los dos se percató, en su juego de

amor, que una silenciosa sombra los espiaba desde detrás de un árbol con el rostro contorsionado de dolor.

***

Víctor cerró los ojos de nuevo, inspiró hondo y alzó las manos sobre la hojarasca que tenía delante; todo lo que había podido reunir sin dañar demasiado los árboles que le rodeaban. Al fin y al cabo, se encontraba en Avalon y no sabía hasta qué punto podía afectar al medio ambiente, para sus propios intereses, en un lugar tan lleno de magia como aquella isla. Desde que era niño, las lecciones sobre el cuidado del entorno y el equilibrio natural habían calado hondo en su mente. Pero ahora resultaba que parte de ese equilibrio lo llevaba en los genes.

Frunció el ceño y sacudió la cabeza, tratando de despejar la mente para dejar sitio a sus poderes. Alzó las manos y procuró que su energía se transmitiese hacia las hojas que tenía frente a sí. Sin embargo, al cabo de un rato en que, por mucho que se concentraba, no sentía nada, el sonido de una voz femenina a escasos dos metros de distancia lo obligó a abrir los ojos bruscamente a causa de la sorpresa, al tiempo que botaba en el sitio y se giraba hacia la fuente de la extraña voz. Claro que la hubiese reconocido hasta en sueños.

Sin embargo, al contrario que otras veces, al ver a Irene no lo invadió la devoción habitual que sentía hacia ella; sino que un dolor sordo, tan agudo como un latigazo, le recorrió todo el cuerpo. Puesto que aún no le había perdonado sus palabras de hacía casi una semana, antes de que sus padres se fuesen de misión a la capital.

—¿Qué haces aquí? —le espetó de malas maneras.

Ante lo cual ella, sorprendentemente, alzó las manos en un gesto que indicaba claramente que no venía a discutir.

—¡Eh! Para el carro —le advirtió, conciliadora—. Solo vengo a hablar.

Víctor enarcó las cejas con ironía.

—¿En serio? —inquirió en un tono acorde a su expresión corporal—. ¿No vienes a decirme de nuevo todas esas cosas tan bonitas que piensas de mí?

Irene puso los ojos en blanco.

—Oye, lo siento, ¿vale? —se disculpó sinceramente, para estupefacción del otro—. No debí hablarte así. Me sentía frustrada y… bueno, no debí tratarte así —la joven se retorció las manos con cierta inseguridad, algo que Víctor jamás había visto en ella—. ¿Me perdonas?

El chico, tras reponerse de la sorpresa, mostró media sonrisa burlona.

—Vale, ahora en serio. ¿Quién eres y qué has hecho con la auténtica Irene Ruiz?

Ella frunció los labios con aparente disgusto, aunque por el brillo de sus ojos, Víctor supo que había captado el tono bromista.

—No te rías —le pidió con los labios aún retorcidos, lo que hizo que su voz sonase bastante cómica, antes de acercarse y sentarse junto a él, sabiéndose perdonada—. Bueno, ¿qué? ¿Sigues intentando sacar tus poderes adelante?

Víctor, olvidado ya su enfado y procurando no ponerse nervioso al tenerla tan cerca, suspiró con desesperanza.

—Sí, aquí sigo —en ese instante, le dirigió una mirada extraña a la joven. La cual, sin quererlo, se dio cuenta de que había algo diferente en Víctor. Aunque no supiera decir el qué. Era como si…—. Oye, tú… ¿Cómo lo haces?

La joven, desprevenida, parpadeó repetidamente en un afán por volver al mundo real. Porque lo cierto era que se había quedado tan prendada, sin saber por qué, del rostro de Víctor, que la pregunta la pilló con el pie cambiado.

—¿Qué?

Víctor, sin percatarse de su turbación o sin demostrarlo, hizo un gesto elocuente con la mano hacia las hojas.

—Ya sabes… Lo de usar los poderes de nuestros padres.

Irene lo miró entonces con los ojos entrecerrados y una mueca de comprensión en el rostro.

—Vale, creo que ya sé cuál es tu problema —declaró de pronto.

Víctor, molesto, se puso a la defensiva.

—¿Ya estás otra vez?

Irene puso cara de absoluta y sincera inocencia.

—¿Qué? No te he dicho nada.

—Has dicho que tengo un problema.

—Sí, que no sientes los poderes como tuyos —repuso ella, irritada por su actitud—. Ya te he pedido perdón, puedes desarrugar la cara de una vez.

Víctor iba a responder con algo hiriente cuando, sin saber por qué, olvidó su enfado y, en cambio, se echó a reír con ganas. Porque tenía que admitir que la discusión había finalizado con aquella elegante salida de Irene. Además, era posible que tuviese razón respecto a sus poderes.

—¿Quieres decir… que por eso no soy capaz de exteriorizarlos?

Irene asintió.

—Exacto, señorito pedante —al ver que él se volvía a enfurruñar, sonrió al tiempo que, con una floritura de la mano, lanzaba una pequeña llamarada hacia la hojarasca. Víctor, asustado, la imprecó para que lo apagase. Cosa que ella hizo con total soltura y sin tensar más músculos de los necesarios—. ¿Lo

ves? —señaló ella, triunfal—. No es tan difícil.

Víctor sintió que su ánimo volvía a hundirse sin remedio.

—No lo entiendo —manifestó mirándose las manos, abatido, en un tono que más parecía hablar consigo mismo que con su antigua prima—. Siempre he sido el estudioso, el que sacaba buenas notas, el que entendía los conjuros a la primera… —se volvió hacia Irene—. ¿Por qué no lo consigo?

La joven, por su parte, le dirigió una sonrisa alentadora que quitó la respiración a Víctor. El cual, en un instante, pareció recordar lo muy enamorado que estaba de ella.

—Víctor, escucha —le dijo Irene en tono sosegado, algo que el joven nunca le había visto hacer—. Durante todos estos años, es cierto que no he sido la mejor estudiante del mundo. Pero si no lo hacía era porque nunca sentí necesario meter la nariz en un libro para aprender —mostró las manos frente a ella—. Todo lo que siempre he necesitado estaba dentro de mí, dispuesto a salir según lo deseara. Era como si, realmente, siempre hubiese sabido que era parte de mi naturaleza. Y lo he asumido —en ese punto, clavó en el muchacho unos ojos tan azules como el cercano mar y adelantó una mano hacia el corazón de él—. Y tú deberías hacerlo también. Está dentro de ti.

Víctor tragó saliva, pero no respondió, sino que se limitó a mirar los labios de Irene como si estuviese hipnotizado por su movimiento. Entonces, trató de acercar su rostro al de ella. La joven retrocedió enseguida, sin brusquedad, pero apartando el rostro. Así, escondidas tras una cortina de pelo ígneo, las mejillas de Irene pudieron ruborizarse a gusto. Puesto que, sin saber por qué, por un segundo ella también había deseado besarlo.

Pero el amargo recuerdo de ver a Ronnie con Ruth día sí y día también solo acicateaba sus ganas de volver a conquistarlo, y se había jurado a sí misma que lo conseguiría; pero eso no implicaba que quisiera meter a Víctor en medio ni romperle el corazón. Usarlo para darle celos al otro chico se le había pasado por la cabeza; pero, pensándolo fríamente, había llegado a la conclusión de que, habiendo sido tan buenos amigos en el pasado, eso marcaría un terrible punto de inflexión entre ellos. E Irene, de alguna manera, no se sentía capaz de perder a Víctor de una forma tan estúpida. Aunque solo fuesen amigos.

—Vamos a casa —sugirió entonces, sin dejar en ningún momento que él viese su rostro—. Está anocheciendo.

Ambos se levantaron, pero en el instante en que echaban a andar en fila india a través del bosque, Víctor la llamó:

—Irene —y cuando ella se detuvo, volviéndose a medias en su dirección, él completó—. Gracias.

Condenación

Sandra paseaba lentamente por la orilla de la Estigia, sumida en sus pensamientos, cuando escuchó aquella voz cantar. Era una tonada sin palabras, apenas un tarareo; sin embargo, sus delicados oídos de Aire se dejaron llevar por ella hasta un rincón tras la fortaleza de Hades, apenas un hueco de cuatro metros cuadrados entre dos muros con un elegante árbol frutal plantado en su centro. Pero toda la magia del canto desapareció como por ensalmo al descubrir la visitante de quién procedía la melodiosa voz.

La rubia joven llenaba un cántaro de agua en un manantial cercano que daba a la laguna; al parecer, ajena al hecho de que ya no estaba sola. No obstante, en cuanto Sandra fue a voltearse para salir de allí, escuchó su voz tras ella y un escalofrío involuntario recorrió su espina dorsal. Sí se había percatado de su presencia.

—Bienvenida, señora del Aire —la saludó Vivianne sin acritud y, en cambio, con una sorprendente dulzura. La aludida se giró despacio, casi temiendo encararla; pero la muchacha espectral se había limitado a incorporarse y la observaba, sosteniendo el cántaro aún entre las manos—. ¿Puedo hacer algo por vos?

Sandra apretó los labios, reprimiendo la ira a duras penas.

—No, desde luego que no —masculló, haciendo ademán de irse de nuevo, pero sin apartar los ojos de su archienemiga—. Ya hiciste suficiente hace quince años.

La mujer, probablemente, hubiese esperado una mueca despectiva o una risa maligna por parte de la joven. Pero, para su sorpresa, nada de eso sucedió; sino que Vivianne se limitó a mirarla con una inusitada limpieza tras sus iris azules.

—Todo ha sucedido como estaba predicho —murmuró entonces, haciendo que a Sandra se le pusiese el vello de punta y se girase bruscamente de nuevo hacia ella—. La Profecía se cumplirá, pero nadie ha dicho que vaya a ser sencillo…

—Déjate de cuentos, niña —la interrumpió Sandra con brusquedad, cada vez más enfadada—. Tú no sabes lo que es sufrir por tus hijos. Jamás lo

sabrás.

Los ojos claros de Vivianne parecieron abrirse de más un instante, al tiempo que algo indefinido cruzaba por su rostro, pero fue tan instantáneo que Sandra no supo si se lo había imaginado. Sin embargo, la respuesta de la muchacha, o al menos la candidez con la que la pronunció, la dejó más clavada si cabía en el sitio.

—No, tenéis razón. Pero asumí mi destino, señora del Aire —seguía tratándola de vos, lo que a Sandra le hacía sentir bastante incómoda, pero estaba demasiado estupefacta como para rebatirle ese pequeño detalle—. Yo, al contrario que vos, no temo a la muerte.

Sandra, sin saber qué contestar a aquello, tragó saliva un instante y apartó la vista hacia las oscuras aguas, tratando de recobrar la serenidad. Cuando por fin se decidió a volver a encarar a la odiosa muchacha, esta no se había movido del sitio.

—¿Por qué lo hiciste, Vivianne? —quiso saber con voz ronca—. ¿Por qué?

Ante lo cual, su joven interlocutora mostró una sonrisa que parecía cargada de tristeza… ¿o era resignación?

—¿Quién no ha ansiado alguna vez, por poco que sea, tener más poder, Sandra? —preguntó, tuteándola por primera vez—. ¿Quién no ha soñado alguna vez con dejar un legado para que los suyos le recuerden?

—Yo jamás lo busqué —la rebatió la mujer rubia inmediatamente, irritada de nuevo—. De hecho, nunca pedí que se me concedieran mis poderes…

—Pero ahora serías incapaz de dejarlos atrás, ¿no es cierto? —apuntó Vivianne sin maldad—. Sé lo que se siente, Sandra. Y yo solo quería ayudar. Lo juro.

La mujer de Aire apretó los puños junto a su cuerpo. ¿Ayudar? Ya, claro. ¿Y ella iba a creerse semejante patraña? Jamás. No cuando su hija había pagado tan alto precio.

—¿Sabes? Creo que realmente has tenido el castigo que te mereces —musitó con acidez y sin mirar directamente a la joven, que no pareció inmutarse ante su comentario. Casi se diría que asumía la condena inherente a aquellas palabras—. Y espero que dure toda la eternidad.

Vivianne, por su parte, no respondió, sino que se limitó a observar cómo una Sandra que hacía lo imposible por no derramar las lágrimas que desahogarían su corazón, se alejaba por donde había venido. Y solo entonces, la muchacha espectral se permitió mudar el gesto en uno de absoluto desdén. Por mucho que pasaran los años, seguiría siempre odiando a los portadores de los Elementos. Y ojalá que su condena sí durase toda la eternidad.

Al fin y al cabo, eso facilitaría las cosas.

***

El Tártaro era y siempre sería, para la joven bruja, la peor cara de la sociedad y el universo en los que le había tocado nacer. Además, el hecho de sentirse prisionera sin tener grilletes, aunque tuviese movilidad absoluta por el Inframundo, frustraba aún más su ánimo y ahogaba su existencia hasta un punto inimaginable. Pero todo eso cambiaría muy pronto.

Cuando llegó frente a la celda escogida, sin hacer ruido, extrajo la llave de sombra robada de uno de sus bolsillos y la introdujo en la cerradura. Si Hades se enteraba de sus pequeños hurtos temporales, probablemente su castigo sería mucho peor del que sufría cualquiera de los pobres desgraciados que habían ido directamente a parar a aquel rincón infecto. Pero, cuando conseguía recobrar la fuerza de voluntad necesaria para hacerlo, su primer pensamiento siempre era: "¿es que acaso puede hacerme algo peor?"

Vivianne jamás se había arrepentido de intentar conseguir los Elementos para sí, aunque fuese a costa de engañar a Hades. Sí, había sido una ilusa pensando que jamás lo descubriría. Pero también era cierto que pensó que Hécate acudiría en su ayuda llegado el momento. Sin embargo, la diosa de la hechicería no había hecho acto de presencia en aquellos quince años. "¿Para qué?", se preguntaba entonces la joven, invadida por el desánimo. "Probablemente, solo soy una más de sus mártires". Aunque también era cierto que, una vez asumido aquel hecho, la existencia podía considerarse hasta más llevadera. Por eso y porque, si todo salía bien y su hermano cumplía con su parte del plan, el orden del universo iba a cambiar muy pronto…

En cuanto cerró la puerta tras de sí, una sombra se removió suavemente en la penumbra del fondo de la celda. Los grilletes de sombra seguían aferrados a sus muñecas, como siempre, y Vivianne sintió cómo se le encogía el corazón al ver a su padre en semejante estado. Despacio, se aproximó y le tomó una de sus manos.

—¿Padre? —lo llamó, preocupada.

Él alzó su rostro ligeramente translúcido y algo enflaquecido hacia ella al escuchar su voz.

—¿Vivianne? —murmuró, como si no lo creyese. Sin embargo, en cuanto ella asintió y él la pudo contemplar bien a la escasa luz proyectada por la antorcha que había al otro lado del pasillo, Gregor Markenn sonrió con cansancio, pero feliz—. Has tardado en volver.

—Perdóname, padre —se disculpó ella—. Pero, desde que han llegado los Elementos, Hades está más pendiente de mí que nunca…

El rostro del difunto mago se ensombreció al escuchar la alusión al cuarteto que tantos quebraderos de cabeza le había dado.

—Ojalá todo hubiese sido diferente —rezongó con amargura, perdida la vista en el muro frente a él—. Las cosas no tenían que haber salido así. Pero Akhen —apretó los puños con rabia— tuvo que entrometerse. Y juro que se lo

haré pagar…

—No agotes fuerzas, padre mío —le aconsejó entonces Vivianne, tomándolo del rostro con ternura—. Durante todos aquellos años me adiestraste bien. Y tu hijo, mi hermano, tiene tu fuerza y tus convicciones. Su Maestra se habrá ocupado de ello —apretó de nuevo sus manos con confianza renovada—. Muy pronto, todos podremos vengar las afrentas sufridas… Y vivir de nuevo.

***

La noche era estrellada, con una ligera luna en cuarto creciente que apenas alumbraba el bosque. Cuando Víctor e Irene bajaron a cenar descubrieron que John ya había llegado. El joven Virgo lo saludó efusivamente, ante lo que recibió una serie de señas hechas con las manos que respondió con total soltura, ante la estupefacción de Irene.

—Prima, ocúpate de poner la mesa, porfa —le indicó Víctor en un tono curiosamente amistoso que a la joven le recordó a la época en la que aún no sabían quiénes eran.

Por algún motivo, aquello hizo que se estremeciera, pero procuró disimular mientras tomaba los platos y los cubiertos y, obediente, los llevaba a la mesa del comedor. Sin embargo, mientras los colocaba en su sitio, cinco platos y cinco juegos de cubiertos, no pudo evitar echar alguna mirada de reojo a Víctor. Y, en una de ellas, al fin descubrió qué era lo que le resultaba tan curioso de su falso primo.

Cuando habían llegado, John le sacaba casi una cabeza de altura; pero ahora, casi una semana después, sorprendentemente, Víctor estaba cerca de superarlo. Asimismo, si Irene se fijaba mejor podía comprobar que su perfil ya no era tan redondeado, que su espalda era algo más ancha que de costumbre y que, por primera vez desde que ella recordaba, Víctor tenía una ligera sombra de barba asomando sobre el borde de su mandíbula.

Tan absorta estaba en contemplarlo que, sin quererlo, se sobresaltó al escuchar abrirse la puerta de entrada de la casa y soltó los cubiertos que tenía en la mano. Estos repicaron con fuerza sobre el suelo con un tintineo metálico, lo que hizo que todas las cabezas se fijaran en ella al tiempo que, azorada, se agachaba para recogerlos.

—Trae, ahora traigo otros limpios —se ofreció Víctor, que había llegado enseguida a su altura y se agachaba junto a ella.

Su expresión era indescifrable cuando se incorporaron y quedaron frente a frente, pero a Irene le pareció ver un brillo extraño en sus ojos grises cuando él fue a tomar los cubiertos caídos y sus dedos se rozaron por accidente. La joven tragó saliva, sintiendo un extraño hormigueo en la punta de los mismos que permaneció mientras ambos se incorporaban y seguían mirándose. La

muchacha no podía dejar de observar los nuevos detalles que se habían implantado en el rostro de su antiguo primo. El cual, de repente, en vez de tener que levantar ligeramente la barbilla para mirarla de frente, se encontraba casi a la misma altura del suyo. E Irene era bastante alta.

—¿Te pasa algo? —quiso saber Víctor, al tiempo que se tocaba los pómulos con cierta inquietud que a Irene le pareció súbitamente tierna—. ¿Tengo algo en la cara?

Ante lo cual, la muchacha volvió a la realidad de golpe.

—N… No, no —aseguró antes de agachar la cabeza y farfullar, al tiempo que trataba de esquivarlo—. Perdona… Voy a…

Sin terminar la frase, lo rodeó con rapidez y se encaminó hacia la cocina. Pero el hecho de ver a Ruth y a Ronnie de pie junto a la arcada de acceso, insoportablemente cerca el uno del otro, agrió su humor de inmediato e hizo que, apenas sin pretenderlo, aunque con cierta malicia, golpease a su exprima con la cadera. De tal manera que la otra se vio empujada junto al costado de Ronnie.

—¡Eh! —protestó la muchacha rubia, contrariada—. ¿A ti qué narices te pasa? ¿Por qué has hecho eso?

Irene se volvió con una mueca de falsa inocencia dilatando sus rostros.

—¿Yo? No sé de qué me hablas. Solo estoy ayudando a preparar la cena —replicó con total desparpajo al tiempo que repasaba con la mirada a su oponente en un ademán claramente condescendiente—. No me quedo como un pasmarote, igual que algunas…

Ruth, claramente molesta, fue a responder. Pero entonces sucedió algo que ninguno esperaba. El rostro del joven noruego que la acompañaba, antes apacible, ahora mostraba una clara amenaza dirigida a Irene.

—¿Quién te has creído que eres para hablarle así? —le espetó entre dientes.

Su voz rezumaba desprecio e Irene, boquiabierta, retrocedió por instinto ante aquella frase. Pero, por suerte para ella, una mano suave y delicada frenó el avance del otro mago.

—Ronnie, basta…

Este miró a Ruth, entre desconcertado e irritado.

—¿No piensas defenderte?

—No —repuso la otra, mirando acto seguido a Irene con fijeza mientras se pegaba a Ronnie sin ningún disimulo, apoyando las manos elocuentemente en su pecho—. “A palabras necias…”, ya sabes lo que dicen.

La joven hija del Fuego y el Agua se quedó todavía más pasmada y palideció de golpe, al tiempo que sentía cómo el mundo empezaba a girar a toda velocidad a su alrededor. No podía ser. Estaban juntos… ¡Por los Dioses,

lo estaban! Procurando relajar su respiración y los latidos desenfrenados de su corazón, que de repente parecía querer salirse de su pecho, Irene avanzó hacia la puerta sin importarle quién estuviese en medio. Para su buena fortuna, ninguno de los presentes hizo ademán de detenerla, aunque Víctor mantuvo los ojos clavados en su espalda hasta que desapareció por las escaleras en dirección al segundo piso.

Pero, inmediatamente después, les dirigió tal mirada de advertencia a los tortolitos que ambos hicieron ademán de retroceder inmediatamente. Puesto que jamás habían visto a Víctor tan enfadado.

—Tengamos la fiesta en paz —les advirtió este, al tiempo que entraba de nuevo en la cocina para terminar de preparar la cena.

No obstante, dudaba que pudiese probar un solo bocado. No cuando sus pensamientos seguían pendientes de la criatura que había huido escaleras arriba.

***

A pesar de la limpieza del aire, que permitía ver el cielo en todo su esplendor, el bosque por el que transitaban estaba oscuro como la boca de un lobo. Y Ruth percibió que cuanto más se aproximaban a la pared rocosa que protegía las espaldas de la casa y cuya base distaba unos dos kilómetros de la misma, más se cerraban las copas de los árboles sobre sus cabezas y menos veía el suelo irregular que pisaban sus pies. Tan solo el firme contacto de la mano de Ronnie sujetando la suya conseguía mitigar algo la nerviosa expectación que recorría su cuerpo desde que habían abandonado la casa minutos antes. Su acompañante, por algún motivo, se había querido asegurar de que estaban solos en el salón antes de indicarle que lo siguiera afuera. Y la muchacha lo había seguido ciegamente sin preguntar.

En un momento dado, un búho ululó sobre sus cabezas, sobresaltando a la muchacha y haciendo que se pegase más a su acompañante. El cual, tras volverse para darle un suave beso en la frente, siguió caminando como si realmente supiese a ciegas adónde tenía que ir.

En efecto y para alivio de Ruth, al poco rato salieron a un pequeño claro algo más iluminado y situado justo bajo la sombra silenciosa de la montaña. La joven, a pesar de que no estaba segura de qué criaturas podrían poblar aquel mágico lugar de noche, se dejó dócilmente conducir hacia allí. Comprobando al cabo de pocos segundos que una pequeña gruta se abría entre las rocas. Su interior despedía un tranquilizador resplandor anaranjado y la joven bruja no pudo evitar que un escalofrío de emoción ascendiese por su espina dorsal. Lo iba a hacer. Lo iba a hacer… y sería con Ronnie.

Cierto que nunca había pensado demasiado en cómo sería aquel momento; hasta la fecha, había tonteado aquí y allá con algunos de sus compañeros de clase sin llegar nunca a nada más que algunos besos y caricias poco subidas

de tono por debajo de la ropa, pero ahora intuía que el momento definitivo se avecinaba. Y, aunque estaba nerviosa, también confiaba en el ángel de ojos claros que prometía ser su guía en el camino.

Durante unos diez o quince minutos, ambos caminaron despacio por un túnel de roca estrecho, iluminado por la suave luz de varios candiles amarrados a las paredes en diferentes puntos del recorrido. El techo era abovedado y el suelo estaba curiosamente pulido, de tal manera que Ruth casi podía ver su reflejo sobre la superficie. No parecía embaldosado, pero tampoco roca firme. Era un término medio que no conseguía identificar, pero que formó una sonrisa bobalicona en su rostro. Ronnie se lo estaba trabajando de verdad.

Al final del recorrido, no obstante, Ruth se quedó aún más boquiabierta al ver una enorme sala circular, cuya penumbra apenas permitía atisbar los detalles: sin embargo, sí se podía comprobar que estaba coronada por una cúpula cuyo grabado de dos dragones entrelazados refulgía con una extraña tonalidad rojiza oscura. En los ojos de las bestias habían engarzado sendas piedras de color negro similares a algún tipo de roca volcánica, como obsidianas, pero con forma ovalada. El ambiente, sin quererlo, le puso a Ruth la piel de gallina. Algo no encajaba. Y su opinión se reafirmó en cuanto su visión se acostumbró a la escasa luz y vio lo que había situado en el centro de la habitación.

Súbitamente asustada y sin estar segura de que aquella no fuese una horrible pesadilla, se volvió hacia Ronnie, dispuesta a interrogarlo al respecto.

Pero lo único que vio al girarse fueron dos ojos de un intenso color azul hielo, cuyas pupilas estaban rodeadas de un curioso halo dorado, y unos dedos alzándose frente a su rostro; mientras unos labios que hasta hacía un segundo se le habían antojado deseables, pronunciaban una serie de palabras que la muchacha no entendió. Sin embargo, no tuvo tiempo ni de pestañear antes de caer en la inconsciencia.

Catacumbas

Marco se encontraba asomado a uno de los balcones del palacio de Hades, reflexionando. En el Inframundo, donde la oscuridad y un silencio apenas interrumpido por el discurrir del agua por entre las rocas, sorteando cavernas, pasillos y mil recodos, invitaban a esa paz asumida del descanso eterno, sin referencia alguna del día o la noche, él no se sentía capaz de descansar.

Hacía apenas dos días que habían llegado a aquel lugar guiados por una misión que en todo momento habían considerado suicida y que, al final, debido a un pacto fallido quince años atrás, los había convertido a los cuatro en prisioneros de la mismísima Muerte. Y Marco no podía evitar pensar no solo en que jamás volvería a ver la luz del sol, a oler la hierba o a bañarse en su frío elemento un caluroso día de verano… Sino que ya no volvería a contemplar su propio sol. Su luz. Ese trocito de su alma que jamás debió separarse de su lado.

Las lágrimas de impotencia acudieron a sus ojos cuando recordó, con todo detalle, el rostro dulce a la vez que aguerrido de Irene. ¿Seguiría a salvo en Avalon? ¿Habría sucumbido al destino con respecto a Víctor? De todas las cosas, y aunque en su día no hubiese estado de acuerdo con el hecho de ocultarle su identidad, sí que era cierto que lo que más le dolía imaginar era a su hija enamorada por obligación a causa de una fuerza superior y en contra de sus auténticos deseos. Ni siquiera quería pensar que, en su caso, probablemente había sucedido algo muy parecido.

Aunque, pensándolo bien, mejor enamorada de Víctor y no de ese pendejo de Ronnie. Sin saber por qué motivo, Marco seguía pensando que aquel muchacho tenía un aura oscura tras su espalda que el hombre de Agua no era capaz de identificar. Y sabiendo que su pequeña vivía en la misma casa que él en aquel preciso instante, su ánimo solo conseguía hundirse todavía más en la negrura.

Agotado, sacudió la cabeza y se volvió, dispuesto a volver junto a Cora y tratar de asumir que, de alguna manera, ya no saldría de allí con vida. Pero se sobresaltó al comprobar que no estaba solo.

Al principio pensó con cierta irritación que debía haber sentido su presencia. Sin embargo, acto seguido llegó a la conclusión de que, si hubiese

percibido algo, enseguida habría quedado anegado por sus sombrías reflexiones.

Cierto era que la había visto en el salón de Hades, junto al trono, en el momento de su llegada. Después, se había cruzado un par de veces con ella por algún pasillo cercano a los dormitorios. Pero ni siquiera eso, o el hecho de ser una criatura superior a los Dioses por el hecho de llevar la mismísima Agua en su interior, lograron mitigar el escalofrío que sintió cuando sus miradas se cruzaron.

La reina del Inframundo tenía los iris de un color violeta intenso, tirando casi al rosado fuerte y mucho más claros que los de la única persona que Marco había conocido con semejante atributo. Una criatura a la cual, a pesar de los años y más estando en el Inframundo, no era capaz de olvidar. Sin embargo, en el resto de su anatomía no se parecía a Elisa: el cabello negro y ligeramente ondulado caía en una espesa cascada sobre su espalda, enmarcando un rostro tremendamente pálido y terso como la piel de un recién nacido. Además, un ligero brillo nacarado surgía de cada poro de aquella criatura, dándole ese aire sobrenatural que toda diosa tiene por naturaleza.

—Majestad —la saludó él con una reverencia cortés—. Me sorprende veros aquí. ¿Necesitáis algo?

Ella no mudó el semblante, impasible por otro lado, aunque ladeó ligeramente la cabeza cuando él preguntó.

—Llevo un rato observándoos, mi señor —afirmó con una sorprendente voz, suave y aterciopelada como el ronroneo de un gato, antes de dar un par de comedidos pasos en su dirección—. ¿Qué os preocupa?

Marco suspiró y se humedeció los labios, al tiempo que retornaba la vista hacia las oscuras aguas de la Estigia. No le gustaba que lo trataran con tanta reverencia; al fin y al cabo, seguía sintiéndose tan mortal y corriente como antes de tener sus poderes. Pero no hizo ninguna alusión al respecto.

—Estaba pensando en mi hija —admitió en cambio, sin poder camuflar su pesar—. Me pregunto si estará bien.

Perséfone asintió despacio.

—Sé lo que se siente —confesó, antes de cruzarse de brazos y apoyarse igualmente sobre la baranda del balcón, a una distancia prudencial de él. No en vano, en la escala natural Marco estaba por encima de ella y, aun siendo una diosa, respetaba el poder que emanaba su sola presencia—. Pero vuestra hija tiene un cometido que cumplir. Está escrito en los hilos del destino y, mal que nos pese, nada puede hacer que eso cambie.

El hombre rubio, por su parte, se volvió despacio hacia la soberana. Aunque sabía que probablemente era cierta, aquella afirmación solo consiguió que se irritase aún más, lo que demostraron sus puños apretados y su mandíbula súbitamente tensa.

—¿Por qué a nosotros? —preguntó entonces con voz ronca.

Perséfone, por su parte, lo encaró sin acritud.

—Por qué, ¿qué?

Marco bufó.

—¿Por qué los Elementos escogieron a cuatro mortales sin conocimiento ninguno sobre la magia, en vez de escoger a alguien que ya tuviese constancia de su existencia?

La diosa enarcó las cejas, como si aquella pregunta la sorprendiese sobremanera.

—No sois los primeros en portar los Elementos —le recordó sin aspereza—. Además, ¿de verdad creéis que sería adecuado que fuesen Hijos de los Dioses, en vez de mortales vírgenes absolutos en la magia, quienes ostentaran vuestro poder desde la reencarnación? —preguntó a su vez, antes de menear la cabeza negativamente—. De entrada, nadie sabe bien cómo se produce esa herencia pero, si se diera el caso —suspiró—, está comprobado que ni siquiera una sociedad como la mágica, en la que la codicia o el odio son delitos penados por la ley, se libra de la delincuencia y la maldad. Y convendréis conmigo en que sería un riesgo dependiendo de en qué manos cayesen vuestros poderes. Podría desatarse un peligroso precedente de tiranía de unos magos sobre otros —declaró con firme convicción— y eso sé, al menos desde mi posición, que ningún dios en sus cabales dejaría que ocurriese.

Marco enmudeció ante aquel argumento; puesto que debía admitir que tenía razón y, en parte, cuadraba con su visión de la realidad. Pero, incluso así, había algo que no encajaba en su esquema. Algo que se llevaba preguntando desde el primer día que supo que la magia existía.

—Mi reina. ¿Puedo preguntaros algo?

Ella, visto que la belicosidad de su interlocutor se había reducido, sonrió ligeramente ante la pregunta y su rostro brilló en consonancia con aquel gesto.

—Por supuesto.

Entonces, Marco inspiró hondo, armándose de valor.

—¿Cómo elige un dios quién llevará sus poderes? Jamás he encontrado ningún manual ni nadie que supiera decírmelo —confesó, antes de sonreír con algo similar a la nostalgia—. Ni siquiera aquellos que me instruyeron cuando apenas era un novato.

Perséfone, inicialmente sorprendida por la pregunta, acto seguido dulcificó su rostro al tiempo que se sentaba en el balcón de espaldas a la Estigia.

—Bueno, no veo por qué un Elemental no debería saberlo y jamás se me había pasado por la cabeza que no lo supierais —admitió—. Pero ya que es así, os lo contaré —afirmó acto seguido—. Hace algunos miles de años,

cuando el poder de los Dioses estaba en auge, la forma más sencilla de transmitir nuestros poderes a los mortales era teniendo hijos con ellos u otorgándoles nuestros dones a un alto precio. Pero, siglos después, cuando nuestro culto empezó a decaer, así como el celta, el egipcio o el nórdico, nuestro poder menguó y otras divinidades, monoteístas en su mayoría, ocuparon nuestro lugar y buscaron desterrarnos del mundo que conocíamos.

"Sin embargo, para nuestra suerte, aún quedaban algunos mortales que creían en nosotros. Y tras una reunión en la que participamos dioses procedentes de los cuatro cultos principales de la época, se decidió que había que encontrar una manera de recompensar su devoción. Y la idea unánime era que, de alguna forma, debíamos otorgarles parte de nuestros poderes y, con ello, la capacidad de manipular nuestros Elementos de ascendencia a pequeña o mediana escala.

"Pero claro, la cuestión candente en ese caso surgió enseguida: ¿cómo hacerlo sin que los nuevos cultos supieran de nuestra existencia y trataran de eliminarnos de nuevo? Antiguamente se conseguía a través de contacto directo con mortales, pero vista la delicada situación religiosa desatada en la época posterior a la difusión del cristianismo por el Imperio Romano, descubrimos que aquello sería como poner un foco muy poco conveniente sobre nuestra permanencia en el Universo.

"Por suerte, Urano, señor de los cielos, fue el que poco después dio con la clave y nos la expuso a todos. Su plan se basaba en la existencia del zodiaco y sus planetas asociados. Cada signo, desde siempre, había estado regido por la influencia de un planeta o astro celestial, salvo cuatro de ellos que estaban regidos cada dos por un astro. Casualmente, en estos dos últimos casos se combinaban los mismos Elementos: Tierra y Aire. Pero, no obstante, había otro pequeño escollo que salvar; puesto que cada vez que un dios otorgaba sus poderes a un mortal, por un lado perdía una parte de su poder temporalmente, hasta que lo regenerase; y por otra, nadie sabía qué uso se le podía dar a esos poderes en la Tierra o cómo los emplearía una criatura mortal. Los antecedentes eran tan diversos que nadie se ponía de acuerdo en ese punto.

"Así pues, vista la controversia, aparte de Urano que se ofreció voluntario como dios más anciano para coordinarlo todo y, en particular, bendecir a los Acuario con sus poderes, inicialmente solo los tres hermanos, Zeus, Poseidón y mi marido Hades, aceptaron el encargo. Por suerte, después se fueron sumando otros como Ares, Afrodita, Apolo, Hermes, Artemisa… y Cronos.

"La aparición de mi suegro confieso que fue toda una sorpresa; ya que, desde la derrota sufrida a manos de sus hijos al inicio de los tiempos, no era especialmente bienvenido entre nosotros. Pero cuando aseguró que a su avanzada edad ya poco podía importarle ceder algo de su poder y que, asimismo, había perdido la voluntad de lucha y conquista —Perséfone no agregó que, además, era de los pocos que de momento había cumplido su promesa a rajatabla, pero tampoco era necesario— optamos por darle una

segunda oportunidad. Y, bueno, dado que el resto de Dioses de los otros cultos buscaron nuestro amparo como culto mayoritario en Europa, se repartieron las distintas obligaciones y las devociones se agruparon en grupos de cuatro divinidades para cada tipo de poder. Así se aseguraba que, fuera donde fuese, se perpetuaría nuestro legado.

"Por último, tanto Hera como yo nos erigimos en responsables de escoger a los candidatos para obtener los poderes de los Dioses cuando fuese necesario y los demás se aseguraron, mediante diversas triquiñuelas, de que los descubridores de los planetas los llamasen de la manera correspondiente. Y así fue cómo, hace unos quinientos años, recibimos la mayor recompensa al respecto: la conformación de las Casas por parte de los Hijos de los Dioses y la fijación, por parte de la primera Comunidad Mágica conocida, de ese discreto sistema de herencia que habíamos ideado.

"Aunque es cierto que también se cumplieron algunas de nuestras más negras predicciones —antes de concluir, Perséfone sonrió con cierta tristeza—. En cuanto a los Elementos, solo sabemos que fuisteis nuestros creadores, el origen de todo... Pero, como te decía, ni siquiera siendo Dioses hemos conseguido entender cómo se da la herencia directa de vuestros poderes ni la forma de controlarla —tras tutearlo por primera vez, la diosa apoyó entonces una mano en el hombro de Marco que pretendía ser un gesto de consuelo—. Lo siento, de verdad. Créeme que ojalá pudiésemos ser de más ayuda. Pero, a pesar de nuestros dones y nuestra inmortalidad, no somos tan poderosos como todo el mundo cree.

Su interlocutor, que había estado casi conteniendo el aliento durante todo el relato, se obligó a volver a respirar. Por supuesto, como Perséfone había comentado, quizá dada su condición debería conocer aquello. Pero, ¿quién sabía los efectos que provocaba el salto de un cuerpo a otro de los Elementos? Ella misma había afirmado que nadie sabía cómo funcionaba. Y Marco tenía entendido que, en otras culturas, creyentes de la reencarnación, la amnesia sobre vidas pasadas era algo asumido como habitual. Quizá, después de todo, su caso no era tan extraño.

Sin embargo, a pesar de lo trascendente de aquella revelación, había otra cosa que lo preocupaba bastante más. Y así quiso exponerlo.

—Mi reina, ¿por qué tu marido quiere retenernos aquí? ¿De qué servimos encerrados aquí abajo? —inquirió suavemente, respondiendo igualmente a su fórmula de cercanía—. Deberíamos estar en la Tierra, defendiendo a los magos en primera línea frente a la amenaza de aquellos que quieren hacernos caer, y no prisioneros aquí abajo.

Pero, para su sorpresa, los ojos de Perséfone se abrieron como platos al tiempo que su boca formaba una O perfecta. La diosa estaba claramente anonadada.

—¿Encerrados? ¿Prisioneros? —repitió, despacio, como si no lo creyera

—. Marco, ¿te has parado a pensar en qué supone que estéis aquí realmente? ¿En la diferencia que marca que no estéis en la Tierra, expuestos a la maldad del mundo? —y ante la expresión de confusión que se había adueñado del rostro de él, agregó, aproximándose con los ojos extrañamente brillantes—. Marco, estar aquí para vosotros es una garantía de seguridad.

—¿De seguridad? —repitió él, inseguro.

Ella, por su parte, asintió con elegante vehemencia antes de apartarse de nuevo.

—Mi marido nunca ha sido el dios más apreciado del panteón clásico, lo reconozco. Y aunque es cierto que el hecho de teneros bajo su techo sería la envidia de cualquier otro dios, también es cierto que no es por maldad. ¡Al contrario! —enfatizó, ligeramente indignada—. Al igual que la existencia de cualquier otro ser divino, la suya propia depende de que vosotros sigáis en el Universo, de la forma que sea. Y, para bien o para mal, Vivianne Santana le ofreció la oportunidad en bandeja para manteneros a salvo…

La diosa calló de golpe mientras apretaba los labios en un gesto desdeñoso que no la favorecía en absoluto. Marco, al comprobarlo, preguntó de nuevo, tratando de desviar la conversación hacia un tema algo menos desagradable. Al menos para ella, puesto que para él todo aquello era un verdadero suplicio, se mirará por donde se mirase.

—¿Y si…? Quiero decir, has dicho que está escrito que mi hija tiene que cumplir con su cometido —se humedeció los labios con nerviosismo e inspiró hondo—. Si ese cometido fuese… dar a luz al Elegido… ¿Qué sucedería?

Perséfone enarcó las cejas en un gesto interrogante.

—No estoy segura de entenderte —afirmó con cautela.

El señor del Agua inspiró con más fuerza todavía, procurando serenarse. Aquella conversación estaba terminando con su entereza, pero… tenía que saberlo.

—Quiero decir que, si Vivianne le prometió a Hades los Elementos y nuestros hijos consiguen unir, de alguna manera, los cuatro poderes en una sola criatura y además inmortal —expuso lentamente—, ¿qué será de nosotros? Ya solo seremos simples mortales atrapados en la mansión de Hades, sin poder alguno —se estremeció sin quererlo—. ¿Moriremos?

La reina del Inframundo pareció meditar su respuesta unos segundos, pero finalmente, suspiró y fijó la vista en algún punto del muro que tenían a sus espaldas.

—Lo cierto es que, en este caso, todo depende de la interpretación del asunto —explicó—. Por regla general, y como ya habéis comprobado, mi marido suele tomarse sus pactos al pie de la letra y odia que lo engañen. En vuestro caso, Vivianne le ofreció, literalmente, lo que él alegó cuando llegasteis: los “portadores de los Elementos” a cambio de sus poderes. Y esto

es porque sabía tan bien como Hades que vuestras almas mortales están ligadas a las elementales. Si entregaba los Elementos tenía que entregaros a vosotros también. Aunque, para su desgracia, luego descubrimos que tenía una forma de eludir esa responsabilidad y ese vínculo —tomó aire y lo miró de frente—. Cuando aparecisteis voluntariamente, tan solo fue cuestión de aprovechar la coyuntura.

"De todas maneras —prosiguió enseguida— supongo que, si los Elementos os abandonan, mi marido tampoco os dejará salir de aquí, ya que las almas de los portadores siguen siendo vuestras, unidas o no a los Elementos. Pero no puedo asegurarlo. Lo único que puedo garantizaros es que su intención jamás fue maligna en todo este asunto. Tanto con Elementos como sin ellos, sois auténticas leyendas —los alabó sin ambages—; nadie jamás había conseguido sobrevivir tantos años ni estar tan cerca de cumplir la Profecía y, aunque solo sea por eso, creo que hablo por todos mis iguales cuando afirmo que merecéis todo el respeto de cualquier panteón divino del Universo —en ese instante, un curioso pensamiento cruzó su mente; y casi sin quererlo, la diosa soltó una risita que sonó como un carrillón de campanillas de cristal—. De hecho, si realmente fueseis sus prisioneros, estoy segura de que mi querido esposo no os hubiese alojado en su propio palacio.

Marco, sin poder evitarlo, sonrió a su vez momentáneamente, puesto que entendía a la perfección lo que quería decir y, tras aquel discurso, cada vez sentía que las piezas de su vida iban encajando una a una en su sitio. Pero acto seguido su rostro se ensombreció cuando la imagen de una joven rubia de ojos azules asomó tras sus retinas.

—¿Vivianne está…?

No fue capaz de terminar la frase, pero la reina de los muertos lo entendió a la perfección.

—¿Muerta? No exactamente —reconoció con acidez—. Aunque eso solo hace que su castigo sea más doloroso.

—¿Cuál es, pues? —quiso saber Marco, aunque sospechaba la respuesta.

Ante lo cual, los ojos de Perséfone volvieron a brillar de aquella manera tan antinatural.

—Servirnos por toda la eternidad —replicó con repentina sequedad—. Si no lo hace o falla en algo, sus necesidades mortales se intensifican. Si cumple con su deber, su recompensa es no sufrir, temporalmente, ni hambre, ni sed, ni sueño… Nada que pueda padecer un mortal corriente —se encogió de hombros con un movimiento fluido de su pálida piel—. Hades solo es un rey más entre los dioses: imparte justicia como cree más conveniente.

Marco asintió, aunque su rostro se había contorsionado de preocupación al oír aquellas palabras y Perséfone lo notó.

—¿Hay algo más que pueda hacer por vosotros? —quiso saber, consciente

de su sufrimiento—. Lo que sea…

Ante lo cual, tras unos segundos de duda, el señor del Agua replicó con la voz enronquecida:

—Quiero volver a ver a mi hija —apretó los labios para contener las lágrimas y se obligó a mirar de frente a la diosa de los muertos antes de agregar—. Aunque solo sea una vez más.

Y la señora del Inframundo, comprensiva y madre de dos hijas desde hacía muchos siglos, le dirigió una sonrisa alentadora al tiempo que prometía:

—Veré lo que puedo hacer.

Corazones en peligro

Irene se encontraba tumbada sobre la cama, mirando al techo con la fijeza que solo da una amarga reflexión mezclada con un intenso debate interno, cuando escuchó la puerta abrirse lentamente. Con cierta desgana, giró la cabeza para comprobar quién era el intruso. Por un momento, había pensado que sería Ronnie, consciente de que en realidad la quería a ella y no a esa rubia con pretensiones; pero gruñó decepcionada, antes de girarse en dirección a la ventana, cuando comprobó que no era así.

Víctor, por su parte, al ver cómo ella le daba la espalda, se obligó a reunir todo el coraje que fue capaz antes de dar el primer paso dentro del dormitorio, volviendo la puerta suavemente tras de sí.

—Irene… —llamó a la joven, sin demasiada esperanza.

Efectivamente, esta no reaccionó, sino que se mantuvo en la misma terca posición. El muchacho suspiró con abatimiento antes de que sus pies lo llevaran junto a la cama, casi como si tuvieran voluntad propia. Despacio, se dejó caer sentado en el borde del colchón a un metro escaso de la espalda de su antigua prima. Su respiración y la agitación procedente del interior de su cabeza, que Víctor percibía aún casi sin quererlo dada su ascendencia, demostraban que no estaba dormida como pretendía aparentar. Sin embargo, el joven no sabía qué hacer ya para que todo volviese a ser como antes…

—Antes de… Bueno, de que sucediera todo esto —empezó tímidamente —, nos llevábamos bien. ¿Qué ha sucedido? —el desesperado joven se miró las manos como si ahí pudiese encontrar la respuesta, mientras Irene permanecía en un mutismo férreo. Sin embargo, su cuerpo parecía haberse quedado rígido, como si contuviera la respiración, a la vez que el alboroto en su mente remitía ligeramente. Eso podía significar que lo estaba escuchando… o que iba a chamuscarlo vivo de un momento a otro. Por si acaso, Víctor eligió apostar sobre la primera opción—. Oye, sé que esto no es lo que querías. Me refiero al hecho de que una Profecía vaticinara que deberíamos estar juntos… Pero…

—¿Pero, qué? —se volvió entonces ella, mirándolo con un claro rencor alojado en sus iris azules. Su mandíbula estaba apretada y su cuerpo, tenso como la cuerda de un violín cuando se incorporó ligeramente para que sus

cabezas quedasen a la misma altura—. Es lo que siempre quisiste, ¿verdad? Que yo cayese rendida en tus brazos porque sí…

Víctor abrió la boca, dolido en el fondo de su alma. ¿Por qué maltrataba de aquella manera sus sentimientos? ¿Qué le había hecho él, aparte de nacer por lo visto?

—Irene, sabes perfectamente que hace mucho que estoy enamorado de ti —se declaró sin ambages y procurando serenar su ánimo—, pero respeto como llevo haciendo desde hace meses que tus sentimientos se dirijan hacia otra persona —tragó saliva, procurando contener unas lágrimas traicioneras y rabiosas que pugnaban por desbordar sus párpados—. Lo único que quería decirte era eso: que me gustaría que volviésemos, al menos, a ser los amigos que hemos sido toda la vida, casi desde que nacimos —agachó la cabeza y se incorporó, dispuesto a irse con el rabo entre las piernas—. Pero no voy a obligarte a nada que no quieras hacer. Eso tenlo presente.

De dos zancadas, el avergonzado muchacho alcanzó la puerta. Pero, sorprendentemente, una mano tibia sobre su muñeca lo retuvo con suavidad, pero con firmeza. Extrañado de que su prima pudiese ser tan veloz, Víctor se giró con cautela. Encontrándose entonces con una Irene sorprendentemente arrepentida. O al menos, eso decía su rostro.

Despacio y sin necesidad de palabras, la joven lo condujo de nuevo hacia el borde de la cama, donde le pidió que se sentara a su lado.

—Mira, lo siento, ¿vale? —murmuró entonces, al tiempo que pasaba un mechón pelirrojo por detrás de su oreja y mirando sus dedos, aún enlazados con la muñeca de él. No obstante, en cuanto pareció ser consciente de lo que estaba haciendo, retiró la mano como si quemase—. Sé que últimamente no me he portado bien contigo pero, qué sé yo… —se mordió el labio, dubitativa —. Supongo que tenía miedo de lo que suponía ser quien no creía, de cargar con la responsabilidad de la Profecía y de que… Bueno —en ese instante, lo miró a los ojos—, precisamente, se estropease lo que había entre nosotros.

Víctor, tras reponerse de la sorpresa que suponía aquella disculpa viniendo de Irene, se atrevió a sonreír a medias ligeramente aliviado.

—Nada tiene por qué cambiar si tú no quieres, Irene —le indicó con suavidad, aunque por dentro se moría por adelantar su rostro y besarla hasta dejarla sin aliento. Y es que era tan guapa… Turbado, apartó la vista antes de volver a hablar para evitar que ella, o su intuición, viesen la verdad en sus ojos—. Ninguna Profecía va a determinar quiénes somos, ni cómo queremos vivir nuestra vida. No es justo.

Irene sonrió a su vez, algo más tranquila.

—Estoy de acuerdo —admitió, antes de hacer una voluta de fuego con los dedos. Lo cierto es que aquel gesto la relajaba más que cualquier cosa y casi lo había adoptado como un hábito desde que había descubierto sus poderes de

Fuego—. Y creo que podemos seguir siendo amigos.

Él sonrió más ampliamente al tiempo que seguía los movimientos de la mano de ella, rodeada de pequeñas llamitas que iban y venían por el aire.

—Me alegro de que lo creas así —aseguró, antes de enarcar una ceja burlona en dirección a las cabriolas de fuego que Irene aún sostenía entre sus dedos—. Entonces, ¿mañana podríamos retomar la clase sobre poderes elementales que hemos dejado pendiente esta tarde?

Ella rio con un sonido que a él se le antojó como un carrillón de delicadas campanitas.

—Claro —prometió—. Mañana seguiremos.

Ambos se quedaron un instante mirándose con fijeza. Sin saber por qué, de repente no podían despegar la vista el uno del otro. Pero justo cuando uno de ellos iba a abrir la boca para decir algo, la puerta se abrió con violencia y una silueta cayó arrodillada en el umbral.

Jadeaba, recortada contra la luz del pasillo y tanto Víctor como Irene se levantaron a la velocidad del rayo para acercarse a socorrer al recién llegado, que no era otro que el hijo de Hal y Loreen. Pero entonces, de los labios del joven novicio de Marte, que parecía haber corrido una maratón en menos de diez minutos, escapó la primera palabra que le había escuchado nadie en el último año y medio:

—Ruth…

***

La hierba que pisaba la mujer pelirroja apenas parecía vencerse bajo su peso mientras caminaba despacio por el vasto jardín que había tras el palacio de Hades. Avanzaba despacio y su ánimo estaba decaído, en gran parte debido a que su poder se encontraba constreñido en aquel reino de Agua. Cierto que ella era su esposa; pero aquello no impedía que el Fuego que pugnaba por latir en su interior y renacía con cada rayo de sol y luz, se atenuara y escondiese helado de frío en aquella sucesión de grutas interminables que era el Inframundo.

Marco, por supuesto, se había preocupado por ella desde el principio, intuyendo lo que sucedía. Pero desde que había hablado con Perséfone sobre el asunto y esta le había confesado que su estancia allí sería para siempre, Cora no pudo soportarlo más y salió a pasear en cuanto él cayó rendido en la cama. De alguna manera, necesitaba que le diese el aire.

Absorta en sus cavilaciones, la mujer superó en ese instante un pequeño bosque de lo que parecían castaños, aunque presentaban un color mucho más grisáceo que sus primos de la superficie, antes de encontrarse frente a una súbita fuente de luz que parecía proceder de un túnel abierto en la roca virgen a apenas cinco metros de donde se encontraba. Acicateada por una repentina

curiosidad que pareció despertar igualmente a su poder interior —el cual clamaba por la luz como si se tratase de la cura que pudiese aliviar esas heridas invisibles provocadas por la intensa oscuridad, que la rodeaba allá donde fuese en el Inframundo—, Cora avanzó despacio en esa dirección, atravesando enseguida la cortina que separaba el jardín de Hades de…

La mujer contuvo un grito de sorpresa, al tiempo que se tapaba una boca con la mano. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar? ¿Sería la respuesta a sus plegarias?

En efecto, allí lucía un espléndido sol solo ocultado a veces por un puñado de perezosas nubes que viajaban de acá para allá por un cielo increíblemente azul. La hierba era de un color verde brillante y los árboles que salpicaban la campiña presentaban una lozanía que sería la envidia de cualquiera de sus hermanos terrenales…

Entonces, Cora frenó en seco, cayendo en la cuenta. Cierto era que no conocía mucho de mitología griega; pero sí sabía, por las pesquisas y los estudios de Marco en los últimos años, que solo existía un lugar en el Inframundo que se asemejase de aquella forma al mundo real.

Los Campos Elíseos.

Jadeando y repentinamente mareada, la mujer se apoyó contra el tronco de un árbol buscando recuperar el aliento que aquella desagradable sorpresa le había robado. No había ascendido de nuevo a la Tierra. Era un paraíso artificial, solo eso. El lugar donde las almas buenas y puras alcanzaban el éxtasis tras la muerte… olvidando que estaban muertas y todo lo que dejaban detrás. Pero entonces, ¿por qué ella seguía recordando? “Porque sigues viva”, la reconvino una insidiosa voz en su cabeza. “Maldita sea si lo sé”, replicó Cora mentalmente con mal humor. Rápidamente, determinó que debía volver al palacio de Hades y tratar de alejarse de aquella algodonosa pesadilla lo antes posible si no quería volverse loca.

Pero justo en el instante en que iba a darse la vuelta para retornar por donde había llegado, una imagen la frenó en seco igual que si un imán hubiese atraído su atención y no pudiese moverse del sitio.

La mujer rubia estaba sentada junto a un arroyo dejando que una de sus manos fuese mecida por la suave corriente, al tiempo que entonaba una melodía en algo que a Cora le sonó a gaélico. La suave brisa mecía su corto cabello rubio, así como los pliegues del vestido violeta ribeteado en turquesa. En la intersección de sus clavículas, el pentáculo negro que la había identificado como bruja en vida destacaba como la luz de un faro en la noche sobre su piel siempre pálida. Sus ojos azules estaban fijos en el horizonte.

Despacio y con el corazón encogido, Cora se aproximó por impulso a la mujer. Había algo en ella que le hacía desconfiar, como si realmente no fuese quien ella creía. Pero cuando Ruth Derfain, o su espíritu, la escuchó llegar y alzó la vista hacia ella, la mujer de Fuego supo exactamente cuál era el motivo

de su sorpresa.

Puesto que, si había conocido a la menor de las hermanas de Avalon con unos cuarenta años largos… Ahora apenas aparentaba más de treinta. La piel de su rostro y de sus manos era más tersa de lo que la recordaba, y ya no tenía aquel brillo triste en sus iris claros que Cora le conoció en vida. Claro que el responsable de provocárselo había pagado con creces su delito. Pero, de ellas dos, en ese momento eso solo lo sabía la pelirroja. La otra, como alma privilegiada, había olvidado todos los padecimientos de su anterior vida… Hasta el hecho de que había muerto.

—Hola —la saludó Ruth con desenvoltura y al parecer sin notar su tribulación—. No te había visto antes por aquí —acto seguido, ladeó la cabeza escrutándola con un interés que incomodó a Cora sin motivo aparente—. ¿Eres nueva?

La interpelada, tras la evidente sorpresa, se obligó a sonreír sin que pareciese forzado.

—Eh… Algo así —admitió, antes de aproximarse un poco más—. ¿Te… importa si me siento contigo?

Ruth Derfain sonrió igual que un ángel redentor.

—Claro.

Con sus largos dedos palmeó un sitio a su lado, y su interlocutora obedeció. Ambas se quedaron entonces unos segundos mirando al río, sin saber qué decir. Hasta que a Cora se le ocurrió hacer una locura.

Le tomó la mano por instinto a Ruth.

—Ruth, ¿de verdad no te acuerdas de mí? —susurró con voz entrecortada.

La otra, por supuesto, mudó el semblante de inmediato. Su rostro pareció envejecer de golpe, con un suave resplandor rojizo, al tiempo que volvía la vista hacia Cora. Y en este caso sus ojos la reconocieron al instante.

—¿Cora? —balbuceó, confusa—. ¿Qué haces aquí…? ¿Dónde…? —en ese instante miró a su alrededor y los recuerdos, olvidados por el hechizo de los Campos Elíseos y reavivados sin querer o a propósito, Cora no lo tenía muy claro, por el poder del Fuego, ascendiente de la Casa de Júpiter, hicieron que un rictus de dolor cruzase por el rostro de la mujer rubia—. Así que es cierto. Estoy muerta… —miró de nuevo a la mujer pelirroja, atónita—. ¿Por qué, Cora? —preguntó, repentinamente asustada—. ¿Qué has hecho?

La mujer de Fuego, igualmente aterrada, pero sin ganas de soltarle la mano a Ruth por miedo a que la volviese a olvidar, trató de improvisar un argumento. Y, de repente, lo tuvo en la punta de la lengua.

—Vengo a darte un mensaje —inventó—. Algo importante que debes saber.

No quería tener que mentir a Ruth, pero también consideraba que aquello

era algo que debía haberse solucionado hacía mucho tiempo. De hecho, no debería siquiera haber sucedido. Por su parte, la mujer rubia parecía cada vez más incómoda con aquella situación.

—¿Qué? —la urgió, nerviosa—. ¿El qué? ¿Qué mensaje?

Cora inspiró hondo.

—Akhen aún te ama, Ruth —soltó de corrido.

Aunque lo suponía, le desgarró el alma ver cómo la mujer rubia ahogaba un gemido y sacudía la cabeza con decisión y dolor a partes iguales antes de tratar de liberar sus dedos de los de Cora, cosa que no consiguió.

—¡Suéltame! —aulló.

—¡No! —se negó la otra, terca, en el mismo tono—. Debes escucharme…

—¡Akhen fue el que me envió aquí! —protestó Ruth a voz en grito, sollozando—. ¡Déjame!

Pero Cora, aún más cabezota, apretó aún más sus dedos antes de susurrar.

—Akhen jamás dejó de amarte y su única intención era salvarte la vida, pero Gregor lo engañó igual que a todos —agitada en el sentido literal de la palabra dado que Ruth no paraba de retorcerse, la mujer de Fuego se humedeció los labios antes de concluir con rapidez—. Tu marido lleva diecisiete años torturándose por lo que pasó. Y ahora está a las puertas de la muerte. ¿Acaso no merece tu perdón?

La última frase fue casi una exigencia, ante lo que Ruth dejó de sollozar y la miró como si nunca antes la hubiese visto en la vida.

—Suéltame —suplicó en un hilo de voz aterrado—. Si el señor se entera… Por favor.

Ante lo cual, Cora, derrotada, claudicó. Entonces, el ambiente pareció recuperar su luminosidad, así como el rostro de Ruth, que volvió a lucir joven y fresco como unos minutos antes. Y mientras la mujer pelirroja se levantaba lentamente, la mano de la Hija de Júpiter volvió a posarse pacíficamente sobre las aguas. Pero Cora, sin poder contenerse, antes de marcharse definitivamente hacia el palacio de Hades, murmuró en voz muy baja sobre su cabeza.

—Akhen te ama, Ruth Derfain. Y sé que lo sabes.

Ante lo cual, la mujer rubia alzó despacio la cabeza; mostrando un rostro desconcertado que, no obstante, dejaba traslucir un extraño brillo en sus ojos azules.

—¿Quién es Akhen? —preguntó.

La sangre del traidor

Cuando Ruth logró abrir los ojos de nuevo, lo primero que notó fue un intenso mareo. Tenía la visión borrosa y le dolía la cabeza, pero cuando por fin consiguió enfocar lo que tenía ante sí, se encontró de frente con dos dragones de color rojo sangre. ¿Sangre? La muchacha, aterrada, trató de girar la cabeza hacia los lados para ver dónde se encontraba. Pero en el instante en que quiso voltear el cuerpo, algo que tiraba de sus muñecas se lo impidió. Igualmente, Ruth percibió que, en un determinado movimiento, algo duro se clavaba en su espalda. En torno a ella solo veía penumbra y empezó a asustarse cada vez más.

¿Qué estaba sucediendo? ¿Dónde estaba Ronnie? ¿Y qué era ese bisbiseo que escuchaba cada poco rato, como si una marea de algo indefinido subiese y bajase de volumen? Desesperada, la muchacha hizo un nuevo intento por girar la vista. Y entonces lo vio.

Su cabello castaño claro, casi rubio, destacaba como un faro salvador en medio de aquella extraña oscuridad. Sin embargo, parecía flotar en el aire de espaldas a ella y Ruth se preguntó estúpidamente por qué. Sin embargo, enseguida lo averiguó. En cuanto el joven vestido de negro por entero se giró hacia ella y algo aún más inquietante centelleó en su mano a causa del reflejo de las antorchas en su superficie. A simple vista parecían piedras pulidas de color negro y forma ovalada, pero Ruth había escuchado suficientes veces hablar de ellas como para saber que no era así. No. Aquellas gemas contenían la esencia de una de las especies más peligrosas de todos los mundos.

Nadie sabía de dónde salían, ni qué eran. Pero si de algo tenían el dudoso honor era de ser los monstruos de pesadilla para cualquier niño que hubiese nacido bajo el manto de la magia.

Grinden.

Ladrones de almas.

Pero, ¿por qué diantres Ronnie llevaba esencias de grinden en las manos? ¿Qué estaba sucediendo? Ruth, en ese momento, quiso llamarlo para preguntarle al tiempo que se retorcía de nuevo en su posición, pero se dio cuenta con terror de que era incapaz. Algo que parecía tela se encontraba incrustado entre sus dientes, apretando las comisuras de sus labios con fuerza

y provocando que, al menor intento, su boca se resecara por la pérdida de saliva hacia el trapo que la amordazaba. Aquello solo consiguió que su terror aumentara, pero en el momento en que Ronnie se acercó hasta su posición, la joven se quedó súbitamente quieta, paralizada y expectante. No estaba segura de que aquello fuese a ser agradable y sintió las lágrimas acudir a sus ojos cuando no descubrió ni rastro de amor en su gélida mirada.

—No trates de liberarte, Ruth —le aconsejó él en voz baja y monocorde—. No servirá de nada. Además —agregó con algo similar a una fría tranquilidad mientras situaba las esencias de grinden alrededor de su cuerpo, sobre la piedra—. No deberías estar preocupada. Serás de gran ayuda para la época que está por venir.

Ruth frunció el ceño, incrédula y preocupada a la vez. ¿De qué estaba hablando aquel demente? ¿Dónde estaba el Ronnie dulce y cariñoso de la última semana? ¿Quién era ese desconocido? Inútilmente trató de preguntárselo, pero de sus labios amordazados solo salió un gemido desesperado. En ese instante, sin embargo, Ronnie dejó lo que estaba haciendo y le pasó una mano suavemente por el pelo, casi con cariño.

—Ya está, Ruth. Pronto todo habrá pasado —y antes de apartar los dedos, murmuró sobre su frente—. Pobre niña ingenua…

Las ganas de llorar de Ruth se redoblaron. No solo se sentía aterrada, sino dolida y engañada; y aquella combinación, de alguna extraña manera, consiguió que se rindiera definitivamente y dejase caer la cabeza sobre la piedra. Ahora sabía perfectamente dónde se encontraba situada: sobre el altar que había atisbado al entrar en la caverna.

No obstante, en ese momento acudió una idea a su mente. Despacio y asegurándose de que Ronnie se alejaba hacia otra dirección para seguir con sus preparativos, la muchacha cerró los ojos y se concentró. Si conseguía enviar un mensaje telepático a su hermano…

—Yo que tú no me esforzaría —le advirtió Ronnie entonces, obligándola a abrir los ojos rápidamente y a incorporarse lo que pudo, con el cuerpo en tensión. Pero, aunque su voz había sonado cerca, se encontraba a unos cuantos metros de distancia, acuclillado en el suelo y haciendo algo con las manos que Ruth no pudo reconocer. De alguna manera el joven había adivinado sus intenciones, y así lo demostró cuando se levantó y se giró hacia ella con una expresión de clara contrariedad mezclada con condescendencia retorciendo sus bellos rasgos—. Esta caverna está dedicada a la diosa Hécate, señora de la hechicería, lo que hace que esté perfectamente protegida contra cualquier hechizo indeseado. Y como quizá no sabrás, todos sus devotos conseguimos los poderes de las diez Casas siempre que pasemos la prueba impuesta por su infinita sabiduría. Yo la pasé y ahora cumpliré con mi misión sin que ningún mago de pacotilla pueda impedírmelo —afirmó con suficiencia y satisfacción al ver la estupefacción en los ojos de Ruth mientras se aproximaba al altar y

sacaba algo de debajo de su capa negra. Era un cuchillo ritual de doble filo, con mango de plomo y obsidianas engarzadas. Ruth, al verlo, comenzó a temblar, sabiendo bien lo que iba a suceder y sin sentirse preparada para ello. Pero, ¿acaso podía evitarlo? Ronnie, por su parte, no pareció percatarse de su congoja mientras seguía hablando—. Aunque tu hermano, esa boba de Irene y su amiguito el mudo lograsen llegar hasta aquí, no conseguirían absolutamente nada —reiteró situando el cuchillo en paralelo al cuerpo de Ruth, sobre el altar. Acto seguido, el joven se posicionó frente al mismo y alzó las manos con los brazos extendidos sobre el cuerpo de la joven—. Créeme, no dolerá.

Y entonces, ante una Ruth impotente, su captor comenzó a salmodiar en un idioma que la muchacha, podía jurarlo, no había escuchado en su vida. Pero dejó de prestar atención en cuanto vio cómo desde las esencias de grinden que había repartidas por el altar empezaron a alzarse una serie de volutas oscuras, cada vez más densas y preocupantes. Sin embargo, Ruth solo sintió el terror más auténtico cuando aquellas se empezaron a enroscar por sus miembros y su cuerpo igual que serpientes frías y viscosas.

Sin embargo, el tono de Ronnie cambió en ese instante y la sensación que recorrió el cuerpo de Ruth fue similar a un millar de ventosas absorbiendo su sangre. Solo que no se derramó ni una gota. La joven trató de gritar y abrió la boca, pero ningún sonido salió de ella. Su cuerpo se arqueaba más y más contra su voluntad, paralizado sobre aquel altar, a medida que su alma abandonaba lentamente su cuerpo. Al mismo tiempo, el bisbiseo que había estado resonando por la caverna todo el tiempo se fue convirtiendo gradualmente en una serie de rugidos, gritos y aullidos triunfales, cuyo clímax llegó en el instante en que Ronnie dejó de salmodiar.

Inmediatamente, el muchacho tomó el cuchillo ritual entre sus manos y lo alzó con la misma delicadeza que si fuese de cristal, dispuesto a asestar el golpe final. Pero algo tiró súbitamente de su túnica hacia atrás, lanzándolo sobre el suelo y provocando que el cuchillo cayese de su mano, rebotando con un desagradable tintineo sobre las baldosas junto al altar. Confundido, Ronnie alzó la vista justo a tiempo de ver a un John furibundo erguido junto a él y flanqueado por Víctor e Irene. Cuyas auras mixtas, en aquel ambiente cargado de magia, eran perfectamente visibles. Blanca y verde la de él, azul y roja la de ella.

—No te atrevas a tocarla —masculló el novicio de Marte.

Sin embargo, cuando Ronnie dirigió su vista hacia el altar, John no pudo evitar seguir su mirada con el corazón en un puño. Momento que el hijo de Hécate aprovechó para abalanzarse sobre él y derribarlo al suelo.

***

Ray se despertó de golpe con un mal presentimiento y una sensación

heladora y antinatural. Ya de por sí, en el Inframundo hacía más frío que sobre la faz de la Tierra dada la falta de luz cálida, pero esta vez era diferente. Era como si algo se hubiese asentado en el ambiente, flotando en silencio y haciendo que se le pusiera la carne de gallina.

Despacio y procurando no despertar a Sandra, que dormía en el extremo opuesto de la cama y dándole la espalda, Ray se levantó y se acercó al armario para ponerse algo más abrigado, ya que dormía solo con pantalón de pijama desde hacía muchos años. Ni siquiera el hecho de estar allí encerrado, o lo que fuese, iba a hacer que cambiase sus costumbres.

Tras deslizarse la camisa de dormir sobre los hombros y mientras la abrochaba, se giró de nuevo para volver a observar a su mujer con cierto dolor en el corazón.

Desde que Ruth había descubierto su naturaleza y el hecho de que no era una doble elemental como su hermano, algo de lo que siempre habían buscado protegerla y uno de los motivos por los que habían elegido que les revelarían el secreto cuando terminasen sus estudios y fuesen adultos de pleno derecho, responsables para tomar sus propias decisiones, salvo en contadísimas ocasiones Sandra parecía haberse encerrado en un invisible caparazón que le permitía estar a solas con su dolor, dando la espalda al resto del mundo. Y cada vez que sus miradas se cruzaban, su marido veía cómo apartaba la vista con dolor al contemplar en su rostro los ojos de su amada hija. Aquella que ahora mismo parecía odiarla con toda su alma.

Hasta la fecha, Ray había esperado que fuese algo pasajero, que llegaría un momento en que madre e hija se volverían a encontrar y Sandra recuperaría la sonrisa. Pero después de verse obligados a permanecer en el Inframundo quién sabía hasta cuándo, Ray había empezado a rendirse a una evidencia muy poco halagüeña y distante de aquella que había imaginado inicialmente. Pero, precisamente por eso, se negaba a tirar la toalla.

Siempre había sido el callado del grupo, el que no se salía del molde y cumplía con responsabilidad todas sus tareas. Pero también era cierto que, de alguna manera, siempre había estado ahí cuando había algún problema, dispuesto a solucionarlo para impedir que cualquier conflicto los separara. Había sido algo innato en él desde que era crío, pero desde que descubrió que la Tierra se había adueñado de su alma, veía aún más clara esa posición. Y esa responsabilidad.

Cuando estaba dispuesto a regresar a la cama, sin embargo, sus reflexiones se vieron interrumpidas por una extraña ráfaga helada que bajó la temperatura del dormitorio otros tantos grados. Ray, extrañado y ligeramente asustado, alzó la cabeza con cuidado para otear a su alrededor en busca del origen de aquel fenómeno. Pero tuvo que ahogar un grito de sorpresa cuando se giró del todo.

—Schhh —le pidió la aparición en voz baja antes de que pudiese decir

nada—. Soy yo.

Procurando serenar el ritmo de su alocado corazón, Ray hizo un esfuerzo por cerrar la boca y no gritar. Aunque la perplejidad no desapareció de su rostro cuando preguntó, en el mismo tono de voz:

—¿Elisa?

Parecía imposible que aquella criatura pálida y casi translúcida fuese su antaño amiga, la Hija de Plutón que se había sacrificado por los Elementos en el coliseo de Gregor. Pero ella confirmó su sospecha asintiendo con tristeza.

—Sí, Ray. Soy yo —repitió—. Pero no tengo mucho tiempo y hay algo que debes saber —el hombre de Tierra, por cuya cabeza bullían mil preguntas que hacerle a la joven difunta, se contuvo a tiempo y movió la cabeza invitándola a continuar—. He venido a advertiros de que la rebelión en el Tártaro está a punto de consumarse. Vuestros hijos están en peligro.

Ray palideció aún más.

—¿En peligro? —quiso saber, alzando ligeramente la voz sin quererlo, presa del pánico al imaginarse momentáneamente a Víctor o a Ruth en manos de las almas malignas del Inframundo—. ¿Qué quieres decir?

—El velo se está abriendo, Ray —prosiguió Elisa con la misma suave cadencia—. La sangre del traidor será derramada y la oscuridad se extenderá por el mundo que conocéis. Pero solo vosotros podéis impedirlo.

—¿Cómo? —se desesperó Ray, casi sin entender una palabra de lo que su difunta amiga acababa de decir—. No podemos salir de aquí.

Ante lo cual, la muchacha sonrió con infinito cariño.

—El amor que recorre el Universo será lo que cierre la puerta de nuevo —anunció, crípticamente—. Y para negociar con Hades solo tenéis que mirar dentro de vosotros —acto seguido y antes de que él pudiese responder, se giró hacia la puerta y pareció temblar—. Tengo que irme. Si me encuentran aquí sufriré las consecuencias. Pero recuerda —lo miró con fijeza antes de empezar a desvanecerse—: jamás confíes en aquella que buscó engañar a la Muerte.

Y acto seguido, sin más, desapareció en una voluta de aire. Ray, por su parte, se obligó a volver a respirar mientras trataba de asimilar las palabras de Elisa; muy extrañas, por otro lado. Casi parecía un acertijo. Pero la idea más insistente y dolorosa que pululaba por su mente no era otra que el hecho de que sus hijos podían estar en peligro… y que la rebelión en el Tártaro se iba a producir de un momento a otro.

Por tanto, armándose de valor, rodeó la cama para despertar a Sandra. Tras sacudir ligeramente su hombro ella se despertó de golpe, asustada. Pero su mirada volvió a ser inexpresiva cuando comprobó que era él quien la rozaba. No obstante, Ray se plantó y se negó a soltar su hombro hasta que no tuvo toda su atención.

—Vamos, Sandra. Tenemos que hablar con Hades —le indicó.

Ella frunció ligeramente el ceño, confundida.

—¿A estas horas?

No tenían mucha referencia de días o noches allí abajo, pero de alguna manera, ambos sabían que en aquel instante todos los habitantes del palacio dormían.

No obstante, Ray tenía claro que lo que tenía que decirle la haría saltar de la cama como un resorte.

Rebelión en el Tártaro

La patada lanzada por Ronnie a la entrepierna de John fue hábilmente esquivada por el novicio de Marte, bastante más entrenado en las artes marciales que el antiguo hijo de Venus, ahora aparente hijo de Hécate y servidor de la oscuridad. Puesto que, para cualquier ojo avispado, se veía que aquel lugar era un templo dedicado a la diosa de la hechicería.

El joven hijo de Marte, en sus conocimientos sobre los cuatro panteones antiguos, nunca había logrado entender cómo aquella divinidad de origen foráneo había conseguido hacerse tal hueco en la cultura grecorromana. De hecho, y aun siendo una diosa muy vinculada a la hechicería, nunca se la había considerado una divinidad especialmente influyente ni peligrosa para el culto de los Hijos hasta hacía, aproximadamente, unos veinte años. Casi cuando Gregor Markenn mostró al mundo que la oscuridad tenía una expresión en el aparente mundo perfecto de la Comunidad Mágica. Claro que algunos problemas como la persecución, las torturas, las ejecuciones en la hoguera u otros eventos igual de macabros habían tenido distraídos a los magos y brujas del mundo en los últimos siglos como para preocuparse por sus propios disidentes.

Pero ahora existía una evidencia que pocos se atrevían a negar: había más dioses jugando con el destino de los humanos que los cuarenta elegidos por las Casas hacía tantos siglos. Y estos recién llegados no parecían tener las mismas buenas intenciones que los demás. Sin embargo, lo más preocupante era el hecho de que Hécate solo era una de las cabezas visibles. ¿Cuáles eran las otras tres? Eso, aún para los mayores expertos, todavía era un misterio. Y eso hacía que los Hijos de la señora de la hechicería fuesen aún más peligrosos.

Mientras reflexionaba y tratando al mismo tiempo de buscar un punto débil auténtico en su oponente, que casi parecía conocer sus movimientos antes que él y ya había conseguido encajarle algún golpe más o menos serio, John procuraba centrarse en la pelea y no pensar en Ruth, su amada Ruth: aquella por la que hacía casi dos años había renunciado a un don tan preciado para muchos como era la voz.

Y aun habiendo mostrado vocación sacerdotal desde que era un crío, la

sangre le hervía como nunca al pensar que aquel malnacido que tenía delante había estado a punto de apuñalarla; pero le dolía aún más no haber sido capaz de adivinar de antemano lo que se proponía o los verdaderos sentimientos de su podrido corazón. Porque Ronnie no había tenido reparos en aprovecharse de la candidez de Ruth para conseguir un sacrificio perfecto.

Sin embargo, para su ligero alivio, ese flanco estaba controlado. En el momento en que había apartado a Ronnie del altar y había quedado claro que él se encargaba de reducirlo, sus dos acompañantes habían corrido hacia el altar para desatar a Ruth. Pero lo que no había visto John aún era que, nada más acercar las manos, tanto Víctor como Irene habían tenido que retirarlas con sendos gritos de dolor. Algo invisible y electrificado rodeaba a la rubia joven. Alguna especie de campo de protección que, según dedujo Víctor, debía estar generado por las siete piedras dispuestas alrededor de la rubia muchacha.

—Genial, eso ayuda mucho —masculló Irene cuando él expuso su teoría en voz alta, tratando ambos de hacerse oír entre la algarabía que los rodeaba. Eso que Ruth había escuchado al llegar y que ahora se había convertido en una desagradable cacofonía—. ¿Y qué hacemos?

Víctor, indeciso, miró un momento hacia atrás para comprobar cómo llevaba John lo de reducir a Ronnie. Pero lo desanimó ver que el joven vestido de negro parecía vencer. En efecto, en un momento de distracción, John encajó sin quererlo una patada en el estómago que lo envió lejos de su oponente.

Y en ese instante, el mago oscuro se volvió hacia Irene y Víctor mostrando una macabra sonrisa.

—Vosotros… —siseó, como si se relamiese—. Debo reconocer que suponía que llegaríais hasta aquí. Pero será un placer mataros también para mayor gloria de mi diosa —aseguró, acercándose lentamente y al tiempo que alzaba una mano ante su cuerpo, con los dedos apuntando hacia el altar que flanqueaban los dos falsos primos—. Cuando la oscuridad cubra vuestra preciada Tierra y después se extienda por el resto de mundos conocidos, nada podrá detenernos…

—¡Eso habrá que verlo, maldito embustero! —reaccionó Irene con un aullido, al tiempo que alzaba sus manos igualmente.

Ronnie, enfrascado en su propio ego, apenas tuvo tiempo de abandonar el conjuro que estaba preparando, cambiar de táctica y levantar una barrera ante él que detuviese la espiral candente que surgió de los dedos de la joven pelirroja. Incluso detrás del escudo, el joven pudo notar claramente el calor abrasador. Sin embargo, cuando bajó las manos, lo hizo con una risita despectiva saliendo de entre sus dientes.

—Irenita, Irenita… —se mofó, utilizando un mote que sabía que ella odiaba—. ¿Eso es todo lo que la Hija del Fuego y el Agua sabe hacer?

La muchacha se quedó petrificada.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó entonces Víctor, igualmente estupefacto, pero sintiendo al tiempo una rabia que invadía cada poro de su ser.

Aquel desgraciado había osado tocar más de un pelo a su hermana. Y se iba a arrepentir.

Ronnie, por su parte, se limitó a sonreír con suficiencia mientras señalaba a Ruth con un gesto laxo de la barbilla.

—¿Por qué crees que elegí a tu preciosa hermanita, Víctor? —ronroneó maliciosamente—. Precisamente porque, en su aislamiento de los grandes poderes que su hermano pequeño atesoraba, necesitaba alguien con quien desahogar sus penas. Y es una lástima —se burló con falsa expresión condescendiente—, porque no hay mayor traidor que el que da la espalda a la confianza de sus padres.

Víctor palideció y tragó saliva.

—El alma del traidor… —comprendió, a la vez que sus puños se apretaban hasta dejarse los nudillos blancos. Había escuchado hablar de conjuros de magia negra que utilizaban ese tipo de elementos, pero jamás esperó encontrarlos aplicados sobre su propia familia. De ahí que una rabia inusitada se apoderase de él en un instante—. Hijo de perra… ¡Te vas a arrepentir mil veces de haberla tocado!

Sin apenas pensar, el muchacho alzó entonces las manos como si quisiera empujar a su oponente en la distancia. Y, para su sorpresa y la de este, una súbita ráfaga de viento huracanado surgió de sus dedos, lanzando a Ronnie unos cuantos metros hacia atrás, casi hasta la altura de la pared.

El mago oscuro, tras reponerse de la sorpresa, se enfureció visiblemente.

—Ese truco barato dejará de servirte muy pronto —amenazó en un siseo.

Entonces, antes de que Víctor o Irene fuesen conscientes o pudieran reponerse de la sorpresa de haber visto al primero de ellos utilizar sus poderes sin apenas pensar en ello, Ronnie echó a correr a tal velocidad que no volvieron a verlo hasta que no tuvieron su rostro a escasos centímetros de distancia. Pero alguien frenó su avance bruscamente. Alguien que, por propio nacimiento y no por hacer pactos con ninguna oscura divinidad, podía recorrer grandes distancias en apenas unos segundos.

Al chocar con él, Ronnie abrió mucho los ojos y John trastabilló hacia atrás con una mueca de dolor. Pero Irene y Víctor retrocedieron, asustados, al ver lo que realmente había sucedido. Los brazos del hijo de Hécate estaban extendidos en ambas direcciones, hacia donde sus cuerpos habían estado apenas un minuto antes, mientras que una de las manos de John se encontraba casi hundida en la zona de su estómago. Y cuando por fin el cuerpo de Ronnie cayó, los dos hijos de los Elementos vieron con horror que el novicio de Marte sostenía un puñal ensangrentado en la mano. Uno cuya empuñadura de

plomo presentaba obsidianas engarzadas. Y Víctor comprendió inmediatamente lo que aquello significaba.

—¡No! —gritó, angustiado, empujando a un John algo confuso por su reacción—. ¡No! ¿Por qué lo has hecho?

Pero Ronnie, en vez de dejar que Víctor lo alcanzase, apartó la herida de sus manos al tiempo que, con una risa macabra, se la abría aún más con los dedos. Irene, aun teniendo las habilidades médicas en su ascendencia, ahogó una arcada y retrocedió de inmediato, apartando la vista con evidente asco. John, por su parte, quiso sujetar a Víctor, pero este no se dejó. Y Ronnie, al ver que el joven hijo de la Tierra y el Aire no cejaba en su empeño de tratar de sanarlo, usó parte de sus últimas fuerzas para paralizarlo con un rápido conjuro.

—Pobre Johnny… —se mofó entonces desde el suelo, viendo la cara de estupor del novicio de Marte. Este miraba alternativamente al mago negro y a Víctor sin saber qué estaba sucediendo; pero sus ojos de color miel, idénticos a los de su madre, se clavaron en el primero en cuanto volvió a abrir la boca —. Te ha podido tu código del honor, como a todos los de tu ralea. Pero lo que no sabes es que, gracias a mi sangre de traidor a todos Los Hijos de los Dioses, ahora mi conjuro está completo —se giró con los labios ensangrentados hacia Víctor—. ¿No es así, chaval?

Este intentó moverse, pero no lo consiguió. Aun así, nada impidió que sus ojos se llenaran de lágrimas impotentes antes de que Ronnie expirara y un intenso terremoto sacudiese toda la gruta en la que se encontraban. Pero lo que realmente les puso los pelos de punta a los tres magos presentes fue un rugido que parecía salir de las mismísimas entrañas del mundo.

Un grito causado por la libertad largamente ansiada de la criatura más peligrosa de la Antigüedad.

Sé que te gustan los tratos

Cora ya había regresado de los Campos Elíseos, pero dado que la experiencia vivida con Ruth Derfain le había dejado los nervios a flor de piel, se sentía incapaz de dormir. Marco, por suerte, no parecía haberse percatado de su ausencia. La mujer se había acurrucado junto a él hacía unos minutos, pero por primera vez en mucho tiempo, se aseguró de no rozarlo. El frío del ambiente, procedente en gran parte de ese Elemento que rodeaba el palacio y en última instancia, procedía de su marido, hacía que renegase cada vez más de acercarse a… "ello". Y en el fondo temía lo que eso pudiese suponer a largo plazo.

No obstante, antes de que pudiese seguir cavilando, unos golpes en la puerta hicieron que se incorporase como un resorte al igual que Marco, que miró a su alrededor con aire somnoliento.

—¿Qué…? —se limitó a preguntar, ahogando un bostezo.

Cora, más despierta y sin responder enseguida, bajó los pies de la cama y se levantó para encaminarse hacia la puerta, casi en un mismo movimiento. Los golpes volvieron a sonar y aun con sus poderes debilitados, a la mujer le pareció intuir exactamente de quién procedían.

En efecto, en cuanto movió la oscura hoja de madera se encontró con Ray y con Sandra. Cuyos rostros, para variar y como en otras ocasiones similares, no presagiaban nada bueno.

—¿Qué ocurre? —quiso saber Cora, cruzándose de brazos con evidente malestar y notando cómo una desagradable sensación se enroscaba sobre su estómago—. ¿Qué horas son estas de…?

—No hay tiempo para explicaciones —la interrumpió de inmediato Ray, con cierta brusquedad teñida de urgencia que solo consiguió apretar el nudo invisible alojado en las entrañas de su compañera—. Tenemos que hablar con Hades. Los cuatro.

—¿Los cuatro? —inquirió la voz de Marco, algo más despejada que antes y teñida de evidente preocupación. Su rostro apareció entonces unos centímetros por encima del de su mujer—. ¿Qué pasa, Ray?

El hombre de Tierra tragó saliva, pero antes de que pudiese explicarles

nada, un terremoto pareció sacudir las mismísimas entrañas del mundo haciendo que los cuatro se tambalearan. Sandra, por instinto, se aferró a su marido, pero en cuanto pasó el seísmo se separó como si su contacto abrasara. Ray, procurando ignorar el ramalazo de dolor que acababa de sacudir su alma, procuró centrarse. Aquel terremoto no lo había provocado él, estaba del todo seguro. Pero eso solo hizo que su espina dorsal convulsionara con un nuevo escalofrío. Lo cual se vio acentuado cuando un griterío ensordecedor procedente de ninguna parte pareció invadir el palacio entero.

—Vale, vamos a hablar con Hades —urgió Cora, evidentemente aterrada —. Esto no me gusta un pelo.

—Ni a mí —corroboró su esposo, al tiempo que regresaba del armario con una camisa en las manos.

Como uno solo, los cuatro salieron corriendo por el pasillo y bajaron las escaleras que llevaban a la planta principal como almas llevadas por el mismísimo diablo. Aquel al que, por otro lado, se disponían a exigir que los dejara salir de allí.

Para su fortuna, tanto Hades como Perséfone se encontraban ya en la sala del trono, rodeados por otros dioses menores del Inframundo. Al parecer, todos estaban observando con cierta agitación algo que permanecía arrodillado y encadenado en el centro del salón. Y Sandra ahogó un grito al comprobar de quién se trataba.

—¡Tú! —Marco, por su parte, reaccionó mucho más violentamente y antes que cualquiera de sus compañeros, aproximándose a Ronnie con grandes zancadas. Los dioses que lo rodeaban se apartaron al ver aparecer al señor del Agua, claramente respetuosos y algo temerosos de su poder. Pero Marco solo tenía ojos para aquel muchacho. Porque, si él estaba allí, ¿qué había sido de los otros chicos? No quería ni pensarlo—. ¿Qué estás haciendo aquí? —sin pensar apenas en lo que hacía, lo sujetó de la capa oscura y lo alzó. Percatándose entonces de que pesaba mucho menos de lo esperado, como si flotara, así como de la mancha rojiza que impregnaba su túnica a la altura del abdomen. Y aquello solo consiguió que un nudo de terror se fijara en su estómago antes de que el hombre rechinara en dirección al difunto muchacho —. ¿Dónde está mi hija?

Pero, para su sorpresa, Ronnie no pareció inmutarse ante su tono; sino que, para sorpresa de Marco y de todos los presentes, sonrió con algo similar a la maldad más pura.

—Viva, pero no por mucho tiempo —aseguró en voz alta para que todos pudiesen escucharlo.

Marco, pálido solo de pensar que a su hija pudiese sucederle algo malo, retorció aún más el cuello de la capa que portaba el muchacho.

—¿Qué has hecho, desgraciado? —gritó, levantándolo del suelo—. ¿De

qué estás hablando?

—De Apofis —intervino entonces Hades con tranquilidad, haciendo que Marco soltase a Ronnie sin violencia y se volviese hacia él, interrogante.

—¿Apofis? —quiso saber, intuyendo que ese nombre no presagiaba nada bueno.

—El Mal —aclaró Perséfone, más pálida de lo habitual—. El padre de las tinieblas del Antiguo Egipto. Es… —tragó saliva con un terror que ninguno de los Elementos había imaginado que un dios pudiese sentir— un monstruo. Y su guarida no está lejos del Tártaro…

—¿Y por qué ha dicho este mequetrefe que nuestros hijos están en peligro? —quiso saber Cora, fulminando al interpelado con la mirada al tiempo que la mención de la sala de torturas particular del Inframundo hacía que su corazón se estrujase con violencia.

Hades y Perséfone, por su parte, cruzaron una mirada que no gustó nada a ninguno de los cuatro. Pero fue un dios vestido de negro, casi translúcido y que portaba dos enormes alas negras de sombra a la espalda, el que respondió en tono monocorde:

—El velo se ha roto —aquellas palabras hicieron que Ray sufriera un escalofrío, recordando las palabras de Elisa, y el dios que hablaba lo miró directamente como si supiese exactamente en qué pensaba—. El alma y la sangre de los traidores, junto a la esencia de siete hijos de Apofis, han provocado que la rebelión que todos temíamos en el Tártaro haya tenido lugar y la puerta al mundo terrenal se haya abierto de par en par, dejando paso a la oscuridad.

—¿Rebelión en el Tártaro? —se enfureció Hades, sin ver cómo los cuatro espectadores habían palidecido al escuchar las palabras “sangre del traidor”—. ¿Tú lo sabías, Tánatos? —y ante el suave asentimiento de la otra divinidad, el dios de los muertos pareció hacerse más grande a causa de la ira —. ¡Maldito! ¿Por qué no avisaste a tiempo?

—Os confirmé vuestras sospechas cuando preguntasteis, mi señor —replicó el dios de la muerte dulce sin violencia—. Pero, hasta este momento, la situación estaba controlada. De hecho —hizo un gesto elocuente hacia el muchacho situado en el centro de la sala—, los condenados necesitaban ayuda desde la superficie para romper sus ataduras y abrir las celdas; algo sobre lo que nadie de aquí podía saber el origen ni hacer nada por evitarlo.

—Nosotros tampoco lo sabíamos —reconoció Ray entonces, interviniendo en la conversación y tras recobrar la entereza—. Pero ahora es tarde para lamentarse. Debemos hacer algo.

—Si Apofis ha salido al mundo, hay pocas cosas que puedan frenarlo. Al igual que hay pocas cosas que puedan cerrar el portal entre el mundo de los vivos y este…

Tras hablar, Perséfone dudó un momento y miró a su marido significativamente. Pero este, cuando supo a qué se refería, igual que los Elementos, negó con la cabeza.

—Un pacto es un pacto, querida —repuso con calma—. No puedo deshacerlo así como así.

—¿Cómo dices? —saltó Cora, acorde a su naturaleza incendiaria—. ¿No vas a permitir que salgamos a defender el mundo que nos vio nacer solo por un absurdo pacto con alguien que no lo cumplió?

Hades, con semblante pétreo, se volvió hacia ella como si no diese crédito a lo que oía.

—Exacto —replicó secamente.

Pero, aunque Marco instó a Cora para que guardase silencio, esta se zafó rápidamente de sus brazos y volvió una vez más, como tantas en los años pasados desde que el Fuego se había adueñado de su alma, a dejar que el corazón hablase por ella. Expresando algo que, por otra parte, sus compañeros también sentían. Pero, siendo prisioneros de Hades, ¿qué podían hacer?

La mujer de Fuego, desde luego, lo tenía muy claro.

—Escúchame, dios de pacotilla —saltó a voz en grito, haciendo que todos los dioses se la quedasen mirando pero sin amedrentarse lo más mínimo—. Antes reduciría este lugar a cenizas que quedarme sentada viendo cómo mi hija muere a manos de un monstruo hijo de mil demonios. Ese de ahí arriba sigue siendo mi mundo, parte de mí y de mis compañeros. Y no pienso consentir que tu soberbia lo eche a perder. ¿He sido suficientemente clara?

Mientras hablaba, su cuerpo se había ido rodeando de un halo de color rojizo y sus ojos habían comenzado a refulgir igual que dos brasas candentes. Sus poderes, de alguna manera, estaban volviendo a cobrar fuerza en aquel instante; causa probable de que, de forma casi suicida, se atreviese a enfrentar al rey de los muertos. El cual se erguía, furioso, frente a la mujer pelirroja.

Pero, para sorpresa de todos, no respondió ni fulminó su cuerpo de mortal mediante sus poderes divinos; sino que, durante unos segundos que a todos se les hicieron eternos, las dos criaturas se limitaron a sostenerse la mirada en silencio.

Hasta que el espíritu de la Tierra, encarnado en el cuerpo de un hombre moreno de cuarenta años llamado Ray Álvarez, se situó entre ambos, alzando las manos en un gesto pacífico.

—Tranquilidad, por favor —pidió en un extraño tono que sorprendió a todos los presentes, incluyendo a sus compañeros. Puesto que nunca, en todos los años que llevaban juntos, lo habían escuchado hablar con aquella cadencia tranquila y pausada que, de alguna manera, invitaba a la serenidad. Sin motivo aparente, los poderes de Ray también estaban cobrando fuerza. Algo solo explicado por lo que Tánatos había expresado: gracias al desgraciado de

Ronnie, que aún permanecía arrodillado en el centro del salón, se había abierto una puerta en el Tártaro que haría que la Tierra y el Inframundo, con el tiempo, fuesen uno. Pero aquello no debía durar más. No si la serpiente Apofis campaba a sus anchas por la superficie—. Esto no tiene por qué suceder así.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Hades sin dejar de mirar a Cora.

Entonces Ray, con una sorprendente serenidad, se volvió hacia el dios del Inframundo y pronunció unas palabras que nadie de los allí presentes olvidaría en toda su vida.

—Te gustan los pactos, ¿no? —se volvió brevemente hacia sus compañeros para buscar un acuerdo. El cual, enviado telepáticamente, tras unos segundos de duda, recibió la aprobación unánime y, en algún caso, resignada—. Entonces tenemos algo que ofrecerte.

velatorio

El silencio en el templo de Hécate podía cortarse con un cuchillo. Irene, de espaldas al cadáver de Ronnie y con el corazón partido entre el asco y el dolor de sentirse engañada y traicionada a partes iguales, caminaba alrededor del altar de Ruth, tratando de pensar en una forma de sacarla de allí sin electrocutarse de nuevo. Las abrazaderas de humo que habían surgido de las piedras negras que la rodeaban habían retrocedido, pero su antigua prima permanecía rígida y amordazada en una posición antinatural, como congelada en pleno forcejeo. E Irene no podía sentirse más culpable ni más enfadada con aquel estúpido guitarrista noruego —si es que era noruego, que igual también en eso había mentido— que la había dejado en ese estado. De tan pálida, parecía un cadáver; algo que solo desmentía un ligerísimo movimiento de su pecho.

Víctor, por su parte, mientras John registraba los despojos de Ronnie y procurando no caerse al suelo, puesto que este todavía seguía temblando de manera leve pero constante, caminaba igualmente con las manos alzadas sobre el cuerpo de su hermana, como si midiese hasta que nivel podía bajar los dedos sin hacerse daño.

Sin embargo, cuando algo chisporroteó bajo aquellos, a unos cinco centímetros de la piel de Ruth, Víctor se apartó con frustración evidente.

—No sé qué hacer… —masculló—. ¡Maldita seas, Hécate! ¿Me oyes? —gritó al techo para sorpresa de Irene y sin preocuparle lo más mínimo la rápida mirada de reprobación que le dirigió John acto seguido, asustado por aquella herejía dirigida hacia una diosa de la oscuridad—. ¡Todo esto es culpa tuya!

—No creo que eso sea buena idea —corroboró su compañera pelirroja, que sí había captado la muda señal del sacerdote de Marte. Acto seguido, se mordió el labio, pensativa, mientras observaba el altar con ojo crítico. E inmediatamente se le ocurrió una idea—. Víctor. Ven, acércate.

Su falso primo obedeció con cautela.

—¿Qué ocurre? —quiso saber.

—Dame las manos —le pidió, extendiendo las suyas por encima del cuerpo de Ruth. Y en cuanto él lo hizo al cabo de unos segundos pero con

evidente recelo, le explicó—. Se me ha ocurrido que quizá concentrando nuestros poderes seamos capaces de hacerlo.

Víctor arqueó una ceja escéptica.

—¿Y eso se te ha ocurrido porque…? —inquirió.

Irene se impacientó, lo que demostró el golpe de su tacón contra las baldosas del suelo.

—Llámalo intuición o que llevo toda mi vida estudiando con Hijos de Júpiter —le ladró, molesta—. Pero si algo he aprendido estos años, aun sin saber quiénes eran mis padres realmente, es que la unión hace la fuerza. Esa es la base de toda la filosofía que une a la Comunidad Mágica y los poderes que tenemos en nuestro interior —resopló—. Además, no perdemos nada por probar. ¿Verdad?

Para su sorpresa, Víctor no contestó enseguida, pero al parecer lo había convencido, algo que demostró su inmediata media sonrisa. Al final iba a resultar que Irene realmente era una chica inteligente y espabilada, aunque no tocase un libro. Pero el joven se aseguró de que ese pensamiento no fluyese fuera de su mente ni por asomo.

—De acuerdo. ¿Cuál es el plan? —quiso saber.

Irene inspiró hondo, meditando la respuesta. Cuando lo había imaginado parecía sencillo y genial; pero el hecho de no saber si resultaría hizo que su ánimo se enfriase ligeramente. No obstante, en el momento en que sus ojos se cruzaron con los de Víctor, encontró en ellos la determinación que le faltaba.

—Respira hondo, cierra los ojos y busca el poder en tu interior —le indicó, y ante la mueca angustiada de él, lo reprendió—. Eh, te he visto hacerlo antes defendiéndote de Ronnie. Busca en tu interior, canaliza tus sentimientos hacia Ruth y estoy segura de que saldrá bien.

—Creía que mi hermana no te caía en gracia… —apuntó él con mordacidad.

Ante lo cual, Irene alzó la cabeza con una solemnidad que el otro chico jamás le había observado y pronunció:

—Sois mi familia, Víctor. Y eso nunca va a cambiar.

El muchacho procuró evitar que se notase su emoción al escuchar sus palabras, aunque le doliese en el corazón no ser algo más para Irene que, simplemente, parte de su familia. Sin embargo, decidió hacerle caso en su idea acerca de Ruth. Porque deseaba con toda su alma que funcionase.

Despacio y al unísono, tras intercambiar un apretón de manos con complicidad, los dos adolescentes cerraron los ojos, respiraron profundamente y se concentraron. A Víctor no le costó liberar el torrente de emociones que le provocaba ver a su hermana mayor en aquel trance. Pero a Irene le costó un poco más; ya que, como había dejado entrever su compañero, eran muchos

sentimientos negativos los que debía arrinconar. Pero ahora Ruth estaba en los Dioses sabían qué estado e Irene, en parte, se sentía culpable de haberla apartado del grupo con sus desprecios, arrojándola a los brazos de Ronnie.

Espera, ¿de verdad estaba pensando eso? Con una punzada desgarradora en el corazón, se percató de que era cierto: Ronnie había escogido a Ruth porque era la única de entre ellos que no era elemental. De alguna manera, siempre lo había sabido, aunque había empujado a su antigua prima con zalamerías a revelarle aquel secreto. El cual, por otro lado, era sagrado para sus padres. "El alma del traidor. La sangre del traidor…" El traidor. ¿Dónde había escuchado ella aquella expresión recientemente?

Tras unas décimas de segundo estrujándose el cerebro, lo supo. El dragón. Su alma gemela. Solo trataba de advertirla de que aquello iba a suceder y no había sido capaz de entenderlo. Sin quererlo, notó cómo las lágrimas inundaban sus párpados, derramándose sin control por sus mejillas y cayendo sobre el cuerpo de Ruth. "Perdóname, prima", suplicó mentalmente, al tiempo que notaba un intenso calor bajando hacia sus dedos desde su corazón.

Y entonces, escuchó un gemido ahogado que la obligó a abrir los ojos. Pero para su decepción, Ruth seguía en la misma posición. Extrañada, Irene soltó a Víctor, el cual también observaba a su hermana con detenimiento. Sin embargo, el emisor de aquel gemido había sido John. El cual, con mucho mimo, acercó los dedos inmediatamente a la piel de Ruth y la rozó suavemente.

No sucedió nada y los otros dos supieron que, de alguna manera, su conexión había funcionado. Víctor se sentía en parte feliz por haber conseguido canalizar sus poderes, pero el otro lado de su alma aún estaba empañado por la suerte de su querida hermana.

—Hay que llevarla a casa —decretó entonces John con voz ronca, mientras retiraba mimosamente la mordaza de la boca de la muchacha.

Por lo visto, a pesar de todo, tantos años de mutismo le habían pasado factura a la hora de encadenar muchas palabras seguidas. Pero Víctor no necesitaba más. Con cuidado, quiso ayudar a John a cargar con Ruth, pero este insistió en transportarla a solas.

—Quiero que sea mi responsabilidad a partir de ahora —declaró con firmeza.

El joven moreno se estremeció ante la fuerza de aquellas palabras, pero por alguna razón, no quiso o no pudo contradecirle. Y así, los tres miembros de aquella extraña comitiva salieron del templo de Hécate, abandonando el cuerpo de Ronnie en la penumbra. El cual, en cuanto desaparecieron, se vio rodeado de una voluta de humo negro que recorrió la sala entera antes de tomar la forma de una sonriente fémina vestida de negro.

Alesha de Mannah, entonces, se inclinó para tomar el rostro del cadáver

entre sus manos y besarlo en la frente.

—Mi pajarillo —susurró con dulzura sobre su rostro—. Has cumplido tu cometido. Dentro de poco, la Tierra será la morada de todos nosotros, y tú podrás volver a mi lado.

“Nadie más volverá a separarnos nunca más. Habrá paz y el gran Apofis será el único señor de nuestra especie.

“Te lo prometo… Roan Markenn.

***

A la luz mortecina de la luna, cuyos rayos níveos se filtraban a través de la tenue cortina que cubría la ventana del dormitorio de las chicas en la mansión elemental, John acomodó la sábana sobre el cuerpo de una Ruth que seguía sin dar señales de vida aparte de su tenue ventilación. Con cuidado, tras depositar su cabeza sobre la almohada, su hermano le cerró los ojos con mimo. Así vista, la joven rubia parecía que estuviese dormida. Una lágrima indiscreta cayó entonces desde los ojos del más joven hasta la fría mano que aferraba entre sus dedos. Pero, al contrario que con Irene, esta vez no sucedió nada.

—Las lágrimas no la curarán —declaró entonces John, sobresaltándolo.

El novicio se había arrodillado junto al cabecero de la cama y sostenía la otra mano de Ruth entre las suyas sin despegar la vista de su rostro.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Víctor en voz baja.

John pareció tomarse su tiempo antes de responder.

—Vuestros poderes son los que han conseguido liberarla de su prisión, pero me temo que alejarla de aquel altar no habrá servido de nada —alzó la vista por primera vez hacia Víctor—. La solución a un problema tan difícil no puede ser tan simple.

—¿Y por qué no? —se lamentó Víctor, golpeando con un puño sobre el colchón con frustración—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer?

Pero John sacudió la cabeza, ignorante de aquella respuesta.

—No lo sé —confesó—. Pero tú sabías que el alma de tu hermana y la sangre de Ronnie iban a ser vitales para ese conjuro, así como puedo afirmar casi con toda seguridad que Irene sabe algo más que no nos ha contado.

—¿Irene? —repitió Víctor, sin saber si había oído bien y recordando, por un instante, los caóticos pensamientos que había percibido en la joven el día que llegaron a Avalon, tras su misteriosa excursión al exterior—. ¿Qué puede saber?

John, sin embargo, giró la cabeza en ese instante hacia la puerta.

—Creo que lo sabrás muy pronto —afirmó entonces.

En efecto, una centésima de segundo después, Víctor escuchó abrirse la puerta de entrada de la mansión con estrépito, así como un extraño grito que le heló el corazón. La emisora de aquel sonido… era Irene. Por lo tanto, como una exhalación, bajó las escaleras hasta llegar al salón. Lugar donde se encontró una escena que jamás imaginó presenciar tan pronto.

Irene lloraba con el rostro enterrado en el hombro de un hombre rubio con una fina barba recortada adornando su mandíbula siempre algo cuadrada. Una mujer bajita y pelirroja la rodeaba igualmente con los brazos sin poder reprimir las lágrimas. Y Víctor, después de la tensión vivida en las últimas horas, tardó un rato en ubicarse y comprender lo que estaba sucediendo. Pero, cuando lo hizo, imitó a Irene sobre el hombro de su madre, que se aproximaba con los brazos abiertos para acogerlo como llevaba haciendo desde que nació.

Pero algo empañó el momento cuando Ray preguntó:

—Víctor, ¿dónde está Ruth?

El principio del fin

El grito que había resonado desde el piso superior era desgraciadamente conocido para los cuatro Elementos. Sin embargo, sus hijos, que jamás lo habían escuchado, se encogieron instintivamente sobre el sofá donde se habían sentado junto a los tres progenitores que quedaban en el piso inferior. Inmediatamente, un vendaval se desató en el exterior, lo que les provocó aún más pavor. Pero sus padres, que recordaban dolorosamente una situación similar, se limitaron a abrazarlos instintivamente; algo a lo que, por primera vez en casi dos semanas, ni Víctor ni Irene se resistieron. Después de todo lo sucedido, la muchacha no parecía ser capaz de dejar de llorar, mientras que su compañero mostraba una palidez y una apatía poco habituales en él.

Cuando Sandra bajó, sin embargo, se acercó enseguida a ella para consolarla y la mujer lo recibió entre sollozos. Ray indicó entonces que iba a subir y su mujer no se opuso. En aquel instante, el único clavo ardiendo al que aferrarse parecía ser su hijo.

—Creo que tenéis mucho que contarnos —dijo entonces Marco, que trataba de aparentar una serenidad que no sentía ni de lejos.

Su interior era un maremoto de sentimientos por diversos motivos. El principal, ver a su hija en aquel estado de histeria y palidez. Sin embargo, cuando todos volvieron a sentarse, la joven tuvo la entereza de ánimo suficiente como para, con la ayuda puntual de Víctor, relatar todo lo que había sucedido.

—Dioses… —susurró, Sandra cuando terminaron, claramente aterrada—. La sangre del traidor…

Víctor miró a su madre, confundido. Él también había oído hablar de aquel ingrediente, pero jamás en la vida hubiese imaginado enfrentarse a un conjuro que lo incluyese. Y lo peor era que, en realidad, no entendía qué era lo que había desencadenado.

—¿Mamá? —inquirió suavemente.

Pero fue Ray el que respondió, con amargura evidente.

—En este caso por lo visto ha añadido el alma de nuestra hija a la mezcla.

—Y todo porque se le ocurrió soltar así por las buenas quiénes éramos —

rezongó Cora, claramente irritada—. ¿Quién le mandaba?

—¿Te parece que es el momento de criticar, Cora? —le replicó Sandra con una aspereza impropia de ella.

Ante lo cual la mujer de Fuego, entre sorprendida y avergonzada, agachó la cabeza sumisamente y apretó los labios. Desde hacía unas cuantas horas parecía que su espíritu recién reforzado solo le jugaba malas pasadas.

—Claro que no —repuso en voz baja—. Pero…

—Nada de peros, Cora —la interrumpió su marido sin brusquedad—. Ya hablaremos de responsabilidades cuando todo esto pase. Pero, ahora mismo, creo que debemos ir a Avalon a hablar con Solena. Ya sabemos quién está detrás de todo esto y si como aseguráis, en el templo no ha aparecido nada, quizá podamos encontrar el velo roto entre mundos antes de que sea tarde y Apofis se apodere de todo lo que nos es querido.

—¿Apofis? ¿Velo roto entre los mundos? —Víctor, el siempre estudioso Víctor, palideció mortalmente y se estremeció ante aquellas dos menciones antes de mirar alternativamente a sus padres y a aquellos que, hasta hacía poco, consideraba sus "tíos", para apuntar—. Creo que vosotros tenéis algo que contarnos también…

Y los cuatro Elementos, omitiendo determinados detalles, les relataron lo que habían descubierto. Puesto que, si conociesen la verdad completa, sus hijos no les perdonarían jamás.

No obstante, en este caso, los cuatro estuvieron de acuerdo: era mejor así.

Cuando terminaron de hablar, sin embargo, a ninguno de los dos adolescentes se le ocurrió replicar ni media palabra. De hecho, en cuanto pudieron recuperar el habla y antes de que pudiesen decir nada, la puerta se abrió violentamente y dos figuras, una vestida de rojo y otra de blanco, aparecieron en el umbral con la misma fuerza que el vendaval que aún soplaba en el exterior. Sin embargo, el alivio fue patente en ambos cuando vieron a los cuatro Elementos allí.

—¡Vaya! —resopló una sudorosa Loreen—. Cuando recibí vuestro mensaje creí que…

—Estamos bien, Lo —cortó Marco, dirigiendo una mirada discreta pero significativa hacia sus hijos—. Te lo explicaremos en otro momento.

La Hija de la Luna, ya más repuesta, asintió conforme sin preguntar más. Además de que, en ese instante, su hijo apareció en las escaleras y los tres miembros de la familia gobernante de Dhana se fundieron en un abrazo instantáneo e intenso.

Después, los Elementos y sus hijos explicaron brevemente al matrimonio recién llegado lo que había sucedido. Estos, con clara urgencia, manifestaron entonces su acuerdo en ir a Avalon capital lo más rápidamente posible.

Pero cuando los seis adultos y los hijos de los Elementos se disponían a partir con un portal creado de urgencia por Sandra y Ray —aquellos se negaron rotundamente a quedarse allí sentados de brazos cruzados, algo a lo que sus progenitores no opusieron ninguna resistencia—, a Loreen la dejó petrificada en el sitio escuchar a su hijo decir:

—Yo me quedo, madre.

Todos se volvieron hacia él sorprendidos salvo Irene y Víctor, que ya conocían la ruptura del voto de silencio del muchacho. Además, creían conocer la razón. Los padres de John, por otro lado, no daban crédito.

—Hijo… Pero… ¿Qué?

Por primera vez desde que los Elementos la conocían, Loreen parecía haberse quedado sin palabras ante algo. Pero su hijo, más rápido, la tranquilizó enseguida haciendo un gesto elocuente hacia las escaleras.

—Tengo un deber importante que cumplir, madre —le indicó con suavidad y aún cierta ronquera en la voz—. Sé que lo entiendes.

—Alguien podría saber que estáis aquí —argumentó Ray, sin embargo—. Creo que lo mejor sería que vinieseis con nosotros.

—Tiene razón, hijo —arguyó Hal con una seriedad mayor de la acostumbrada en él y que hizo que a Cora se le pusieran los pelos de punta. ¿Qué podía haber sucedido en Avalon mientras ellos no estaban? Sin embargo, su amigo se limitó a apuntar al respecto—. Ahora mismo, ni siquiera el más remoto rincón de esta Isla es lo suficientemente seguro para los que creemos en la magia.

Los Elementos intercambiaron una mirada asustada ante aquella afirmación, pero no dijeron nada. Puesto que si la puerta del Tártaro estaba abierta, fuese donde fuese, el Hijo de Marte tenía toda la razón del mundo.

Por su parte, John, sin despegar los labios para replicar, le sostuvo la mirada a su padre durante un instante. Pero al contemplar el brillo asustado que rielaba en sus ojos azul oscuro, obedeció a su muda petición sumisamente y subió al dormitorio. Unos instantes después, el muchacho bajaba con Ruth en brazos y, al tiempo que se encaminaba en silencio hacia el portal, Loreen y Hal procuraron disimular el escalofrío que recorrió sus respectivas médulas cuando vieron la palidez cadavérica y la ligerísima respiración de la muchacha. Pero, por respeto a sus sentimientos, más que evidentes para ambos, se abstuvieron de comentar nada mientras flanqueaban a su hijo y, a una seña de los Elementos, desaparecían junto a ellos a través del gran orificio luminoso abierto en el centro del salón.

Unos segundos después, el brillo comenzó a concentrarse hasta no ser más que un punto brillante que terminó desapareciendo con un chasquido. Dejando una mansión silenciosa en la que únicamente una presencia, etérea y silenciosa, la cual había velado siempre por aquel lugar y sus habitantes

ocasionales, permanecía. Una difunta que, como todos los de su condición y Casa, podía seguir viajando entre mundos y recordar después de muerta.

Elisa Guntek, la mártir del coliseo, dejó entonces sentir su delicada voz de muñeca en el vacío antes de desvanecerse de nuevo en el aire:

—Que los Dioses os protejan…

***

Alesha observaba, a través del amplio ventanal de aquel enorme rascacielos situado casi en la periferia de Madrid, las idas y venidas de las criaturas de la oscuridad, aquellas que escoltaban la llegada del gran Apofis a la Tierra. La mujer esbozó media sonrisa al contemplar con un grupo de grinden, gamberros por naturaleza, atravesaban un puente cercano, situado sobre una amplia avenida, al tiempo que paraban el tráfico y hacían muecas a los aterrados viandantes y conductores; los cuales huían despavoridos en cuanto los atisbaban dejando todas sus pertenencias casi en el sitio. Poca gente sabía que aquellos seres repulsivos eran los descendientes directos de la Gran Serpiente, los nacidos de sus escamas y el regalo que el grande les hacía a todos aquellos que buscaban su protección.

Alesha sonrió con maldad sin poder evitarlo al recordar cómo otros Hijos de los Dioses mencionaban a Hécate con terror, como si ella fuese realmente la responsable de que sus almas decidiesen abandonar el sendero de la santurronería para abrazar un poder ilimitado. Pero Hécate, a pesar de que algunos la veneraban y formaba parte del panteón de los magos oscuros desde tiempo inmemorial, en realidad solo era un peón en una guerra de enormes proporciones.

Al pensar en ella, sin embargo, Alesha tuvo que apretar los labios; pues sus rasgos severos se entremezclaban con los de aquel niño al que, a pesar de no haber conocido sus orígenes hasta años después de que llegase a su cargo, había amado casi como si fuera suyo. El hijo ilegítimo de una gran señora a la que solo su hermana había conocido pero que, gracias a los dones que su padre le dejó como herencia antes de morir, aparte de las enseñanzas que ella misma le había inculcado, había sabido perfectamente cuál era su misión en el mundo. Y, para bien o para mal, la había cumplido.

Un joven que, por otro lado, había encontrado en la devoción a la diosa de la hechicería todo el consuelo que su corazón atormentado buscaba.

“Debería estar orgullosa”, reflexionó, aunque no pudo evitar un retortijón de amargura en el estómago. “Ha sido un mártir necesario y él lo sabía”.

Sin embargo, ¿por qué sentía esa punzada de dolor cada vez que pensaba en ello?

—Sheila…

Unos pasos tras ella y unas manos que se apoyaron de improviso en su

cintura la hicieron volver al mundo real de un respingo, al tiempo que contenía una mueca de asco. Llevaba ya unos años casada con aquel mortal simplón solo para lograr una posición más o menos fuerte en la Tierra, haciéndose la tonta para conseguir todo lo que necesitaba de su lugar en la sociedad y sus contactos. Pero, desgraciadamente para él, ya no lo necesitaba más.

No obstante, aún tenía que ser cauta. No podía cometer un error precisamente en ese instante.

—Luis… —vocalizó en cambio, zalamera, a la vez que se daba la vuelta y pasaba los brazos por detrás de su cuello—. Te he echado de menos.

Él, sin embargo, parecía preocupado y Alesha se relamió interiormente sin poder evitarlo en cuanto comprobó el terror que impregnaba su rostro. Lo cierto era que, durante aquel último mes y pico en que Luis Espinosa se había dedicado a perseguir a los suyos, había visto a la Humanidad cometer verdaderas atrocidades dignas la mayoría de las épocas más oscuras de otros siglos… O de mundos atrasados como Farthia.

"Humanos", pensó con desprecio absoluto, "se sienten poderosos humillando y masacrando a los que son diferentes como si ellos fuesen el colmo de la perfección. Pero eso se acabó".

Sin embargo, Alesha, en vez de ejecutar enseguida su golpe maestro, optó por abrazarse de nuevo a su marido con falsa ternura.

—¿Qué te preocupa, cielo? —murmuró junto a su oreja.

Él, por su parte, seguía temblando ligeramente y con la mirada perdida en el horizonte. Sin embargo, su voz sonó bastante serena cuando preguntó:

—¿Qué está sucediendo, Sheila? —quiso separarse de ella, pero la mujer se lo impidió con suavidad al tiempo que le pasaba una mano tranquilizadora por la espalda—. ¿En qué me he equivocado?

Y entonces fue cuando Alesha finalmente se separó de él y lo miró a los ojos.

—¿Quieres saberlo, Luis? —él, cegado por el terror, asintió sin pensar. Ante lo cual la mujer de ojos verdes volvió a aferrarlo contra su cuerpo y murmuró—. Pues… siento decirte que te equivocaste de enemigo.

El antiguo representante musical y ahora presidente en funciones en ausencia de Diana Almirante no tuvo tiempo de reaccionar antes de que un cuchillo se clavase en su espalda, justo entre la columna y el costillar izquierdo. Sin emitir sonido alguno, boqueó. Pero mientras Alesha lo dejaba caer en el suelo sin rastro de piedad en sus ojos almendrados, él todavía trató de alcanzarla con los dedos.

Cuando por fin expiró, la joven, ya sin poder disimular el desagrado que le producía aquel sujeto, pasó por encima de su cadáver con indiferencia y arrojó el cuchillo ritual junto al mismo antes de encaminarse hacia la puerta, donde

la esperaba una muda espectadora de aquella macabra escena.

—¿Todo en orden, hermana? —preguntó Aysha con seriedad, aunque el brillo triunfal de sus ojos oscuros la delataba.

Y Alesha, por su parte, sonrió ampliamente con una maldad sin precedentes antes de responder.

—Todo en orden, querida. Y ahora, vamos a recibir a nuestro gran señor como se merece.

Día de difuntos

El cielo presentaba un tono plomizo que a ojos de Vivianne era lo más hermoso del mundo. Tanto tiempo esclavizada en el Inframundo había hecho que añorase hasta el más mínimo resquicio de luz solar, aunque estuviese escondido detrás de un manto de nubes. Además, en aquel instante, bajo aquel ambiente umbrío y rodeada de sus hermanos brujos —la mayoría muertos tratando de alcanzar ese justo poder que la sociedad les había denegado siempre—, casi se sentía como si hubiese regresado a aquel momento en que había rozado la inmortalidad con las manos. El poder absoluto.

Pero claro, ¿quién podía engañar a un dios? Aquella noche en que todo se torció, Vivianne aprendió una valiosa lección, en efecto; pero todo el tiempo que permaneció esclavizada bajo el yugo de aquel déspota que, paradójicamente, le había otorgado sus poderes cuando nació del vientre de Ludmila y la semilla del gran Gregor Markenn, la muchacha se había jurado a sí misma una y otra vez que se vengaría. Que el día en que su hermano cumpliese con su destino, nada podría detenerlos. Y esa fecha había llegado por fin.

Al pensar en su padre se volvió como si fuese un acto reflejo, buscándolo con la mirada. Pero se tranquilizó al ver cómo su figura translúcida avanzaba renqueando unos metros más atrás. Su rostro acusaba las penurias y las torturas sufridas a manos de Hades en el Tártaro, pero el brillo de sus ojos mostraba una nueva resolución a la luz de aquel amanecer. Tras abrirse la puerta con la conjugación del alma y la sangre de los traidores, la primera había aportado la energía necesaria para romper las cadenas de los prisioneros, mientras que la segunda había sido la llave para abrir definitivamente el portal a la Tierra.

Y Gregor sabía, igual que su hija, que así se había cumplido su destino. Que ya no habría fronteras entre el mundo de los vivos y el de los muertos. Que cuando el paso culminase, aquellos que pereciesen no tendrían que separarse nunca más de sus seres queridos, puesto que permanecerían junto a ellos en la Tierra. Y todo para servirlo a él.

La verdad era que, desde que su padre había empezado a trazar los hilos de aquella “nueva doctrina”, basada en el culto a Apofis pero camuflada bajo una

aparente devoción a Hécate, que en el fondo solo era una divinidad secundaria entre los magos oscuros, muchos habían temido que su éxito se viera frustrado; especialmente, a causa de todas las bajas importantes de sus filas. Pero lo que no sabían era que, en el fondo, todo formaba parte de un mismo plan. O al menos, la mayor parte.

Despacio, Vivianne alzó la vista desde la figura encorvada de Gregor Markenn hasta la sombra que fluctuaba unos metros por encima de sus cabezas. Su cuerpo escamoso y alargado de color azabache puro flotaba en ondas lentas y elegantes a través del cielo nuboso, agitando la esponjosa superficie grisácea con los movimientos de la cola. Como una marea, los espíritus fugados del Tártaro lo seguían igualmente fascinados con la mirada, a medida que caminaban bajo su estela hacia algún punto indefinido. Vivianne sabía que se encontraban en Madrid, aunque no era capaz de identificar exactamente dónde ya que la última vez que estuvo allí no se había preocupado excesivamente por conocer el plano de la ciudad. Lo que sí veía era que caminaban a lo largo de una enorme avenida. A cuyos lados, se alternaban edificios acristalados de oficinas con centros comerciales y bloques de viviendas.

En un momento dado, la comitiva dejó a su derecha una estructura cuadrangular de hormigón que la joven no se molestó en identificar; ya que su vista enseguida se posó en el horizonte, donde dos extrañas torres inclinadas flanqueaban una estructura alargada y dorada que se alzaba hacia el cielo como la aguja de una enorme brújula. La aguja que señalaría su destino, pensó Vivianne sin poder camuflar su entusiasmo. “Al fin”, suspiró para sus adentros.

Cuando llegaron allí, todos pudieron ver cómo en la enorme plaza circular donde se localizaba la estatua, se había erigido una plataforma sobre la que se encontraba una figura oscura envuelta en una túnica negra. Llevaba la capucha bajada, lo que permitía ver sus suaves rasgos color café y dos enigmáticos ojos verdes que relucían con triunfalismo evidente bajo una cascada de rizos oscuros.

Vivianne sabía de quién se trataba: no en vano, había sido una de sus primeras acólitas. Y compartía sus sentimientos al cien por cien en aquel momento.

Alesha de Mannah, por su parte, al comprobar que todos habían llegado —incluido el gran Apofis, que seguía dando vueltas lentamente sobre sus cabezas a unos cincuenta metros de altura, creando caprichosos claroscuros sobre la masa de espectros congregada en la plaza— alzó las manos unos segundos después para pedir silencio. A su izquierda, Vivianne observó a su hermana Aysha, silenciosa y elegante en su posición. Desde el principio se había establecido quién sería la dominante de las dos hermanas, pero a la sacerdotisa de Ruben nunca le había importado ser la segunda al mando. Igual que Alesha, tenía la esperanza de fundar un mundo mejor para todos los

magos.

—Compañeros, amigos —entonó Alesha con su voz de soprano, siempre dulce y melodiosa—. Por fin ha llegado el día que todos estábamos esperando desde hacía tanto tiempo. Nuestro Gran Guía Roan de Ruben ha sido el encargado de brindarnos esta oportunidad pero, aunque ahora está preso en manos de Hades, no dudéis que pronto podremos sacarlo de allí —se escucharon vítores, pero Alesha enseguida pidió silencio de nuevo—. Gracias al proceso comenzado por Lord Gregor Markenn y Lady Vivianne Santana, ambos presentes hoy aquí, la barrera entre el mundo de los vivos y los muertos no volverá a ser un obstáculo. Todos podremos convivir en un mismo mundo y los difuntos no tendrán que volver a abandonar a sus seres queridos. Por favor: Gregor, Vivianne, subid aquí arriba.

La sacerdotisa hizo un gesto a ambos para que escalaran a la tarima entre los aplausos enfebrecidos de todos los presentes y Vivianne se ocupó de tomar del brazo a Gregor para ayudarlo a subir. Por suerte, parecía que poco a poco su vitalidad aumentaba, y la joven lo consideró como una maravillosa noticia que la colmó de felicidad. Ahora, su padre y ella podrían estar realmente juntos, sin impedimentos. Su madre, por desgracia, había acabado en el purgatorio de las creencias farthianas, pero la joven sabía que era un sacrificio necesario y además se negaba a derramar una lágrima por ella. Puesto que, ¿acaso no la había entregado sin dudar a cambio del poder y la riqueza que le otorgaba su matrimonio mortal?

—Hoy es un día grande para todos nosotros, pero mucho queda por hacer —señaló entonces Alesha, acallando los aplausos con suavidad—. Este nuevo mundo que queremos forjar requiere ilusión, pero también trabajo… y sacrificio

Acto seguido, hizo un gesto hacia algo situado a su espalda. Y Vivianne, sin querer, tuvo un mal presentimiento a medida que se giraba. En efecto, la criatura que surgió por detrás de la tarima la hizo retroceder instintivamente.

Sin embargo, enseguida chocó contra algo que no podría calificarse de sólido, pero que detuvo su avance. Confundida, la muchacha se giró, estremeciéndose al cruzar sus iris claros con la mirada oscura de su padre. Y como en un déjà vu supo exactamente lo que iba a ocurrir. Puesto que fue súbitamente consciente de lo evidente.

Ella no era un espectro como los demás.

Por su parte, Ammyt, la diosa devoradora de los muertos de la cultura egipcia, se acababa de situar junto a su compañera Sekhmet, diosa de la venganza con forma de leona, flanqueando a Alesha, pero sin tocarla. Ella era la protegida del gran Apofis, su señor. Por ello, jamás osarían tocarla. Las dos figuras resplandecían en aquel ambiente sin sol, pero para Vivianne, ni la tenue luz era ya un consuelo. Con desesperanza, sintió cómo los brazos de su padre se ceñían aún más a los suyos mientras forcejeaba por escapar.

—¡NO! —aulló, desesperada y con lágrimas en los ojos—. ¡Padre! ¿Por qué? ¡Este no era el plan! ¡NO!

Ante lo cual, con una voz extrañamente monocorde que hizo que los forcejeos de su hija se detuviesen un instante, Gregor murmuró:

—Es por el bien de todos, hija mía —y acto seguido, como si realmente le afectase todo aquello, agregó—. Te quiero, Vivianne.

—¡Embustero! —se revolvió ella, pero enmudeció en cuanto sus ojos se cruzaron con los de Ammyt. Dos pozos de infierno ardiente que no demostraban emoción alguna. Mientras Alesha entonaba un cántico ritual, Vivianne, rendida a lo evidente, se esforzó no obstante por morir con la compostura intacta y trató de contener las lágrimas al tiempo que susurraba, con una repentina desesperación, una plegaria a sus antiguos dioses—. Que los Dioses me protejan —y especialmente a aquel que había sido su protector y dueño durante tantos años, el que había convertido su cuerpo en una cáscara inmortal a cambio del castigo de la servidumbre eterna—. Hades, sálvame.

Pero, llegados a este punto, en el fondo de su alma sabía que nada podía salvarla. En efecto, cuando la garra de Ammyt se adentró con fuerza en su pecho, Vivianne no tuvo siquiera aliento para gritar, sino que, como si fuese una espectadora muda de aquel macabro espectáculo, vio cómo la diosa egipcia tomaba su corazón con la mano y lo engullía de un bocado.

Entonces, el cuerpo de Vivianne comenzó a adoptar una tonalidad grisácea, su piel se agrietaba cada vez más rápido y sus ojos perdieron el brillo de la existencia. Lentamente, como si se tratase de una escultura de sal, su figura se deshizo, quedando segundos después reducida a un montón de polvo que el viento se llevó rápidamente.

En ese instante, Apofis rugió y descendió de golpe desde el cielo, pasando sobre los espectros a toda velocidad. Ammyt alzó entonces las garras hacia la enorme serpiente, arañó suavemente su vientre cuando la sobrevoló y las gotas de sangre que cayeron sobre la muchedumbre de espectros congregada en la plaza surtieron un efecto inmediato. Puesto que, de repente, todos parecieron recuperar el vigor y sus siluetas se tornaron de un rojo intenso.

—Y ahora, ejército de Apofis, marcha a conquistar este nuevo mundo —gritó entonces Alesha, alzando los brazos con éxtasis.

Ante sus palabras, un coro de aullidos sobrenaturales se alzó desde las calles de Madrid. Por las cuales, como una marea sangrienta, comenzaba la invasión definitiva de los muertos sobre los vivos.

Sin embargo, el sonido de unos cuernos a lo lejos detuvo de golpe el avance, quedando todos a la escucha. Tras reponerse de la sorpresa, Alesha sonrió malévolamente.

—Nuestros invitados ya han llegado —murmuró, antes de volverse hacia sus acompañantes: Ammyt, Sekhmet y Gregor Markenn—. Ahora

demostraremos a los “Hijos de los Dioses” —se burló— quiénes son los verdaderos magos y brujas del mundo.

Salvación desesperada

La suave luz del amanecer teñía las piedras de la barbacana de una curiosa tonalidad rojiza; como un mal presagio que hizo que todos los viajeros, sin excepción, bajasen la cabeza hacia el suelo para no verlo.

Sin embargo, mientras las dobles puertas se abrían al corredor oscuro que daba entrada a la Gran Fortaleza de Avalon, hogar eterno de los señores de la Comunidad Mágica, Ray no pudo evitar tomar una de las frías manos de su hija como por instinto. Su mirada se posó en su rostro macilento sin poder verlo apenas, ya que había quedado girado hacia la túnica de John.

Al otro lado del joven, que había retomado su mutismo acostumbrado casi desde que había bajado con Ruth por las escaleras de la mansión, el señor de la Tierra observó de reojo cómo Sandra hacía algo parecido, alargando sus finos y elegantes dedos hacia la piel de su hija. En ese instante, sus miradas se cruzaron por una centésima de segundo. Y Ray creyó advertir, no sin cierto alivio teñido de amargura, un ligero destello de la antigua vitalidad que había caracterizado siempre a su mujer.

Pero el momento llegó y pasó tan rápido que casi pensó que se lo había imaginado y no tuvo tiempo de seguir reflexionando mucho sobre ello; puesto que en cuanto salieron de nuevo a la luz y se encontraron con los habitantes de aquella ciudad, otras preocupaciones ocuparon toda su atención.

—¡Gracias a los Dioses! —exclamó una jadeante Solena, que acudía corriendo en su dirección—. Cuando desaparecisteis en Grecia, temimos lo peor…

—Estamos bien, mi Señora —Marco se adelantó para sostener a la soberana con delicadeza, posando los dedos sobre sus hombros vestidos de seda violeta—. Pero ahora hay asuntos más preocupantes que debemos debatir —en ese instante, comprobó cómo Blanca se aproximaba, seguida de un Akhen aún más envejecido que la última vez que lo vieron y que apenas podía seguir el ritmo de sus sobrinas sin la ayuda de su bastón—. La rebelión en el Tártaro ha estallado —anunció sin más preámbulo.

Al oír aquello, la Suma Sacerdotisa de Ereka enseguida se llevó las manos a la boca, horrorizada. Solena Derfain, por su parte, palideció intensamente; pero la entereza inherente a su cargo la obligó a incorporarse enseguida,

procurando que sus gestos no temblaran. En cuestiones de responsabilidad, Blanca y Akhen habían resultado ser unos excelentes maestros.

—Entonces es peor de lo que imaginábamos. Esto explica muchas cosas —suspiró la Dama del Lago antes de volverse un instante hacia su hermana, compartiendo ambas una mirada cómplice que nadie más comprendió. Acto seguido, la mujer se giró de nuevo hacia los recién llegados y solo entonces reparó en la joven inerte que John traía entre los brazos—. Debemos hablar y pronto —decretó con un ligero temblor en la voz—. Habilitaremos una habitación para que Ruth descanse y, mientras tanto, organizaremos un plan.

—¿Un plan? —quiso saber Cora, aun temiendo que la respuesta no iba a gustarle y sin querer pararse a pensar en los efectos que pudiese estar teniendo ya la rebelión en el Tártaro sobre su amado planeta—. ¿Para qué, mi Señora?

Solo entonces Solena tragó saliva y replicó:

—Para la guerra, Cora… Para una guerra sin precedente alguno en nuestro mundo.

***

El salón de reuniones seguía tal y como los Elementos lo recordaban de unas semanas atrás, si es que habían pasado solamente semanas. En el Inframundo no habían tenido demasiada noción del tiempo, pero Solena les confirmó enseguida que sus suposiciones eran acertadas. No había pasado ni un mes desde que habían viajado a Grecia, pero poco después de su desaparición se había confirmado lo peor: que gran parte del Consejo de la Escuela de Ioannina, incluyendo al mismísimo Eneas, director de la Escuela, adoraba a los dioses de la oscuridad y buscaba el fracaso de la misión que los había llevado hasta allí.

—Algo sospechamos cuando Jorge y Anya nos atacaron en el oráculo de Hades —corroboró Cora— pero, ¿Eneas? Si parecía un buenazo… —de inmediato cayó en la cuenta—. ¿Jorge y Anya están…?

Solena mostró una triste sonrisa.

—Eneas al parecer era uno de los altos responsables del culto a Hécate en la Tierra —explicó en primer lugar pero, ante su nerviosismo, se apresuró a añadir—. Y sí, tanto Jorge como Anya están bien y recuperados. Por lo visto, la treta de Andie y Katrina de quedarse atrás dio resultado y por ello pudimos averiguar qué se estaba gestando realmente en Grecia.

—Y eso no es lo peor —intervino entonces Blanca, sin poder evitar que su rostro transluciera una honda decepción, algo a lo que enseguida se sumó su hermana menor—. Hemos sabido que Alesha de Mannah y Aysha de Ruben, sacerdotisas y señoras de su ciudad, han desaparecido hace apenas unos días de sus respectivas mansiones.

—¿Aysha? —se sorprendió Marco.

Aquella joven novicia… No era posible. Pero el semblante de Blanca Derfain no dejaba lugar a dudas.

—Esa criaja me las va a pagar muy caras —amenazó Loreen apretando los puños.

—¿Tú lo sabías? —la encaró entonces Marco sin violencia.

Su amiga, sosteniéndole la mirada con frialdad, asintió despacio.

—Nos enteramos apenas unas horas antes de ir hacia vuestra mansión para comprobar que los chicos estuviesen bien —explicó—. Tanto Ruben como Mannah se han convertido en campos de batalla donde los partidarios de la oscuridad y la luz, por decirlo de alguna manera, compiten por el control de las mismas.

—Y no acaba ahí —prosiguió Blanca—. Han amenazado con atacar otras ciudades cuando la rebelión tenga éxito. Todas las capitales de la Isla están en alerta máxima.

—¿Y tu gente, Hal? —preguntó entonces Cora, volviéndose hacia su compañero y amigo—. ¿Qué pasa con tu ciudad?

—Mi segundo al mando se está ocupando de todo —aseguró él con convicción y una extraña calma—. Yo tenía que asegurarme de que John estaba bien y bueno, ahora que vosotros habéis vuelto, quiero ayudar en lo que pueda.

—Y yo me sumo a ello —apuntó Akhen, también señor de la ciudad de Tribec—. No vamos a dejaros luchar solos en esta contienda. Hay demasiado en juego.

—Pero todavía hay más —terció nuevamente Blanca con voz lúgubre, haciendo que la emoción provocada por las palabras de ambos tornara de nuevo en pesimismo. De hecho, todos la miraron a la vez exceptuando su hermana y su tío, que ya sabían lo que iba a exponer y mantuvieron la mirada clavada en la madera de la enorme mesa de roble que tenían frente a sí—. Por lo que hemos averiguado tras capturar e interrogar a algunos seguidores de las dos hermanas, hace quince años, tras la muerte de Vivianne, Aysha se llevó a Roan, el hijo de Lady Giselle, a Mannah y lo dejó bajo la custodia de su hermana en el templo de Hathor. El niño había nacido Hijo de Venus y no encajaba en un templo de Ruben. Pero, por lo visto, nadie sabía lo que Alesha realmente pretendía hacer con él…

—¡NO! —gritó entonces Marco. Los presentes se quedaron petrificados mirando al señor del Agua, cuya mirada azul parecía albergar un maremoto en pleno apogeo. Pero él no pareció percibirlo—. ¡Maldito sea! ¡Maldito sea una y mil veces bajo la mirada de los Dioses!

—¡Mi amor! —saltó Cora como un resorte, agarrándolo del brazo con todas sus fuerzas y claramente alarmada—. ¿Se puede saber qué te sucede?

Ante el contacto cálido de su esposa, Marco pareció recuperar ligeramente

el dominio de sí mismo. Sus manos dejaron de alzarse como puños hacia el techo de la estancia y su mirada volvió a enfocar a su alrededor. Pero en su mente todavía retumbaba una frase pronunciada por Loreen hacía quince años: “Lady Giselle enviudó hace cuatro años… pero tiene un hijo. De casi dos”.

—Ronnie… —murmuró entonces, como si su cuerpo hubiese perdido toda la vitalidad de un plumazo—. Era él… Maldita sea. Siempre fue él…

Sandra, comprendiendo lo que decía, se tapó la boca con ambas manos a la vez que emitía un gemido. Ella tampoco quería creerlo. Cora, por su parte, conteniendo a duras penas la rabia por aquel descubrimiento, llevó a su marido hacia una silla cercana para que se sentara y pudiera serenarse, pues parecía capaz de derrumbarse en cualquier momento. Cuando cayó en el asiento, no obstante, el señor del Agua se limitó a enterrar la cara entre las manos, abatido. ¿Cómo no lo había visto antes? Esos ojos inconfundibles…

Sin embargo, la ajada voz de Akhen al otro lado de la mesa lo obligó a levantar la mirada unos segundos después.

—Por lo visto, el plan de las sacerdotisas era perfecto —masculló por lo bajo.

Solena apretó los labios.

—Ronnie… Claro —razonó, incrédula—. Las piezas siguen encajando.

—Y, entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó entonces una suave voz de adolescente.

Por supuesto, todos dieron un respingo al oírla; ya que habían olvidado que, aparte de todos ellos, viejos conocidos, había presentes en la sala dos jóvenes estudiantes con poderes poco corrientes. Ambos se habían situado junto a una esquina de la gran mesa de reuniones, quedando en silencio mientras los mayores debatían. Pero Irene ya no podía aguantar más. Sabía que estaban metidos en un lío muy gordo, que Ruth estaba los Dioses sabían en qué estado y que había que cerrar el velo entre la vida y la muerte que Ray y su padre habían mencionado… Como fuese.

—Primero de todo, necesitamos encontrar la forma de cerrar la puerta del Tártaro, donde quiera que esté —sentenció Marco, recuperada la compostura y al tiempo que miraba a Solena para pedir su aprobación.

—Ya he hablado con Óscar y Zoe para que organicen la defensa de Madrid —pronunció ella con rotundidad, mostrando su acuerdo con Marco mediante un asentimiento de cabeza—. Por lo visto y según nuestras informaciones, la ruptura que separa ambos mundos debería estar cerca de la ciudad, ya que casi toda la aglomeración de grinden, espectros y demás criaturas se está concentrando, de entrada, en sus calles. Ah, y Apofis también ha llegado ya. Eso sí lo sabemos y solo complica las cosas, me temo.

—Pero, ¿cómo vamos a solucionarlo, entonces? —quiso saber Víctor,

siempre pragmático pero conteniendo un escalofrío, al igual que el resto de los presentes, ante la mención del señor del mal del Antiguo Egipto—. ¿Hay algún conjuro? ¿Y cuántos magos necesitaremos para ello?

Para su consternación, sin embargo, los tres miembros de la familia real menearon al unísono con la cabeza.

—Lady Emily Danaira ha estado investigando junto con sus sacerdotes y sus consejeros durante todo este tiempo, pero no ha encontrado nada útil —confesó Solena, abatida—. Así que, mientras encontramos una solución a eso, deberíamos intentar proteger la Tierra a toda costa… Y procurar contener a Apofis de alguna forma. Al fin y al cabo, es una criatura con poderes divinos…

—¿Por eso has dicho que nos encontrábamos en una guerra sin precedentes, Solena? —intervino Sandra sin acritud.

A la Dama obviamente no le importó la falta de protocolo, ya que con los Elementos no era necesario. En cambio, movió la cabeza afirmativamente con tristeza.

—Los magos nunca hemos sido un pueblo que se inmiscuyera en los destinos del mundo más allá de lo justo, cuando nuestras habilidades eran requeridas para algún menester o para decidir la estrategia a seguir de gobiernos y ejércitos. Pero ahora —respiró hondo con pesar— contando con que la Humanidad, gracias probablemente a la labor de Aysha, Alesha y sus secuaces, ha conocido nuestra existencia y ha redoblado su odio hacia nosotros, no nos queda más remedio que cumplir con algo que mi madre vaticinó hace tantos años: defender el Universo frente a aquellos que quieren hacerlo caer con malas artes, trabajando codo con codo junto a los humanos.

—¿Morgana Derfain predijo que eso sucedería? —inquirió Ray, sin poder disimular la emoción en su voz al evocar a la gran señora que había sido la madre de Solena y Blanca.

La más joven sonrió ante su pregunta con una pizca de alegría destellando en sus ojos castaños.

—Su deseo siempre fue que los humanos y los magos llegasen a un entendimiento, todos lo sabemos —recordó—. Y que el amor triunfase sobre la violencia.

—¿El amor? —preguntó entonces Irene, cayendo en la cuenta de algo.

A la vez que hablaba, en un segundo por su mente cruzaron a toda velocidad imágenes de su llegada a Avalon, ese fatídico primer día en que pensó que su vida ya no tenía ningún sentido. Con el mal sabor del engaño en la boca había corrido ladera arriba y luego... El dragón… Y su mensaje: “el traidor está cerca y nada puede impedir que lleve a cabo la venganza de los condenados. Pero el amor más puro es el único que puede sellar para siempre la Puerta del Destino”.

“Por supuesto”, recapacitó, emocionada. “¡Ahí está la clave! ¡Tiene que ser eso!”

No había sido una casualidad, ahora lo veía totalmente claro… Todo estaba predestinado. Pero cuando recuperó por fin el resuello tras aquella revelación, en la que las piezas parecían haber encajado, y alzó la vista lentamente hacia la concurrencia, comprobó que sus pensamientos no habían pasado desapercibidos para varios de los presentes. Sobre todo, aquellos que podían leer mentes.

Y en los rostros de todos ellos se reflejaba un súbito aliento de esperanza.

—Irene —la llamó entonces Ray, visiblemente emocionado e intrigado a partes iguales, al tiempo que una frase pronunciada por Elisa frente a él hacía menos de un día cobraba fuerza también en su mente—. Creo que tienes algo más que contarnos, ¿no es así?

Secretos de confesión

Al otro lado de la ventana ya comenzaba a caer la oscuridad, pero John no se había movido de su posición desde que habían llegado aquella mañana. No había tocado siquiera la comida que le había subido su madre; puesto que donde debería tener el estómago solo notaba un tenso nudo que por poco no le impedía respirar. Allí sentado, junto a una Ruth inerte, se sentía impotente e inútil por diversos motivos. El primero de todos, por ser un Hijo de Marte y haber fracasado en la misión primordial de cualquier miembro de su Casa: defender y proteger a los demás. Y el segundo… El muchacho, sin poder evitarlo, tragó saliva y contuvo las lágrimas a la vez que tomaba una mano de la enferma entre las suyas con suavidad. Por su mente pasaban todo tipo de reproches: "¿Y si no hubiese sido tan cobarde? ¿Y si no hubiese sido tan egoísta como para rendirme y dejarla marchar?"

"No creo que seas un cobarde, John".

Al escuchar aquella respuesta telepática el muchacho dio un respingo y se volvió, alerta. Pero se relajó en cuanto vio quién era su interlocutora. Si bien era cierto que sus padres siempre se habían relacionado más con los Elementos de sus Casas de ascendencia, también era un hecho irrefutable que los otros dos formaban con ellos un todo único cargado de misterio desde tiempos inmemoriales… y de poder. Además de que aquella mujer era la madre de la joven a la que amaba con desesperación casi desde que era un crío.

Pero John no manifestó ninguno de esos pensamientos en voz alta. No era necesario. En cambio, se incorporó y recibió a Sandra con el gesto de su Casa: posando la mano derecha sobre su cadera izquierda, como si la llevase a la empuñadura de una espada invisible, y después al corazón.

La mujer, por su parte, lo correspondió con un amable asentimiento de cabeza a la vez que rodeaba la gran cama en la que se encontraba su hija, sentándose en el extremo opuesto al que ocupaba John. Lo cierto era que el dormitorio, como casi todos los de la fortaleza de Avalon, a pesar de las paredes de piedra pulida y antigua, los suelos de mármol y los muebles de madera clara tallada, tenía un magnetismo que ni el hotel rural más selecto de la Tierra hubiese podido alcanzar. Allí, todo parecía encajar perfectamente,

casi como si hubiese sido creado y colocado al mismo tiempo y en absoluta armonía.

Y en todo ese entorno casi surrealista, la figura pálida de Ruth y su rostro dormido parecían tan solo una pieza más de ese puzle, como si fuese su destino estar ahí. Sin pretenderlo, John y Sandra se estremecieron simultáneamente e intercambiaron una mirada cargada de significado. Habían pensado lo mismo. Pero ninguno lo expresó en alto, al menos enseguida.

De hecho, la primera en hablar fue Sandra, unos segundos después.

—La quieres, ¿verdad?

John, que había vuelto a tomar la mano de Ruth entre las suyas y la miraba tan fijamente que parecía que quisiera enviarle su propia esencia vital para hacer que despertase, alzó lentamente la mirada hasta cruzarla con la de la mujer rubia. No había rechazo en su actitud, sino una sencilla curiosidad que hizo que el joven novicio se animase por fin a confesarle a alguien sus sentimientos por Ruth. Aunque ese alguien fuese su propia madre.

—Sí —admitió, sosteniéndole la mirada con sencillez—. Creo que desde siempre.

Sandra asintió vagamente, como distraída, mientras sus ojos volvían a posarse en su hija.

—Nunca he tenido mucha relación con tus padres —admitió, sintiendo cómo el muchacho no perdía el hilo de ninguna de sus palabras y la observaba fijamente— pero siempre entendí que llevabas la vocación sacerdotal en las venas. No es un reproche —agregó acto seguido, alzando sus iris grises hacia él. Él no se ofendió puesto que sabía perfectamente a qué se refería. El hecho de entrar a cualquier servicio religioso de alguno de los cuatro cultos implicaba voto de celibato—. Solamente… Bueno —Sandra sonrió entonces, levemente pero sin alegría—. Me ha sorprendido. Nada más.

John tragó saliva. Sí, él tampoco se lo había conseguido explicar del todo en todos aquellos años. Desde que la había conocido y aunque tenía casi tres años más que él, Ruth siempre había despedido un magnetismo especial que hacía que todos los que la conocían y en especial el género masculino a partir de la adolescencia, hubiesen buscado su atención en repetidas ocasiones.

—Te confieso que yo tampoco he entendido nunca muy bien cómo podía estar enamorado aun habiendo mostrado siempre devoción hacia los Dioses —confesó John, inclinando de nuevo el rostro hacia Ruth— pero creo que no he entendido hasta hace un par de días qué era lo que me sucedía en realidad —levantó los ojos—. Veía su esencia y eso me cautivó hasta el punto de quedarse para siempre en mi corazón. Ruth rebosa luz, bondad y cariño. Es una digna Hija de la Tierra y el Aire —aseveró con convicción.

Pero, a pesar del cariño con el que había pronunciado esas palabras, para Sandra fue como si una lanza se clavase en su corazón de golpe, abriendo una

vieja herida que nunca había llegado a cicatrizar del todo.

“Lo era”, estuvo a punto de replicar, al tiempo que recordaba dolorosamente el día en que descubrió que Vivianne le había quitado los poderes a su hija. Pero se contuvo a tiempo al percatarse de que, en el fondo y aun sin las habilidades concretas de sus padres, Ruth nunca había sido una bruja corriente. Siempre había tenido un potencial mayor en su interior. Y sí, eso la hacía muy especial. Era totalmente cierto.

—¿Por eso hiciste entonces el voto de silencio, John? —aventuró la mujer sin alzar la voz y sin despegar la vista de su hija—. ¿Qué sucedió?

Sin quererlo, el joven sacerdote enrojeció.

—Sé que probablemente fue una chiquillada —admitió, ocultando el rostro bajo una cascada de cabello castaño casi rubio. Generalmente lo llevaba recogido en una cola de caballo que llegaba hasta la altura de sus omóplatos, pero ahora lo llevaba suelto y caía desordenado sobre sus hombros— pero en aquella fiesta de Beltane en Salem, hace año y medio, a mis trece años de edad estaba decidido a confesarle mis sentimientos a Ruth; en aquel instante, te aseguro que ni siquiera me importaba pasar al aprendizaje civil y abandonar el noviciado. No si ella me prestaba una mínima atención o me daba esperanzas —John apretó con suavidad los dedos de Ruth, casi como si Sandra ya no estuviese ahí y realmente estuviese confesando su dolor a la muchacha por la que tenía el corazón roto; una herida del pasado que se entremezclaba con la del presente en una incómoda sensación—. Pero alguien se me adelantó. No recuerdo su nombre ni su rostro, pero sí quedaron clavados en mi alma los ojos de Ruth cuando lo miró y lo besó delante de mis narices, como si yo no existiera —de inmediato, el joven se avergonzó de haber sido tan duro con la muchacha frente a su madre. Pero esta no parecía molesta, sino vivamente interesada en su relato—. Así que, en ese momento, opté por el voto de silencio para el resto de mi aprendizaje. Pues sentía que, hiciera lo que hiciese, el poder de mi voz ya jamás tendría sentido. No si no podía decirle a Ruth lo que sentía por ella.

Cuando terminó de hablar, ambos quedaron en un silencio profundo, apenas roto por el ulular de algún ave nocturna que comenzaba su hora de caza bajo la luz de la luna. Tanto John como Sandra parecían haberse quedado sumidos en sus propios pensamientos; al menos hasta que la mujer volvió a hablar.

—Te agradezco tu franqueza, John —le dijo, no sin cierta emoción tiñendo su voz. El muchacho no sabía si se debía a sus palabras, a la situación de su hija, a los recuerdos o a todo en general, pero optó por responder con un sencillo asentimiento de cabeza sin alzar del todo la vista. Sandra, por su parte, suspiró y miró hacia el ventanal más cercano antes de continuar—. El amor es uno de los sentimientos más poderosos y hermosos del mundo, pero también es muy complicado.

John asintió.

—Es curioso cómo algo tan precioso puede hacer tanto daño —corroboró —. Pero creo que merece la pena.

Sandra mostró entonces media sonrisa que el joven no supo descifrar.

—¿De verdad lo crees?

Ante lo cual el sacerdote, sin intuir todo el maremoto de sentimientos que se había desatado en el corazón de Sandra, haciendo surgir en ella sin quererlo todo lo que llevaba reprimiendo desde que Ruth le había dado la espalda a su familia por un rencor completamente justificado, sorprendentemente seguro de sí mismo y sabiendo que si Ruth despertaba, probablemente para él tampoco habría marcha atrás y apostaría todo a una única posibilidad, replicó:

—Sí, por todos los Dioses. Lo creo.

Frente al espejo

—Sigo sin saber qué haces aquí, Hal —lo pinchó Cora por enésima vez sin maldad alguna.

Y el Hijo de Marte, siguiendo la broma sin querer a pesar del ánimo funesto que invadía cada rincón de la fortaleza, repuso:

—Salvar al mundo. ¿Acaso hay mejor objetivo?

—Pero Cora tiene razón —arguyó entonces Marco—. Desde que Kenneth murió tienes una responsabilidad para con tu gente. Los Hijos de Marte dependen de ti.

Hal, por su parte, hizo un gesto con la mano como restándole importancia al asunto.

—Si la situación se tuerce, probablemente convocaré a mis hombres de Dhana para combatir —aseguró—; pero, de momento, sé que la Tierra está en buenas manos.

Cora lo miró, extrañada.

—Jamás pensé que oiría esas palabras de tus labios —admitió con asombro.

Ante lo cual, el rubio señor de Dhana, cuyo rostro apenas mostraba arrugas y cuyo cabello rubio no mostraba más que algunas canas dispersas con sus casi cuarenta y cinco años de edad, repuso con calma:

—No hablaba necesariamente de los humanos.

Cora torció el gesto, pero no comentó nada, sino que se limitó a darle la espalda. Ante lo cual, Hal, con toda la confianza del mundo, se aproximó y la tomó por un brazo.

—No me malinterpretes, Cora —le pidió con suavidad—. Sabes que aprecio la Tierra porque fue mi hogar cuando no me quedaba nada, pero hace años te dije que no creía que la Humanidad estuviese preparada para afrontar nuestra existencia y lo sigo manteniendo.

—Pero quieres ayudarnos a proteger la Tierra. “Su” mundo —recalcó la mujer.

Ante su rostro inexpresivo mientras pronunciaba aquellas palabras, el

hombre bajó los brazos en señal de rendición.

—Por vosotros iríamos hasta el fin del mundo —aseveró entonces Loreen, que había permanecido callada durante todo el rato que llevaban sentados en aquel salón.

Era una sala pequeña situada en la planta baja, pero no exenta de la elegancia que caracterizaba al resto del palacio. Las paredes estaban cubiertas de estanterías con volúmenes y en el centro del mismo habían dispuesto una serie de divanes tapizados de pieles diversas y mesas auxiliares de talla tosca.

—Es curioso que tú odies a los humanos —apuntó Marco sin acritud—. Puesto que los magos fueron los que te hicieron la vida imposible en su día…

—Precisamente por tener una parte humana —replicó Loreen con sorna, aunque no pudo disimular una pizca de amargura en su voz—. Me demostraron que era una debilidad. Un motivo de burla.

—Yo confieso que me sorprendió saber que la magia existía en el mundo —adujo Cora— pero, aunque ahora no renunciaría a mis poderes por nada, sé que en el fondo sigo siendo una humana mortal y corriente, con mis debilidades y mis defectos —tomó la mano de su marido y ambos se miraron a los ojos intensamente, compartiendo en ese silencioso gesto un entendimiento reservado para tantos años de matrimonio—. Ambos hemos vivido a ambos lados de la barrera, cierto. Pero yo creo que ya es hora de que dicha barrera desaparezca.

—Estoy con Cora —agregó Marco—. Nada ni nadie dice que la situación sea idílica, chicos. Pero es posible que, si nosotros cuatro aceptamos que la magia existía, alguien más sea capaz de convivir con esa realidad.

—Entonces, según vosotros —repuso Loreen— la clave estaría en enterrar el hacha de guerra aunque se hayan cometido tantas atrocidades en contra de nuestro pueblo durante siglos, ¿no es así?

Marco la miró con cariño.

—Lo, esto no va a ser una nueva Farthia. Te lo prometo.

—Y si la Profecía se cumple —intervino entonces Hal, procurando ignorar el bufido escéptico de su esposa ante aquella afirmación—, ¿crees que ese será un mundo seguro para vuestro… nieto?

En esta ocasión fueron Cora y Marco los que resoplaron, silenciosamente y al unísono. Aquella era la incógnita que todos daban por hecho que resolvería la Profecía de los Elementos emitida en Delfos hacía tantísimos siglos. Pero ni siquiera los propios implicados estaban dispuestos a asumir que ese era su destino y punto. Precisamente por uno de los motivos que habían llevado a ocultar a sus hijos quiénes eran en realidad: que pudiesen tener la oportunidad de elegir y ser quienes realmente quisieran ser, no lo que el destino decidiese. Pero preferían no pensar en que ese futuro predicho se estaba cumpliendo lo quisieran o no.

—Creo que, si la Profecía se resuelve con la unión de Irene y Víctor para que alumbren al Elegido, hombre o mujer y nos guste más o menos la idea, este será una pieza clave de ese entendimiento entre los habitantes del Universo. Al fin y al cabo, tendrá los cuatro poderes más importantes de la Historia en su cuerpo.

Cora no estaba segura de dónde había sacado el convencimiento para afirmar aquello, pero de algún modo, lo creía de verdad en el fondo de su corazón. Y al mirar a Marco comprobó que el sentimiento era mutuo.

Hal y Loreen, por su parte, intercambiaron una mirada indescifrable antes de levantarse de sus asientos con cansancio evidente y alegar que iban a subir a ver a John y a descansar un poco.

—Sabéis que nunca estaremos de acuerdo en un apoyo incondicional a los humanos sin poderes —alegó Loreen antes de irse— pero, si se os ocurre una forma de resolver el tema de la puerta al Tártaro y así podemos salvar nuestro mundo, ya sabéis dónde estamos.

—Hal —llamó entonces Cora a su amigo, antes de que salieran. Cuando este se giró, la mujer pelirroja sonrió con sinceridad—. Gracias.

Ante lo cual, el matrimonio de magos se volvió y, tras cruzar una nueva mirada, afirmó al unísono:

—Por vosotros, siempre.

Sin embargo, cuando se quedaron solos, Marco se sentó de nuevo, agotado. Cora, por su parte, se aproximó a una de las ventanas mientras contemplaba el exterior con aire pensativo.

—Sé que esto lo hablamos hace tiempo —empezó entonces, al cabo de unos minutos— pero, ¿te arrepientes de haber ocultado la verdad a Irene?

Marco alzó la cabeza de inmediato, sorprendido. A la luz de la luna, los ojos de Cora brillaban como dos brasas candentes, pero no había hostilidad en su actitud. Simplemente, su cuerpo se veía sacudido por emociones tan diversas que no podía ponerles freno. Estaba asustada… y preocupada. Por su mundo, por Irene, y por el futuro. Por ese motivo, Marco se obligó a incorporarse y se aproximó a ella hasta rodearla con sus brazos por completo. Su piel ardía.

—Sabes que nunca estuve del todo de acuerdo con ello, pero también conozco uno de los motivos por los que lo hicimos. Algo que creo que Irene ha olvidado pero que quizá debería saber —se encogió de hombros y apretó ligeramente los labios, indeciso—. Quién sabe, quizá así termine de perdonarnos —suspiró—. Tenemos que seguir juntos, mi amor.

Cora asintió despacio sobre su hombro.

—No podría soportar perderla otra vez, Marco —sollozó sin poder evitarlo —. La quiero tantísimo… Es mi niña, la única que jamás tendré…

—Lo sé —su marido la besó suavemente en la coronilla mientras sus dedos recorrían lentamente su espalda, tratando de calmar su ansiedad de alguna manera y de refrescar su espíritu súbitamente incendiado—. Pase lo que pase, siempre será la hija más maravillosa del mundo, porque es nuestra. Y tiene que saberlo.

Cora asintió de nuevo y se separó un instante de Marco, lo justo para llevar después sus labios empapados en lágrimas a los de él. El hombre de Agua le devolvió el gesto despacio, bebiendo el agua salada de sus labios y sintiendo cómo, después de tanto tiempo y tantos sucesos —durante la estancia en el Inframundo él también se había percatado de lo que sucedía, de la distancia que Cora se autoimponía con su Elemento para no debilitarse— su unión volvía a estar intacta. Los polos opuestos volvían a atraerse con fuerza, entrelazando sus hilos para no volver a romperse. La pasión renació entonces entre ambos con la fuerza de un huracán, más potente que nunca en todos los años que llevaban juntos, y ello desembocó en que ambos terminasen en íntima y salvaje unión sobre el diván más cercano.

Sin embargo, cuando terminaron, Cora susurró junto a su cuello:

—Sabes que te quiero, ¿verdad? Como no he amado jamás a nadie.

Ante lo que Marco sonrió y dijo:

—Yo a ti también —añadiendo acto seguido, al tiempo que pasaba un brazo bajo los hombros de Cora—. Es posible que nuestro amor estuviese predestinado por ser los Elementos, pero no me arrepiento de nada.

—Yo tampoco —reconoció Cora antes de sonreír con picardía—. Sobre todo, porque de él salió Irene y, después de ti, no podría querer más a ninguna otra criatura del mundo…

De golpe, se calló. No podía ser, ¿o sí? ¿Tan sencilla era la clave de la profecía que aquel dragón le había hecho a Irene, o de la críptica revelación que Elisa le había hecho a Ray justo antes de que se desatara la hecatombe?

Parecía imposible y sin embargo, cuanto más se miraban a los ojos y veían sus respectivos Elementos girando en el fondo de sus almas, más creía el matrimonio haber dado con la solución.

—Vamos a avisar al resto —determinó Cora entonces—. No hay tiempo que perder.

Mar en calma

La flor que ascendía entre aquel resquicio entre las rocas era de color rosáceo oscuro, con seis pétalos y un centro de estambres de color azul violáceo. A la luz de la luna, su aspecto era tenebrosamente hermoso, pero Ray no se amedrentó, sino que su mano se movió de nuevo sobre ella, haciendo que se alzara unos centímetros más sobre su pequeño tallo de color verde brillante y abriese su elegancia del todo hacia los rayos nacarados de la reina de la noche.

—Un precioso adorno en estos días funestos.

El hombre de Tierra dio un ligero respingo antes de, con calma fingida, invertir el proceso y hacer que la florecilla volviese a ser parte de la tierra. De sí mismo. Suspiró. De tan absorto como estaba, no la había oído llegar.

—¿Qué haces aquí fuera, Blanca? —le preguntó con afecto—. Deberías estar descansando.

La mayor de las Derfain, sin embargo, mostró media sonrisa al tiempo que se acercaba y se sentaba junto a su amigo en la base del acantilado; una estructura que siempre había protegido la entrada a la fortaleza de Avalon por mar. “Pero, ¿hasta cuándo?”, pensó la joven sin poder reprimir un escalofrío. Y aunque sabía que Ray lo había escuchado perfectamente, la sacerdotisa se mantuvo estoica mirando hacia las olas que lamían el extremo opuesto de la playa. “¿Cuándo dejaremos de luchar por lo que somos? ¿Cuándo…?”

“¿… llegará la paz?”, completó Ray sin abrir la boca, girándose del todo hacia ella. La mujer de apenas treinta y dos años le devolvió el gesto y ambos se quedaron entonces en silencio, mirándose, hasta que la bruja apartó de nuevo la mirada con un suspiro.

—Mentiría si dijese que no tengo miedo, Ray —reconoció entonces, humedeciéndose los labios—. Siempre… Casi desde que nuestro padre nos encerró, he temido por la suerte de Solena. Los ignorantes preguntarán, por supuesto, si como hermana mayor nunca he querido el poder. Pero es así: no lo he ansiado nunca —tragó saliva—. Solo he buscado que el equilibrio se mantuviera y mi hermana pudiese alcanzar, contra viento y marea, el lugar que le correspondía… Pero… —la voz de la mujer se quebró e inclinó la barbilla, a la vez que una lágrima traicionera caía por su mejilla izquierda—.

Perdóname —se excusó ante su amigo, que la observaba mientras compartía sin quererlo su profunda tristeza, al tiempo que parpadeaba rápidamente para mantener las emociones a raya—. No he podido evitarlo.

Ante lo cual Ray tomó su mano con delicadeza entre los dedos de una de las suyas y, con la opuesta, la obligó sin violencia a levantar la barbilla.

—No te excuses por expresar lo que siente tu corazón, Blanca —le pidió sinceramente—. Siempre has tenido que ser más fuerte de lo que te correspondía, desde que eras una niña. Y, en realidad, la debilidad de uno mismo es algo que muy pocos se atreven a mostrar, si no es en soledad. Eres valiente, sacerdotisa —la alabó—. Una de las más valientes que conozco.

Tras sonrojarse por el cumplido, Blanca mostró una ligera sonrisa que no asomó a sus ojos. Ray, por su parte, había notado su propia alma ensombrecerse al pensar en otras dos sacerdotisas a las que en sus peores momentos deseaba poder estrangular con sus propias manos.

—Tanto la profecía hecha a Irene por aquel dragón como lo que confesaste que Elisa Guntek te dijo en el Inframundo, anuncian que un amor sin fisuras será el que salve el mundo; y siempre he creído que esa era una magia natural e imbatible —admitió Blanca entonces, suspirando—. Pero ahora… —sacudió la cabeza—. Mi fe flaquea, Ray. No sé en qué creer.

—No digas eso, Blanca, por favor —la reconvino Ray sin dureza pero con determinación, al tiempo que algo en su corazón se estrujaba sin remedio—. Mira, no soy sacerdote, pero sé que los Dioses están de nuestra parte, lo he oído de primera mano y sé que me crees —apretó sus manos a la vez que los ojos de ella, cargados de tristeza reprimida, se cruzaban con los suyos—. No podemos permitir que el mal venza —afirmó Ray—. Yo… —su voz se quebró un instante— he visto lo que el amor es capaz de hacer para bien y para mal, pero creo de corazón que es cierto que puede vencer a la oscuridad y a casi cualquier cosa —resopló—. El problema es que no tengo ni idea de cómo…

Frustrado y sin saber qué más decir, el hombre alzó los dedos al cielo, como si buscase realmente la respuesta en los Dioses que estuviesen ahí arriba. Pero Blanca, por su parte, se quedó en silencio, observándolo mientras hablaba y después de que callase, con algo indefinido rondando su cabeza.

—Ray, ¿qué ha sucedido entre Sandra y tú? —se atrevió entonces a preguntar.

Como casi todos, había percibido desde la primera reunión de urgencia en la fortaleza que algo no iba bien. Pero si, precisamente, el amor era la clave para resolver el enigma y restaurar la paz en la Tierra, la joven sabía que había que solucionar aquella desavenencia como fuese posible. Y estaba segura de que él también lo sabía.

Pero Ray, por su parte, aún tragó saliva con fuerza y contuvo un gesto de

dolor antes de vocalizar en alto lo que pensaba al respecto. Resumidamente que, desde que Ruth les había dado la espalda al descubrir que ella no compartía los poderes de su hermano, Sandra había caído en un hermetismo sentimental tan profundo que parecía que nadie, aparte de su pequeña, aquella por la que habían luchado tanto y que había llegado como un regalo cuando no lo esperaban y creían que iban a morir por una causa cuya magnitud apenas conocían, sería capaz de devolverle la esperanza o las ganas de vivir.

—Y ahora, considerando que está en cama por culpa de ese desgraciado de Roan, o Ronnie, o como se llame… Creo que Sandra ha perdido la fe definitivamente… —afirmó con la voz rota al tiempo que enterraba el rostro entre las manos—. En todo.

Blanca, por su parte, se quedó un instante pensativa al tiempo que apoyaba los dedos en el hombro de él en una muda señal de apoyo. Sin embargo, en ese instante era más consciente que nunca de que tenía que sacar un tema muy espinoso. Por ello, al final, se armó de valor para decir suavemente:

—Todos sabíamos que esto iba a suceder, Ray.

El hombre de Tierra alzó la mirada sin asomo de sorpresa en sus ojos oscuros, pero haciendo un claro esfuerzo para no demostrar el desgarro interior que sus palabras provocaban. Una rotura del muro de contención que había mantenido a raya aquellos recuerdos durante tantos años.

—Todavía me acuerdo del día en que Jess vio cómo los humanos descubrirían que nuestro mundo coexistía con el suyo —admitió en voz baja —; y que, con ello vendría un período de oscuridad para toda la Humanidad, fuese de naturaleza mágica o no —apretó los puños—. Pero jamás imaginé que el alma del traidor de la que habló entonces procedería de mi propia hija.

“El traidor… La traidora”. Qué más daba. Aquel apelativo llevaba quitándole el sueño desde que el cuerpo de Daniel Guntek había aportado la sangre necesaria para robarle los poderes a su hija y devolverlos al cuerpo de sus padres.

—El destino es un compañero de viaje caprichoso a lo largo de nuestra existencia —manifestó entonces Blanca con una derrota en la voz que Ray le había escuchado muy pocas veces—. Por mucho que intentemos luchar contra él, por muchas opciones que parezcamos tener para tratar de cambiar las cosas… Al final, está claro que las cosas llegan… Y las visiones se cumplen.

—Sí —corroboró Ray, angustiado—. Y maldita sea si lo sabemos.

Cuando la menor de los Connell les había transmitido aquella visión cargada de malos presagios, con total discreción para no alarmar a la Comunidad Mágica, las dos hermanas Derfain habían hecho lo posible por buscar una opción alternativa y menos dolorosa. Los magos cercanos a la familia real de Avalon que no pensaban como Hal o Loreen y realmente querían que la concordia con los humanos llegase, lógicamente, se habían

prestado a intentar cambiar las cosas…

Pero no había servido de nada. Ni siquiera los tres agentes de confianza que Blanca se había atrevido a enviar a diferentes puntos del pasado y el futuro habían vuelto a dar señales de vida. De alguna manera, si habían cambiado algo, o bien las aguas habían retornado a su cauce o todo estaba planeado de antemano para suceder así.

De hecho, Ray no quería ni recordar la discusión que Cora y Sandra habían tenido tras el nacimiento de Víctor, y eso que había sucedido antes de la predicción. Si se sumaba que, posteriormente, los cuatro habían llegado a la consciencia de que Irene ya había sido concebida cuando Ruth había perdido sus poderes, aquello solo había empeorado la situación; haciendo que los cuatro albergasen, de repente, un miedo aterrador a lo que el futuro les pudiese deparar, con Profecía de los Elementos o sin ella. Porque, por supuesto, en la visión de Jessica tenían cabida ellos seis. Por suerte, la mediación de Ray y Marco había conseguido que la cosa quedase en una mera hostilidad pasajera. Al menos, hasta que…

Ray meneó la cabeza. Recordaba nítidamente el momento en que Marco lo había llamado, trece años atrás, nervioso como nunca lo había notado en todos los años de amistad que llevaban compartidos, para contarle la noticia.

Tras dos años prácticamente dedicados a Irene en cuerpo y alma, Cora y él habían decidido escaparse un fin de semana a la costa para disfrutar del sol y el mar, aprovechando así a visitar a los padres de ella, que vivían cerca del lugar escogido. Irene se quedaría un par de días con sus abuelos y así sus progenitores disfrutarían de unos días de relajación veraniega a solas.

Pero, durante la primera, noche ambos se vieron sobresaltados por el sonido del teléfono y la voz angustiada de Mauricio Ferrer, padre de Cora, narrándoles entre hipidos histéricos que se había producido un incendio en la casa; pero que tras sofocarlo y considerando que la madre de Cora había recibido quemaduras de segundo grado, lo más sorprendente había sido encontrar a Irene, a la que daban casi por muerta puesto que se encontraba en la habitación más alejada de la casa, sentada e indemne en medio del desastre.

El rumor, como era lógico, enseguida corrió entre los vecinos. Pero, gracias a la oportuna intervención de Andie y algunos compañeros de Escuelas cercanas, el incidente se olvidó rápidamente. Sin embargo, eso solo fue la gota que colmó el vaso y empujó a los cuatro Elementos, definitivamente, a tomar la decisión de que sus tres hijos crecieran como magos normales y en igualdad de condiciones. Así, cuando fuesen lo suficientemente mayores, podrían escoger su propio camino con conocimiento de causa. Pero ahora Ray se preguntaba, como alguna vez había apuntado Marco en el pasado, si no habían cometido un terrible error.

Durante todo ese tiempo de reflexión, por su parte, Blanca parecía saber lo que estaba pensando; hecho que demostró cuando tomó de nuevo sus dedos

con fuerza y le aseguró, ya habiendo recuperado su entereza habitual:

—Ray: sea como sea, saldremos de esta. Te lo prometo.

Ante lo cual el hombre de Tierra, todavía ligeramente conmocionado por los recuerdos, preguntó:

—¿Cómo, si mi esposa no quiere ni acercarse a mí?

Frente a aquella cuestión, sorprendentemente, la Suma Sacerdotisa de Ereka se puso seria de repente y pronunció, esta vez con toda la seguridad del mundo:

—Tu mujer sufre y con razón, Ray. Pero, aunque Ruth esté postrada en cama y enlazada a ese portal maldito, suceda lo que suceda cuando lo cerréis, en cuanto Sandra se dé cuenta de que aún tiene un motivo real para vivir aparte de su hija… —apretó los labios y sus dedos entre las manos—. Regresará. Estoy segura.

Tras reponerse de la sorpresa, el hombre de Tierra sonrió emocionado por sus palabras. Pero antes de que pudiese replicar, el sonido de una embarcación acercándose sobre las olas hizo que los dos se incorporasen, alerta. Sin embargo, en cuanto el emblema de los Hijos de Saturno, la hoz sobre el reloj de arena dibujada en negro sobre azul, relumbró a la luz de la luna, ambos se tranquilizaron y avanzaron para recibir a los recién llegados. Una visita que Blanca había convocado hacía tan solo unas horas y de la que Ray no tenía constancia, pero de la que no desconfiaba en absoluto. Si la Sacerdotisa necesitaba apoyo de su ciudad en aquellos momentos, cualquier ayuda era bienvenida.

Sin embargo, aunque se alegró de ver a la primera pareja que descendió por la pasarela al embarcadero, su vello se erizó de inmediato cuando contempló a la siguiente figura que apareció en cubierta, escoltada por dos encapuchados.

Procurando ignorarla de entrada, Ray se dirigió hacia Jacob Connell y Bella Meadows, sus buenos amigos de juventud y Consejeros de Blanca Derfain en Ereka. Ella era Hija de Urano, pero tras su matrimonio con Jake, Consejero Privado de la actual Suma Sacerdotisa de Ereka, Bella había optado por quedarse a vivir en la Isla con su marido y sus dos hijos, Robert y Cassandra. Los cuales aparecieron unos segundos después por detrás de sus padres y sin despegar la vista del suelo. Estaban muy asustados y Ray trató de tranquilizarlos por impulso, lo que le devolvió dos agradecidas sonrisas al cabo de unos instantes y una mirada aprobadora de su padre.

No obstante, antes de que pudiesen intercambiar más palabras de camaradería, la figura desconocida llegó a su posición y se inclinó frente a Blanca, haciendo su gesto protocolario.

—Ray —dijo esta entonces—. Te presento a Kaia, señora de Ereka.

El hombre, por otra parte, tuvo que hacer un esfuerzo para devolverle el

saludo a la dríade.

—Creo que ya nos conocíamos —dijo Kaia entonces con voz aterciopelada. En efecto, se habían visto en la reunión de urgencia convocada semanas atrás, pero eso no reducía la ansiedad que le provocaba a Ray ver a un miembro de su especie. Nida había aportado bastante trauma al respecto en su vida. Kaia, por su parte, si percibió su incomodidad no lo demostró, sino que se inclinó de nuevo antes de decir—: Es un placer conocer por fin en persona al portador del Elemento que dio vida a mi pueblo.

Ray, aturdido todavía, se obligó a carraspear antes de responder.

—El placer es mío… Mi Señora.

Kaia, esta vez, sí hizo ver que percibía su turbación. Y por supuesto que conocía el motivo.

—Debo decir, antes de nada, mi Señor, que lamento profundamente el dolor que algún innombrable miembro de nuestra especie pudo causaros en el pasado. Pero quiero luchar a vuestro lado, si me lo permitís.

Ray se quedó estupefacto mientras la dríade clavaba sus tranquilos ojos almendrados en él. ¿Cómo…? No entendía nada. Pero ante una muda señal de Blanca, en una centésima de segundo optó por morderse la lengua y responder cortésmente:

—Por supuesto, mi Señora. En la guerra que se avecina, todos seremos pocos.

“Aunque espero que no tenga que durar demasiado”, pensó para sus adentros, sin saber muy bien tampoco de dónde había sacado aquella afirmación. Pero Kaia, por su parte, pareció conforme con su respuesta, puesto que se inclinó de nuevo y a una seña de Blanca, siguió a Jake y a Bella hacia el interior de la fortaleza, dejando a un Ray confuso y que trataba por todos los medios de recuperar una respiración normal.

La presencia de la dríade lo turbaba extrañamente, pero además, con aquella visita sentía cómo las piezas se movían sobre el tablero al igual que diecisiete años atrás. Aunque, esta vez, la batalla sí sería de dimensiones épicas. Era muy consciente de ello.

Y, aun así, en cuanto Ray comprobó que Blanca y él se quedaban algo rezagados, lo único que se atrevió a preguntarle a la mujer fue:

—¿Cómo es posible?

Y la sacerdotisa, intuyendo a qué se refería, sonrió con complicidad.

—¿Te refieres a cómo una dríade ha llegado a ser Hija de Saturno y señora de una ciudad? —adivinó y, ante su expectación, sonrió más ampliamente y con algo similar a un extraño orgullo cincelando sus rasgos—. Bueno: te confesaré que, como en muchos otros asuntos y siendo un descubrimiento reciente, no se ha llegado a una conclusión todavía. Pero yo sí que tengo una

predicción que hacer al respecto —aseguró sin vacilar.

Ray, curioso, enarcó una ceja al tiempo que le devolvía una sonrisa idéntica.

—¿Y… cuál es, mi Señora? —preguntó.

Blanca, girándose un instante en su dirección, afirmó con convicción absoluta:

—Que esto solo es el primer paso…

El amor más puro

Irene cerró los ojos, al tiempo que permitía a la brisa marina jugar con sus rizos pelirrojos y refrescar su rostro. A pesar de que ya había arrancado el nuevo año y estaban en pleno enero, no sentía frío, pero eso no era una novedad. No desde el día de su quince cumpleaños, cuando había descubierto quién era en realidad. Su cuerpo, sorprendentemente, era capaz de atemperarse perfectamente tanto frente al frío como frente al calor, quedando siempre en un estado de "confort térmico", como recordaba que lo llamaba técnicamente la maestra Zoe García. La muchacha sintió cómo un nudo se apoderaba de su estómago al pensar en dónde podría estar ahora aquella mujer que tanto le había enseñado… que siempre la había apoyado aun sabiendo que no era exactamente de su misma Casa.

No, claro; ella albergaba, precisamente, la mitad del poder regente de los Hijos de Júpiter. Y sin embargo… Irene sacudió la cabeza. ¿Cómo era posible que todos hubiesen interpretado su papel tan a la perfección? ¿Cómo era posible que su intuición no hubiese sido capaz de detectar nada? Sin querer, se llevó instintivamente la mano al cuello, donde siempre había pendido su pentáculo dorado. El amuleto que, por lo visto, había aprisionado su poder real.

Pero, después de todo lo sucedido, de alguna manera Irene ya no se sentía capaz de albergar rencor. Al contrario, se sentía vacía, indefensa y más perdida que nunca. Ya no estaba segura de nada. ¿Cuál era su lugar en el mundo? ¿Realmente no se podía burlar al destino? ¿Era aquello lo que tenía que suceder sin remisión alguna?

Sus amargas cavilaciones, sin embargo, fueron interrumpidas sin llegar a una conclusión válida por unos suaves pasos a su espalda. La entrada a aquella galería abierta a la playa en la cara sur de la fortaleza era apenas un arco tallado en la roca y ornamentado con motivos vegetales diversos.

Pero, ahora, con el recién llegado, al contacto con las palmas de sus manos pareció como si las tallas cobrasen vida un instante, serpenteando brevemente para cambiar de posición. Un aviso de su llegada para no asustarla. No obstante, el intruso debería haber sabido que a la hija del Agua y el Fuego no se la puede sorprender fácilmente. Aun así, al igual que el de ella, su

semblante también trataba de mostrar una serenidad que no sentía ni por asomo.

—Perdona —se excusó Víctor sin alzar la voz—. No sabía que estabas aquí.

—No importa —replicó ella con sinceridad, al tiempo que se volvía. Por algún motivo, la presencia del chico hacía que su ansiedad se diluyera ligeramente, cosa a la que no renunció aun intuyendo de dónde procedía dicha habilidad—. Has… ¿visto a Ruth?

De alguna manera y por algún motivo que se le escapaba, en realidad Irene seguía sintiéndose tremendamente culpable de todo lo sucedido con la hija mayor de Sandra y Ray. Desde la discusión en Yule hasta su caída en coma tras el ritual macabro de Ron… Roan. Roan de Ruben. Debía obligarse a recordar su nombre como realmente era, para maldecirlo una y mil veces frente a los Dioses y desearle los peores tormentos en el Tártaro… Aunque claro, si la puerta estaba abierta… Irene se estremeció solo de pensar en volver a encontrárselo cara a cara, aunque fuese como espectro.

Víctor, leyendo su mente casi sin querer, se aproximó un par de pasos, pero no dio a entender que sabía lo que cruzaba por su cabeza. Tampoco respondió a su pregunta. Sí, la había visto. Pero no quería hablar de ello.

—¿Estás bien? —preguntó, en cambio—. ¿Tienes frío?

Ella, al escucharlo, mostró una sonrisa sarcástica sin poder evitarlo.

—La mitad de mi alma es Fuego —le recordó sin maldad—. Creo que podré soportar un poco de brisa fresquita…

Él sonrió ligeramente, divertido por el comentario, pero su rostro volvió a ponerse serio de inmediato.

—Perdóname, Irene —se disculpó entonces.

La chica levantó las cejas, genuinamente sorprendida por aquello.

—¿Por qué, Víctor? —preguntó—. ¿Qué tengo que perdonarte?

Él dudó un instante antes de responder.

—Por estar enamorado de ti. Por el hecho de… —tragó saliva con fuerza, inseguro sobre lo que iba a decir. Pero lo había pensado mucho y era una idea que llevaba torturándolo desde que Ruth había caído en coma— haber nacido predestinado para estar contigo —el rostro de Irene se desencajó por completo ante aquella frase, pero Víctor no le permitió interrumpirlo—. Quiero que seas libre para elegir, Irene. Sé que nuestros padres no se portaron bien con nosotros, que quizá no debieron ocultarnos nuestros poderes; pero… —nervioso, se pasó una mano por el pelo castaño oscuro—. Bueno, hay que concederles el mérito de que lo único que buscaban era que pudiésemos escoger nuestro futuro. Ahora lo entiendo… Y de verdad que, cuando pase todo esto, estoy dispuesto a intentarlo por todos los medios —la tomó por los

hombros, tratando de ignorar la parálisis que se había adueñado de la muchacha en un segundo, y concluyó—. Quiero que seas feliz, Irene. Pase lo que pase. Aunque… no estemos juntos. ¿De acuerdo? Podré convivir con ello, de verdad.

Acto seguido, desinflado tras haber soltado todo el discurso, sin esperar respuesta y sin atreverse a volver a mirarla a los ojos, Víctor retiró las manos y se giró para marcharse de nuevo de la galería. Cierto era que había subido allí buscando un lugar para meditar tranquilo, pero si estaba Irene… Lo quisiera o no, la amaba con locura.

Sí, solo tenía catorce años, pero ¿y qué? Ya no era el muchacho enclenque e inseguro que dos semanas antes se había quedado dormido encima de un libro donde se hablaba de su verdadera esencia. No se lo habían dicho, pero tenía ojos en la cara. Sabía lo que le había sucedido, los cambios que había experimentado su cuerpo en la última semana desde que su madre le retirase su preciado amuleto de jaspe del cuello, aquel que contenía sus poderes. Pero, a sus ojos, eso no cambiaba nada respecto a Irene. En ningún sentido.

O al menos, eso creía. Puesto que lo último que esperaba era, un segundo después, ser retenido por un puño firme para acto seguido encontrarse con los labios de la muchacha sobre los suyos. Al principio, Víctor se quedó igual de paralizado que ella cuando le había confesado su deseo unos minutos antes, sin saber qué hacer. Pero al percatarse de que, en efecto, no estaba soñando y aquello era real, el chico rodeó su cintura con los brazos al tiempo que devolvía el beso, con torpeza y pasión a partes iguales, a la mujer que lo volvía loco.

Sin embargo, al cabo de un rato que Víctor querría haber detenido para siempre en el tiempo, un carraspeo emitido a apenas un metro de distancia los devolvió al mundo real de golpe, haciendo que se separasen bruscamente y mirasen en esa dirección.

—¡Mamá! —se escandalizó Irene, tras reponerse de la sorpresa—. ¿Qué narices…? —pero ante el gesto conciliador de Cora, sorprendentemente, se quedó con la palabra en la boca. Puesto que su madre mostraba una extraña sonrisa, casi emocionada—. Mamá, ¿qué…? —balbuceó entonces, entre irritada por la interrupción y preocupada por aquella actitud de Cora—. ¿Qué haces aquí arriba? ¿Ha ocurrido algo?

—Nada malo, hija, te lo aseguro —la tranquilizó su madre con suavidad. Sí; definitivamente, su actitud era muy extraña. No era la mujer belicosa que Irene siempre había recordado. Pero la joven no tuvo mucho tiempo para pensar en ello antes de que la mujer de Fuego se volviese hacia su izquierda y dijese—. Víctor, cielo, necesito hablar un momento con Irene a solas, pero creo que tus padres te esperan en la sala de reuniones. Hay cosas importantes que debemos comentar entre todos.

El mensaje era claro, pero sin hostilidad; por lo que el joven, tras

intercambiar una sincera mirada con Irene que para su sorpresa hizo estremecer hasta el último nervio de su cuerpo, desapareció por el arco que conducía de nuevo al interior de la fortaleza.

Cora, por su parte, en cuanto se quedó a solas con su hija enarcó una ceja en su dirección. Lo que provocó que aquella, que generalmente respondía con exabruptos a cualquier provocación por parte de su madre, enrojeciera intensamente y apartara la mirada por primera vez en su vida sin decir una palabra.

—Y yo que creía que no querías verlo ni en pintura… —comentó entonces con sorna la mujer de Fuego.

—¡Oh, mamá! —se defendió Irene con un mohín pero sin poder evitar sonar avergonzada y algo resignada—. Supongo que en el fondo es lo que tenía que ser…

Cora se apoyó a su lado en la balaustrada de piedra, dando la espalda a la playa.

—Irene, quiero hacerte una pregunta —le dijo entonces—. ¿Crees que a tu padre yo siempre le he querido igual que ahora?

La muchacha, sorprendida, se tomó unos segundos para meditar sobre ello al comprobar la intensa mirada que le dirigía su madre, a la espera de respuesta.

—Supongo que sí —replicó al final, dubitativa—. Se os ve tan… Unidos… Apasionados… —suspiró—. Ojalá yo tuviese algo así… —pero la risita que soltó su madre a continuación la escamó, intuyendo que había algo más detrás de aquella pregunta—. ¿Qué? —preguntó, curiosa y sin violencia—. ¿Qué pasa, mamá?

Cora la miró entonces de una forma que solo consiguió acicatear el interés de Irene.

—Tu padre y yo, desde que nos besamos por primera vez —confesó—, tardamos casi cinco años en estar juntos de verdad.

—¿Cómo? —Irene se quedó boquiabierta, pero al comprobar que su madre no parecía estar de broma, inquirió con mordacidad—. ¿Y qué hicisteis durante esos cinco años? ¿Rondaros mutuamente a distancia?

Cora mostró entonces una triste sonrisa que borró la ironía del rostro de su hija de un plumazo.

—Odiarnos, más bien —admitió con tristeza—. O, bueno, sería más correcto decir —Cora se humedeció los labios y se removió ligeramente en el asiento, recordando con cierta vergüenza cómo había tratado a Marco en aquellos años y procurando ignorar la mueca de evidente extrañeza que mostraba Irene en ese instante— que yo lo odiaba por haberme dicho, tras nuestro primer beso, que para él no había significado nada.

—¿Qué? —se escandalizó Irene, aún más perpleja y pensando que su madre se burlaba de ella, ahora de verdad—. Venga ya, no te creo…

—Pues créelo —le aconsejó su madre con una sincera sonrisa que descolocó aún más a la muchacha—. Al final, resultó que cuando teníamos veinte años y vivíamos los cuatro juntos, tu padre se empezó a interesar por mí. Pero… —hizo una pausa que aunque breve, Irene pensó que en aquel lapso le daría un infarto a causa de la expectación que sentía— resultó que después de convertirnos en los portadores de los Elementos y tras lo sucedido en el coliseo, fue cuando decidimos que ya no podíamos negar por más tiempo lo que sentíamos el uno por el otro… —tomó aire—. Mi pregunta para ti en este caso es, ¿crees que fue solo el destino lo que nos unió?

La joven, todavía tratando de procesar todo lo que su madre le acababa de contar, se quedó callada, meditando sobre ello. No sabía si entendía muy bien por qué su madre le había preguntado aquello, pero al cabo de unos segundos, la luz de la comprensión se encendió en su cerebro. Y un escalofrío nada desagradable recorrió su cuerpo.

—¿Quieres decir que…? O sea —la muchacha sacudió la cabeza momentáneamente, tratando de poner en orden sus ideas—. Por supuesto creo que el amor que os tenéis papá y tú es sincero y nunca se me ocurriría pensar que ha sido una cosa solo obra del destino, por mucha Profecía que lo dijese. Pero… —se estremeció de nuevo y miró a su madre—. Yo, es que… Aunque sea solo y precisamente por esa maldita Profecía, creo que… Tengo miedo.

Cora sonrió con ternura, sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Lo sé, cariño. Sé lo que se siente —aseguró—. Pero no debes tenerlo…

—Quiero decir… —trató de explicarse Irene, a pesar de todo—. Que conozco a Víctor desde siempre. Nos hemos criado juntos, éramos familia… Luego resultó que no, pero bueno, han sido muchos años juntos —se estaba aturullando y prefirió callar un instante para meditar sobre cómo expresar lo que sentía. Lo cual era, básicamente, como si se fusionaran un volcán de hielo y otro de fuego y su producto recorriese sus venas a toda velocidad. Pero prefería expresarlo en términos más terrenales. Inexplicablemente, se sentía más segura así—. Creo que hace tiempo que siento algo por él pero entre… mi rabia por pensar que me habíais mentido —una sombra pasó entonces por el rostro de su madre e Irene se sintió fatal, conscientemente y por primera vez en muchos días, por herirla de alguna manera— y el hecho de que nunca había creído que el destino controlase mi vida… Bueno…

La muchacha calló entonces, sintiendo que ya no le quedaban argumentos, a la vez que guardaba las manos entrelazadas entre las rodillas. Pero la mano suave y siempre cariñosa de su madre, la única que jamás tendría en el mundo, se aproximó entonces para levantar su barbilla. Sin embargo, a Irene le sorprendió ver cómo en el fondo de sus ojos oscuros rielaba una tristeza infinita. Y se preguntó por una milésima de segundo a qué se debería antes de

que su madre le dijese:

—Cariño, hay algo más que debo decirte. Porque no quiero que haya más secretos entre nosotras.

E Irene escuchó entonces el último motivo por el que sus padres habían optado por ocultarle sus poderes. Y aunque al principio se enfureció, comprobó enseguida que la decisión podía haber estado justificada en parte.

—Podrías haberme enseñado… No habría vuelto a suceder —acusó a su madre, dolida de nuevo.

—Lo sé —gimió Cora en respuesta, visiblemente arrepentida y sin poder camuflar ya las lágrimas en sus ojos—. Y sé que no debí haberlo hecho, pero… Supongo que nos asustamos. Lo único que queríamos era daros la posibilidad de escoger quiénes queríais ser, pero que lo hicierais después de haber estudiado adecuadamente. Yo también sufrí accidentes cuando comencé a dominar mis poderes y no quería que tú pasases por lo mismo —tragó saliva al tiempo que contenía un sollozo—. Créeme que todo lo hicimos por amor a vosotros, nuestros hijos. Los cuatro.

Irene, ante aquella declaración, se emocionó de tal manera que abandonó definitivamente toda hostilidad hacia su madre. Ahora veía cuánto había sufrido.

—Gracias, mamá —dijo entonces, sintiendo que era de corazón.

Cora, por su parte, al escucharla, sonrió ampliamente y con evidente alivio.

—Cielo, si algo he aprendido en estos años es que, al margen de la magia, de los Hijos de los Dioses y toda la Humanidad, el amor es un sentimiento poderoso que puede conseguir casi cualquier cosa —la tomó de las manos sin preocuparse ya por las lágrimas que bañaban su rostro o el de su hija—. La amistad, la solidaridad, la fraternidad… En todo eso está la clave que nos puede ayudar a crear un mundo mejor y mantener a raya la oscuridad y la maldad que albergan algunos corazones sin escrúpulos. Humanos, magos, Elementos… ¿qué más da? Aun habiendo nacido mortal, me he dado cuenta de que todos somos parte integrante de este mundo, nazcamos donde y como lo hagamos. Y creo que eso es lo que nos puede ayudar a devolverle el equilibrio a la Tierra… y al Universo. Todos juntos… como una familia.

Ante aquellas palabras, Irene sintió renacer un hálito de esperanza en su corazón y recordó cuál era su primera misión antes de dar ningún paso más. Podía ser que no lo contasen, pero su madre tenía razón: si podían crear un mundo mejor con el poder de su unidad, sería recompensa suficiente. Y que el destino les deparase lo que tuviese que ser.

—Te quiero, mamá —dijo entonces la muchacha.

Y Cora, tras intentar camuflar una lágrima indiscreta de emoción sin conseguirlo, se abrazó a su hija, su mayor tesoro sobre la faz del mundo, y replicó:

—Y yo a ti, mi guerrera. Con todo mi corazón.

Fruta podrida

Katrina García paseó de nuevo la mano por la estructura metálica que rodeaba la ventana junto a la que se encontraba asomada, meditabunda. En el exterior, el cielo plomizo, cuyo manto de nubes se veía cruzado cada poco rato por una siniestra sombra serpentina de enormes dimensiones, cubría una capital en la que el pánico cundía hasta donde alcanzaba la vista. Los humanos, aterrados por la llegada de los grinden y los espectros escapados del Tártaro —para alguien de la casa de Plutón era tan sencillo distinguirlos de los fantasmas corrientes como diferenciar el día y la noche—, trataban de refugiarse donde buenamente podían; ya fueran comercios, oficinas, apartamentos o estaciones de metro. Y a pesar de todo aquel caos, Katrina pensaba que la llegada de todos los magos que Óscar y su hermana Zoe habían conseguido movilizar en tan poco tiempo por indicación de Solena podía ser la clave que, en aquel desastre, reforzara los lazos entre magos y humanos. Ojalá no se equivocase.

—Katrina —la llamó entonces una voz de hombre, obligándola a volverse —. Acabo de comprobar las defensas del piso inferior. Keira y sus Hermanos de Castilla y León, Extremadura, Aragón y Valencia se encargarán de atender las curas que sean necesarias. También se queda tu hermana Melissa con algunos compañeros y otros miembros de Saturno, Mercurio y Urano para mantener la vigilancia.

—Gracias, Jorge —sonrió con amabilidad, antes de estremecerse al comprobar de nuevo las secuelas de la posesión sufrida en Ioannina que surcaban su rostro. Aunque sabía que habían llegado a tiempo para salvarlos a Anya y a él y que la recuperación hasta la fecha había sido casi perfecta, la mujer mexicana no pudo evitar evocar de nuevo a Eneas y en especial a Ambrose, su Hermano de poderes que los había traicionado en las ruinas del oráculo de Hades. Para tranquilidad de todos, Solena les había enviado un comunicado en cuanto los Elementos habían regresado por fin de su periplo por quién sabía si las entrañas del mundo, pero eso solo añadía incertidumbre a la situación. Los veinte allegados a la Dama del Lago conocían perfectamente la profecía de Jessica sobre lo que podría suceder entre los Hijos de los Dioses y los humanos llegado el momento, por supuesto. Pero la aparición de los Hijos de Hécate en la ecuación solo complicaba las cosas—.

¿Jessica se ha llevado al resto? —preguntó entonces la Hija de Plutón, retomando lo que él le había comentado.

Jorge asintió con un movimiento seco de la cabeza.

—Nos necesitan ahí abajo —le recordó con sencillez—. Sin nosotros o nuestra Casa, ni Diana ni tu hermana u Óscar podrán hacer nada…

Sabiendo que tenía toda la razón del mundo, la mujer suspiró y, tras echar un último vistazo a la maltratada capital española, se giró para seguir a su compañero escaleras abajo. La batalla iba a comenzar.

***

El patio de la fortaleza era un hervidero de gente que iba y venía sin parar, preparando materiales para crear el portal que conduciría a los Elementos y a sus hijos al lugar señalado.

Hacía apenas media hora, cuando Cora y Marco los habían reunido de urgencia para revelarles su teoría, todos habían creído sinceramente en esa posibilidad y, además, Solena y Akhen les habían comunicado que gracias a algunos espías de Andie y Anya en el territorio circundante de Madrid habían podido averiguar, por fin, dónde se localizaba la puerta al Tártaro. Pero los cuatro Elementos, así como Loreen, Hal, Jake y Bella, se desanimaron al escucharlo: la antigua Escuela de Madrid… o lo que quedaba de ella. Todos recordaban con nitidez el momento en que se enteraron de lo sucedido allí, hacía diecisiete años; y especialmente los Elementos, para los cuales toda su andadura mágica comenzó allí.

Pero no había tiempo para lamentaciones. Si habían buscado abrir allí el portal y el alma de Ruth estaba unida a ella, había que darse prisa por deshacer el conjuro. El cual, por lo visto y por cómo había sido creado, era el más potente al que mago alguno se hubiese enfrentado jamás. De ahí que la opción de la magia elemental para canalizar la energía necesaria y cerrarlo definitivamente se considerase casi como el último clavo ardiendo al que recurrir.

En la reunión, por fortuna, también había estado Emily Danaira, en viaje urgente desde la cercana ciudad de Alkia. Su hermano se había trasladado junto a Andie, su esposa, a la Tierra, para ayudar con la defensa de Madrid. Por ello, la mujer noble estaba aún más nerviosa. Pero eso no impidió que les transmitiese la información que habían conseguido recabar. Lo primero de todo era que, si el portal se cerraba, todo lo que hubiese salido del mismo sería absorbido de nuevo. Pero cuando Sandra preguntó, en un hilo de voz, qué sucedería con su hija, Emily, con todo el dolor de su corazón, no supo responderle con certeza. Solo sabía que el vínculo era muy fino y que, cuanto más tiempo estuviese abierto el portal, más complicado sería que después Ruth volviese a ser la misma. Pero existía la posibilidad de que sobreviviera.

De ahí que Ray, imbuido de una súbita determinación al escuchar esas palabras y procurando no correr hacia su esposa en cuanto comprobó cómo su ánimo se derrumbaba por completo en suaves sollozos, dictaminara que había que partir y cuanto antes.

Los cuatro Hijos de los Dioses terrícolas presentes, por otro lado, se habían prestado enseguida a acompañarlos y a ayudarlos en todo lo que fuese posible, incluso ante sus protestas; las cuales iban solo con ánimo de proteger sus vidas ante lo que se avecinaba. Pero los Elementos cayeron enseguida en la cuenta de que, para bien o para mal, no era la primera vez que luchaban juntos. Y si tenía que ser la última, sus cuatro interlocutores, casualmente uno de cada Elemento, estaban dispuestos a caer a su lado.

Kaia, por su parte, también se mostró partidaria de viajar a la Tierra para movilizar a sus fuerzas todo lo que fuese posible. Puesto que, a pesar de lo que los humanos pudiesen creer, ciertas criaturas mágicas aún coexistían con ellos en las sombras de los bosques y los mares. Y, a pesar del recelo de los cuatro Elementos hacia las dríades, al final decidieron aceptar su oferta; ya que, por lo visto, se encontraran lo que se encontrasen, cualquier ayuda podría ser bienvenida.

Sin embargo, la declaración más sorprendente a ese respecto no procedió de los magos terrenales ni de la dríade… sino de Akhen. El cual, con serenidad, declaró su intención de acompañarlos igualmente.

—Pero, Akhen… —protestó Cora antes de dirigir una cauta mirada a su alrededor y comentar, vagamente—. No estás en condiciones de pelear.

Ante lo cual, el Hijo de Mercurio alzó la barbilla, se irguió sobre su bastón y declaró:

—Cora. Puede que ya no esté en mis mejores años y admito que los sufrimientos de estos últimos tres lustros me han pasado factura más allá de lo que esperaba —y agregó con decisión—. Pero si puedo redimirme luchando junto a vosotros por un mundo mejor y así alcanzar los Campos Elíseos, ten claro que lo haré.

***

Los pasos de los guerreros, así como los cascos de los numerosos caballos que componían la sección montada del ejército de los magos, resonaban como un compás fúnebre y terrible sobre el asfalto de la enorme avenida por la que transitaban. Desde la Escuela de Madrid, los magos y brujas que iban llegando de otros rincones de la Tierra habían sido conducidos mediante un portal a las afueras de la ciudad, junto al faro de Moncloa. Desde allí, esquivando o combatiendo algún que otro enemigo despistado, todos los convocados habían ido llegando hasta la plaza de Cibeles, donde se alzaba el Ayuntamiento. En el cual, casi todos sus inquilinos se encontraban refugiados en despachos, servicios u oficinas sin atreverse a pisar la calle.

Diana Almirante, en calidad de presidenta del Gobierno en funciones, había sido la primera enviada, aun cuando la noticia no le había sentado excesivamente bien; sin embargo, se reveló como una decisión acertada en cuanto llegó y habló con la alcaldesa —también bruja de Neptuno, pero que había permanecido siempre en la sombra— y esta consiguió convencer a su gente, incluso con la reticencia de algunos de sus consejeros, de que permitiesen la entrada al resto de magos para colaborar con ellos. Y Diana, a pesar de todo, no pudo evitar sentir un ligero hálito de esperanza al ver cómo, unos minutos después, el entendimiento y la cooperación se revelaban viables entre aquel pequeño grupo de gente y sus acompañantes.

Algunos, de todas formas, optaron por abandonar el edificio aun sabiendo el peligro que entrañaban las calles; puesto que, como alegaron de viva voz y con absoluto desprecio, tanto les daba sucumbir a manos de unos monstruos como de otros.

Los espías enviados por Andie y Anya, o la mayoría de ellos, habían conseguido retornar hacía apenas unos minutos con noticias bastante desalentadoras. No solo Apofis sobrevolaba Madrid, sino que se había traído compañía desde el lejano Egipto: Ammyt, la "devoradora de los muertos"; y Sekhmet, la vengadora.

Diana era consciente de que tenían muy pocas opciones de vencer, aunque lograsen cerrar la puerta al Tártaro, que también se había abierto en la sierra de Madrid en un lugar bastante conocido para ella y muchos de sus compañeros; pensar en ello le producía un intenso dolor, mezclado con los amargos recuerdos de una época en la que también se vieron obligados a luchar entre hermanos por la libertad. Pero ahora la batalla se revelaba a escala mundial y no podían permitirse una pizca de desánimo. Su supervivencia y la de todos dependían de aquel día.

Cuando por fin llegaron todos los convocados incluyendo a Óscar y Zoe, que fueron los últimos en aparecer, los magos se pusieron en marcha con ellos a la cabeza. Los Hijos de Plutón y de Júpiter, así como la infantería de Marte, avanzaban a pie y en vanguardia de la comitiva, flanqueados por los Hijos de Urano que sobrevolaban las aceras y los edificios bajos, buscando al enemigo. Los Hijos de Mercurio avanzaban justo detrás de estos, yendo y viniendo al tiempo que trataban de detectar las protecciones mágicas que hubiesen establecido los Hijos de Hécate por la ciudad y buscando con sus mentes algún indicio de cercanía de los mismos. Después marchaban los Hijos de Saturno y de Venus, expertos en dominar el arte de la Tierra y prestos a movilizar plantas o arenales según se necesitara. Y la última facción, por tanto, la componían los Hijos de Neptuno, montados a caballo mientras flanqueaban a los arqueros nacidos de la Luna y el Sol.

A medida que los veían pasar, algunos humanos se detenían a contemplarlos, estupefactos. Y ciertos miembros de los cuerpos de seguridad movilizados para defender la ciudad, ya fuese policía o ejército, se atrevieron

tímidamente, y en más de una ocasión, a acercarse a la enorme comitiva. Donde, para su sorpresa, fueron recibidos con grandes ánimos y vítores.

Y así, codo con codo y ya sin vendas de prejuicios sobre los ojos, se comenzó a forjar una alianza entre humanos y magos como jamás se recordaba en la Historia del mundo.

***

Cinco jaspes formaban los vértices de una estrella de cinco puntas formada y rodeada por polvo finísimo de ágata. En el interior de la misma, el pentágono central estaba compuesto por hilos de mercurio entrelazados formando cuatro figuras con forma de gotas decoradas y unidas por sus respectivos vértices. Akhen resoplaba ligeramente a causa del esfuerzo realizado para crearlo, pero por suerte, tenía algunos ayudantes novicios que siempre lo acompañaban en sus viajes y habían colaborado en la tarea.

En ese momento, cuando todo estuvo dispuesto, Sandra y Ray fueron invitados a abrir el portal con sus poderes. Pero una tercera persona se les unió enseguida, ante su sorpresa, con una firme determinación rielando en sus ojos grises, iguales a los de su madre.

—No solo voy a cerrar ese portal con vosotros —decretó Víctor con voz clara—. Quiero que sepáis que, pase lo que pase, jamás voy a dejaros solos.

Sandra, con los ojos llenos de lágrimas, intercambió una mirada con Ray, descubriendo que él estaba igual de emocionado. Y, después de muchas semanas, una ligera chispa se encendió de nuevo en el corazón de la mujer. Pero ahora no podía decírselo en voz alta: el tiempo apremiaba. Por ello, a una muda señal de su marido, los tres alzaron los brazos y se concentraron sobre el pentáculo situado a sus pies. Víctor, inicialmente, no estaba seguro de si iba a lograrlo. Pero una rápida mirada de ánimo por parte de Irene consiguió darle toda la fuerza de voluntad que necesitaba.

Recordó sus lecciones junto al refugio de las montañas, cómo ella podía extraer su poder sin necesidad apenas de concentración… Cómo liberaron a Ruth en el templo…

El joven apretó los dientes conteniendo las lágrimas de rabia al pensar en su hermana, que se quedaría con John en la fortaleza a la espera de despertar si todo salía bien. “Por ti, hermana. Por ti, Irene”.

De inmediato, al canalizar sus sentimientos, Víctor sintió cómo su energía se trasladaba hacia el centro del portal, enlazándose con la de sus padres que era idéntica a la suya, mitad y mitad. Sin perder la concentración, el joven empujó su poder un poco más, hasta que una voz adulta lo obligó a retroceder sin brusquedad y a abrir los ojos.

A sus pies, la imagen de un bosque que, por un instante y aún enlazado con la magia de sus padres, creyó recordar, los aguardaba en una calma que solo

podía preceder a la tempestad…

Intentos

Los espectros bufaron en cuanto los primeros Hijos de Plutón hicieron su aparición en el Paseo de la Castellana, superado el Estadio Santiago Bernabéu; pero, sorprendentemente, ningún bando corrió enseguida al encuentro del otro. Simplemente, ambos se limitaron a aproximarse con lentitud calculada, midiendo sus respectivas fuerzas en silencio.

Sin embargo, en el momento en que apenas los separaban diez metros de distancia, se escuchó un rugido tras las cabezas del macabro ejército de la oscuridad. El señor del mal se había quedado atrás, así como Sekhmet, Ammyt, Alesha, Aysha y Gregor; pero únicamente para poder dirigir el ataque cómodamente… y disfrutar del espectáculo. Con aquellas fuerzas de ultratumba, los líderes de la revuelta en el Tártaro se prometían una victoria segura.

Pero Alesha había subestimado el poder de los Hijos de los Dioses. En cuanto los primeros espectros, enfebrecidos por el ánimo de su líder, se lanzaron contra la vanguardia de aquellos, toda la comitiva frenó en seco, tomando posiciones, al tiempo que los Escorpio alzaban los brazos como un solo ente. Habían estudiado los planos de la ciudad, así como la estructura de algunos edificios cercanos, por lo que esperaban que el plan de contención inicial diese resultado.

Lentamente, las palmas de sus manos empezaron a brillar con espirales de color rojo brillante al tiempo que el suelo comenzaba a temblar. A los espectros les quedaba apenas un metro de distancia para alcanzar a los magos cuando, sin percatarse del temblor cada vez mayor del suelo, se vieron frenados por algo que no esperaban: del asfalto de la avenida surgieron, sin previo aviso, una serie de estructuras de metal retorcido que, al alcanzar como medio metro de altura, empezaron a entrelazarse unas con otras, formando una barrera impenetrable para ellos. Puesto que, dado que los Hijos de Plutón eran expertos manipuladores del metal, precisamente los difuntos, destinatarios parejos de sus habilidades, temían aquello más que cualquier otra cosa. Por ello frenaron en seco de inmediato; aunque alguno no pudo detenerse lo suficiente y se escucharon diversos aullidos espeluznantes cuando sus ectoplasmas contactaron con el hierro y el acero.

No obstante, aquello solo era impedimento para una parte de la armada enemiga. Puesto que los grinden, que jamás habían respondido a los poderes de otro mago que no fuese uno oscuro, aullaron, esta vez con cierto triunfalismo, antes de saltar para encaramarse al entramado metálico, que había alcanzado cerca de tres metros de altura, y comenzar a escalar. Los Hijos de Júpiter, que habían hecho otro tanto por el otro lado, comenzaron a lanzar esferas y andanadas de rayos a todos aquellos monstruos verdosos que osasen aproximarse demasiado a su posición. Igualmente, los Hijos de Urano que sobrevolaban la situación algo más adelantados se lanzaron en picado sobre la zona, enviando ráfagas que desestabilizaran a los grinden y, de paso, barrieran a algún espectro hacia una distancia más prudente de su propio ejército.

En ese instante, los relinchos de las monturas de Neptuno y los gritos de batalla de los Hijos de Marte indicaron que la fiesta solo acababa de empezar. En efecto, desde unas callejas cercanas se aproximaron algunos espectros y grinden más… acompañados de una riada de acólitos de Hécate, todos vestidos de negro.

Los Hijos de Plutón que podían ser prescindibles en el refuerzo de la primera barrera y habían mejorado durante años su habilidad en exorcismos antes que en metalurgia, se apresuraron a correr hacia el perímetro de la formación para contener a los seres de ultratumba; mientras que los arqueros, protegidos por la infantería y parte de la caballería en el centro de la comitiva, comenzaban a atacar a las criaturas más sólidas, aquellas de carne y hueso, desde la distancia.

Los magos oscuros, en cuanto vieron las mareas de flechas que se les venían encima, alzaron escudos protectores, pero algunos de ellos se vieron obligados a extraer dagas y armas blancas de diversos tipos al ver que los Hijos de Marte, aprovechando la distracción, se lanzaban sobre sus filas.

Enseguida, cuerpos y sangre procedentes de ambos bandos empezaron a salpicar los bulevares, las aceras y el asfalto, mientras que los enemigos de los Hijos de los Dioses —o de la luz, en este caso, según se viera— no parecían cesar en su llegada. También era cierto que los espectros, una vez repelidos, solían volver con fuerzas que parecían renovadas.

Además, ahora que la puerta al Inframundo estaba abierta, enviarlos a su dimensión con un conjuro resultaba tarea baldía, puesto que retornaban a los pocos minutos. Por ello, Katrina y Jorge, que luchaban codo con codo, intercambiaron una mirada significativa antes de lanzarse, gritando salvajemente, hacia la última remesa de espectros que acababa de aparecer por una esquina. Ganarían aquella batalla. Lo juraban por sus vidas, aunque las perdieran en el intento.

Alesha y sus acompañantes, por otro lado, observaban la batalla a distancia, aún apostados sobre el enorme pedestal que sostenía el obelisco

dorado, justo frente a las Torres Kio. Sabían que era cuestión de tiempo que los recién llegados claudicaran, pero sin embargo, en cuanto una vibración imperceptible para cualquier ojo humano onduló el aire sobre ellos y Apofis se quedó quieto, flotando en el cielo pero alerta, los cuatro que se encontraban en tierra dirigieron su vista hacia el mismo punto que indicaba la postura tensa de la enorme serpiente egipcia. Y Alesha sonrió ampliamente con maldad cuando se percató del motivo y anunció:

—Sus Majestades han llegado.

***

La loma sobre la que se habían materializado podría, a simple vista, no diferenciarse de ninguna de las que lo rodeaban. Un espeso bosque de pinos abarcaba hasta donde llegaba la vista y una única pista de tierra se abría ante ellos, saliendo de la carretera y flanqueada por dos peanas de piedra semiderruidas y carcomidas por el musgo y las malas hierbas. A continuación de ambas se alzaban lo que parecían dos muros del mismo material, pero igual de estropeados. Una de las hojas de la puerta de hierro que antiguamente cerraba el paso ahora caía retorcida desde un par de bisagras oxidadas, mientras que de la otra no había rastro. Sandra tragó saliva. Habían llegado.

Despacio y mirando siempre a su alrededor con la máxima cautela, esperando ver aparecer enemigos detrás de cualquier árbol, los seis magos y los seis elementales comenzaron a ascender por la vereda.

Al cabo de dos o tres kilómetros de silencio antinatural, sin bajar la guardia por precaución, Akhen dijo que iba a intentar teletransportarse un poco más allá para ver si conseguía otear algo. Estaban a punto de llegar al cambio de rasante de la loma y nadie sabía lo que podía pasar. Sin embargo, Víctor se adelantó enseguida y le pidió amablemente que le dejase hacerlo a él. Resignado, el anciano asintió con la cabeza tras sopesarlo unos segundos y llegar a la conclusión de que, en caso de problemas, efectivamente, la reacción del muchacho sería mucho más ágil y rápida.

El hijo de Sandra y Ray, en cuanto tuvo su beneplácito, silenciosamente se desvaneció en el aire y apareció unos cien metros más adelante, justo tras un abeto. Su madre, por instinto, estuvo a punto de advertirle de que estaba demasiado lejos de ellos, pero una mano cálida sobre su brazo y un apretón breve la disuadieron. Por primera vez en semanas, Sandra no se resistió al contacto de Ray, pero salvo por el hecho de que apretó los labios para no decir nada a Víctor, ningún gesto más demostró que se hubiese dado por aludida.

No obstante, en un abrir y cerrar de ojos y para su tranquilidad momentánea, Víctor estaba de vuelta. Aunque su vista se volvió a enturbiar cuando el muchacho abrió la boca.

—El lugar parece bastante desierto exceptuando algunos grinden y unos pocos espectros —informó— pero… he visto el portal.

Aquella afirmación provocó a todos sus interlocutores un tenso nudo en la garganta.

—¿Es muy grande? —quiso saber Marco, preocupado.

Si lo era, no estaba muy seguro de cómo podrían cerrarlo. Cierto que intuían a qué magia en concreto tenían que invocar, pero… ¿Y si no podían conseguirlo?

“Lo conseguiremos sea como sea, Marco”, le dijo entonces Sandra mentalmente con un convencimiento sorprendente. “Ten fe”.

El hombre, tras un instante de duda, resopló y asintió, devolviéndole una mirada limpia y confiada, aunque la respuesta de Víctor tampoco fue tranquilizadora al respecto.

—Yo diría que unos cuatro o cinco metros de diámetro —calculó—. Tío, debemos hacerlo y lo sabes.

Sorprendido de nuevo por aquella afirmación y aquel calificativo tan familiar, Marco procuró no emocionarse y mostrar una actitud serena. Víctor tenía razón: debían hacerlo, costara lo que costase.

—Vamos a verlo —declaró entonces, al tiempo que se ponía en cabeza de la comitiva.

Los demás lo siguieron en silencio, atentos aún a cualquier posible emboscada. Pero nada sucedió hasta que no llegaron al lugar donde se había abierto el portal.

Alrededor del mismo, varios muros de color blanquecino apagado se alzaban en uno o dos pisos, según la zona. Casi ninguna de las ventanas visibles tenía cristales ya y la puerta de acceso a la antigua orgullosa Escuela de Madrid, destruida diecisiete años atrás por los seguidores de Gregor Markenn, caía desangelada en el hueco bajo las dos columnas, que aún parecían mantenerse medianamente derechas.

Cuando los enemigos presentes los vieron llegar, enseguida bufaron en su dirección y se lanzaron contra ellos. Pero no cayeron en la cuenta de a quién se estaban enfrentando hasta que fue demasiado tarde. Sandra, con un gesto seco de la mano, fue la primera en enviar una ráfaga de viento contra ellos para disuadirlos. En cuanto volvieron a la carga, Cora lanzó dos bolas de fuego hacia un par de grinden que aparecieron por su derecha, Ray atrapó y ahogó a otro con una enredadera y Marco, pendiente de los espectros, alzó las manos hacia ellos para tratar de eliminarlos. Pero se sorprendió al ver que, una vez enviada su energía, los fantasmas tenebrosos se deshacían en una voluta de fuego.

Confundido, buscó a su espalda a la responsable de aquello esperando encontrar a Cora, pero la sonrisa triunfal de su hija fue el mejor bálsamo para su alma atormentada, especialmente en ese instante. Porque sus ojos reflejaban un perdón sin fisuras hacia ellos que a Marco le provocó un primer

impulso de abrazarla. Pero se contuvo. No era el momento. Cuando todo acabara, se aseguraría de que supiera cuanto la querían; su madre… y él.

Sin embargo, antes de que la comitiva se pudiese encaminar definitivamente hacia el lugar donde parecía refulgir el portal, una figura alta y morena les cerró el paso en la pequeña escalinata de acceso al edificio, al tiempo que una gigantesca silueta serpentina se situaba a sus espaldas. Bajo ella, o él, se ubicó, en un abrir y cerrar de ojos, una nueva remesa de espectros y grinden algo más abultada que la anterior, así como varios magos oscuros.

—Bienvenidos, Elementos —pronunció entonces Alesha—. Os estaba esperando.

Hablando con el diablo

—Alesha —pronunció Ray lentamente—. Volvemos a encontrarnos.

La sacerdotisa, haciendo caso omiso de su tono irónico, sonrió a medias con algo similar a la cordialidad.

—Señor de la Tierra, todos sabemos que esto no tiene por qué terminar así…

—¿Te refieres a con el mal cubriendo el Universo? —bufó entonces Cora sin poder contenerse—. Sí, ahí estoy de acuerdo.

Alesha apenas demostró su contrariedad por la interrupción. Tan solo sus labios finos se apretaron un milímetro más de lo normal, sin apartar en ningún momento la vista de Ray.

—Nuestra lucha ya ha durado demasiado tiempo, mis Señores —pronunció entonces—. Los magos tenemos derecho a vivir en el mundo que nos vio nacer igual que cualquier otra criatura, y nadie debería ser capaz de arrebatarnos ese derecho mediante la violencia…

—A mi entender, es lo que vosotros estáis intentando —apostilló Marco con voz grave, mirando fijamente a la joven señora de Mannah. Esta lo miró brevemente, inexpresiva—. Y deberíais saber, "mi Señora" —ironizó el apelativo con claridad— que nosotros cuatro, los portadores de los Elementos, sabemos mejor que vos lo que sucede en realidad.

Alesha mostró media sonrisa burlona.

—¿De verdad? —inquirió, aparentemente divertida—. ¿No os habéis parado a pensar, en verdad, lo que supondría que los magos controlasen el Universo? —hizo un gesto con los brazos que abarcaba a su alrededor—. ¿No habéis pensado en lo que supondría dejar de vivir con miedo y poder caminar por la calle como personas totalmente normales?

—Los magos ya somos personas totalmente normales y algunos defendemos que el entendimiento es posible, maldita arpía —saltó Cora, aunque notó con dolor cómo Hal y Loreen se retorcían ligeramente a su espalda.

—Exacto —corroboró Ray—. Y sabemos que todo lo que ha sucedido hasta ahora, en estos últimos diecisiete años, no es culpa de los humanos…

Sino vuestra.

La sacerdotisa, aparentemente sorprendida por aquella declaración, alzó las cejas en un gesto que parecía interrogante al tiempo que Apofis, sobrevolando las cabezas de los presentes, soltaba un gañido de contrariedad. Por lo visto, estaba inquieto por no poder devorar a aquellos mequetrefes enseguida y olvidarse de problemas. Aunque claro, como cualquier criatura divina, podía observar las auras que rodeaban a los cuatro portadores; de ahí que aún mostrase cierta cautela.

—¿Nosotros? —repitió Alesha, casi en un siseo que demostraba, por primera vez, un intento de controlar la ira que acababa de apoderarse de ella —. ¿Y todas las brujas asesinadas y torturadas? ¿Todos los visionarios que quisieron cambiar el mundo y pagaron en la hoguera su "atrevimiento"…? —entrecomilló con los dedos—. ¿… también osas decir que fue por nuestra culpa? —escandalizada visiblemente, alzó aún más la voz—. ¿Por qué? ¿Por buscar defender la justicia hacia nuestro pueblo y vengarnos de aquellos que siempre nos han odiado? ¿Te refieres a eso, señor de la Tierra?

Por un instante, ninguno de los Elementos supo qué replicar ante aquello. Porque, lo quisieran o no, Alesha había metido el dedo en la llaga. Durante siglos, la brujería había sido perseguida por los mismos motivos que en las últimas semanas: miedo y desconfianza. Y una voz bajita pero insidiosa se atrevía a murmurar en sus respectivos cerebros, haciéndoles conscientes de algo: quizá los Hijos de Hécate habían desvelado su secreto a los humanos, pero su reacción había sido la misma. Persecución, odio y agitación de las masas en su contra.

Sin embargo, una risa bronca tras ellos los sacó a todos de sus amargas cavilaciones y, como un solo ser, se volvieron hacia la fuente de aquel sonido.

—Un discurso muy sentido, mi querida Alesha —pronunció entonces Akhen con una voz sorprendentemente clara—. Pero, dado que estás tan convencida de tus ideales, te has olvidado de ocultar tus cartas más poderosas…

La sacerdotisa lo observó un momento, cayendo entonces en la cuenta de quién era por sus ropajes regios y palideciendo un instante. Sin embargo, la sorpresa dio paso enseguida a una intensa rabia. Su madre, desde siempre, se había asegurado de maltratar psicológicamente a sus dos hijas con la lectura de mente que permitían los dones de Mercurio; intuyendo siempre lo que pensaban o querían hacer antes de que llegasen a dar un solo paso. Para ambas, solo el sacerdocio había conseguido alejarlas del infierno. Y aunque luego sus padres habían sido perseguidos por profesar la misma fe oscura que sus hijas, Alesha solo había derramado lágrimas por uno de ellos, el único que siempre la apreció por lo que era y lo que valía.

Pero, por todo ello, el simple hecho de que alguien hubiese conseguido entrar en su mente, a pesar del entrenamiento de tantos años, la desquiciaba

completamente. Pero claro, en este caso se trataba de Akhen Marquath, señor de Tribec y tío de la mocosa Derfain que ahora regía Avalon. Lástima que ninguna de las dos hubiese heredado, como Vivianne, las aspiraciones de su padre…

—Está bien, anciano —escupió entonces, desdeñosa y mostrando media sonrisa taimada—. Tú ganas. Sí, es posible que yo haya tenido algo que ver en el alzamiento de Luis contra los magos —Sandra y Cora se taparon la boca a la vez al escuchar aquello, pero Alesha ni se percató— pero, reitero: jamás me arrepentiré de ello. Vosotros, en cambio, ¡puedo asegurar que lo haréis! —dicho lo cual, con un grito salvaje, se lanzó hacia Ray, el portador del Elemento ascendente de su Casa y el miembro de la comitiva más cercano a ella, con un cuchillo en alto—. Si tiene que ser así, ¡ASÍ SERÁ!

Sin embargo, y aunque Ray enseguida trató de atraparla con una serie de hiedras trepadoras que surgieron del suelo a un mudo gesto de su mano, Alesha apenas llegó a un par de metros de distancia de él. Porque, en cuanto arrancó, un grito de alarma seguido de una potente ráfaga de viento empujó a la sacerdotisa hacia las columnas de la entrada semiderruida de la antigua Escuela.

El golpe sonó como el crujido de una rama al partirse y, un segundo después, Alesha caía sin vida sobre la escalinata. Un silencio espeso se adueñó entonces del lugar, al tiempo que Ray se volvía para mirar a su esposa, aterrado. La cual, con los ojos llenos de lágrimas aún tenía las manos alzadas hacia el frente. Sin pensar y queriendo olvidar lo que acababa de suceder frente a sus ojos, el hombre de Tierra se lanzó entonces hacia delante y, ante la mirada atónita de todos los presentes, tomó a su esposa entre los brazos y la besó con una pasión casi sin precedentes entre ellos. Había matado a Alesha, cierto; pero también le había salvado la vida sin dudar… Y eso solo podía significar una cosa.

Sandra, por su parte y consciente de que casi había perdido a Ray por culpa de un absurdo rechazo, motivado únicamente por la cobardía de seguir amando, se dejó hacer. Al menos, hasta que sus rostros se separaron y susurró suavemente:

—Te quiero, Ray.

Ante lo que él, sonriendo aliviado, respondió:

—Mi corazón siempre estará contigo, mi reina.

Sin embargo, antes de que pudiesen decirse nada más, un rugido sobre sus cabezas les recordó a todos que la batalla no había terminado. El portal seguía girando sobre sí mismo unos metros más allá y, sobre sus cabezas, una serpiente inmortal y malvada acababa de hacer amago de lanzarse en picado hacia su posición. Los Hijos de los Dioses y los elementales presentes cruzaron entonces sendas miradas de entendimiento. En un instante, tomaron posiciones ante Apofis; pero, sobre todo, frente a la riada de espectros,

grinden e Hijos de Hécate que habían empezado a correr en su dirección desde los bosques.

La primera en ejecutar su táctica, para sorpresa de los presentes, fue Kaia, la señora de Ereka. La dríade, tras bajarse la capucha y elevar el rostro al cielo, alzó las manos y emitió un escalofriante sonido en forma de palabras que ninguno de los presentes pareció entender. Sin embargo, al cabo de unos segundos, un temblor de la tierra hizo ver que alguien más iba a unirse a la contienda. De hecho, varios magos oscuros y grinden se quedaron rezagados, dispuestos a pelear, en cuanto vieron los centenares de siluetas que surgían de los árboles.

A la luz de la luna, sus pieles verdosas, tersas y recubiertas de corteza como si portasen una primitiva armadura, brillaban casi más que sus ojos, rojizos y brillantes para ver mejor en condiciones nocturnas. Y los seres de los árboles, tras emitir su grito de guerra, se lanzaron mostrando los dientes hacia la batalla.

Apofis, por su parte, continuaba su recorrido hacia el suelo, buscando devorar a aquellos insensatos que osaban enfrentarse a su poder. Ni siquiera le preocupaba ya que entre ellos se encontrasen los cuatro Elementos. Al fin y al cabo, eran la esencia y la creación de sus mayores enemigos, los Dioses a los que Egipto había venerado tantos milenios atrás. Así que ahora era el momento de la venganza y de apartarlos del camino. Si no estaban dispuestos a unirse a él, solo eran un estorbo más.

Pero lo que no esperaba el enorme señor del mal era que, mientras se aproximaba al grupo a gran velocidad, un látigo escamoso lo enviase inmediatamente volando unos cuantos metros más allá. La serpiente, furibunda, se revolvió enseguida, dispuesta a enfrentar a ese sorprendente enemigo al que no había visto venir. Pero maldijo su imprudencia en cuanto comprobó de quién se trataba.

Irene, por su parte, se había quedado un segundo con la boca abierta antes de tener que hacer piña con Víctor para defender su posición de los enemigos que no cesaban de llegar. Por un instante, la joven recordó al dragón que había aparecido en Avalon y lo comparó con la magnífica criatura en la que su madre, sin casi pestañear, se había transformado. Tenían colores muy similares, pero ahora Irene entendía por qué sus padres habían reaccionado así al ver las huellas de dragón en la isla. “Si salimos de esta, tenemos mucho de qué hablar”, pensó, justo antes de que Víctor le respondiese. “Todos nosotros. Aún nos queda mucho camino por recorrer”. La muchacha se giró un instante para sonreírle, justo tras enviar una espiral de fuego hacia un par de espectros cercanos; y él le devolvió el gesto al tiempo que con una floritura de la mano enviaba a tres grinden a varios metros de distancia, imitando el mismo gesto que había visto hacer a su madre. Aunque fuese en esa situación, era hora de sacar partido a sus poderes y ambos lo sabían.

Cora, precisamente, acababa de rugir desafiante en dirección a Apofis, al tiempo que daba un par de pasos hacía él con las alas extendidas en una postura de evidente amenaza. La serpiente malvada se elevó, culebreando en el aire sin necesidad de dichos apéndices, mientras bufaba con indignación.

Pero en cuanto iba a alzarse un par de metros sobre el suelo, un dolor lacerante en la cola la obligó a bajar de nuevo al suelo. Irritada, chilló con estridencia y se giró hacia su contrincante con rapidez. Pero, para su sorpresa, ahora no se trataba del dragón… sino de alguien muy diferente.

El enorme monstruo marino que ahora lo enfrentaba también tenía un cuerpo alargado y cubierto de escamas azuladas; pero su boca era cuadrada, plagada de dientes separados en dos filas. Sus ojos, de pupila vertical, tampoco presagiaban nada bueno cuando las miradas de ambos oponentes se enfrentaron. Y Apofis se sintió en aprietos por primera vez cuando vio el rayo de hielo que la otra criatura envió al suelo junto a su posición, a modo de advertencia. Pero la serpiente se recompuso enseguida. Por muy Elementos que fueran, él era el señor del mal desde tiempo inmemorial. Y ni Hécate ni ningún mequetrefe venido a más iban a quitarle ese mérito.

Así, en cuanto los tres monstruos tomaron posiciones, dio comienzo la batalla más colosal que se había visto en muchos siglos sobre la faz de la Tierra.

La cruda realidad

Los enemigos aullaron, furiosos, cuando vieron cómo su presa se alzaba volando en el aire, lejos de su alcance. O, más bien, sus presas. Desde lo alto y tras cruzar una mirada de entendimiento, Bella y Sandra se separaron y, mientras la primera invocaba un tornado, la otra buscó todo el frío de su interior para enviarlo en forma de ventisca que convirtiera aquel remolino en una trampa mortal.

¡Tuath-gaoithe, an deigh sgiathan,
A'tionndadh m'anail fuar!

Los grinden aullaron antes de quedar congelados ante el súbito vendaval que los envolvió en un instante. Pero los espectros, de un extraño color rojizo, se recobraron enseguida y sacudiéndose las esquirlas de hielo de encima, volvieron a intentar alcanzar a las dos mujeres de Aire. Alguno incluso empezó a trepar por la fachada de la antigua Escuela, obligándolas a separarse prudentemente de allí. Cierto que, en cielo abierto, si a Apofis se le ocurría girarse y las localizaba, estarían totalmente desprotegidas. Pero, de momento, parecía que el enorme señor del mal tenía trabajo para rato.

Sandra se quedó un instante observando las siluetas de las dos criaturas que luchaban contra él y una pequeña sonrisa de nostalgia se abrió paso, momentáneamente, en su rostro. Desde que Cora había aprendido "accidentalmente" cómo convertirse en dragón, en los años sucesivos sus tres compañeros, en su afán por controlar sus poderes todo lo posible, se habían planteado si existiría la opción de que ellos también se transformasen en algún momento.

De ahí que, acompañados por Beth, Kate y Bella respectivamente, los elementales de Tierra, Agua y Aire hubiesen emprendido un pequeño viaje a las Tierras Lejanas, el hogar de criaturas mágicas más explorado hasta la fecha, para buscar aquel animal o criatura mitológica que más encajase con ellos y su esencia. Según sus maestros, aunque en el caso de Cora había sido una elección fácil, igual que en el caso de las transformaciones animales para los Hijos de la Luna, para ellos cuatro también debería existir una afinidad con

la criatura elegida; más aún teniendo en cuenta que, en este caso, podía ser que solo una fuese la escogida para toda su vida.

Marco, al haber estudiado transformación con Loreen, fue el que menos problemas tuvo a la hora de escoger y conectar con otro ser. En su caso, el elegido fue el haräith, una serpiente casi anfibia con un par de garras en el tercio anterior del cuerpo que le permitían desplazarse por tierra durante un tiempo. De ahí que Sandra también temiese la duración, en el presente, de la batalla con Apofis. Si se alargaba demasiado, Marco no podría mantener su hidratación adecuadamente y debería volver a su forma humana si no quería morir.

Ray y ella, por su parte, habían escogido igualmente criaturas acordes a ellos, pero algo más pacíficas. De ahí que la señora de Aire prefiriese, para estos casos, un conjuro mucho más útil. El mismo que Bella estaba usando en ese momento para sostenerse en el aire.

Todos los Hijos de Urano, por naturaleza, podían levitar unos metros por encima del suelo. Pero si se usaban las "alas angelicales" o Angelic Sgiathan, en gaélico escocés e idioma original del conjuro, cuando se invocaban, se desplegaban dos estructuras translúcidas rodeadas de finísimos filamentos de color grisáceo que, controladas mentalmente con la misma capacidad que se usa para el vuelo normal, permitían alzarse al mago o la bruja muchos más metros, así como realizar fintas y giros en el aire mucho más cerrados y pronunciados.

En ese momento, los aullidos tras su espalda se hicieron mucho más patentes y, de hecho, Sandra vio cómo uno de los grinden saltaba sobre Bella, tratando de agarrarse a ella y hacerla caer. El monstruo consiguió aferrarse a su bota, lo que desequilibró a la bruja, pero la oportuna actuación de Sandra lanzándolo lejos con un movimiento de las manos hizo que, unos segundos después, la mujer morena remontara el vuelo con una sonrisa de agradecimiento hacia su compañera.

Mientras tanto, los espectros no dejaban de escalar por el muro y Sandra, tras un rápido vistazo al suelo, donde su marido, su hijo y su sobrina, rodeados por Jake, Hal y Loreen, seguían tratando de repeler a todos los enemigos que se les venían encima, optó por contactar con aquella que podría ayudarle un poco con el problema.

"Irene", murmuró mentalmente. La joven alzó enseguida la cabeza, tras repeler con una enorme ola de agua a varios grinden que habían osado acercarse demasiado. Víctor, que también había escuchado la llamada, se apresuró a parapetar a la joven como un acto reflejo, sin mirar un instante hacia su madre. Esta reprimió una mueca de orgullo antes de centrarse de nuevo. "Pequeña, creo que voy a enviarte un pequeño regalo. ¿Acertarás?"

Ante lo cual y comprendiendo la indirecta, el rostro de Irene se torció en media mueca socarrona al tiempo que alzaba las manos, envueltas en sendos

resplandores rojizos.

“Lista”.

En efecto, fue visto y no visto. A un gesto de Sandra, los espectros que trepaban por la fachada o que incluso habían llegado al tejado semiderruido fueron empujados por una ráfaga huracanada; haciendo que la mayoría de ellos se soltara de sus asideros y cayera por el aire… hacia una marea ígnea que se alzó en ese instante desde los dedos de la Hija del Fuego y el Agua.

Sandra resopló aliviada al comprobar que la táctica había dado resultado, pero palideció y estuvo a punto de caer de su posición cuando lo escuchó. Un grito desgarrador, procedente de un alma todavía humana y atada a su cuerpo. La mujer de Aire se giró, preocupada, hasta que localizó el origen de la desgracia. Y se quedó sin habla a causa del horror al tiempo que sabía, con una dolorosa certeza, que no podía hacer nada al respecto.

***

A pesar de la edad y el cansancio, Akhen Marquath debía admitir que jamás se había sentido tan vivo ni tan poderoso. Quizá, el hecho de sentir que una parte de su alma se redimía al ayudar a salvar a la Humanidad le daba fuerzas renovadas para seguir esquivando y atacando enemigos, según se terciase.

Sin embargo, en un momento dado, cierta sensación incómoda empezó a colarse en su mente, cada vez con más intensidad. Así que, al tiempo que seguía tratando de repeler enemigos mediante sus conjuros, trató de indagar en paralelo el origen de aquella sensación, pero no lograba ubicarla con tanto caos.

A su derecha, Apofis libraba una batalla sin precedentes con dos de los Elementos, uno de los cuales empezaba a acusar el cansancio de estar fuera de su hábitat natural: el haräith en que se había convertido Marco, magnífico por otra parte, empezaba a resollar y a dar síntomas de agotamiento, a lo que no colaboraba que ya se había llevado algún mordisco de Apofis. Igual que las de los grinden, aquellas dentelladas eran más peligrosas que las de cualquier otra criatura, pues absorbían la energía del contrincante con cada ataque.

Por suerte, Cora, aunque estaba en una situación parecida, todavía mostraba fuerza suficiente como para mantener a la serpiente a raya, que se defendía como nunca en muchos siglos. Akhen dirigió un instante la mirada hacia Madrid, desde donde seguían apareciendo espectros, grinden y magos oscuros por igual, y una idea lo asaltó: si Apofis estaba allí luchando, ¿quién controlaba Madrid? ¿Era posible que, de alguna manera, estuviesen ayudando a los magos concentrados para luchar en la capital? Según le habían comunicado Óscar y Zoe a Solena antes de que ellos partieran, estaban intentando reunir a todos los magos disponibles para luchar. Pero Akhen, a esa distancia, no podía saber a ciencia cierta si esa reunión se había llevado a

cabo o cuántos habían acudido…

“A lo mejor ya es tarde para los humanos”, pensó con amargura. “Cuando esto termine, deberemos sacar de nuevo adelante este mundo”.

—Eso no será posible, me temo… Cuñado.

La voz que había sonado a su espalda, como si hubiese leído sus pensamientos, hizo que Akhen se quedase paralizado y se volviese lentamente. Sin embargo, antes de que pudiese reponerse de aquella terrorífica sorpresa, el espectro de Gregor Markenn apareció de improviso en la batalla, lo agarró por el cuello de la túnica y lo arrojó lejos.

El Hijo de Mercurio ahogó un gemido cuando sus huesos maltrechos dieron en el duro suelo de tierra, pero al tiempo que trataba de levantarse, Gregor llegó a su altura y lo pateó en el estómago. Akhen boqueó y trató de recuperar su bastón de mando, que también tenía un canalizador mágico, para poder atacar a su enemigo. Pero, con un gemido de impotencia, se dio cuenta de que lo había perdido durante el corto vuelo.

—No sabes el tiempo que hacía que quería hacer esto —se relamió Gregor entonces, a la vez que le asestaba una patada en las costillas que arrancó un nuevo grito de dolor al mago. Al ser un espectro reforzado, su corporeidad también se veía aumentada, lo que hacía que le resultase más fácil atacar y más difícil ser vencido—. Gracias a la sangre de Apofis, ahora soy invulnerable contra alguien tan patético como tú —el espectro chasqueó entonces la lengua con falso disgusto—. ¿Por qué, Akhen? ¿Por qué tuviste que hacerlo?

El mago apretó los dientes, tratando de contener el dolor, mientras se giraba hacia su interlocutor.

—Tú siempre supiste que todo esto sucedería —aventuró con tristeza, sin esperar respuesta; de alguna manera, sabía que no se equivocaba—. ¿Crees que no sabía que Vivianne era tu hija natural? —calló al ser invadido por un ataque de tos que provocó que escupiese sangre en abundancia—. Todo fue siempre una treta para llegar a esto… El fin de la Humanidad tal y como la conocemos. De los enemigos de la magia…

En respuesta, Gregor se limitó a sonreír más ampliamente, como si no le sorprendiese que supiese todo aquello y confirmando sus peores sospechas.

—Tienes razón, cuñado —admitió entonces—. Aunque Morgana siempre pensara que la situación con Ludmila estaba controlada y que Vivianne podría ser una gran pupila, lo cierto es que yo eso también lo sabía… Puesto que llevaba mis genes. Y en cuanto a la Humanidad —se encogió de hombros con aparente desgana—, es algo que se han buscado ellos solitos. Una sociedad decadente en la que los delitos más básicos salen impunes si tienes suficiente dinero como para sobornar a la persona adecuada… —Gregor retorció sus finos labios, como si realmente le diese asco aquel pensamiento—. ¿Acaso

merecían seguir obligándonos a vivir en la sombra, siendo más poderosos y rectos de moral que ellos?

—¿Y Roan? —preguntó entonces Akhen, sin responder a la provocación. Dado que había sido su mano derecha hasta poco antes de asesinarlo, conocía perfectamente sus trapos sucios… así como su relación con Giselle. Y solo había tenido que sumar dos y dos. Así pues, dijera lo que dijese, únicamente debía encontrar la manera de entretener a Gregor mientras ideaba una manera definitiva de deshacerse de él. Aunque, siendo un "no-muerto", podía ser algo francamente difícil—. ¿Realmente habías planeado que muriese?

Gregor, por su parte, soltó una risita bronca al escuchar aquello.

—Todo estaba en los designios —expuso con tranquilidad—. Y yo tenía que asegurarme de que Roan fuese concebido antes de irme de este mundo para que así pudiese convertirse en el mártir principal de nuestra doctrina y dar paso a Apofis a este mundo. Jamás lo entenderías, pero todo estaba pensado para llegar a este momento —Gregor paladeó el aire un instante como si realmente pudiese saborear la victoria en el ambiente—. Se está cumpliendo todo según nuestros deseos. Aunque —hizo una breve pausa, como si realmente reflexionase sobre lo que iba a decir— es una lástima que Vivianne haya tenido que ser sacrificada en el proceso…

Akhen mostró inmediatamente un gesto de repugnancia, especialmente al comprobar que Gregor no mostraba un ápice de tristeza al hablar así de su difunta e ilegítima hija.

—¿Eso también entraba en los planes? —quiso saber, asqueado.

Gregor, por su parte, volvió a realizar aquel irritante sonido con la lengua, como si meditase sobre la respuesta.

—Te parecerá extraño—confesó finalmente— pero, de hecho, Vivianne siempre pensó que la elegida era Aysha para ese cometido y que ella simplemente se ocuparía de hacer el pacto con Hades para retirar a los Elementos de la partida definitivamente. No te equivoques, mi intención nunca fue solo destruirlos por diversión —aclaró, ante la evidente confusión de su interlocutor—. Sin embargo, cuando mi querida hijita intentó cambiar los planes a nuestras espaldas para así apoderarse de los Elementos y cumplir la Profecía, siendo entonces convertida por Hades en una criatura esclavizada entre la vida y la muerte, ni mortal ni inmortal… Alesha vio la oportunidad perfecta —por un instante, Gregor pareció realmente molesto con su difunta hija— tanto para castigarla a ella por su insolencia como para obtener, todos nosotros, el poder que nos habían prometido. Y, como comprenderás, no me iba a oponer…

Akhen meneó la cabeza, disgustado profundamente.

—Sois monstruos —escupió a su difunto cuñado—. Pero no os saldréis con la vuestra, de eso estoy seguro.

El espectro, por su parte, rio con ganas ante su declaración y se aproximó a él peligrosamente.

—¿Tú crees? —siseó entonces junto a su rostro. Akhen, respirando hondo y tratando de ignorar un dolor que recorría todo su cuerpo y no solo estaba provocado por las heridas físicas, se obligó a no retroceder y a encararlo desde el suelo, estoico. Pero ni en su peor pesadilla hubiese imaginado lo que vendría a continuación—. Yo creo que sí, mi querido cuñado. Y, por mi parte, voy a empezar completando algo que tuve que hacer hace muchos años.

En ese instante, la mano de Gregor se introdujo en el pecho de Akhen, estrujando su corazón. Y el mago, sin poder evitarlo, gritó de agonía sin poder moverse un centímetro; tal era el sufrimiento que le provocaba su difunto cuñado. A cada segundo, Akhen percibía cómo su aliento se escapaba y su vida, ya maldita desde hacía meses, lo abandonaba poco a poco.

Pero antes de sentir que perdía la consciencia del todo, una luz cegadora se alzó sobre ambos contendientes, obligando a Gregor a apartarse bruscamente y a desaparecer de su campo de visión. El corazón de Akhen volvió a latir entonces débilmente, ya libre de ataduras. Lo justo para que su portador pudiese escuchar, a lo lejos, el tocar de unos cuernos que no parecían de este mundo.

Ruptura

Marco jadeaba a causa del esfuerzo, a la vez que sentía la enorme boca como si fuese papel de lija. No aguantaría mucho más tiempo, pero no podía dejar a Cora con semejante engendro a solas. No se perdonaría nunca que le sucediese algo por su propia debilidad.

De ahí que, cuando Apofis lo enfrentó de nuevo, hiciese un esfuerzo supremo para tratar de elevar la cola y golpearlo. Sin embargo, la serpiente, más despierta de reflejos y detectando que su contrincante se debilitaba por momentos, lo esquivó con insultante facilidad antes de lanzarse a toda velocidad en dirección a su cuello. Pero un látigo escamoso y enorme lo lanzó a lo lejos antes de que pudiese siquiera aproximar el hocico, al tiempo que una Cora rabiosa rugía amenazadoramente en su dirección justo antes de interponerse entre la serpiente y su marido.

Marco, por su parte, sintió en ese instante cómo las últimas fuerzas de la transformación lo abandonaban y retornó lentamente a su forma humana, aunque lo hizo a tiempo para no perder del todo la consciencia. Cora apenas se giró un milisegundo para comprobar lo que había sucedido antes de dirigir un rugido de advertencia a los compañeros que luchaban más allá. Irene ahogó entonces un gemido al ver a su padre arrodillado, pero Ray y Loreen fueron más rápidos. Enseguida se aproximaron a Marco y lo obligaron a sentarse, enviándole sus energías en la mayor medida posible: Loreen, por ser de Agua. Y Ray, por tener el mayor don de la curación de todos los presentes.

Cora, mientras tanto, se giró de nuevo hacia su oponente y ambos se enzarzaron, tras lanzar sendos rugidos desafiantes, en pos del otro. Cora era más grande y fuerte, pero Apofis se movía más rápido y su cuerpo era más esbelto. De ahí que, tras varios zarpazos de la dragona de los cuales solo un par de ellos acertaron en la carne, la serpiente egipcia optara por lanzar la ofensiva total.

Con una finta inesperada, mientras Cora vigilaba una cola serpentina que parecía tener como objetivo enroscarse en su cuello, la cabeza de Apofis cambió de rumbo en el último instante para hincar los dientes, finalmente, en la parte baja de su mandíbula. Cora rugió, dolorida y desesperada, mientras trataba de liberarse de la serpiente que trataba de ahogarla y de absorber su

energía con los colmillos. Así, sañuda, trató de arañar el cuerpo de su captor; el cual aulló al notar las uñas hundirse entre las escamas, pero no soltó su presa. Al menos, hasta que un molesto rayo de hielo impactó junto a su ojo izquierdo y lo obligó a volverse.

Unos metros más allá, el señor del Agua parecía recuperado mientras lo escoltaban otro de los Elementos y una bruja que vestía de blanco y plata. Apofis, notando cómo su prisionera perdía sus fuerzas cada vez más rápido hasta convertirse de nuevo en una diminuta figura pelirroja, optó por arrojarla entonces al suelo sin miramientos en cuanto comprobó que ya no era una amenaza y se giró hacia su antiguo oponente. Los Elementos eran más duros de lo que creía, pero en forma humana sería más fácil acabar con ellos.

Sin embargo, antes de que pudiese seguir divirtiéndose con aquel juego macabro, se escuchó un trueno a lo lejos. Apofis frenó entonces y alzó la vista al igual que todos los presentes, que se habían quedado igualmente petrificados, a la espera.

Sin más explicación, a los pocos segundos, el sonido se repitió, aumentando de intensidad cada vez hasta que, casi dos minutos de reloj después del primer trueno, una luz cegadora surgió del interior de la mansión derruida, cegando momentánea e inesperadamente a la enorme serpiente que sobrevolaba las ruinas buscando el origen de aquel misterioso e invisible fenómeno.

Situación que aprovecharon los Elementos para ejecutar su golpe final.

—¡Ahora! —gritó entonces Ray desde el suelo, justo cuando un distraído Apofis pasaba de nuevo sobre sus cabezas.

Y mientras Cora alzaba las manos y enviaba su fuego más abrasador hacia la serpiente, que aulló de dolor y de rabia a partes iguales al sentir las llamas en su cuerpo, Sandra invocó con solo desearlo un enorme huracán que envió al monstruo directamente hacia la intensa luz. Su sensibilidad de Aire había detectado aproximadamente de dónde procedía y Apofis, chillando desesperado, no tuvo tiempo de reaccionar antes de caer de lleno en aquel foco cegador y terrible… que procedía exactamente del portal abierto al infierno.

Del cual, en ese instante, surgió una figura de piel grisácea y ojos ambarinos que, tras cruzar lentamente lo que quedaba de la puerta principal de la antigua Escuela, sin inmutarse demasiado, musitó:

—Saludos, Elementos. Volvemos a encontrarnos.

***

Cuando Akhen volvió a abrir los ojos miró a su alrededor, confundido. Frente a él, surgida de no sabía dónde, estaba la luz cegadora que había apartado a Gregor; al cual, por otra parte, parecía como si se lo hubiese

tragado la tierra. Y, sin embargo, Akhen seguía sintiendo una extraña opresión en el pecho que le indicó que algo no iba bien. ¿Qué estaba sucediendo?

Sin embargo, sus reflexiones se detuvieron en cuanto una silueta empezó a cobrar forma frente a él, justo en el centro del foco luminoso. Esos ojos, ese rostro… esa mano tendida hacia él. No podía ser. Aparte de que parecía haber rejuvenecido casi veinte años desde la última vez que la vio.

Sin embargo, alzó sus dedos para enlazarlos con los de ella, notando que eran ligeros como la brisa… todos ellos.

—¿Ruth? —preguntó entonces, cuando estuvieron frente a frente. A lo lejos resonaba el fragor de una batalla, pero ellos seguían envueltos en aquella extraña luz—. Estás… ¿Cómo…?

Ella, para su mayor sorpresa, sonrió.

—Yo también me alegro de verte, mi amor.

Akhen palideció ante aquel calificativo, pues creía ciegamente que Ruth lo odiaría eternamente por lo que le hizo. ¿Qué clase de broma era aquella?

—¿Quién eres? —preguntó entonces, confuso—. Te pareces a Ruth, pero eres más joven…

Ella inclinó la cabeza con un gesto casi angelical y sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Soy Ruth, Akhen —replicó con sencillez y una sorprendente inocencia —. Mi juventud se debe solo a que los espíritus, al morir, tomamos la apariencia de cuando fuimos más felices —el fantasma de la joven rubia pareció tragar saliva un instante antes de continuar—. Y en mi caso… fue cuando te conocí. Creí que lo sabías.

De golpe, su interlocutor se quedó casi sin habla, al tiempo que se observaba todo lo que podía. En efecto, sus manos también eran más juveniles, y en su rostro al palparse no halló signos de arrugas. Porque, ¡claro! Tenía que admitir que el momento más feliz de su vida… también fue cuando la conoció a ella. Sin embargo, seguía negándose a creerlo. No por lo evidente, sino porque… ¿Acaso había encontrado lo que llevaba buscando tantos años?

—¿Cómo…? —balbuceó, sin querer creer todavía en su suerte—. No es posible. ¿Qué clase de sueño es este?

Pero, ante aquello, Ruth solo sonrió con algo que parecía infinita tristeza.

—El mayor sueño de todos, Akhen —le indicó, y cuando él fue a girarse para hacer una última comprobación, ella lo disuadió sin violencia tomando su rostro entre las manos—. No. No deberías verlo. Créeme. Es mejor así.

Y el mago, obediente aún anonadado, se atrevió a preguntar.

—¿Por qué?

Y ella, entendiendo sin más necesidad de palabras, replicó:

—Pedí a Hades que me dejase venir a buscarte, sabiendo que tu hora estaba próxima —acto seguido hizo un gesto elocuente con la mano, dejando que se vislumbrara, a través de la cortina luminosa, la lejana mansión en ruinas donde se desarrollaba una épica batalla—. Él va a defender nuestro mundo, pero a los que no luchamos nos envía a rescatar las almas buenas para que puedan llegar sanas y salvas a los Campos Elíseos...

—¿Los Campos Elíseos? —interrumpió Akhen, confuso—. Pero… No entiendo nada. ¿Por qué…?

—¿… te mereces ese destino? —completó entonces ella, con una sonrisa sincera—. Sí. Es posible que yo hace un tiempo tampoco lo creyese así, aunque al llegar al Inframundo olvidase toda mi vida terrenal. Pero alguien hace poco me recordó que, en realidad, nunca dejé de amarte… Y creo que es cierto que tú a mí tampoco —lo acarició de nuevo—. Perdóname por haber dudado de ti.

Akhen se estremeció, emocionado.

—Durante estos diecisiete años, temí tanto que me odiaras… Yo mismo me odiaba por lo que había hecho. Pero nunca dejé de amarte, Ruth. Eso te lo juro.

—Lo sé —confesó entonces la bruja con dulzura—. Tu alma es luminosa y tu corazón brilla como solo puede hacerlo el de una criatura buena. Es algo que aprendes a reconocer con los años —admitió con cierta tristeza—. Y sí, puede que te odiase… al principio —reconoció acto seguido—. Pero al romperse el velo entre los mundos y volver a recordar me he dado cuenta de que, en realidad, ni tú ni yo tuvimos la culpa—miró a un punto indefinido—. Sino que la tuvo él… Siempre fue él. Se interpuso entre nosotros —lo miró a los ojos con intensidad— y nos robó una felicidad que siempre supe que nos merecíamos.

Akhen asintió, sabiendo a quién se refería, pero sintiendo su interior como una marea de emociones que no hacía más que subir y bajar sin orden ni concierto.

—Y, entonces, ¿ahora qué? —preguntó él, resignado a su suerte, pero feliz de haber recuperado, en aquel golpe de suerte y bondad, al amor de su vida.

Ella, con una sonrisa, lo tomó de las manos y, sin dejar de mirarlo, mientras dejaba que la cegadora luz los envolviera, murmuró:

—Ahora… vamos a casa.

***

Cora, en cuanto vio desaparecer a Apofis sobre el muro descascarillado de la fachada y escuchó su rugido impotente al caer por el portal al Inframundo, sabiendo que Sandra había acertado con su conjuro y Ray con su plan —

transmitido mentalmente a sus compañeros—, echó a correr como una loca hacia Marco, que aún mostraba signos de agotamiento. Sin embargo, en cuanto su esposa llegó a su altura, el hombre rubio apartó las manos de las rodillas y la acogió en un fuerte abrazo aliviado, al que enseguida se unió una Irene con el pulso a cien a causa de su primera batalla.

Marco, por su parte, cuando había visto cómo Apofis trataba de asfixiar a su amada, aparte de notarlo en su conexión elemental con ella, había sentido como si el corazón le estallase en mil pedazos. Asimismo, Sandra en cuanto comprobó desde la altura que todo estaba controlado y que se había desatado una estampida de enemigos en dirección a Madrid en cuanto Apofis había desaparecido de la partida, descendió para aterrizar junto a su marido y lo besó de nuevo con pasión, a lo que él no se resistió. Había estado tan cerca de perderlo que jamás se lo podría perdonar, pero esperaba poder compensárselo de alguna manera. Y cuando Víctor se aproximó también, la familia se fundió de nuevo en un abrazo cargado de amor y buenos sentimientos. Algo que, sospechaban, les haría falta de alguna manera cuando se enfrentaran a su reto final.

De todas formas, la presencia de Hades entre todos ellos, observando a su alrededor con sincera curiosidad, hizo que la mujer del Aire, así como sus acompañantes, volvieran a la realidad de inmediato y lo imitasen. De los que habían luchado junto al cuarteto, Hal, Loreen y Jake parecían estar bastante enteros a excepción de algunos cortes feos en brazos, torso y rostro, pero no así Bella, a la que finalmente habían conseguido derribar y estaba gravemente herida. Sin embargo, antes de que Ray pudiese aproximarse, Jake le hizo un gesto de tranquilidad que indicaba que tenía todo bajo control. Aun así, el hombre de Tierra sugirió que no se separaran.

—Además, si tenemos que entrar a cerrar el portal, me sentiré más tranquilo si estáis ahí —agregó acto seguido.

Tras un instante de duda, su amigo de Saturno asintió y tomó en brazos a su esposa, aunque sin perder de vista a Hades. Lo cierto era que, para cualquier mago corriente, habiendo crecido o no durante más o menos años en la creencia de los antiguos Dioses… tener a uno delante era una de esas cosas que jamás se olvidaban en la vida… o que casi se creían imposibles.

—Mi gente se ocupará de los espectros —aseguró el dios de los muertos. Cora se estremeció, pensando en si el calificativo “gente” era el más adecuado para un ejército de espectros; pero ante una mirada de advertencia de sus compañeros, optó por morderse la lengua. Bastante había batallado ya con el señor de la Muerte. El cual, tras mirar un instante al horizonte y al parecer ignorante de las cavilaciones del Fuego, escuchando algo que en ese instante solo podía captar su fino oído, sin brusquedad se giró de nuevo hacia ellos y susurró misteriosamente, en un tono tan bajo que apenas pudieron escucharlo —. Recordad vuestra promesa.

Acto seguido, desapareció en una voluta de azul cristalino, dejando a todos clavados en el sitio por diferentes motivos. Pero, en ese preciso instante, Kaia llegó a su posición, empapada en sangre negruzca de grinden, y los hizo volver de nuevo a la cruda realidad.

—He visto que Apofis desaparecía —expuso sencillamente y sin jadear antes de hacer una seña hacia sus huestes, que ya corrían ladera abajo en pos de sus enemigos. Parecía como si el agotamiento no pudiese hacer mella en las criaturas del bosque, pero eso podía beneficiar a los magos que luchaban en la ciudad y Ray lo agradeció mentalmente—. Ocupaos de cerrar el portal, mis señores —dijo entonces la fémina—. Esto está controlado.

—Gracias, Kaia —respondió Ray enseguida con sinceridad—. Creo que, definitivamente, esto cierra la brecha entre tu especie y la nuestra.

Ante lo cual, la dríade, ya sin disfraz que la hiciese parecer medianamente humana, mostró media sonrisa de dientes similares a una exquisita hilera de piezas de madera tallada, en un rostro de color ébano y ojos verde esmeralda, sin iris ni pupila. Solo sus vestimentas la identificaban ya como señora de Ereka.

—Que los Dioses os protejan, Elementos —pronunció entonces, y ante su respuesta inmediata, agregó alzando su brazo armado con una enorme lanza —. ¡Por la paz!

Después, la esbelta criatura de los bosques se lanzó en pos de los suyos con fervor renovado. Y los que quedaban, tras cruzar varias miradas de entendimiento, optaron por adentrarse en las ruinas.

Allí donde todo debería terminar de una vez por todas.

La fuerza más poderosa

El interior de la mansión, como se podía intuir desde el exterior, estaba completamente derruido en algunas zonas, aunque otras se mantenían todavía en pie con bastante integridad. Sin embargo, el resplandor que reclamaba su atención en aquel instante procedía, concretamente, de una estancia cuyo muro frontal aún permanecía intacto, con la puerta entreabierta. Lo único que había caído por completo era el techo y parte de los muros laterales, lo cual había permitido a Víctor ver el portal como avanzadilla y, ahora, ayudaba a los Elementos y sus acompañantes a saber exactamente a dónde tenían que dirigirse y acceder sin problema.

El portal tendría, a ojo y como había indicado el hijo de la Tierra y el Aire, entre cuatro y cinco metros cuadrados de extensión, siendo una especie de vórtice de color gris brillante del que no se atisbaba el fondo. De vez en cuando algunos trazos blanquecinos, similares a corrientes eléctricas, recorrían parte de su perímetro. Sin embargo, si aún quedaba algún espíritu por ascender al mundo de los vivos, ninguno hizo acto de presencia. Aunque sí se escuchaban espeluznantes gemidos y lamentos al otro lado de aquella mágica superficie.

Por lo que, ya fuese por terror a los fantasmas o a que Apofis se recuperase de sus heridas y regresase, los Elementos se dispusieron a intentar cerrar aquel portal que les estaba dando tantos quebraderos de cabeza. Cierto era que Lady Emily había dicho que todo lo que saliese de allí volvería absorbido nada más cerrarlo, pero ¿en qué podían creer ya, después de todo lo sucedido?

Tras dejar a Hal, Loreen, Bella y Jake junto a un rincón seguro y prudentemente alejado del portal, los cuatro Elementos y sus hijos se aproximaron al vórtice. Se suponía que el amor que sentían unos por otros era la clave para resolver aquel puzle, o eso era lo que habían logrado descifrar de los crípticos mensajes recibidos hasta la fecha. Tenía sentido puesto que, desde que habían recibido sus poderes, los cuatro habían tenido algo claro: sus poderes estaban enlazados desde siempre; si uno moría, el resto lo harían también. Pero su unión definitiva daría lugar al Elegido que regiría los destinos del mundo. Y siempre habían intuido cómo se daría esa unión, pero… ¿y si estuviesen equivocados? ¿Y si lo hubiesen interpretado mal? ¿Y si, al final, todo se reducía a aquel momento en concreto?

—Bueno, ¿alguna idea? —preguntó Marco.

Tanto él como Cora paseaban de un lado a otro con la indecisión pintada en el rostro. Ray y Sandra se miraban y volvían la vista al portal, alternativamente, sin moverse del sitio. La indecisión era palpable. Irene cambiaba el peso de un pie a otro y se mordía el labio, nerviosa. El único que mantenía la calma, aparentemente, era Víctor. El cual se limitaba a mirar el portal con el ceño fruncido, cavilando. Sin embargo, al cabo de unos instantes en los que nadie respondió, este último descongestionó su rostro en un segundo y se giró de inmediato hacia Irene.

—Creo que lo tengo —anunció.

De inmediato, los otros cinco se aproximaron a él sin poder disimular su ansiedad.

—¿Qué has descubierto? —quiso saber su madre, nerviosa.

Pero el muchacho no despegaba la vista de la muchacha de su edad.

—¿Recuerdas cómo liberamos a Ruth? —le preguntó entonces.

Ella, que había fruncido el ceño, abrió los ojos desmesuradamente en cuanto comprendió a qué se refería.

—Sí, claro —replicó—. Pero eso fue a menor escala que… —abarcó el portal con un gesto de la mano— esto.

—Eso no importa —la rebatió Víctor enseguida, igualmente excitado por lo que creía haber descubierto—. Ahora también somos más.

—¿A alguno de vosotros dos le importaría hablar en castellano, por favor? —inquirió Cora entonces, enarcando una ceja inquisitiva y mirándolos alternativamente—. O alguien que sepa leer mentes, por favor, que descifre a qué se refieren…

—Por lo visto, cuando liberaron a Ruth… unieron sus poderes únicamente con su fuerza de voluntad —explicó Sandra en un hilo de voz. Estaba claro que la mención de su hija la afectaba sobremanera, puesto que había palidecido visiblemente, pero tuvo la entereza de reproducir lo que estaba escuchando desde la mente de Irene, ya que la de Víctor solía estar protegida por costumbre. Aquella, por su parte, no protestó; estaba demasiado nerviosa casi como para pensar con claridad—. Podría funcionar.

—Sí, es cierto —corroboró Marco, cayendo en la cuenta de algo—. En este caso estamos hablando de amor únicamente, pero no es la primera vez que nuestros poderes se ven condicionados por nuestros sentimientos. Sean del tipo que sean.

Los seis se quedaron callados al recordar, nítidamente, lo sucedido en el refugio de Avalon unos días atrás, cuando Ruth cayó en coma. El vendaval. El dolor de una madre que tenía en su interior toda la energía del Aire.

—Intentémoslo —sugirió entonces Cora, resuelta, aproximándose un par

de pasos hacia el portal—. Visto lo visto, no perdemos nada.

Y los demás asintieron, conformes, antes de distribuirse por el perímetro. De tal manera que, contando desde Víctor y en dirección horaria, se situaron Irene, Cora, Marco, Sandra y Ray. Tras intercambiar una muda señal de entendimiento, los seis alzaron los brazos simultáneamente y trataron de concentrarse en enviar su influjo hacia el portal, procurando buscar al tiempo algún tipo de conexión con el resto de sus compañeros. A la vez, cada uno de ellos procuró bucear en sus sentimientos hacia los demás, tratando de que el amor guiara sus pasos y lograse de verdad cerrar aquella puerta de pesadilla.

Así, Cora, de repente y sin saber por qué motivo concreto, se vio recordando la noche en que concibió a Irene y su lucha por sacarla adelante, a pesar del dolor y de que su amor por el Agua parecía condenado.

Marco recordó igualmente cómo, siendo apenas un muchacho inexperto, consiguió su primera conexión verdadera con su Elemento; en Pueblo Delia, cuando ya su alma se encontraba irremediablemente unida a la de Cora por un sentimiento más fuerte, según él, que cualquier destino impuesto.

Ray, por su parte, recordó a Elisa: su impotencia cuando murió entre sus brazos y el deseo férreo, instalado en su corazón a partir de ese momento, de proteger a los suyos todo lo que fuese posible y frente a lo que fuese necesario.

Y Sandra evocó el momento en que había creído perder a Ruth para siempre a manos de Vivianne, su alegría al recuperarla con vida y, sobre todo, ese sentimiento de devoción hacia sus hijos que siempre le había llevado a tomar las decisiones que creía mejores para ambos. Procurando protegerlos al máximo de un mundo cruel que, durante muchos siglos, solo había buscado su destrucción y la de todos los que eran como ellos.

Irene y Víctor, por último, cruzaron una mirada cuando supieron que habían recordado lo mismo: la impotencia, el dolor y, sobre todo, el amor hacia Ruth al verla tan desvalida y atada a aquel altar. Solo la fuerza de sus sentimientos unidos pudo sacarla de allí, pero ahora sabían que eso únicamente era el principio. Y fue entonces cuando Víctor, sin apenas pensar en ello, murmuró de forma perfectamente audible:

—Te quiero, Irene.

La joven, perpleja al principio, después sintió cómo los ojos se le llenaban de lágrimas. No obstante, en vez de responder a Víctor, como si fuese algo ajeno a su voluntad, se giró de inmediato y sintiendo todo su poder a flor de piel, susurró:

—Te quiero, mamá.

Cora, por su parte, se giró despacio al escucharla, sufriendo entonces el mismo proceso que su hija. Sin apenas pretenderlo, su cuerpo se giró y encaró a Marco, que seguía concentrado en el portal.

—Te quiero, Marco.

Él alzó la mirada hacia ella, con todo su poder girando en el fondo de sus iris claros, antes de voltearse hacia la siguiente persona del círculo.

—Te quiero, Sandra.

Y sí, era cierto, llevaba queriéndola desde que eran niños y se convirtieron en algo que casi podría ser considerado hermanamiento. Sandra, emocionada, le dirigió una sincera sonrisa antes de volverse hacia Ray. Y la voz no le tembló un ápice al declararle su amor a la persona que más le había importado desde que tenía diecisiete años.

—Te quiero, Ray.

Él, conmovido, asintió en su dirección antes de volverse, de nuevo, hacia el primer integrante de la cadena.

—Te quiero, hijo mío.

Y Víctor, sintiendo las lágrimas de emoción contenida correr por su rostro, apenas tuvo tiempo de asentir silenciosamente antes de que sucediera algo totalmente inesperado.

De repente, fue como si todos recuperaran el control de sus cuerpos al tiempo que una serie de hilos de energía, procedentes de sus respectivas almas, empezaban a confluir cada vez a más velocidad sobre el centro del portal, convirtiendo este en una estructura más y más brillante a cada segundo que pasaba. Los Elementos y sus hijos, cegados, retrocedieron un par de pasos mientras se tapaban los ojos; pero la magia ya estaba obrada. Con una súbita explosión de luz acompañada de un coro de aullidos de ultratumba, el portal se cerró de golpe y su onda expansiva alcanzó a todas las criaturas del Inframundo que campaban por la superficie terrestre y cuyo lugar estaba bajo tierra, absorbiéndolos en dirección al lugar de su eterno descanso.

Solo entonces, los artífices de aquel prodigio, tras recuperarse de la ceguera, se abrazaron mutuamente sin decir nada, temiendo romper de alguna manera la magia del momento. Incrédulos de haberlo conseguido… pero inmensamente felices de estar juntos.

Puesto que el amor de la familia, algo en lo que sí habían creído siempre, acababa de revelarse como el arma más poderosa del Universo.

La rueda sigue girando

Sekhmet rugió de nuevo antes de asestar un nuevo zarpazo a la remesa de magos que tenía más cerca. Algunos de ellos eran tan osados como para creer que podían hacerle algo, aunque le frustraba ver que la mayoría seguían luchando contra espectros, grinden y magos. Sin embargo, no convenía que Ammyt y ella entrasen en batalla y lo sabían; no se buscaba una masacre, solo el absoluto dominio con la mayoría de acólitos nuevos que fuese posible. Y de momento parecía que sus huestes tenían todo controlado.

Sin embargo, cuando vio aquel destello a lo lejos, en la montaña, la diosa empezó a temer que algo no iba bien. Además, de un momento a otro, a la contienda habían empezado a sumarse espectros de aspecto más translúcido y luminoso… que luchaban junto a los Hijos de los Dioses. Apofis y Alesha habían ido a la montaña a luchar, quedando las dos diosas con Aysha en Madrid, pero esta también parecía inquieta por algo que la leona no sabía, o no quería, identificar. Porque en efecto, cuando el cielo empezó a teñirse de una tonalidad púrpura brillante, recorridas las nubes por rayos luminosos de diferentes colores, Sekhmet supo que había llegado el momento. La batalla definitiva que decantaría la balanza. A su costado izquierdo y al otro lado de la sacerdotisa, Ammyt rugió tras olfatear el aire y detectar, igualmente, que algo no iba como debía.

Los Hijos de los Dioses que luchaban a pie de calle, por otro lado, en cuanto detectaron que el ambiente se oscurecía temieron que Apofis hubiese tenido éxito, más aún cuando el suelo tembló con relativa violencia bajo sus pies. Los Hijos de Júpiter que quedaban en pie trataban de organizar a sus subordinados a gritos, reordenando los batallones, al tiempo que los Hijos de Plutón seguían conteniendo a los incansables espectros.

Pero cuando el primer rayo luminoso cayó a escasos metros de distancia, seguido de otro, y después otro, los que estaban en vanguardia, aprovechando la súbita confusión de sus enemigos, que tampoco entendían lo que sucedía, ordenaron de inmediato a los suyos replegarse hacia retaguardia y retirarse ligeramente del campo de batalla. Por otro lado, aquellas repentinas apariciones, que ahora empezaban a tomar formas más definidas, como figuras de luz pura, no cesaban de aparecer y desaparecer una vez llegaban a tocar tierra, eliminando enemigos con insultante facilidad. Y los magos, tras unos

instantes de incertidumbre, adivinaron de quiénes se trataba y vitorearon con fuerza a medida que aquellos inesperados refuerzos seguían llegando.

Los grinden y espectros que conseguían eludir el poder divino, no obstante, continuaban hostigando a todo el que podían, lo que obligaba a seguir luchando a cada mago o bruja que se tuviese en pie. Sin embargo, cuando parecían definitivamente superados en número incluso con la ayuda de los dioses, sucedió algo sorprendente.

El suelo tembló de nuevo al tiempo que una extraña onda luminosa, similar a la de una bomba que acabase de estallar en algún lugar desconocido para ellos, surgía de la nada y comenzaba a hacer desaparecer enemigos cada vez que los tocaba. Y entonces, todos los presentes supieron lo que había sucedido. El bien, de alguna manera, había triunfado.

Y se demostró aún más cuando, hostigadas por las figuras luminosas, Ammyt y Sekhmet se vieron obligadas a huir corriendo de Madrid. Dado que ellas no habían salido del portal al Inframundo como Apofis, les quedaba un largo trecho antes de llegar a su Egipto natal.

De tal manera que los magos oscuros que quedaban vivos o en condiciones de luchar, desprovistos de sus líderes divinos, optaron igualmente por tratar de poner los pies en polvorosa, pero se encontraron enseguida con sendas barreras de luz que los hicieron detenerse y ser conscientes, todo en uno, de que quizá su juicio final estaba más cerca de lo que creían.

Aysha, por otro lado, en cuanto vio derrumbarse y desaparecer a su ejército, intuyendo que su hermana jamás volvería a su lado y había fracasado en su misión, trató de escapar por una calle lateral a la plaza en cuanto tuvo oportunidad. Hasta que la súbita aparición de un pozo a sus pies hizo que trastabillara y, boqueando empapada, tuviese que rendirse a una Diana que sonreía triunfalmente, rodeada de varios Hijos de Neptuno y Mercurio que enseguida se aproximaron para reducir a la sacerdotisa antes de que se recuperase de la sorpresa.

Las criaturas de luz, —o como los conocían sus seguidores, los Dioses de las cuatro culturas más importantes de la Antigüedad— que habían salido en pos de las dos divinidades egipcias, por su parte, en cuanto vieron que la situación estaba resuelta desaparecieron en una voluta de luz en dirección a sus lugares de origen respectivos sin decir nada más. Salvo uno.

Pero solo Diana, al volverse un instante, vio cómo Hades asentía en su dirección, rodeado de algunas almas que conocía y cuya pérdida le dolió terriblemente, antes de desaparecer todos en un suspiro de color azulado.

***

Al otro lado de la ventana corría un fuerte viento y el cielo se había cubierto de unas nubes oscuras que no presagiaban nada bueno. Al mirar

hacia afuera y contemplar los árboles meciéndose con cierta violencia en las laderas montañosas que rodeaban la fortaleza, John tuvo un mal presentimiento y sintió su corazón encogerse al tiempo que trataba de elevar una plegaria a sus Dioses; sobre todo, para que protegieran a sus padres en una batalla tan complicada como la que se les presentaba. No sabía cuánto tiempo exacto hacía que se habían ido. Allí sentado junto a la cama de Ruth, las horas se le hacían días; no comía, no salía de allí. Solo la velaba.

Se miró las manos con impotencia. ¿Qué más podía hacer? Debía estar luchando por ella espada en mano, no allí. Además, era un sacerdote. ¿Qué clase de amor podía ser aquel? Pero, ¿y si Ruth moría enlazada a aquel macabro portal del que le había hablado su madre antes de irse? ¿Y si…?

—¿John?

El novicio se quedó clavado en el sitio, incrédulo, sin atreverse a levantar la vista. Acababa de escuchar su voz, estaba seguro. Pero, ¿se habría quedado dormido? ¿Sería un sueño?

Lentamente, alzó la cabeza; percatándose entonces de que fuera parecía lucir un sol espléndido, nada comparado a la tormenta que parecía dispuesta a desatarse unos minutos antes. No podía ser. Pero el joven, por si acaso, aproximó una mano tímida hacia la muchacha para tocar sus dedos. Ella, aunque débil, pareció devolverle el gesto. Su cuerpo era consistente; su piel, igual de suave que siempre. ¿Qué estaba sucediendo?

—¿Ruth? —preguntó el muchacho—. ¿E…? ¿Eres tú?

Ella, como respuesta, mostró media sonrisa cansada al tiempo que volvía a cerrar los ojos, que había abierto apenas unos milímetros para observarlo.

—¿Quién si no? —repuso con algo similar a la ironía tiñendo su voz ronca. Cierto que ella tampoco entendía bien qué estaba sucediendo ni dónde estaba; pero, por primera vez en mucho tiempo, habiendo estado sumida en aquella horrible pesadilla en la que solo veía pasar espectros y muertos vivientes a su alrededor, se alegraba de ver una cara amiga en un ambiente tranquilo—. ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estamos?

John tragó saliva.

—En Avalon —expuso—. Tus padres…

Los ojos de Ruth, al escuchar aquella mención, se entrecerraron ligeramente.

—¿Qué pasa con mis padres? —preguntó, recelosa.

Cierto que antes de caer en aquella extraña pesadilla, la joven sentía que los odiaba con toda su alma. Pero, ahora mismo, tras aquella horrible experiencia, casi podía decir que se sentía vacía de sentimiento alguno. Eso sí, los recuerdos de todo lo sucedido entre ella y sus progenitores seguía siendo una herida abierta y dolorosa en su corazón.

—Se han ido a la Tierra a luchar contra Apofis —explicó entonces el muchacho pero, ante su evidente y repentina confusión, se apresuró a aclarar —. Has estado unida a un portal interdimensional, Ruth.

La joven palideció y se estremeció. ¿Era posible que aquella pesadilla hubiese sido, en el fondo, otra realidad? ¿Podía ser?

—Creo… que será mejor que me lo expliques despacio —le pidió sin brusquedad y sintiendo que el recelo hacia sus padres daba paso a una intensa ansiedad por saber si estaban bien. Podía ser que, en el fondo, su intención siempre hubiese sido protegerla. Y ella se lo había pagado con desprecio. Si volvía a verlos, tendrían que hablar seriamente de todo lo sucedido, decidió antes de pedir en voz baja a John—: Por favor, no te dejes ningún detalle. Necesito saber qué ha ocurrido.

John sonrió con cariño mientras sentía que, en efecto, todo aquello no era un sueño. Ruth había despertado, lucía el sol… Tenía que ser una buena señal.

—Descuida —la tranquilizó—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Y ella, devolviéndole el gesto, aseguró en el mismo tono:

—Creo que eso podemos darlo por hecho.

***

El Paseo de la Castellana, a la caída del sol, se había convertido en un pasaje funerario. Una vez reunidos todos, vivos y difuntos, estos últimos habían sido ubicados en sus respectivas piras para que sus almas se desvincularan del todo de sus cuerpos y, como había intuido Diana al despedirse de Hades, pudiesen alcanzar el merecido descanso eterno.

Con un nudo en la garganta, sin embargo, contempló dos de las piras más próximas. En una de ellas, un hombre de constitución fibrosa y perilla oscura, cuya mano tomaba una mujer de tez morena surcada de lágrimas, yacía bajo un estandarte de Júpiter. En ese instante, Melissa y Katrina se aproximaron a su hermana mayor para llevársela, puesto que debía empezar el ritual, pero Zoe se negó a hacerlo sin antes despedirse de su esposo con un beso en la frente.

Cierto era que siempre había deseado poder hacer más por los suyos en la Escuela de Madrid; pero ahora que se le presentaba la ocasión de cumplir su sueño, además en soledad, se sentía absolutamente incapaz. No si Óscar, su amado y compañero, no estaba a su lado. Sin embargo, la fuerza que le transmitían los dedos aferrados de su hermana Melissa y el influjo reparador al que acompañaba su sonrisa de aliento, hizo que la primogénita de la familia, por un segundo apenas, quisiera creer que sí tenía la fuerza para seguir adelante. Ojalá fuese verdad.

Pero en la pira contigua, para mayor dolor de la recientemente reposicionada presidenta del Gobierno español, yacía una compañera de Casa,

una Hermana; alguien especial que había compartido infinidad de cosas con ella desde que se conocían. Su menuda figura y su rostro, enmarcado por una fina melena de cabello castaño, reflejaban paz. Quizá, allá donde estuviese en el Inframundo, Kate Pellegrini podría descansar merecidamente.

Rodeándolos, además, había otras cuarenta piras aproximadamente; entre las cuales destacaba, sin duda alguna, otra más. La de un hombre que, a pesar de las circunstancias, había logrado salir de la oscuridad gracias al amor. Al que sentía por la mujer que conmovió su corazón tantos años atrás, y al que le devolvieron todos ellos tras la tragedia de su muerte. Asimismo, Akhen Marquath había conseguido erigirse como responsable de la educación de Solena Derfain cuando todo parecía perdido tras la muerte de Morgana. Había tomado las riendas… y había conseguido restaurar la paz en su mundo.

Tratando de enjugarse las lágrimas con discreción, pero sin lograrlo del todo, Diana Almirante se aprestó a hacer la seña convenida, como máxima representante política de la ciudad, a los Hijos de Plutón que se encontraban repartidos por entre las piras; al verla, todos ellos tomaron las antorchas dispuestas para prender la madera mientras los últimos familiares de los difuntos repartidos por entre ellas se retiraban, apenas sollozando en silencio. Andie y Anya, en particular, fueron las encargadas de prender la pira de Akhen.

Al mismo tiempo, mientras las llamas se alzaban hacia el cielo crepuscular, las voces de todos los magos y brujas presentes se dejaron oír en un canto fúnebre que, pretendido o no, conmovió los corazones de todos los humanos mortales que los rodeaban.

Sus difuntos habían sido respetuosamente retirados, en espera del funeral que cada familia eligiese darles; pero, una vez terminada la batalla, tanto los que habían combatido como los que habían sobrevivido escondidos a duras penas, tuvieron que admitir que, sin ayuda de aquellos que controlaban la magia, no hubiese sido posible la victoria. De ahí que se limitasen a situarse en un discreto segundo plano, simplemente observando y sin atreverse aún del todo a dar el paso definitivo.

Kaia, por otro lado, se había camuflado entre la multitud escondida en su capucha negra y azul, mientras que su gente seguía peinando los bosques y asegurando que no quedaban enemigos sin abatir.

Sin embargo, cuando Diana alzó los brazos sobre el estrado donde estaba situada, tanto magos como humanos corrientes y la única dríade presente se aproximaron sin poder evitarlo. Los Elementos y sus hijos, por otra parte, se situaron cerca del estrado, pero sin destacar.

—Hermanos, habitantes de la Tierra, seáis Hijos de los Dioses o no —pronunció—. Hoy estamos de luto por tantos compañeros perdidos, ya sean de un tipo u otro. Y precisamente creo que eso es lo que no deberíamos hacer: diferenciar —comprobó cómo los magos, brujas y humanos se observaban de

reojo, aún con cierto recelo mutuo—. Todos los aquí presentes somos humanos de carne y hueso —"o casi todos", pensó de inmediato. Pero dar a conocer a las dríades, de momento, no parecía una buena idea a pesar de su inestimable ayuda; había que ir paso a paso—, pertenecemos a una misma especie y no deberíamos diferenciarnos solo porque unos tengan poderes y otros no —ante aquello hubo murmullos y movimiento entre los congregados, pero Diana no se amedrentó—. Tenemos que permitir que precisamente esas diferencias nos unan, nos ayuden a cooperar y con ello consigamos avanzar hacia un mundo mejor, más justo y desarrollado. No importa que religión profesemos, o de dónde procedamos —aseguró—. Estoy segura, y lo mantendré siempre, que la convivencia es posible. Y hasta que termine mi mandato, juro que haré lo posible porque eso sea así. ¡Larga vida a la Humanidad! —gritó como colofón.

Ante sus palabras, la mayoría de los presentes estalló en vítores, convencidos y reconfortados sin quererlo por aquellas palabras. Y mientras unos y otros emprendían tímidos acercamientos, ya fuese para ayudar a reparar edificios o mobiliario urbano, o para intercambiar breves palabras, Diana se acercó a los Elementos.

—Lo cierto es que, ahora mismo, no sé cómo daros las gracias sin que suene totalmente cursi —aseguró—. Así que, simplemente, gracias.

—Siempre tan directa, ¿eh? —bromeó Marco, aunque seguía triste por los compañeros perdidos—. Diana, ¿crees de verdad que habrá concordia?

La presidenta se encogió de hombros.

—Habrá que intentarlo, ¿no? —sonrió con picardía—. No digo que vaya a ser algo de un día para otro, entendedme. Pero… no sé, creo que puede salir bien.

—Esperemos —la alentó Ray, mientras miraba hacia los voluntarios que se movían de acá para allá—. El mundo necesita paz y cooperación, como has dicho. Solo es cuestión de hacer un esfuerzo.

Diana sonrió, agradeciendo sinceramente sus palabras.

—Y vosotros, ¿qué haréis? —quiso saber entonces—. ¿Seguiréis con la productora?

Tras cruzar sendas miradas cómplices, incluyendo a Irene y Víctor, que se habían tomado cariñosamente de la mano, Ray contestó por todos:

—En realidad, habíamos pensado volver a hacer lo que mejor se nos da…

Epílogo

—¡Empuja! ¡Vamos, Irene, puedes hacerlo!

Un súbito golpe de viento en la ventana hizo retumbar los cristales, sobresaltando a la enfermera. Aquel paritorio daba a la calle, algo que nunca había entendido, pero jamás se había atrevido a cuestionar. Sin embargo, ese día en concreto, el tiempo parecía haberse vuelto loco. Tan pronto hacía sol como tronaba un cielo cubierto de nubes negras, o se desataba un huracán. Pero, de alguna manera, cuando el bebé por fin vino al mundo tras un grito casi agónico de la madre, a la que la anestesia sorprendentemente no había hecho ningún efecto, los fenómenos meteorológicos caóticos se detuvieron en un instante. Y la enfermera, aun sospechando con qué tipo de criaturas estaba lidiando pero sin poder decir nada al respecto —política del hospital desde que los magos y los humanos corrientes convivían en paz—, al mirar a los ojos de la criatura que tenía entre los brazos, quedó momentáneamente hechizada. Era como si…

—Por favor… —jadeó entonces la joven madre pelirroja, que sudaba copiosamente por el esfuerzo—. Quiero verlo…

Parecía tener urgencia y aquella petición rompió suavemente el momento de magia de la partera y el bebé que sostenía en brazos. Sin embargo, la mujer enseguida cumplió con su deseo, aunque aquel aún no estaba del todo limpio.

—Es una niña —dijo tras la mascarilla y sin poder evitar que un ligero recelo no pretendido se filtrase en su voz. Al fin y al cabo, no todos los humanos habían terminado de acostumbrarse a convivir con los magos—. Enhorabuena.

Pero Irene apenas la miró para darle unas gracias comedidas y fijar la vista en su hija mientras la partera se retiraba en silencio de la habitación.

Al final, fuese por destino o no, Víctor y ella habían unido sus vidas hacía diez años, cuando solo eran unos adolescentes; y el fruto de su amor ahora yacía entre sus brazos, sin llorar y con los ojos abiertos de par en par. En ese preciso instante, el padre de la criatura entró por la puerta. E Irene juraría que jamás lo había visto retorcerse las manos de aquella manera tan característica de su familia ni con tanta fuerza.

—Es una niña —le dijo una sonriente Irene, mientras él se acercaba para acariciar el diminuto rostro del bebé—. ¿Qué nombre crees que deberemos ponerle?

Víctor la miró entonces con intensidad.

—¿Te sientes diferente? —preguntó, en cambio, sin responder.

Irene suspiró.

—No sabría decirlo —reconoció—. Aunque sí he notado que algo salía de mi interior mientras ella nacía. No sé si me explico…

Su marido asintió.

—Yo también he sentido algo similar —confirmó—. Pero pensé que, no sé… dolería más.

—Sí, yo también —Irene besó la frente de su hija—. Y hablando de nombres, considerando lo especial que podría llegar a ser, única en su especie —ironizó—, ¿qué te parece Zoe? Creo que es muy apropiado…

Víctor sonrió. "Zoe. Vida. Como la maestra que nos vio crecer y despertó en nosotros el amor por la magia. Sí. Un nombre perfecto". Pero cuando estaba a punto de responder afirmativamente, la puerta se abrió con cierta violencia.

Por ella entraron, en ese instante, Ruth y John, con los rostros pálidos por algún motivo que los recientes padres no acertaban a comprender. Al final, ambos habían decidido, con paciencia y tiempo, formalizar su relación más allá de una buena amistad, especialmente desde que John optó por abandonar el sacerdocio y entrar en la vida civil. De hecho, se habían casado hacía apenas tres meses. Además de que Ruth había terminado de limar asperezas con sus padres después de que estos decidieran volver a los escenarios tras la batalla de Madrid y se descubriese que la joven, si bien no había heredado poderes elementales, sí que había obtenido otro tipo de regalo genético de ellos: una maravillosa voz de mezzosoprano que hacía apenas unos meses había terminado de elevarla a lo más alto de las listas del pop nacional.

Pero ahora sus rostros no denotaban felicidad alguna; y era por un motivo muy concreto.

Víctor fue el primero en incorporarse, cruzando una mirada significativa con su hermana mayor. Y esta, sin poder expresar lo que cruzaba por su cabeza en voz alta, le reveló mentalmente la fatal noticia. Víctor sintió que se le cortaba la respiración al tiempo que abrazaba a Ruth. Esta se abandonó al llanto una vez enterró el rostro en el hombro de su hermano. E Irene, sin saber qué hacer, miró a John, desconcertada. Pero su rostro simplemente mostraba una tristeza sin límites. E Irene, tras bajar la vista lentamente hacia su hija, sin quererlo, comprendió. Y aún más cuando la voz de Víctor le llegó al cerebro como un dardo directo:

"Se han ido".

Pero Irene, en vez de llorar, todavía conmocionada, solo tuvo fuerzas para seguir mirando a su hija, que la observaba con fijeza como si supiera lo que pasaba por su cabeza. Y la joven, tras cerrar los ojos, se limitó a depositar un beso en su frente. Un silencioso juramento de que, pasara lo que pasase, protegería a aquella criatura con su propia vida.

***

Es la hora del descanso. Cierto que aquí abajo nadie sabe cuándo es de noche o de día, pero los ritmos existen, de alguna manera. Hay paz y tranquilidad, pero también hay actividad.

Aquí sentados en la balaustrada de nuestro refugio, observando los reflejos de la Estigia a lo lejos, reflexionamos. Hay quien cree que el destino no se puede evitar. Que todos tenemos un camino escogido en la vida. Que hagamos lo que hagamos, las cosas se desarrollarán como tienen que hacerlo. Pero, ¿quién sabe realmente lo que es el destino? ¿Quién lo decide? ¿Los Dioses? ¿Nosotros?

Pues en nuestro caso podemos decir que, sea como sea, es algo que ya ha dejado de importarnos. Hemos sido felices, los cuatro, hasta límites insospechados. Pero, si hubiéramos contado la verdad a nuestros hijos, ¿acaso lo hubiesen entendido? Aquel día en la sala del trono, los cuatro habíamos asumido que, por voluntad propia o ajena, no nos quedaba otra salida. Vivianne prometió los portadores de los Elementos y estábamos dispuestos a cumplir esa parte del trato si era necesario para salvar a nuestros hijos. ¿Por qué no?

Irene… Víctor… Ruth… Todos ellos, tan especiales, tan iguales y tan diferentes. En el momento en que supimos que Irene estaba de parto, asumimos lo que iba a suceder. Un instante, un supuesto accidente de tráfico y después… un coche vacío. Tan solo el rastro de cuatro esencias viajando a toda velocidad para unirse en un solo cuerpo. Nuestra nieta. Sí, sabemos que ha sido una niña, o al menos lo intuimos. Pero, ¿quién nos hubiese dicho a los diecisiete años que al final los cuatro nos uniríamos no solo en amistad, sino en familia y en sangre?

Es cierto que también hemos pasado dificultades, que no todo ha sido bonito y maravilloso. Pero el destino nos escogió por una razón, y ya hemos dejado de cuestionarnos el por qué.

Algunos os preguntaréis: pero, ¿y ahora? ¿Qué sucederá? ¿Nuestra nieta será inmortal? ¿Dominará los poderes de los cuatro Elementos? No podemos saberlo. De hecho, ni siquiera podríamos decir si se decantará por el bien o por el mal.

Pero de una cosa sí estamos seguros.

El amor de nuestra familia, del poder que cada uno de nosotros atesoraba o atesora en su interior, al margen de poderes o Elementos; aquel que creemos que, en el fondo, cerró el portal entre los mundos, le dará la fuerza de voluntad que necesita para hacer por fin, del mundo, un lugar mejor.

A vosotros, magos y brujas lectores de esta historia, solo nos queda enviaros nuestro mejor deseo:

“Que los Dioses os protejan…”

FIN

CASA: HIJOS DE JÚPITER

Astro: Júpiter **Signo:** Sagitario **Dioses:** o **Clásico:** Zeus o **Egipcio:** Amon-Ra o **Nórdico:** Thor o **Celta:** Taranis **Poderes:** Gobierno, rayo, conocimiento e intuición.

Símbolo: Balanza sobre roble **Lema: "**La visión del poder"

Colores: Azul aguamarina, violeta **Piedra:** Topacio **Metal:** Estaño **Tótem:** Águila **Ciudad de Avalon:** Avalon

CASA: HIJOS DE SATURNO

Astro: Saturno **Signo:** Capricornio **Dioses:** o **Clásico:** Saturno/Cronos o **Egipcio:** Geb o **Nórdico:** Heimdal o **Celta:** Dagda **Poderes:** Discernir verdad de mentira, viajar en el tiempo **Símbolo:** Hoz cruzada sobre reloj de arena **Lema:** "El uso del tiempo"

Colores: Negro y azul **Piedra:** Ónice **Metal:** Plomo **Tótem:** Cabra **Ciudad de Avalon:** Ereka

CASA: HIJOS DE URANO

Astro: Urano **Signo:** Acuario **Dioses:** o **Clásico:** Urano o **Egipcio:** Nut o **Nórdico:** Odín o **Celta:** Áine **Poderes:** Vuelo, control de la meteorología **Símbolo:** Estrella de ocho puntas sobre cielo estrellado **Lema:** "Sabiduría y conocimiento"

Colores: Violeta y gris **Piedra:** Amatista **Metal:** Aluminio **Tótem:** Conejo **Ciudad de Avalon:** Nelia

CASA: HIJOS DE NEPTUNO

Astro: Neptuno **Signo:** Piscis **Dioses:** o **Clásico:** Neptuno/Poseidón o **Egipcio:** Anuket o **Nórdico:** Niord o **Celta:** Manannan **Poderes:** Control del agua, comprender su lenguaje, maremotos, terremotos, hablar con los caballos **Símbolo:** Caballo saliendo de una ola **Lema:** "Creer con claridad"

Colores: Azul marino **Piedra:** Turquesa **Metal:** Platino **Tótem:** Caballo **Ciudad de Avalon:** Marenn

CASA: HIJOS DE MARTE

Astro: Marte **Signo:** Aries **Dioses:** o **Clásico:** Ares/Marte o **Egipcio:** Ofois o **Nórdico:** Tyr o **Celta:** Teutates **Poderes:** Guerreros **Símbolo:** Lanza y espada cruzadas sobre escudo **Lema:** “Somos luchadores”

Colores: Rojo **Piedra:** Coral **Metal:** Hierro **Tótem:** Buitre **Ciudad de Avalon:** Dhana

CASA: HIJOS DE VENUS

Astro: Venus **Signo:** Tauro/Libra **Dioses:** o **Clásico:** Venus/Afrodita o **Egipcio:** Hathor o **Nórdico:** Freya o **Celta:** Aengus **Poderes:** Influir sobre los sentimientos, empatía, herboristas y pociones **Símbolo:** Rosa florida cruzada sobre manzana **Lema:** "El amor equilibra el mundo"

Colores: Verde (Tauro) // Rosados y colores pastel (Libra) **Piedra:** Jade (Tauro) // Cuarzo rosa (Libra) **Metal:** Cobre **Tótem:** Cuervo **Ciudad de Avalon:** Mannah

CASA: HIJOS DE MERCURIO

Astro: Mercurio **Signo:** Géminis/Virgo **Dioses:** o **Clásico:** Hermes/ Mercurio o **Egipcio:** Thot o **Nórdico:** Forseti o **Celta:** Ogmios **Poderes:** Leer la mente, comunicación telepática, teletransporte **Símbolo:** Caduceo **Lema:** "Analizar siempre la situación"

Colores: Amarillo (Géminis) // Marrón y verde lima (Virgo) **Piedra:** Jaspe (Géminis) // Ágata (Virgo) **Metal:** Mercurio **Tótem:** Mono **Ciudad de Avalon:** Tribec

CASA: HIJOS DE LA LUNA **Astro:** Luna **Signo:** Cáncer **Dioses:** o **Clásico:** Selene/ Artemisa/Diana o **Egipcio:** Bastet o **Nórdico:** Frigg o **Celta:** Cernunnos **Poderes:** Entender la Naturaleza, comunicación con las plantas y los animales, transformación en animales **Símbolo:** Arco sobre carcaj con flechas **Lema:** "Abre tus sentidos"

Colores: Blanco y plata **Piedra:** Perla **Metal:** Plata **Tótem:** Ciervo **Ciudad de Avalon:** Ruben

CASA: HIJOS DEL SOL

Astro: Sol **Signo:** Leo **Dioses:** o **Clásico:** Apolo o **Egipcio:** Horus o **Nórdico:** Eir o **Celta:** Belenos **Poderes:** Profecía, curación, arqueros excepcionales, manipular la luz blanca **Símbolo:** Lira sobre cisne con las alas abiertas **Lema:** "Quiero la luz"

Colores: Naranja y dorado **Piedra:** Ámbar **Metal:** Oro **Tótem:** Lobo **Ciudad de Avalon:** Heka

CASA: HIJOS DE PLUTÓN

Astro: Plutón **Signo:** Escorpio **Dioses:** o **Clásico:** Hades/Plutón o **Egipcio:** Osiris o **Nórdico:** Hela o **Celta:** Morrigan **Poderes:** Comunicación con los muertos, convicción, posesión e hipnosis **Símbolo:** Cerbero sobre las llamas **Lema:** "Desear lo que no se puede tener"

Colores: Rojo oscuro y verde botella **Piedra:** Rubí **Metal:** Hierro **Tótem:** Perro **Ciudad de Avalon:** Alkia

GLOSARIO DE SECUNDARIOS RELEVANTES - TRILOGÍA COMPLETA.

Escuela de Madrid (España)

	Fecha de nacimiento	Zodiaco	Casa	Familia –hermanos–.
Óscar Suárez	28 noviembre	Sagitario	Júpiter	
Rebeca Fuensanta	10 de enero	Capricornio	Saturno	
Layla Morales	29 de enero	Acuario	Urano	Elisabeth Morales (Beth) – menor
Diana Almirante	7 de marzo	Piscis	Neptuno	
Davinia Linares (Davin)	8 de abril	Aries	Marte	Andrea Linares (Andie) – mayor
Elisabeth Morales (Beth)	15 de mayo	Tauro	Venus	Layla Morales – mayor.
Andrea Linares (Andie)	15 de junio	Géminis	Mercurio	Davinia Linares (Davin) – menor
Aldara Reynolds	8 de julio	Cáncer	Luna	Marina Reynolds, ex espíritu del Fuego - mayor.
Keira Manchado	25 de julio	Leo	Sol	
Elisa Guntek	1 de noviembre	Escorpio	Plutón	Daniel Guntek, mellizo.
Jorge Carro	10 de noviembre	Escorpio	Plutón	

Escuela de Salem (EEUU)

	Fecha de nacimiento	Zodiaco	Casa	Familia –hermanos–.
Zoe García	1 de diciembre	Sagitario	Júpiter	Melissa García (mediana), Katrina García (menor)
Jacob Connell (Jake)	28 de diciembre	Capricornio	Saturno	Jessica Connell - menor.
Isabella Meadows (Bella)	2 de enero	Acuario	Urano	
Kate Pellegrini	21 de febrero	Piscis	Neptuno	
Hal Chase	7 de abril	Aries	Marte	
Loreen Grey	12 de julio	Cáncer	Luna	
Jessica Connell	15 de agosto	Leo	Sol	Jacob Connell (Jake) – menor.
Anya Steinbeck	12 de septiembre	Virgo	Mercurio	
Melissa García	3 de octubre	Libra	Venus	Zoe García (mayor), Katrina García (menor).
Katrina García	14 de noviembre	Escorpio	Plutón	Zoe García (mayor), Melissa García (mediana).

Avalon

	Fecha de nacimiento	Zodiaco	Casa	Familia
Morgana Derfain	6 de diciembre	Sagitario	Júpiter	-Gregor Markenn (marido) - Blanca (Markenn) Derfain (hija mayor) - Solena (Markenn) Derfain (hija menor y heredera)
Gregor Markenn	28 de noviembre	Sagitario	Júpiter	- Morgana Derfain (esposa) - Blanca (Markenn) Derfain (hija mayor) - Solena (Markenn) Derfain (hija menor y heredera)
Blanca Derfain	1 de enero	Capricornio	Saturno	- Gregor Markenn (padre) - Morgana Derfain (madre) - Solena (Markenn) Derfain (hermana pequeña)
Solena Derfain	26 de noviembre	Sagitario	Júpiter	- Gregor Markenn (padre) - Morgana Derfain (madre) - Blanca (Markenn) Derfain (hermana mayor)
Ruth Derfain	15 de diciembre	Sagitario	Júpiter	- Morgana Derfain (hermana mayor) - Akhen Marquath (marido)
Akhen Marquath	30 de agosto	Virgo	Mercurio	- Ruth Derfain (esposa)
Vivianne Santana	14 de noviembre	Escorpio	Plutón	- Ludmila Santana de Valterra (madre)

Otros

	Fecha de nacimiento	Zodiaco	Casa	Familia	Otros
Nida					Dríade, criatura mágica con poderes de Tierra, incluido manipular el entorno natural y los sentimientos de los demás.
Aysha Rajwad	18 de julio	Cáncer	Luna	- Alesha Rajwad	
Alesha Rajwad	1 de mayo	Tauro	Venus	- Aysha Rajwad	
Ludmila Santana de Valterra					Madre de Vivianne, sin poderes mágicos. Reside en Farthia, tierra vetada a toda clase de magia.
Lord Kenneth de Dhana		Aries	Marte		Señor de Dhana
Lady Giselle de Ruben		Cáncer	Luna		Señora de Ruben
Hannah Mildred		Sagitario	Júpiter		Directora de la Escuela de Londres
Deborah Fairchild		Sagitario	Júpiter		Directora de la Escuela de Salem
David Monroe		Sagitario	Júpiter		Director de la Escuela de Portland
Eneas Samaras		Sagitario	Júpiter		Director de la Escuela de Ioannina
Ambrose Kara		Escorpio	Plutón		Consejero de Plutón de la Escuela de Ioannina